

Jam Walker

ZEN

CLASSES

NO?

 CALIXTA

¿EN

CLASES

NO?

Jam Walker

EMMA



OceanofPDF.com



¿EN CLASES NO?

© 2023 Jam Walker

Reservados todos los derechos

Calixta Editores S.A.S

Primera Edición Marzo 2023

Bogotá, Colombia

Editado por: ©Calixta Editores S.A.S

E-mail: miau@calixtaeditores.com

Teléfono: (57) 317 646 8357

Web: www.calixtaeditores.com

ISBN: 978-628-7631-10-6

Editor General: María Fernanda Medrano Prado

Editor: Esteban Parra

Corrección de estilo: María Fernanda Medrano Prado

Corrección de planchas: Laura Puentes y Julián Herrera

Maqueta e ilustración de cubierta: Martín López Lesmes @martinpaint

Diseño y maquetación: David Avendaño @art.davidrolea

Primera edición: Colombia 2023

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.

OceanofPDF.com

Contenido

[ROSAS MARCHITAS 21](#)

[Rachel 21](#)

[SU ROSTRO 23](#)

[OJOS VERDES 30](#)

[LAS PIEZAS DE UN PUZZLE 33](#)

[LA LLAMADA 37](#)

[OJOS MARRONES 41](#)

[Mark](#)

[SEÑORITA LOMBARDO... 49](#)

[Rachel](#)

[RUMORES 53](#)

[Mark](#)

[NOS VEMOS PRONTO 59](#)

[Rachel](#)

[¿QUÉ ME ESTÁ PASANDO? 64](#)

[Mark](#)

[EL RUMOR REAL 67](#)

[Rachel](#)

[CONFLICTOS 70](#)

[¿EN CLASES NO? 74](#)

[¿HA TENIDO UN HÁMSTER, 81](#)

[SEÑORITA LOMBARDO? 81](#)

[ALGO MÁS 86](#)

[¿UNA HIJA? 95](#)

[EL MALO 101](#)

[LOS DOS 110](#)

[ILEGAL 117](#)

[¿DÓNDE ESTUVISTE TODO](#)

[CELOS 139](#)

[Mark](#)

[MEJILLAS SONROJADAS 147](#)

[Rachel](#)

[NO HAY ROSAS SIN ESPINAS 153](#)

[CUÑADA 158](#)

[DISCUTIRLO EN LA CAMA 163](#)

Mark

PLANES 169

Rachel

SIN LOCURA NO HAY FELICIDAD 172

TE AMO MÁS, SIEMPRE MÁS 189

HASTA PRONTO 193

SIEMPRE ESTARÉ A TU LADO 201

TIEMPO 202

¿MI DULCE CHICO? 216

ENTENDER... 222

Mark

TIEMPO 224

TE QUIERO A TI, IDIOTA 234

Rachel

ROMA NO SE CONSTRUYÓ

COMO UNA DESPEDIDA 249

EL MURO QUE NOS SEPARA 255

TODO ARDE 265

PENSAMIENTOS Y MOMENTOS 270

UN FIEL ADICTO 278

Mark

COMPARACIONES 284

Rachel

POR CADA SEGUNDO 291

Amy

RAZONES 299

Rachel

LA FAMILIA 307

GEMELOS EN ACCIÓN 314

Mark

CULPABLE 322

Rachel

VALE POR UNA VIDA JUNTOS 333

PRIMER DÍA DE CLASES 344

TAN JUSTO A MI VIDA 349

EPÍLOGO 354

INVITADOS INESPERADOS

Mark

Extra I 361

UNA BATALLA

Extra II 363

TE ELEGIRÍA SIEMPRE A TI

Rachel

Extra III 367

FELIZ NAVIDAD 367

Extra IV 370

UN VIAJE INOLVIDABLE

AGRADECIMIENTOS

A mis lectoras, por darle la oportunidad a esta historia en Wattpad y ahora en físico. Gracias, extrañas, por ser y hacer parte de este sueño, nada sería posible sin ustedes. Son tan importantes como las veintisiete letras del alfabeto que me ayudaron a escribir este libro.

A mis padres y hermanas por su amor y apoyo incondicional. Son mi refugio favorito y mi lugar seguro (por favor, sáltense las escenas que les dije).

A mis colegas y amigas de Wattpad, en especial a Cas, María, Yamileth, Tete y Mónica. Gracias por su paciencia y por acompañarme en este camino.

A mi editor, Esteban, por haberle puesto tanto amor y entrega al proyecto. Fuiste un gran apoyo en todo el proceso.

Y a Calixta Editores, quienes hicieron realidad este sueño, por confiar en mí y creer en Rachel y en Mark.

OceanofPDF.com

A quienes creen en el amor verdadero
y en las segundas oportunidades.
A quienes han aprendido a quererse
o siguen intentándolo.
Este libro es para ustedes.

OceanofPDF.com

ADVERTENCIA

Esta historia contiene escenas sexuales explícitas, alteraciones de salud mental, consumo de alcohol, muerte, violencia de género y comportamientos sociales problemáticos.

No recomendamos su lectura a menores de edad.

OceanofPDF.com



**Wens Ildet
University**

OceanofPDF.com



Wens Ildet
University

**Jackson
Kozlov**
23 años



1 de Enero Inteligente y caprichoso

Deportista consagrado. Ama la adrenalina que le genera ver carreras de autos.

J.K.



**Amy
Martins**
20 años



Wens Ildet
University

15 de Febrero Extrovertida y buena amiga

Vive por los libros románticos (con un poco de spicy). Es vegetariana desde hace un tiempo.

A.M.



Wens Ildet
University

**Steven
Harvet**
26 años



22 de Julio Divertido y muy impulsivo

No cree en el amor ni en el matrimonio. Ama a los Golden State Warriors y de niño soñaba con jugar junto a Rick Barry.

Steven Harvet



Rachel Lombardo
20 años



Wens Ildet University

20 de Diciembre Noble y un poco torpe

*Ama leer y las películas románticas.
No es buena en la cocina. Sus flores favoritas son las peonías.*



Wens Ildet University

Mark Harvet
26 años



22 de Julio Serio, justo y estricto

*Disfruta cocinar y ver cine clásico.
Su libro favorito es Los miserables.*



ROSAS MARCHITAS

Rachel

Sus manos recorren cada curva de mi cuerpo. Jadeo cuando el beso se intensifica y Jack invade mi boca con su lengua. Poco a poco, el inocente acercamiento que inició como un típico gesto de despedida —antes de bajarme del coche para ir a clases—, se acelera.

—Llegaré tarde, debo irme —le recuerdo.

Mi novio ignora lo que le digo. Continúa acariciando uno de mis muslos, lo aprieta con fuerza. ¡Por Dios! Estamos en el estacionamiento de la universidad. Aunque parece que la mayoría está ya en sus salones o dirigiéndose a ellos, alguien podría ser tan impuntual como yo y vernos.

Debí hacer caso a la alarma y no dormir esos diez minutos más.

—No entres a clase. Vamos a mi casa —sugiere.

—Es el primer día, no puedo faltar —Pongo mi mano en su pecho y lo alejo.

—Rach, ¡maldita sea! —En su tono de voz noto que está tan excitado como molesto. Lo veo reacomodarse en el asiento, alisar su camisa y arreglarse el cabello. Respira profundo un par de veces y su mirada se llena de frustración—. ¿De verdad vas a cursar esa materia sin mí? Qué egoísta eres, Rachel —Rebosando todo límite de cinismo e hipocresía, trae de vuelta el tema por el que hemos discutido los últimos días.

—¿Egoísta? Jackson, no es mi culpa que desaparecieras el día de las inscripciones y olvidaras matricularte en Cálculo Integral.

Tampoco es mi culpa que ahora él tenga que asistir a un curso intensivo asignado por la universidad. Si me hubiese dicho que le ayudara con la inscripción, yo lo habría hecho, pero desapareció por un par de días sin decirme nada.

—Se trata de eso, ¿no? Tu venganza porque me fui un fin de semana —Hace énfasis en las cuatro últimas palabras—. ¿Es tan difícil de entender? Necesitaba estar solo y descansar de las exigencias de mi padre.

—¿Venganza? ¿Qué dices? ¡Entendí tus razones! —le recuerdo—. Ahora tú entiende las mías; no puedo anular mi cupo para ir a un curso contigo. Eso afectaría mis demás materias.

—¿Y cómo se supone que pasaré Cálculo Integral si estamos en clases diferentes? —Su reproche lleno de descaro hace que mi boca se abra.

Ahora lo comprendo. ¡Qué estúpida he sido! Su insistencia porque me cambie al curso con él no se trata de algo romántico, como me lo hizo creer días atrás. No me va a extrañar a mí, sino a la facilidad con la que —como todos los semestres— pasa sus materias sin tomar un solo apunte.

—Estudiando —respondo molesta. Jackson se burla, como si yo estuviese diciendo una locura.

—Sabes que los entrenamientos con el equipo de lacrosse no me dan tiempo para esas estupideces.

Suspiro, aún más enojada por su excusa. Sé que ama el deporte con la misma fuerza con la que odia estudiar, pero estamos por empezar el quinto semestre de carrera y ese no es un argumento suficiente.

—Está bien, Jackson —Mis palabras lo toman por sorpresa—. Anularé el cupo que logré conseguir después de una lucha de dos horas con la ineficiente página de la universidad —Hago una pausa y tomo aire, el suficiente para continuar hablando con la mayor calma posible—. Me inscribiré en el curso intensivo que no me permitirá ver las materias completas y me retrasaré un semestre. ¿Eso es lo que quieres oír? ¿Eso es lo que quieres que haga?

—Yo lo haría por ti.

—¡Pues yo no lo permitiría! —respondo esforzándome por controlar mis emociones y no hacer evidente la decepción que siento—. Jackson... Debo irme. Gracias por traerme.

—Haz lo que te dé la gana —concluye mientras quita el seguro de la puerta del coche.

Lo miro y mi corazón se detiene por unos instantes. ¿Qué nos pasó? ¿En qué momento ese amor puro e incondicional que nos declaramos hace seis años se convirtió en esto? Ahora tenemos una relación que se sostiene con los recuerdos de lo que alguna vez fue, como un arreglo de rosas. Rosas marchitas y actitudes espinadas.

Jackson me observa con la expectativa rondando en sus intensos ojos azules. Lo conozco y sé que, detrás de esa mirada, espera que acceda a su petición. Pero no puedo hacerlo y, aunque titubeo unos segundos, salgo del coche.

Decido irme sin voltear a verlo, olvido que una decisión puede cambiar el rumbo de todo.

OceanofPDF.com

SU ROSTRO

No puede ser. ¡No puede ser!

En un acto desesperado por cumplir con mi promesa de llegar temprano a clases este semestre, presiono varias veces los botones del elevador mientras vuelvo a mirar el reloj en mi muñeca: siete y cinco de la mañana.

¡Santa calamidad andante!

—Señorita, el ascensor estará disponible hasta dentro de una hora —El conserje de la facultad de matemáticas aparece para arrebatarme las pocas esperanzas que me quedan. Por más que presione mil veces los botones, el elevador no llegará—. Temprano hubo problemas con él y las directivas llamaron a mantenimiento para que lo revisen. Si le sirve de consuelo, usted es la octava persona a la que le tocará subir las escaleras.

Lo miro avergonzada. De haber sido puntual, nada de esto estaría pasando.

—La mayoría de los maestros permite entrar a clases hasta diez minutos después de comenzarlas, así que apresúrese y, tal vez, no tenga problemas —Guarda silencio durante unos segundos y pregunta—. ¿A qué piso va? ¿A qué cátedra?

—Al sexto piso, a la clase del señor... —Hago una breve pausa buscando en mi móvil el apellido del profesor— ...Harvet.

—Olvide lo que dije, no se esfuerce en vano —Estoy segura de que mi expresión de horror lo obliga a continuar—. Después de las siete, nadie entra a la clase del profesor Harvet.

—Ay no —El reloj ahora marca un minuto más.

—¿Sabe volar? —pregunta con tal calma y buen humor que empiezo a desesperarme.

—Eh... ¿No?

—Entonces corra. ¡Ya!

Como si de una orden se tratara, me echo a correr tan deprisa que me impresiona la rapidez con la que llego al tercer piso, donde mi cuerpo exige un descanso.

—Puedes lograrlo, Rachel —me animo y arrastro los pies escalón por escalón.

En el cuarto piso, vuelvo a mirar el reloj y ha pasado un minuto más. Doy una bocanada de aire, ato mi cabello en una coleta y continúo el

camino hasta llegar al último nivel del edificio.

Varios respiros profundos y algunos pasos más después, estoy frente al salón que indica mi horario.

—¿Alguien desea resolver el ejercicio? —pregunta el hombre de traje impecable que está justo a unos centímetros de la pizarra llena de números, fórmulas confusas y enmarañadas como los parajes de un laberinto. Apenas han pasado ocho minutos desde el inicio de la clase y ya empecé a no entender nada.

Lo observo desde la puerta. Me sorprende lo joven que es o, al menos, lo que muestra su perfil. ¿Será un suplente? ¿Quizás un alumno jugando al profesor? No. De inmediato descarto la idea. Solo basta fijarme en lo silenciosos y temerosos que están mis compañeros para saber la respuesta.

¡Carajo! Apenas han pasado nueve minutos y él ya logró intimidarlos. Ladeo la cabeza para poder observarlo mejor. Su rostro es armonioso, aunque es su mirada adusta y severa lo que llama mi atención. El conserje tenía razón, este hombre no me permitirá entrar a su clase, pienso.

De repente, los nervios me invaden y se me acaba de un tirón la valentía con la que subí las escaleras. Será mejor que regrese mañana y a tiempo. Sí. Eso haré.

—¿Puedo ayudarle en algo, señorita? —Una voz profunda me cuestiona y mis pensamientos se ven interrumpidos al ver un par de ojos tan verdes como una esmeralda centrados en mí.

—Es e-esta... —balbuceo nerviosa al ver que él se acerca y, en un intento por recuperar la cordura, aclaro mi garganta—. ¿Esta es la clase del profesor Harvet?

Un pequeño mechón castaño se desliza a un costado de su frente, lo que desordena ligeramente el perfecto estilo tupé de su peinado. Me distrae por completo, me pregunto si su cabello es tan suave como parece.

—Lo es —dice.

—¿Qué? —Frunzo el ceño. Mierda, ¿lee la mente?

—Yo soy el profesor Harvet —explica y puedo respirar tranquila—. ¿Está inscrita en mi clase?

—Sí —respondo de golpe. Él me mira inexpresivo y deposita en mí toda su atención, tanto que empiezo a sentir los latidos de mi corazón en los oídos—. El ascensor no estaba habilitado, pero tampoco voy a mentir —hablo de prisa a causa de los nervios, como siempre me pasa—, porque hoy

no fui puntual y, aunque subí las escaleras corriendo, tardé dos minutos en llegar aquí. Tal vez si no hubiese tomado ese pequeño descanso en el cuarto piso...

—Respire —me pide y, por fortuna, logra hacer que me calle—. ¿Subió en dos minutos todas esas escaleras?

—Sí —le contesto y noto su sorpresa.

—No hay excusas para llegar tarde, sin embargo...

—¿Me dejará pasar? —Mi tono es casi una súplica.

—Que sea la primera y última vez que llega tarde a mi clase. Siga.

Antes de que pueda arrepentirse, entro al salón. La sensación de que todos me observan es incómoda.

—Mira quién llegó —susurra alguien. ¡Ay, no puede ser! Me detengo al encontrarme con Monique, mi antigua y, por lo visto, aún compañera de clase—. Holí, Rach.

—¿Sucede algo, alumna... —cuestiona el profesor. Me tomo un segundo para observarlo con más detalle y... Vaya, sigue impresionándome lo joven que es.

—Lombardo —respondo—. Soy Rachel Lombardo. No pasa nada, disculpe.

Continúo mi camino, mientras Monique y su amiga Crisna se ríen.

—Así que no logró convencerla —Escucho que murmura Monique. La ignoro y tomo asiento, dedicándome a copiar lo que está en el tablero.

—Como decía, deberían saber la respuesta de los ejercicios. Por algo han pasado el curso y están aquí. Resolver este trabajo no tendría que tomarles más de cinco minutos.

¿Y para los que no sabemos?, cuestiono con sarcasmo en mi mente. O eso creo hasta que veo que los demás voltean a verme. Mierda. No solo lo pensé, ¡lo dije en voz alta! Avergonzada, miro al profesor y estoy segura de que me he sonrojado. Las mejillas me arden.

—El que no sabe, señorita Lombardo, puede tardar hasta una hora o, ¿qué tal todo lo que queda del año?

Monique y Crisna sueltan una carcajada. Sus risas son tan falsas que dan tristeza.

—Es que es tan guapo. Necesito clases particulares —dice Monique en voz baja, observando con descaro al profesor, quien se desplaza por el salón

hasta regresar a la pizarra y borrar lo que hay en ella—. Madre mía, qué ganas de marcar mis uñas en esa espalda.

Casi siento mis ojos salirse de sus orbitas al oír ese comentario.

—Es guapísimo —replica Crisna.

—Quiero que saquen una hoja y resuelvan estos ejercicios —habla el profesor mientras escribe en el tablero.

Algunos de mis compañeros protestan y, con arrogancia, él esboza una sonrisa. Aquel gesto lo hace lucir más joven, más alegre. Mi mente empieza a darle la razón a Monique. La apariencia física del profesor es muy atractiva: nariz recta, tez blanca, cabello castaño claro, su camisa ajustada evidenciando que es aficionado al ejercicio y... ¡Basta, Rachel! ¿Qué haces?

Apenada por la manera en que lo estaba analizando, me remuevo en el asiento y regreso mi atención a lo que de verdad es importante: La clase.

—¿Solo le entregamos la hoja, profesor Harvet? —pregunto. A causa de mi momentánea distracción, no logré escuchar todas las indicaciones.

—¿Algo más que desee entregar, señorita? —habla con seriedad y, al instante, los demás comienzan a burlarse y chiflar.

Lo miro desconcertada y la culpa que se refleja en sus ojos me intriga.

—Silencio, por favor —dice mientras juega con el marcador. Parece nervioso—. Dejen de sacar todo de contexto —Me observa y coloca el objeto en la mesa—. Y sí, señorita Lombardo, la hoja con la respuesta de los ejercicios que están en la pizarra.

Su voz es autoritaria. Deja de mirarme y toma asiento. Su incomodidad y la mía rodean el ambiente durante el resto de la clase.

Todos nos dedicamos a hacer la tarea. Me siento aliviada ante el anuncio del profesor de que podremos marcharnos apenas acabemos los ejercicios, por lo que me pongo de pie en cuanto los termino y me dirijo hacia su escritorio para entregarle el papel.

—Señorita Lombardo, ¿le importaría esperar? Tengo que hablar con usted.

—¿Hablar sobre qué? —le pregunto confundida.

—¿Puede esperar, por favor? —insiste, mientras toma mi hoja.

Siento un nudo en el estómago. Puedo quedarme, pero no quiero...

—Sí, está bien —accedo y él asiente agradecido. Regreso a mi lugar y guardo las cosas en el bolso.

—Rachel, querida —Monique se gira hacia mí—, yo lo vi primero, ¿lo entiendes?

—¿Perdona?

Ella se pone de pie y, acercándose, apoya sus manos en mi mesa. Me mira con aspecto amenazador.

—A Harvet. Yo lo vi primero. No te le acerques —susurra enojada—. Tú sigue viviendo tu dulce cuento de hadas con Jack. Por cierto, dile que le mando saludos.

Sin dar opción a réplica, se marcha junto a su amiga. ¿Qué le sucede? ¿Cómo puede formar una discusión por alguien a quien apenas conoce y que, claramente, no está interesado en ella? Él es un profesor. Jamás tendría algo con una alumna.

Me quedo sentada, esperando. Pasan quince minutos hasta que el último estudiante entrega la tarea y se marcha. El profesor levanta la cabeza y fija su mirada en mí por unos segundos que parecen eternos. Trago saliva, los nervios aumentan cuando se pone de pie. Camina en mi dirección con pasos largos que resuenan en el silencio y la calma del lugar.

—Señorita Lombardo —La firmeza de su voz me altera.

—Profesor Harvet —Me pongo de pie, y trato de hacerme la valiente. Él es alto e imponente, lo que causa que la confianza que quiero mantener desaparezca en un santiamén.

—Gracias por esperar. Le debo una disculpa, no era mi intención incomodarla —Está avergonzado y sus palabras suenan sinceras.

—Disculpa aceptada, no se preocupe —respondo en tono apacible, llevo las manos detrás de mí para que no vea lo inquieta que estoy. Él deja escapar una sonrisa genuina y... Mierda, mierda. ¿Por qué estoy mirando sus labios? Con rapidez, vuelvo a centrar mis ojos en los suyos. Mala idea. ¡Muy mala idea! Él me observa atento y consigue intimidarme—. Yo, eh. Debo tarde —Esquivo su mirada y me regaño mentalmente por la estupidez que acabo de soltar—. Lo que quiero decir es que debo irme porque se me hace tarde.

Mi comentario parece divertirlo.

—Bien. Tenga un buen día, señorita Lombardo —Vuelve al escritorio y guarda las hojas con los ejercicios en su portafolio.

—Igual para usted, profesor —le hablo mientras avanzo hacia la puerta—. Hasta luego.

Salgo apresurada del salón y suelto el aire que estaba reteniendo sin darme cuenta. Mi móvil suena y, entre la cantidad de mensajes que tengo de Amy, mi mejor amiga, leo el primero que aparece en la pantalla.

¿Algo más que desee entregar, señorita Lombardo?

Dime que le respondiste:

¡Todo lo que usted quiera, Papucho!

Sus palabras me sorprenden. ¿Cómo diablos se enteró? ¡Tiene clase en otro edificio a esta hora!

Carajo... Jackson. Él es lo primero que pasa por mi mente y lo mal que puede ponerse si llega a saber de esto, así que lo llamo.

—Amor —responde a la primera timbrada—, detrás de ti.

—¿Qué haces aquí? —lo cuestiono al verlo acercarse.

—¿Recién sales de clase? —pregunta, luego de colgar la llamada.

—Sí, estaba hablando con el profesor.

—Ah, vale —responde despreocupado—. Rach, vine porque no quiero que estemos enojados —En un gesto cariñoso, toma mi mano—. Lamento la discusión de esta mañana.

—También lo lamento, Jack.

—Ni siquiera vale la pena discutir por esta materia —Me toma por la cintura—. De hecho, existe la posibilidad de que, al final, sí estemos juntos en este curso.

—¿De verdad? —Él asiente, me abraza con fuerza y yo me aferro a su cuello—. Eso me haría muy feliz.

—Aún no es seguro. Tengo que hablar con Harvet. Es el único que puede aprobar el cupo —Me da un beso antes de continuar—. ¿Qué tal es? ¿Crees que acepte?

—Esperemos que sí —contesto dudosa.

—Es él, ¿no? —comenta al tiempo que mira hacia la puerta del salón.

Jack me suelta y mi respiración se detiene. Sí, es el profesor Harvet y, por alguna razón, mis nervios regresan al verlo caminar en nuestra dirección. Su traje negro se adecúa a la expresión seria y arrogante de su rostro. Supongo que es la manera que tiene de ignorar los coqueteos que deben hacerle por los pasillos.

Pero, cuando nuestras miradas se cruzan, su gesto cambia.

—Profesor Harvet, me alegra conocerlo. Mi nombre es Jackson Kozlov. ¿Puedo conversar con usted?

—Por supuesto —responde con voz implacable.

—Soy el capitán del equipo de lacrosse de la universidad —Jack habla con cierta altanería—. ¿Sabe los privilegios en los horarios que tenemos por ser parte del equipo?

Aunque no existen las preferencias que menciona, es evidente que intenta sacar provecho de su participación en las actividades deportivas. No es la primera vez que lo hace.

—Lo siento. No tengo conocimiento o disposiciones al respecto —comenta tajante.

—Pero ahora lo sabe —replica mi novio—. Además, soy el capitán y los entrenamientos no me dan tiempo para tomar materias con horarios intensivos.

—Él quiere pedirle un cupo para estar en su curso —intervengo en un intento de disipar la tensión que se ha formado.

—¿Usted está en mi clase? —El profesor mira inexpresivo—. Su rostro me suena.

Me esfuerzo por no entrecerrar los ojos y verlo con ironía. ¿Que mi rostro le suena? ¿En serio? Pero si hace unos segundos estábamos hablando. ¡Dory!

—Sí, señor, estoy en su clase.

—Por supuesto, ya la recuerdo —Finge sorpresa—. Sobre los cupos, lamento decirle que no estoy aceptando solicitudes por el momento.

—Vamos, sé que usted puede ayudarme —La confianza en el tono de Jackson provoca que el rostro del profesor se tense—. Quisiera estar en el mismo grupo que mi novia, usted entiende —Me toma de la mano al decir esto.

Desapruebo el comentario y se lo hago saber soltándolo. El profesor Harvet me observa expectante mientras sus cejas se juntan con ligereza. Parece estudiarme por unos segundos.

—Señor Kozlov, envíe a mi secretaria un oficio solicitando el cupo. No olvide adjuntar razones netamente académicas, porque sus motivos personales no me interesan. Hasta luego —Se aleja sin esperar respuesta. Jack y yo nos mantenemos en silencio, lo vemos caminar por el pasillo mientras un nuevo grupo de estudiantes llama su atención. Él los mira de la misma manera que lo hizo con nosotros.

—Es un gruñón —bromeo entre susurros.

—Es un hijo de puta —escupe mi novio, malhumorado—. ¿Quién se cree que es?

OceanofPDF.com

OJOS VERDES

Me bajo del autobús y avanzo a pasos largos hasta una de las entradas laterales de la universidad. Siento mi cuerpo relajarse apenas veo la hora en mi reloj: siete menos veinte. Por fortuna, Jackson tuvo un entrenamiento importante y no pudo pasar a recogerme, sino otro sería el panorama.

Con el mejor ánimo, me dirijo hasta la facultad de matemáticas. Durante el recorrido dejo atrás algunas oficinas principales de la institución. Levanto la vista al pasar por el departamento más temido: el del director Ildet. Mi respiración se altera cuando, a lo lejos, identifico al hombre que va en dirección a esa oficina.

Verlo es como darme de bruces contra un muro invisible. Me detengo sobresaltada. El profesor Harvet se concentra en su móvil mientras camina. El estilo de ropa que lleva es muy diferente al de ayer. Hoy luce una chaqueta de cuero negra, vaqueros del mismo color y camiseta blanca, además de unas gafas que se quita al llegar a la puerta y entrar al lugar.

No imaginé verlo vestido así alguna vez. Es decir, no se ve mal, pero no encaja con el estilo serio y estricto con el que lo conocí en clase.

Alejo esos pensamientos, acelero el paso y llego a mi destino cinco minutos después.

—Hoy sí está funcionando el ascensor —me dice el conserje.

—Menos mal —menciono risueña—. Buen día.

Marco el nivel al que me dirijo y mi sonrisa se mantiene intacta hasta llegar al piso seis.

—Diablos —Ahogo un grito cuando entro al salón y me reciben aquellos profundos ojos verdes. El profesor Harvet está sentado en su escritorio, vestido con un traje negro. Lo miro extrañada. ¿Cómo es posible?

—Buenos días para usted también, señorita Lombardo —comenta.

¿Qué le digo? ¿Qué me pareció verlo entrando a la oficina del director? Creerá que lo he estado espiando o imaginando en otras personas. Estoy segura de que me sonrojé al verlo.

—Perdone. Buenos días —hablo rápido y entro al salón vacío. Tomo asiento, le echo un vistazo y él baja la cabeza hacia su computador portátil.

No puedo evitarlo y fijo mis ojos en su rostro, detallo cada una de sus facciones, hasta que noto que él se ha dado cuenta y me está observando.

Mierda. Trago saliva. Estoy tan nerviosa que ni siquiera puedo mirar hacia otro lado.

—Ha llegado temprano hoy. Me alegra —comenta, rompiendo el silencio entre ambos, uno que empezaba a hacerme ruido.

—Sí. Madrugué más que ayer —intento responder con serenidad.

No sé por qué le doy aquella información, pero me siento menos culpable de hacerlo cuando sus labios se curvan en una ligera sonrisa. Sus ojos verdes se clavan con más fuerza en los míos. Su mirada es... hipnotizante.

—Buen día —saluda Susan, una de mis compañeras, al entrar al salón y ambos le respondemos. Agradezco que aparezca pues mis nervios se calman con su llegada.

Poco a poco, más personas se unen a la clase. A las siete en punto, el profesor Harvet inicia con un nuevo tema y nuevos ejercicios que, sin duda, provocan jaqueca a más de uno, incluyéndome.

Él se esmera en explicarnos de manera detallada, en repetir si lo necesitamos y en aclarar las dudas que tenemos.

—Bien. A sus correos llegarán los diez ejercicios de campo que deben traer resueltos para la próxima clase —menciona. Mis compañeros protestan y él sonríe con arrogancia—. De acuerdo. Serán quince ejercicios entonces. Tengan buen día.

Lo miramos boquiabiertos y no decimos nada más para evitar que la tarea se haga más grande.

Guardo la libreta en mi maleta y recibo un mensaje de Jackson.

Te espero afuera del salón. Necesitamos hablar.

¿No se supone que estaría en su entrenamiento toda la mañana? Extrañada, salgo a su encuentro.

—Todo tiene una explicación, ¿vale? —Me aborda con comentarios que no termino de entender en cuanto me ve.

—¿De qué hablas, Jack? ¿Sucedio algo?

Su rostro, que antes lucía preocupado, parece volver a la normalidad.

—Pensé que estarías molesta porque no pude pasar por ti esta mañana. Perdóname.

—No te preocupes por eso, tenías práctica. Además, llegué temprano —Sonríe y me aparto un poco.

—Me alegra, preciosa —Toma mi mano y la acaricia—. Pero igual me siento mal. ¿Te gustaría que pasemos el día juntos? —pregunta con un ánimo que desaparece tan pronto mi móvil suena. Ambos miramos la pantalla: Es Amy—. Qué inoportuna es siempre tu amiga. Dame acá eso.

—¿Qué haces? —digo enojada cuando él me quita el celular. Intento recuperarlo, pero Jackson sube los brazos y bloquea la pantalla.

—¿En qué íbamos? —habla como si nada.

—¿Qué te pasa? Puede ser algo importante. Regrésamelo.

—Es Amy. Seguro se trata de alguna de sus payasadas, ya sabes cómo es. Puedes hablar con ella luego.

—¡No! Dame el móvil ahora.

—¿Pasa algo aquí? —La voz del profesor Harvet nos interrumpe.

—No pasa nada —comenta Jackson bajando las manos y guardando mi celular en su bolsillo.

—Está bien. Tengan buen día —se despide sin mirarnos. Lo veo caminar hasta el ascensor.

—Esta mañana su secretaria respondió a mi solicitud —dice Jackson—. Necesito aprobar un estúpido examen para poder tener el cupo en su clase. ¡Cabrón!

Sus ojos estallan de furia y yo lo veo sorprendida.

—Jack, eso es genial. Te ayudaré a estudiar. ¡Vamos a hacerlo! —trato de animarlo.

Su expresión se suaviza, acerca su rostro al mío y me besa.

—Agradezco todo lo que haces por mí, Rach —comenta en mi boca—. Vamos a mi casa. Estudiemos allá.

LAS PIEZAS DE UN PUZZLE

El viento me despeina. Disfruto de la bonita vista que da el mirador de la ciudad mientras Jack estaciona su auto.

Por primera vez desde que salimos de la universidad mi cuerpo se relaja. Su mal humor regresó apenas cambié los planes. Vamos a estudiar y este es mi lugar favorito para hacerlo, pero él quería que fuéramos a su casa, donde era evidente que eso no pasaría.

Me acomodo bajo la sombra de un árbol y descanso las manos sobre mi regazo hasta que lo veo acercarse.

—Repasemos primero la teoría, ¿te parece? —Tomo mis apuntes. Nunca he sido la más aplicada, pero siempre me esfuerzo por hacer lo mejor que puedo.

—Me gusta más la práctica —dice y se sienta junto a mí.

El brillo de determinación que asoma en sus ojos me intriga.

—Te quiero, Rach, de verdad lo hago —susurra y lleva su mano a mi mejilla, me acaricia con ternura. El chico dulce que conozco desde que tengo catorce años está de vuelta.

—Yo a ti, Jack.

—Lo sé —responde y acerca su boca a la mía—. Lo sé, Rach.

Con desesperación, su mano libre se apoya en mi cuello, baja por mi espalda y mi cintura mientras sus labios toman los míos. Emito un pequeño jadeo ante lo tensa que me pone la situación.

—Jack, debemos estudiar. Además, puede llegar alguien en cualquier momento.

Él ignora mis palabras y continúa besándome. Aleja los cuadernos y pronto su cuerpo está encima del mío.

—Da igual —gruñe, se mueve entre mis piernas y le da más brusquedad a la forma en que me toca.

—Mi espalda —me quejo al sentir pequeñas ramas que se adhieren a mi vestido. Jackson baja su boca a mi cuello y mueve sus caderas contra mí.

Hoy, la sensación de nuestros cuerpos tocándose no es agradable.

—Jack, no... —Detengo el avance de su mano que empezaba a vagar por mis muslos.

—Maldita sea —Se suelta de mi agarre, alejándose—. Estoy tan cansado de ti.

Su confesión me entristece y enoja al mismo tiempo.

—Podría llegar cualquier persona y vernos. Además, quiero ayudarte a estudiar o, si lo prefieres, mejor me voy a casa a hacer las tareas que tengo pendientes.

Bufa y su expresión es de ira. Respiro hondo. Esto no está bien. No estamos bien. Aunque duela, tengo que aceptarlo.

—No me contaste cómo han sido tus clases con Harvet —Se sienta y luego acomoda su cabello.

—Bien.

—¿Bien? ¿Te parecen bien los comentarios fuera de lugar que te ha hecho?

—¿De qué hablas?

—De ese cabrón queriendo ligar contigo.

—No estaba ligando conmigo —refuto extrañada.

—Ahora entiendo por qué no aceptó mi solicitud y ya. No quiere tenerme ahí arruinando sus planes.

Sin poder evitarlo, en mi rostro se dibuja una sonrisa cansada.

—Estás bromeando, ¿no?

—¿Me estoy riendo? —pregunta con un tono lleno de reproches. No se esfuerza por mantener la calma—. ¿Crees que me da risa esta mierda?

Lo miro incrédula y, sobre todo, esperanzada en encontrar una pizca de arrepentimiento. Pero no hay nada de eso.

—Si continúas hablándome de esa manera, esta conversación se termina —sentencio, pero él no responde—. Regrésame el móvil, por favor. Me voy a casa.

De forma tosca, va al auto por mi teléfono y me lo entrega. Niego, decepcionada.

—Nuestra relación es esto por tu culpa, Rachel.

—¿Sabes qué? Me voy de aquí —declaro y me pongo de pie.

—Pues vete. Y si es con el hijo de puta ese que tienes como profesor, adelante. Me da igual.

Es suficiente para mí. Estoy molesta, triste y decepcionada. Me marcho porque necesito estar sola. Camino varias calles hasta llegar a casa y encerrarme en mi habitación. Me tiro encima de la cama y las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas ante los recuerdos de nuestros años

juntos, del chico del que me enamoré, el mismo que ya no existe, lo que confirmo cuando recibo un mensaje de su parte:

Se acabó, Rachel, no puedo seguir con esto.

No hasta que entiendas lo mucho que merezco y lo poco que me das.

Te quiero, pero eres una niña y yo necesito una mujer.

Se terminó. De cualquier forma, iba a suceder.

Los ojos se me encharcan. Ni siquiera puedo creer que esté terminando con lo nuestro de esta forma y con esas palabras, haciéndome sentir insuficiente.

Lo he intentado, me he esforzado por nosotros.

Lloro con más fuerza. Carajo. ¿Por qué si estoy tan enojada con él me siento más triste que molesta? Me acomodo, trato de calmarme para que el nudo en mi garganta desaparezca.

—Hola. ¿Hay alguien aquí? —Escucho la voz de Amy proveniente de la sala de la casa—. Rach, la puerta estaba abierta. ¿Estás bien?

—Estoy en mi habitación, Am —hablo fuerte y los sollozos regresan.

—Es un miserable —comenta apenas entra—. Yo creí que Jackson era un buen hombre. Llevaban tantos años...

Amy se sienta a mi lado y me rodea con sus brazos.

—¿Cómo te enteraste? —Trato de apaciguar mi llanto.

—Las fotos están circulando por diferentes chats desde las nueve de la mañana. No puedo creer lo que te hizo. ¡Es un cabronazo!

—¿Fotos? —Me alejo de ella, confundida—. ¿De qué estás hablando?

—Las que te envié, ¿no las viste?

—No, no pude. Jackson fue a buscarme al salón y me quitó el celular cuando vio que me escribiste. No quería que nos interrumpie... —Me detengo y sonrío incrédula. Todo empieza a encajar como las piezas de un puzzle—. ¿Qué había en las fotos?

Amy no habla, pero su silencio es una respuesta a gritos.

—Dilo —le pido.

—Jackson con la tipa esa de intercambio en los vestidores.

Aunque no debería sorprenderme, lo hace y duele.

—Me dijo que esta mañana tenía entrenamiento —Muerdo mi labio inferior en un inútil intento por parar mis sollozos—. Apareció en mi salón, aun cuando casi toda la universidad sabía de esas fotos, ¿y ni siquiera pudo

decírmelo a la cara? —Niego con la cabeza, escéptica—. Hasta me reclamó por el comentario que hizo el profesor Harvet el otro día. ¡Es un cínico!

—Es un imbécil. ¡Ah! Qué ganas de... —Se calla y aprieta los puños. Su expresión está llena de furia.

Puedo sentir su indignación, una que apenas se acerca a la mía cuando recuerdo que me invitó a pasar el día con él porque sabía que yo me ofrecería a ayudarlo con su examen. ¡Quería que fuéramos a su casa! Maldita sea. ¿Qué buscaba? ¿Un ‘regalo’ de despedida?

Consumida por la rabia, lloro con más intensidad.

—¿Qué he estado haciendo, Am? —le pregunto cuando ella toma mi mano—. ¿Cómo pude permitir que me hiciera sentir que no valgo? ¿Cómo permití que nuestra relación llegara a esto?

—Tú vales mucho, Rachel Lombardo. Es él quien no te merece. ¿Lo entiendes? —habla con firmeza.

—Me esforcé, Am. Me esforcé inútilmente para que lo nuestro funcionara.

—Lo sé, Rach, pero Jackson ya no es el mismo que conocimos en el colegio.

Ella tiene razón. No quise ver las señales que estaban ahí y eran tan claras.

—Venga, olvídate un rato de ese idiota. ¿Pizza y nuestra temporada favorita de Friends? —pregunta con su ánimo usual. Aunque trato de contagiarme de su energía, no puedo evitar que mis ojos vuelvan a llenarse de lágrimas—. Ven aquí. Todo estará bien, ¿vale? Entiendo que no debe ser fácil, pero lo haremos juntas. Ya verás que mañana ni lo recordarás. Es más, ¿de quién estábamos hablando?

Río. Ojalá olvidar fuera así de fácil. Sin duda, la mala memoria como cura para el desamor evitaría muchos corazones rotos.

LA LLAMADA

Nada que una tarde de chicas no pueda solucionar —Amy habla con la boca llena, al tiempo que disfruta de la última rebanada de pizza.

—Gracias, Am.

—¿Cuál gracias, Rach? Tú has soportado todos mis dramas y, por primera vez estamos viviendo uno tuyo —Me regala una sonrisa radiante que no tarda en desvanecerse—. Jackson se va a arrepentir de esto. ¡Ah! Es un imbécil.

La mención de ese nombre me incomóda, cierro los labios con fuerza porque, aunque quiero expresar lo enojada que estoy con él, prefiero callar y olvidar el tema.

—Estaba deliciosa la pizza, ¿no?

—Buenísima —responde. Termina su porción y toma el control del TV—. ¿Otra temporada más de Friends?

—Me encantaría, pero tengo mucha tarea por hacer —le digo apenada.

—Cierto. Olvidaba que este semestre tienes clases con el papucho.

—¿A quién te refieres? —cuestiono mientras limpio con una servilleta los restos de comida en las comisuras de mis labios.

—Al papucho Mark Harvet Prier, amiga. El profesor de Cálculo.

—¿Desde cuándo te sabes los nombres y apellidos de los profesores?

—Él fue novio de la hijastra de mi padre.

—¿De Mishell? —Amy asiente con fastidio.

—No entiendo cómo la víbora pudo tener tanta suerte —Sonrío por su comentario. La comparación venenosa que hace sobre su hermanastra es muy acertada—. ¿Viste lo joven que es Harvet? Por Dios, ese hombre está buenísimo.

—Es lo primero que pensé —Mi amiga me mira con picardía—. Hablo de lo joven que... ¡Amy Martins Yanes! —Ella estalla en una carcajada.

—¿Qué? No tiene nada de malo.

—¡Por supuesto que sí! Es mi profesor.

—Bueno, tampoco es que sea un delito, tú tienes veinte años y él veintiséis.

—¿Veintiséis? —Mi boca se abre por la sorpresa. Es más joven de lo que pensé.

—Sí —Suenas emocionada—. ¿Sabes? Igual no culpo al idiota de Jackson por estar celoso de Mark, ¡es guapísimo!

—Am, ¿es que no lo ves? Jackson no estaba celoso del profesor, solo usaba el tema para victimizarse y restarle importancia a las fotos que están circulando.

—Lo sé, pero no hay mal que por bien no venga. Piénsalo, ahora estás soltera —habla enérgica—. Puedes entregarle algo más que la tarea.

Su ocurrente comentario me hace reír.

—Estás loca, Amy.

—Te puedo ayudar con algo —Saca su móvil y empieza a dictarme un número—. Tres, cinco, siete, siete, noventa...

—¿De quién es ese teléfono?

—Del profesor más guapo de la facultad de matemáticas de nuestra universidad —Su gesto al decirlo es encantador—. Te enviaré su contacto para que lo guardes —informa con alegría. Conozco sus intenciones y no sucederá, no voy a registrar ese teléfono en mi agenda—. Quizá tengas dudas sobre la tarea de hoy.

Ella centra su atención en los pies de la cama, donde está mi celular. Se estira y lo toma.

—¡Hecho! —Aclara divertida mientras teclea en mi móvil y luego me muestra la pantalla.

Contacto: Papucho Harvet



Leo cómo mi amiga ha guardado al profesor y sonrío. Es Amy, no puedo esperar menos de ella.

—¿Segura que no quieres hablar con él ahora? —pregunta divertida y vuelve el móvil hacia su rostro. Sé que no lo llamaría sin mi aprobación, pero igual decido arrebatárselo—. Solo estaba bromeando —Ríe al decírmelo.

La imito, aunque pronto los recuerdos vuelven.

—Gracias, Am —menciono nostálgica. Estoy agradecida por tenerla a mi lado, no sé qué estaría haciendo ahora sin su compañía. Seguro construyendo mares en todos los desiertos del mundo con tus lágrimas, escucho cómo reniega una vocecita en mi mente. Y es probable que tenga razón.

Amy se aleja un poco para verme y me muestra sus dientes perfectos.

—¿Me agradeces por darte el número del ardiente profesor Harvet? — El tono coqueto e insinuante con el que habla me hace entornar los ojos—. Vamos, tienes que aceptar que está guapísimo. Y que lo llamarás.

—¡Amy Martins! No voy a llamar al ‘Papucho Harvet’ —Hago comillas con mis manos al decir esto y ella finge enojarse.

—Vale, pero al menos acepta que es un bombón. Acéptalo, Rachel Lombardo —insiste luego de ahogarse de risa por varios segundos.

—Sí, de acuerdo, es guapo y se ve que muy inteligente también — decido contestar con sinceridad porque sé que Amy no parará hasta que lo admita y su mirada acusadora confirma que esperaba más de mi respuesta —. Oh, aguarda, me faltó algo: el profesor está follable, es un papucho que ha sido tallado por el mismísimo Vincent van Golden, ¿o era Vincent van Rodin? —agrego, al tiempo que intento recordar algunos de los cumplidos que mi amiga usa para describir a sus personajes literarios favoritos.

—¡Eso! —exclama sonriente y me contagia con su actitud. Luego baja la mirada y me sorprende con una pregunta—. ¿Estás llamando a alguien?

Sigo sus ojos y me doy cuenta de que mi celular está activo. Maldito sea el asistente de mi teléfono. Lo odio.

Llamada con:



Papucho Harvet

Mierda. No no...

Amy se inclina hacia mí y se da cuenta de a quién llamé por error.

Impaciente, medito qué hacer. La llamada lleva poco conectada, así que es posible que no haya escuchado mucho de nuestra conversación. Además, seguro pensará que alguien le marcó por equivocación. Decido hablarle y disculparme. Tiemblo al levantar el móvil.

—Perdón, marqué al número equivocado —digo y trato de cambiar un poco mi voz.

—Señorita Lombardo —Escucharlo y saber que me reconoció dispara mis nervios. Amy lleva sus manos a la boca, callando su impresión.

—Eh, tengo que colgar.

—De acuerdo. Y, señorita Lombardo —habla muy rápido antes de que yo pueda dar por terminada la llamada—... Es van Gogh.

—¿Disculpe?

—El pintor. Es Vincent Willem van Gogh, no van Golden —responde y así me arrebató la pizca de tranquilidad que me quedaba.

Contengo el aliento. Él no solo escuchó mi apellido, sino también los comentarios ordinarios que hice. Las palabras se estancan en mi garganta y soy incapaz de decirle algo más, así que le cuelgo.

Amy da saltitos y me mira entre emocionada y asustada, pero en lo único que puedo concentrarme es en la presión que siento en el pecho.

—Nos escuchó, ¿verdad? —Asiento y confirmo sus sospechas—. Mierda. Rach, lo siento, de verdad yo no...

—Lo sé, Am —intento tranquilizarla.

—Si decides mudarte de planeta, prométeme que me llevarás contigo. ¿De acuerdo?

—Por supuesto que te llevaré. Dime, ¿cómo Joey podría vivir sin su Chandler? —le pregunto y la abrazo al notar que sigue apenada por lo sucedido—. Tranquila. Olvidemos esto, seguro mañana ni se acordará.

Borrón y estupideces nuevas, ¿no? La molesta voz en mi cabeza se burla, pero tiene razón. Borrar de mi mente la vergonzosa situación es lo mejor.

Si no lo recuerdo, no pasó. Ese pensamiento logra mejorar mi estado de ánimo.

Amy continúa a mi lado. Con ella las horas se pasan volando, las penas y desgracias desaparecen... Agradezco tanto tenerla conmigo. Sin embargo, llega el momento de la despedida.

—Te amo, llámame si me necesitas. Y lo lamento otra vez, Rach.

Su adiós logra traer de vuelta el tema. Intento evitarlo buscando actividades que me mantengan alejada de la vergüenza que siento al imaginar lo que el profesor Harvet debe estar pensando de mí.

El profesor está follable... Es un papucho...

¿Por qué? ¿Por qué tuve que decir eso? Basta, Rachel, me obligo a olvidarlo o, al menos, a dejar de recordarlo.

Horas más tarde, recibo un mensaje de mamá avisándome que no podrá llegar a casa porque su turno en el hospital se extendió. Sé que ella ama lo que hace, de hecho, puedo jurar que es la enfermera más entregada a su

trabajo, pero no me acostumbro a sus nuevos horarios nocturnos. La extraño.

Invasada por la nostalgia, voy a la cama pues el cansancio por el día tan raro que he vivido termina por alojarse en mi cuerpo y provoca que caiga en un sueño profundo.

OceanofPDF.com

OJOS MARRONES

Mark

Traje oscuro, corbata negra, prístina camisa blanca y cuarenta minutos exactos para empezar la jornada laboral. Es mi tercer semestre como profesor en la Universidad Wens Ildet y el primero como titular. Podría pensar que esa es la razón por la que mi padre me llama con tanta insistencia. Sin embargo, no es así. Sé de qué va y prefiero no responder.

La culpa por ignorar una llamada que puede ser importante me hace cambiar pronto de opinión. Tomo el móvil y le contesto.

—Papá, buenos días.

—Hola, hijo. ¿Todo bien? Llevo minutos marcándote.

—Sí, todo en orden. ¿Cómo están mamá y tú?

—Bien, hijo. Estamos bien —Lo escucho suspirar—. Mark, te llamaba para preguntarte si pensaste sobre tu cita con Rebecca. Hace unos días llegó de su intercambio y sabes que a su padre y a mí nos encantaría que ustedes salieran. Ambos necesitan distraerse.

Me lo imaginaba. Esta vez soy yo quien lleva aire a los pulmones.

—Discúlpame con tu amigo y con Rebecca. Ya te había dicho que no tengo tiempo —Papá bufa enojado. En un intento por mejorar la conversación, añado—: Hoy debo dar clases toda la mañana y estaré en algunas reuniones por la tarde.

—Por favor, Mark —refunfuña—. Tú y yo sabemos lo organizado que eres con el tiempo.

—Papá, ya te dije que no estoy interesado.

—¿Por qué no? —Su tono ahora es más severo—. Conoces a Rebecca desde hace años, es una buena muchacha, recién egresada de la escuela de Medicina, de buena familia, su padre es mi mejor amigo y es evidente que está interesada en ti. ¿Cuál es el problema?

¿Que cuál es el problema? Quizá lo mucho que me molesta que él se involucre en estos temas. Sé que quiere lo mejor para mí, pero con quién salgo o no es mi decisión, no la suya.

Ahora mismo no tengo interés de enfocar mi vida en una relación de pareja. Pese a que hace poco culminé mi doctorado, tengo cinco materias este semestre, tutorados de tesis e investigaciones que preparar para mi

presentación en el próximo congreso de la universidad. ¿De dónde sacaré tiempo suficiente para una relación?

—Debo colgar. Dile a mamá que le envío saludos.

Estoy seguro de que Eleanor Prier no es parte de esta conversación. Aunque ella también ha mencionado lo mucho que desea que mi hermano y yo encontremos el amor, al contrario de papá, no se involucra en nuestras decisiones.

—Al menos dime que lo pensarás —pide, suavizando su tono—. Sé que tu última relación con esta muchacha, ¿Mishell?, fue un desastre, pero ya ha pasado tiempo suficiente.

—Papá...

—Con Steven perdí las esperanzas y no quiero pensar que tú también abandonaste la idea de tener una familia o, peor aún, que te olvidaste de cómo ligar. ¿Ligar es como dicen los jóvenes de hoy en día?

Me río. Al menos intenta lidiar con su carácter fuerte y mandón que no es muy diferente al mío.

—Lo pensaré —accedo—, pero las cosas se harán a mi manera, ¿de acuerdo? Empezando porque seré yo el que le pida a Rebecca salir, no tú o tu amigo.

—Está bien —Se escucha feliz, seguro porque cree que logró salirse con la suya—. Que te vaya bien en tu primer día de clases, hijo.

—Gracias, papá. Cuídate —Termino la llamada. Antes de salir del apartamento, voy hasta la pequeña mesa de centro de la sala y tomo las llaves del coche. Me alegra que, pese a la charla de varios minutos con mi padre, el tiempo sigue estando a mi favor ante el habitual tráfico de la ciudad.

Los pasillos de Wens Ildet están abarrotados y varias alumnas emiten curiosas risitas a mi paso. Intento mantener el rostro inexpresivo. No voy a negar que me halaga que me vean como alguien atractivo, pero no en mi lugar de trabajo y mucho menos las estudiantes. Además, prefiero que me admiren por lo que tengo en la cabeza y todo el sacrificio que he hecho por formarme y ser el mejor en lo que hago.

—Profesor Harvet —me habla una de las chicas que antes me sonreía, se acomoda a mi lado junto a otra joven—, es un gusto conocerlo. Soy Monique Anderson, estoy inscrita en su clase.

Observo la hora en mi reloj y, al ver que están presentes tan temprano en la universidad, les hablo de lo importante que es la puntualidad en mi materia. Ambas sonríen orgullosas y la alumna Anderson fija su mirada en la mía y habla de lo emocionada que se encuentra de estar en mi clase. Además, comenta que sus padres son patrocinadores de varias áreas de la universidad. Me agobia escucharla pronunciar tantos halagos vanidosos a su familia.

—Bien, las veo luego —Me alejo y entro al aula que me asignaron.

Minutos después, ellas también entran al salón. Antes de que sean las siete, enciendo la laptop y aprovecho para repasar los temas que se estudiarán en el semestre.

—Me enteré de que Rachel alcanzó cupo en este curso, pero seguro lo canceló a última hora —Escucho a la alumna Anderson hablar con su amiga—. ¿En serio es tan estúpida como para anular la materia solo porque su novio no logró inscribirse?

—Eso parece —Su compañera responde y otros alumnos empiezan a llegar—. Los amigos de Jack me contaron que él le pidió suspender hasta el próximo semestre para que vean la materia juntos, ¿puedes creerlo? Qué patética es.

En ningún momento bajan el volumen de la conversación. Seguro desean que todos escuchemos lo que están diciendo sobre la otra alumna. ¿Quién le pediría a su pareja que anule una materia porque no están juntos? O, peor aún, ¿quién accedería a esa petición?

A las siete menos tres, doy por finalizadas las charlas inoportunas. Hay veintinueve de treinta estudiantes inscritos, por lo que inicio la clase.

—Buenos días —Recorro el salón con la mirada—. Soy Mark Harvet Prier, especialista en Estadística y Cálculo, doctor en Ciencias Matemáticas y su profesor de Cálculo Integral este semestre.

La señorita Anderson cuchichea con su amiga. Las miro molesto y digo:

—Primera regla: Si estoy hablando, procuren escucharme, lo mismo cuando lo hagan sus compañeros o compañeras, ¿de acuerdo? Segunda regla —Alejo la vista de ellas y hago un paneo por el resto del aula—: Quien llega tarde, no entra, salvo excepciones justificables. La clase inicia a las siete en punto.

Bastan aquellas advertencias para que los alumnos dejen de observarme como si fuera un compañero más.

—Sean bienvenidos a este nuevo semestre. Espero que les vaya muy bien en todas sus materias —Tomo un marcador de mi puesto y me acerco al tablero—. Ahora, vamos a realizar una sencilla prueba.

Escribo unos ejercicios tan básicos que me sorprende la confusión que veo en sus rostros. Espero que sea porque dudan que las respuestas sean tan obvias.

—Fácil, ¿no? —cuestiono con incredulidad—. Cualquier duda, pueden preguntar. Estamos aquí para aprender.

Pasan los minutos y ninguno de los resultados que me dan se aproxima al correcto. Los veo uno a uno y noto su preocupación, pero nada comparado con la expresión que tiene la joven que mira desde el pasillo. Está inmóvil, a unos centímetros de la puerta.

—¿Puedo ayudarle en algo, señorita?

—Es e-esta... —titubea nerviosa. Doy un paso más hacia ella para poder escucharla con claridad—. ¿Esta es la clase del profesor Harvet?

—Lo es.

—¿Qué? —Su expresión me intriga, me gustaría entender la razón por las que sus mejillas se encienden.

—Yo soy el profesor Harvet. ¿Está inscrita en mi clase?

—Sí. El ascensor no estaba habilitado, pero tampoco voy a mentir —habla sin parar—, porque hoy no fui puntual y, aunque subí las escaleras corriendo, tardé dos minutos en llegar aquí. Tal vez si no hubiese tomado ese pequeño descanso en el cuarto piso...

—Respire —le pido—. ¿Subió en dos minutos todas esas escaleras?

—Sí —Su respuesta positiva me impresiona y, de pronto, recuerdo que ella es la estudiante que faltaba, la misma que sus compañeras aseguraban no tomaría esta materia por no estar en compañía de su novio.

—No hay excusa para llegar tarde, sin embargo...

—¿Me dejará pasar? —pregunta y observo su aspecto cansado. De verdad, parece que se ha esforzado por llegar a tiempo. La imagino corriendo a toda prisa por las escaleras y me alegra que esté aquí contra el pronóstico de la alumna Anderson. La dejo entrar y ella avanza con rapidez.

—¿Suced algo, alumna... —le digo cuando la veo detenerse.

—Lombardo. Soy Rachel Lombardo. No pasa nada, disculpe.

Vuelvo a mi lugar, aún sorprendido de que nadie tenga la respuesta a los ejercicios, por lo que les menciono que es un trabajo que pueden resolver

muy fácil en cinco minutos.

—¿Y para los que no sabemos? —chista la recién llegada.

—El que no sabe, señorita Lombardo, puede tardar hasta una hora o, ¿qué tal todo lo que queda del año? —le respondo y sus mejillas vuelven a sonrojarse.

Esbozo una sonrisa y decido terminar con la tortura. Escribo la repuesta de los ejercicios en el tablero y, por fortuna, parecen entenderlo, por lo que anoto algunos más.

—Quiero que saquen una hoja y resuelvan estos ejercicios.

—¿Solo le entregamos la hoja, profesor Harvet? —De nuevo es la voz de la alumna Lombardo.

—¿Algo más que desee entregar, señorita? —cuestiono y, al instante, las burlas y chiflidos de los demás estudiantes me tensan—. Silencio, por favor. Dejen de sacar todo de contexto —Busco la mirada de la chica; me doy cuenta de que he dicho algo que se puede malinterpretar con facilidad—. Y sí, señorita Lombardo, la hoja con la respuesta de los ejercicios que están en la pizarra.

Los siguientes minutos, los alumnos se concentran en sus tareas y yo regreso al escritorio. Aunque intento enfocarme en el portátil frente a mí, es inevitable no fijarme en la clara incomodidad de la alumna Lombardo. Lamento haber hecho ese comentario y en lo único que pienso es en disculparme con ella. Apenas se acerca para entregar su hoja, le pido que espere un momento. Acepta luego de unos segundos y regresa a su asiento.

Una extraña sensación de angustia me invade cuando el último estudiante se marcha, en el lugar reina un silencio sepulcral. Dirijo mi mirada hacia la única estudiante en el salón, nuestros ojos se encuentran y me acerco a ella.

—Señorita Lombardo.

—Profesor Harvet —se pone de pie. Debo inclinar un poco mi cabeza hacia abajo para verla. Noto sus nervios, su respiración pesada.

—Gracias por esperar. Le debo una disculpa. No era mi intención incomodarla.

—Disculpa aceptada, no se preocupe —habla en un tono cálido pero firme y me sostiene la mirada por primera vez. Mis labios se curvan en una sonrisa—. Yo, eh. Debo tarde —comenta algo que no logro comprender—. Lo que quiero decir es que debo irme porque se me hace tarde.

A su rostro vuelve aquel color rojizo que he visto desde que crucé palabra con ella.

—Bien, tenga buen día, señorita Lombardo.



Ya es de noche cuando regreso a casa. Me siento en el sofá de la sala y recuerdo la conversación que tuve con mi padre; le di mi palabra de que llamaría a la hija de su mejor amigo y debo cumplirla. En cuanto termino de organizar las actividades del día siguiente, ceno, me ducho y le escribo un mensaje a Rebecca invitándola a almorzar. No tarda en responder con la misma emoción de siempre y aceptar.

Dejo el móvil en la mesa de noche de la habitación, apago las luces y me tumbo en la cama.

Me despierto temprano, cumpliendo con la rutina de siempre: salgo a correr, voy al gimnasio y doy las clases del día en la universidad.

Cuando me dirijo al restaurante en que quedé con Rebecca, reflexiono sobre la monotonía en la que he estado sumergido en los últimos años. Quizá mi padre tenga razón. Es momento de enfocar mi vida más allá del trabajo.

—¡Mark! Por aquí —La voz de Rebecca me recibe apenas entro al lugar. Se pone de pie, yo me acerco y le doy un beso en la mejilla—. Cuanto tiempo ha pasado... Qué gusto verte.

—Igualmente, Rebecca. ¿Cómo estás? —Vuelve a tomar asiento. Desabotono el broche de mi traje e imito su acción, me acomodo frente a ella.

—Sorprendida de que me invitaras a salir. Hay mucho de qué hablar, tienes que contarme qué hiciste en el último año.

—Terminé mi doctorado y...

—Has estado yendo mucho al gimnasio. Se nota.

—Un poco —Río ante su apunte—. ¿Y tú? ¿Qué tal el internado en Alemania?

—Horrible —dice con aire desolado—. Tuve que pasar horas cubriendo turnos en cirugía como asistente. No pude salir ni un día de fiesta. Tenía que quedarme limpiando de todo: heridas, habitaciones, ¿puedes creerlo?

—Buenas tardes y bienvenidos. Vengo a dejarles el menú —Una de las meseras aparece.

—Buenas tardes. Gracias.

Ojeo la carta un momento. Al igual que Rebecca, pido la especialidad de la casa.

—En unos minutos les traigo su orden —menciona la mesera antes de marcharse.

—Y después me enviaron a un laboratorio médico —continúa Rebecca —. Pasé horas sacando sangre, analizando pruebas...

—La práctica ayuda bastante. Eso es muy bueno —digo y ella me mira con expresión ceñuda.

—Era súper aburrido.

—Ah, vale. Pero habrá algo que te haya gustado.

—Nada. No deberían obligarnos a tomar esos doce meses de internado, es horrible.

En silencio, sopeso la conversación. Cuando mi móvil suena por una llamada de un número desconocido, me disculpo con Rebecca y me alejo hacia la terraza para contestar. Pongo el teléfono en mi oreja y escucho voces a lo lejos.

—Acéptalo, Rachel Lombardo —pide una de ellas.

—¿Hola? —digo, pero no hay respuesta.

—Sí, de acuerdo, es guapo y se ve que muy inteligente también —responde la otra persona y su voz parece a la de la alumna que llegó tarde a mi clase de ayer—. Oh, aguarda, me faltó algo: El profesor está follable, es un papucho que ha sido tallado por el mismísimo Vincent van Golden, ¿o era Vincent van Rodin?

Confirmo que es la voz de la alumna Lombardo. Intento reprimir una sonrisa por lo que acabo de escuchar. ¿Quiso decir van Gogh? ¿El pintor? Pero si él no talla... Carajo. Suelto una pequeña carcajada.

—¿Estás llamando a alguien? —inquieta la persona que aún no identifico en la llamada.

—Perdón, marqué al número equivocado —la alumna intenta cambiar su voz.

Mi sonrisa se hace más amplia y empiezo a imaginar sus mejillas coloradas.

—Señorita Lombardo.

—Eh, tengo que colgar.

—De acuerdo. Y, señorita Lombardo... Es van Gogh —suelto, sin duda disfrutando del momento.

—¿Disculpe?

—El pintor. Es Vincent Willem van Gogh, no van Golden.

El pitido del móvil es la única respuesta que obtengo. Cortaron la llamada, así que guardo el teléfono y regreso con mi cita. La comida ya está servida en la mesa.

—Perdona, era de la universidad.

Rebecca asiente y retoma la conversación de su internado y las mil quejas que tiene sobre él. Me dedico a escucharla mientras termino mi plato.

—Ha sido un placer verte hoy, Rebecca, pero debo irme —comento al ver que ambos hemos acabado de comer. Ella informa que también tiene que marcharse, por lo que pago la cuenta y la acompaño hasta su auto.

—Fue un gusto, Mark —Deposita un beso en mi mejilla—. Espero que pronto salgamos de nuevo. La pasé muy bien.

—Hasta pronto —Abro la puerta de su coche—. Cuídate.

Ella se aleja y yo me dirijo hacia mi auto. Conduzco en dirección al departamento, intento no pensar en nada, ni siquiera en esa llamada. Llego y me tumbo en el sofá, sin dejar de sonreír.

Sí, de acuerdo, es guapo y se ve que muy inteligente también... Es un papucho que ha sido tallado por el mismísimo Vincent van Golden. Río con más ganas. Tomo el móvil y guardo su contacto como RL.

—Qué particular es esta alumna —digo en voz alta. Soy incapaz de ocultar la diversión que me causa lo ocurrido, incluso cuando el timbre de la puerta suena y me pongo de pie para abrir.

—¿Y esa cara? ¡Has cogido! —deduce mi gemelo, apuntándome con su dedo—. Y debió ser un muy buen polvo, porque esa sonrisa...

—O solo estoy alegre de verte, hermano. Pasa.

Steven entra al departamento, negando con su cabeza.

—Te conozco. ¿Quién te tiene así, tan extasiado? —Su curiosidad me obliga a optar por una postura seria. Él, que no es capaz de esperar por respuestas, de inmediato las busca, acercándose al sofá y viendo la pantalla de mi teléfono—. ¿RL? ¿R de Rebecca? Así que tu cita fue de maravilla. Jamás lo hubiese imaginado, ella me parece un poco superficial.

—No es Rebecca.

—Entonces, ¿quién es RL?

—Es de la universidad —comento sin importancia, pero su sorpresa me desconcierta.

—Diablos, Mark. ¿Es Ritha Lowod?

—No es ella, Steven —Su rostro muestra un falso alivio—. Nuestra profesora de historia está felizmente casada hace cuarenta años.

—Ya... Déjame adivinar. RL es una alumna que registras con sus iniciales para que nadie vea que tienes su número guardado —bromea y me quedo inmóvil—. Mierda —musita al notar cómo me ha dejado su comentario—. ¿Es de una alumna?

—Sí.

—Mi-er-da —Steven mira el contacto y después a mí, más de cinco veces—. Nunca guardas el número de tus estudiantes. ¿Acaso te gusta? ¿Al señor correcto le gusta una alumna?

—Por supuesto que no —sentencio.

OceanofPDF.com

SEÑORITA LOMBARDO...

Rachel

Rach, cielo —Escucho una voz dulce. Es mamá—. Tu alarma está sonando. Llegarás tarde a clases.

—Solo cinco minutos más —me quejo.

—Vamos, extraña, es viernes, ya queda poco para el fin de semana y podrás descansar —menciona el apodo que solemos decirnos cuando no nos vemos por varias horas a causa de su trabajo.

—¿Acabas de llegar? —pregunto al verla con su uniforme, ella asiente—. Apenas termine la carrera, dejarás de trabajar —prometo mientras me reincorporo en la cama y la estrecho entre mis brazos. Lamento tener que desistir de mis empleos en temporadas de clases, pero es difícil que alguien acceda a mis horarios dispersos de la universidad.

—Claro que sí, cielo. Por ahora tienes que concentrarte en tus estudios, pero cuando termines la carrera, aceptaré mínimo doce viajes por año. No menos.

—Así será —Le doy un último abrazo—. Ve a descansar, extraña.

Mamá asiente y me extiende una sonrisa cansada. Es otra de las razones por las que no me gustan sus turnos en la noche, apenas le dejan cuatro o cinco horas en el día para poder dormir.

Karla Evans de Lombardo, mi extraña, es el motivo por el que lucho para terminar mis estudios lo más rápido posible, así que me levanto de la cama. Compruebo la hora en el reloj de la habitación y agradezco que aún es temprano. Me alisto y salgo de casa haciendo el menor ruido posible para no interrumpir el ligero sueño de mamá.

Con el tiempo justo, pero el tráfico a mi favor, llego al aula donde todos están ya sentados en sus lugares. Otra maravillosa clase junto a Monique y Crisna, reniego al ver que también seremos compañeras en Auditoría.

—Buenos días —saludo al entrar.

—Buenos días, Rachel —responde la profesora Mirella. Me alegra verla de nuevo este semestre. Es de las mejores docentes en su área.

La profesora se presenta y da una breve introducción de los temas que tratará en el semestre. Cuando regresa a su escritorio y se instala frente al portátil, aprovecho para sacar de la mochila mi libreta.

—Castillo, Vincent —Escucho que empieza a llamar a lista.

Vincent. Ese nombre me hace recordar lo que ocurrió hace dos días. La voz del profesor Harvet vuelve a mi mente y me arrebató la calma, las manos me tiemblan y la calculadora que sostengo se cae al suelo. Los demás voltean a verme.

¡Maldición!

—¿Todo bien, Rachel? —pregunta la profesora.

—Sí, eh, es solo que...

—Es tonta por naturaleza —me interrumpe Monique.

—¡Silencio! Anderson, ¿le parece bien burlarse de su compañera de esa manera? —La profesora la observa con detenimiento y Monique niega con la cabeza—. Cerelli, Laura —continúa con la lista de asistencia.

Tomo la calculadora y vuelvo a acomodarme, sin hacer nada más que esperar la mención de mi nombre. Cuando esto pasa, levanto la mano y regreso a la postura firme que mantengo durante el resto de la clase.

La profesora se desplaza por el salón, explica las regulaciones y volatilidad del mercado, es un tema interesante, pero los ejercicios que propone como tarea no parecen nada sencillos.

—Eso es todo por hoy. Tengan buen día.

Sus palabras me saben a gloria. Me siento animada porque ha llegado a su fin el último día de clases de esta primera semana. Tomo mis pertenencias, me despido de la profesora y de varios de mis compañeros y, al salir del salón, todo rastro de buen humor en mí desaparece. Jackson está en el pasillo, rodeado de sus amigos y, junto a él, la chica de intercambio. Ella se da cuenta de que la estoy mirando y voltea su rostro, avergonzada. Qué irónico, ¿no? Es Jackson Kozlov quien debería sentir vergüenza, es él quien traicionó mi confianza... Y, como si no fuese suficiente, se aparece aquí. ¿Por qué? Ni siquiera tiene clases en este piso.

Una sonrisa victoriosa se dibuja en el rostro de mi exnovio y eso contesta mis preguntas; él deseaba que lo viera. Logró su objetivo, pero yo ya no quiero continuar siendo parte de su juego.

Con la frente en alto y el corazón roto, empiezo a caminar. No soy capaz de pasar a su lado, por lo que tomo la dirección contraria, me dirijo hasta la zona de tutorías de la facultad. No eres tú la que tiene que huir o esconderse, dice la vocecita en mi cabeza. Sé que tiene razón. Debí ignorarlo, seguir mi camino con la misma arrogancia con la que él me miraba. Sin embargo, esa no soy yo... No puedo ocultar mis sentimientos.

Creo que ya no es amor lo que siento por él. Es algo igual de fuerte, igual de intenso, pero no es amor, sino todo lo contrario.



Veinte minutos bastan para reunir el suficiente coraje y afrontar la situación, sea cual sea. Sin ganas de llamar la atención de la secretaria y los pocos alumnos y docentes que se encuentran en el lugar, abandono la oficina de tutorías en completo silencio. Por fortuna ya no queda nadie en los pasillos, muchos han entrado a clases y otros, como Jackson, con seguridad se han marchado.

Algo más tranquila, camino hacia el elevador. Mientras espero a que llegue, una silueta se sitúa a mi lado y logro reconocer a su dueño. ¡No puede ser! Contengo la respiración.

—Señorita Lombardo —su tono es firme.

Giro la cabeza para encontrarme con su mirada. Un calor inexplicable me invade los huesos, la piel, las células, los nervios. Todo.

—Profesor Harvet —Mi voz sale temblorosa.

Las puertas del ascensor se abren y él me invita a pasar primero. Al entrar, vuelvo a llevar aire a mis pulmones, que mucha falta me hace. El profesor se acomoda junto a mí y las puertas se cierran. Ambos miramos hacia al frente, nos observamos por el espejo. Tenía planeado hablar con él y, aunque no me siento preparada, debo disculparme.

—Profesor, sobre la llamada...

—Tenía una señal inestable, no pude escuchar mucho, pero espero le haya ido bien con su investigación sobre van Gogh.

Sin parpadear, sin terminar de crearme sus palabras, lo observo. En aquellos ojos verdosos y de tonalidades esmeraldas noto que no está diciendo toda la verdad. Por supuesto que escuchó todo. Es un pésimo mentiroso y... aprecio sus intenciones por no hacerme sentir incómoda.

—De cualquier forma, le pido disculpas. Los comentarios en esa llamada estuvieron fuera de lugar, lo lamento.

—Yo he tenido que disculparme con usted, usted se ha disculpado conmigo. Estamos a mano, ¿no cree? —Sonríe e imito su gesto—. No se preocupe, Rachel.

¿Acaba de llamarme por mi nombre y no por el usual «alumna Lombardo»? Como un eco muy suave y lento, la forma en que ha dicho mi nombre se mantiene en mi cabeza. Callamos y la tensión entre ambos vuelve, ¿o alguna vez desapareció?

—Que esté bien —Apenas las puertas se abren, él se despide. Admiro la seguridad que tiene al caminar. No son sus trajes los elegantes, es él.

Con aquel último pensamiento, doy pasos fuera del elevador, pero la sensación de que alguien me observa me obliga a detenerme.

Jackson está solo. Ya no sonrío ni hay arrogancia en su rostro. Ahora luce enojado y se aleja de allí.

RUMORES

Mark

Hay rumores de que estabas besándote con una alumna en el ascensor.

Frunzo el ceño al leer el mensaje de Caleb, mi colega. ¿Qué demonios está diciendo?

El móvil vuelve a vibrar. Es él otra vez, ahora con una llamada.

—Eh, Mark —saluda apenas le contesto—. Ni siquiera voy a preguntarte si eso es real. Deberías hablar con Ildet para que investigue y sancione a la persona que inició esos chismes.

Tardo en responderle. Mi mente no hace más que recordar las pocas palabras que crucé hace unos días con la alumna Lombardo. Alguien está inventando que nos vio besándonos, pero ¿quién? No había nadie en el lugar.

¿Algo más que desee entregar, señorita? Mierda. Eso es... ¡Es mi culpa! Seguro el rumor fue motivado por aquel inoportuno comentario.

—Caleb, tengo que colgar —Termino la llamada, pero el murmullo de la voz en mi cabeza continúa con el tema, culpándome y lamentándose por mi alumna. Recordarla no me hace sentir mejor. ¿Rachel Lombardo es la razón por la que Ildet, el director de la universidad, me citó a una reunión de urgencia esta tarde? Pero ¿por qué elegiría su casa para ello?

El estómago se me revuelve. Conozco a Ildet y sé que buscará un culpable y no seré yo su primera opción, sino ella. Pero no pienso permitirlo. Los culpables son los que están difundiendo los rumores. Y yo, por supuesto que también lo soy.

Subo a mi coche y conduzco hacia el lugar de la reunión sin dejar de pensar en el tema durante el trayecto.

—Steven, querido. Me alegra tanto verte —Al llegar, la esposa de Ildet me saluda. No es la primera vez que me confunden con mi hermano. Ni si quiera puedo corregirla porque ella continúa hablando—. Adelante, Mark y Wens te están esperando.

¿Steven está aquí? Ahora lo recuerdo. Ildet debió citarme para la renovación del contrato de las subvenciones que, como cada semestre, mi familia hace a su universidad.

La tensión abandona mi cuerpo. Me alegra que los rumores no tengan espacio en esta reunión. Prefiero ser yo el que dé por finalizado el tema con la modificación de mi carga horaria... No pretendo huir, pero sí evitar la incomodidad que me causa la situación.

Al menos me sentiré mejor. Creo.

—Gracias —digo y continúo el camino hacia el despacho.

—Steven, qué bueno que llegas —Ildet me saluda mientras mi hermano me da la espalda. Lo conozco bien, sé que está sonriendo y celebrando su chiste personal.

—Soy Mark —gruño y el director entorna los ojos.

—Steven Harvet, ¿algún día dejarás de bromear con eso?

—¿Qué fin tendría ser gemelos y no confundir a la gente? —responde él y gira hacia nosotros con la expresión que sospechaba.

—Bien, empecemos —Ildet decide dejar la lucha con Steven. Muy acertado de su parte—. Mark, toma asiento. Ahora traigo el balance general del año pasado.

Su behemencia por renovar el contrato se demuestra en cada acción que realiza, se apresura hacia la esquina de su despacho y hurga en una de las carpetas de anillas de la repisa.

—Hola, papucho —Con burla, Steven murmura apenas me siento a su lado.

—No puedes comentar nada de eso aquí —Observo a mi costado, compruebo con la mirada que nadie ha escuchado—. Es mi alumna. Las cosas pueden malinterpretarse... Aún más.

Repruebo su indiscreción. Hablarle sobre la llamada inesperada que recibí no fue una buena idea.

—Una alumna que te gusta.

—¡No me gusta! Por Dios, Steven. No es ético.

—Se nota que te gusta, Mark.

—¿Gustarle? ¿Quién? —La voz curiosa de Ildet se une a nuestra conversación.

—Su alumna —la respuesta espontánea y simple de Steven es lo último que escucho antes de empezar a toser.

—Mark sería incapaz de algo así —El director suelta una carcajada luego de decirlo.

—Por supuesto, Wens. Solo mira cómo se ha puesto de imaginárselo. Pobre —comenta mi hermano—. No es ético —añade esas tres palabras en un intento de imitarme. Me remuevo incómodo en el asiento, animando a dejar el tema y continuar con la reunión.

Mi gemelo indiscreto y burlón opta por una postura seria, envolviéndose en su papel de abogado, un geniecillo arrogante del que estoy muy orgulloso. Empieza con la lectura de los términos del contrato. Todo se basa en el uso de las subvenciones propuestas por mi familia, priorizando el mantenimiento de áreas, la compra de nuevos equipos y el apoyo a investigaciones.

—Me parece perfecto —Apenas se da a conocer la última cláusula, Ildet firma el contrato con esmero—. Como siempre, el dinero será manejado de manera correcta.

Y no dudamos de eso. Aunque él tiene una personalidad e ideas un poco extrañas, no deja de ser un buen amigo de la familia y un profesional correcto. Sabemos lo mucho que se esfuerza por mantener el prestigioso nombre de su universidad en alto. Quizá demasiado.

En cuanto los documentos y cheques están listos, la reunión finaliza. Abordo al director y le digo que necesito hablar con él, pero mi petición se ve interrumpida por una avalancha de mensajes de Caleb. Empiezo a crear teorías sobre lo que tiene que decirme.

—Un momento —me disculpo, revisando la pantalla del móvil.

Harvet, ¡mi nieta ya va a nacer!

Sé que odias los horarios vespertinos,

pero tengo que ir al hospital.

¿Podrías remplazarme, por favor?

En la siguiente clase tomaré una prueba de conocimiento.

Respiro con tranquilidad. Menos mal no es una nueva tanda de rumores.

Llego en quince minutos.

—¿Y de qué necesitas hablar, Mark? —Al guardar mi teléfono, Ildet cuestiona. Luce interesado.

—Tengo que regresar a la universidad. ¿Podemos reunirnos más tarde en tu oficina?

—Como quieras. Sabes que estoy para lo que necesites —asegura.

Steven nos interrumpe para despedirse, le da a Ildet un estrechón de manos. Ni mi hermano ni yo decimos una sola palabra en nuestro camino

hacia la salida.

—Conozco esa cara —Mi gemelo habla en un tono sarcástico mientras nos subimos a mi auto—. Es la misma que pongo cuando estoy enojado. ¡Qué casualidad!

—No es un chiste, Steven. Le dijiste a Ildet que me gusta una alumna.

—¡Pero ni se lo creyó! Él lo tomó como broma y es verdad. Dijiste que no te gustaba esta chica... ¿Rachel?

—Rachel —corrijo.

—Menos mal no te gusta, porque hasta el color de sus ojos seguro recuerdas.

Son marrones con reflejos ámbar, pienso y la reflexión me paraliza. Desde que la vi, no puedo sacarme de la cabeza su mirada dulce y profunda. Y eso no está bien. Mierda, Harvet, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo es que has memorizado su rostro más de lo que alguna vez recordaste el apellido de un alumno?

No puedo. No quiero sentirme así: culpable.

—Gracias por ofrecerte a llevarme, papucho —Con una sonrisa de satisfacción, palmea mi hombro y se acomoda el cinturón de seguridad. Por un momento pienso que va a comentar algo más sobre el tema, pero en su lugar habla sobre marcas de motos. Steven ya no necesita mencionar a Rachel porque ha obtenido una respuesta y yo he perdido la calma.

Una nueva notificación llega y aprovecho el semáforo en rojo para revisarla. Es Edward, otro colega de la facultad.

—¿Es tu alumna? —Steven llama mi atención.

—No.

—Pero te hubiese gustado que fuese ella —asegura y lo miro mal.

—No.

—Yo sé que sí y que te sientes de la mierda por eso —continúa analizándose.

—Es mi alumna, Steven. No es ético.

—Eres humano, Mark. No podemos tener el control sobre todo en la vida. Esa chica te parece guapa y ya está. No tiene nada de malo.

Somos humanos y somos inmortales...

Hasta que cometemos el primer error.

Lo que dijo Steven me recuerda esas palabras de mi madre. Una frase de ánimo, pero también de advertencia.

—Gracias por traerme, papucho. Pórtate mal —Apenas pasamos por su bufete, Steven se despide. Sonrío, acostumbrado a lidiar con su humor.

Un poco más relajado, conduzco en dirección a la universidad. Me toma casi siete minutos llegar hasta el salón de Caleb, quien suspira aliviado al verme.

—Gracias a Dios, Harvet. Debo irme ya, pero luego hablamos. ¿De acuerdo? Lamento que estés involucrado en esos rumores.

—Tranquilo, ve a conocer a tu nieta —Sus ojos se iluminan ante la mención de la criatura y sale corriendo.

En cuanto entro, escucho susurrar a varios alumnos y veo a otros mirarme con sorpresa.

—Continúen con su prueba —ordeno situándome varios pasos frente al pizarrón, donde obtengo una mejor visión de todos sus movimientos.

Uno de ellos me observa con enojo, como si deseara desaparecerme. Lo recuerdo. Es el novio de la alumna Lombardo y entiendo su molestia. Escuchar rumores tan absurdos relacionando a su pareja conmigo no debe ser agradable.

Opto por ignorar la situación y enfocarme en vigilar la prueba. Hay algunos estudiantes que, a primera vista, saben lo que hacen. Otros, por el contrario, parecen más preocupados por las hojas de sus compañeros y es en ellos en quienes me concentro. Aquello me hace gracia, logra mejorar mi humor, pero mantengo una postura seria.

—Dejen la hoja sobre la mesa y retírense —informo una vez el tiempo estipulado para la prueba termina. Los alumnos obedecen y uno a uno se marchan.

Organizo los exámenes, los guardo en mi maletín y me dirijo a ver a Ildet. En el camino, pienso en las palabras que diré sobre el cambio de carga horaria, ideas que se pausan cuando estoy por abrir la puerta de la oficina y escucho voces en la sala de espera de su despacho.

—¿Y piensas que Rachel te perdonará lo de las fotos? —dice alguien.

—Ella me ama, por supuesto que me perdonará —responde otro e identifico en esa voz al alumno Kozlov.

—Si estás tan convencido de que vas a volver con ella, ¿para qué inventaste esos rumores?

—Iván, no seas imbécil, es obvio. Aquí mi amigo quiere que los rumores la hagan sentir culpable y así equilibrar lo que él hizo —Esta vez

es otra persona la que habla.

—Bueno, cállense un rato —pide Kozlov entre risas—. Lo de equilibrar la situación no lo había pensado, aunque no es mala idea, Peter. Quizá se le pase más rápido el berrinche a Rachel. ¿Pueden creer que ni siquiera responde mis mensajes o llamadas? —Los otros ríen y él continúa—. Los rumores no los creé por ella, sino para joder a Harvet. Ese cabrón se lo merece por negarme la inscripción a su clase. Así que no olviden lo que tienen que decirle a Ildet.

Esta vez el que ríe soy yo, incrédulo ante lo que acabo de escuchar. Lucho contra el deseo de cruzar la puerta y... Respiro. Maldigo para mis adentros. Niñato estúpido, ¿intentar afectarme mientras arrastra en el camino a su novia? ¿Cómo puede ella estar con alguien así?

—Qué hijo de puta eres —La voz del tal Iván retoma—. Definitivamente, no te mereces a Rachel.

Y no puedo estar más de acuerdo.

—¿Qué dices? Si soy el único que soporta lo aburrida que es. Yo podría estar con cualquiera y, aun así, la elijo a ella. ¿No es una malagradecida?

Sus palabras me llenan de rabia.

—Profesor Harvet —dice Lily, la secretaria de Ildet, detrás de mí—. Disculpe, tuve que ir a sacar unas copias. El director no tardará en llegar, pase.

Estiro mi brazo y la invito a seguir. Al entrar, observo con atención a Kozlov sentado junto a sus dos amigos. Aunque se ha puesto tan blanco como un papel, no esquiva mi mirada, como tratando de averiguar si escuché algo de su conversación. No tarda en descubrirlo y la expresión de sorpresa en su rostro cambia por una sonrisa arrogante.

—Lily —Vuelvo a centrar mi atención en la secretaria—, comunícale al director que luego lo llamaré, por favor.

No voy a cambiar mi carga horaria ahora que sé quién difundió los rumores. Si Ildet se entera de todo y quiere un culpable, ahora ya lo tiene.

Este chico es un imbécil y lamento que la alumna Lombardo esté siendo afectada por cosas que él inventó.

Ella vuelve a mi memoria...

Aprovecharé que la semana que viene tendré jornadas de trabajo con los demás docentes del grupo de investigación en la universidad para olvidar el tema.

OceanofPDF.com

NOS VEMOS PRONTO

Rachel

Debes aceptar la ineludible y cruda realidad, Rachel —me exijo, recostada en la cama.

Hace unos días estaba tranquila, disfrutando de mi propio cuento de hadas y hoy... hoy soy el cuento en la boca de otros. ¿El profesor Harvet y yo saliendo? ¿Quién ha sido capaz de crear estos rumores que, además, aparecen con detalles extras cada día?

Durante esta semana no he prestado mucha atención a aquellos chismes, pero el último ha sido el más retorcido: Jackson dejó a Rachel porque ella estaba saliendo con el profesor de Cálculo, a quien han despedido.

Sonrío sin ganas y el enojo que circula en mis venas es remplazado por la culpa. ¿Hay algo de cierto en ese rumor? ¿Despidieron injustamente al profesor? ¿Por eso no asistió a las clases del lunes y el martes? Eso es imposible. Aún si todo fuera real, las relaciones consentidas entre dos personas mayores de edad no son un delito, no tienen justificación para despedirlo. ¿O sí?

¡Carajo! ¿Debería escribirle y averiguarlo de una vez?

Como una respuesta divina a mi pregunta, recibo un mensaje de Amy.

Rach, ¡hazlo ya!

Envíame la tarea de financiera, porfa.

La coincidencia me divierte. Ella parece estar presente siempre en mis decisiones. Le envió el archivo para que pueda comparar las respuestas y la tentación de buscar ese contacto se hace más fuerte.

Buenas noches, profesor.

Al cabo de unos segundos, su respuesta llega.

Señorita Lombardo, ¿cómo está? ¿Puedo ayudarle en algo?

Leo el mensaje y debo estar alucinando porque en mi cabeza se forma su imagen pronunciando mi nombre. Eso me pone nerviosa.

Quería disculparme por los rumores en los que nos han involucrado.

No es necesario.

Quien debería disculparse es su novio, y no conmigo, sino con usted.

¿Jackson? ¿Disculparse conmigo? ¡Mierda! Parece que hasta el profesor se enteró de los maravillosos cuernos que llevo. Suspiro y recibo un nuevo mensaje.

No me pida disculpas, por favor.

Lamento lo que está sucediendo. Espero esté bien.

No tengo intenciones de responder. Ya estoy bastante avergonzada como para seguir con la conversación, así que abro la novela que me recomendó Amy.

«—Abre las piernas para nosotros, muñequita —Le pide él».

—¡Oh, mi Dios! ¿Ellos tres van a...? —hablo en voz alta, viviendo la escena a través de las letras—. ¡Amy Martins!, ¿qué clase de libro me prestaste?

—Rach —Mamá llama desde la puerta, así que me apresuro a cerrar el libro. Por fortuna, la portada es más discreta que su contenido—. ¿Puedo pasar?

—Sí, adelante.

—¿Con quién hablabas, cielo? —Lleva su uniforme celeste de enfermera, mi favorito, pues resalta su piel blanca y el color marrón de sus ojos. A sus 36 años, mamá luce como si apenas tuviera treinta.

—Estaba leyendo en voz alta una novela que Amy me recomendó —explico y, de inmediato, cambio de tema—. ¿Otra vez turno de noche? Creo que tu jefa está abusando con los horarios, mamá.

—Cielo...

—Lo sé. Debes regirte a sus órdenes, pero puedes pedir una licencia por unas semanas. Ayer hablé con Paul y accedió a dejarme trabajar en la cafetería medio tiempo —Me levanto de la cama en busca de mis notas financieras y se las enseño—. Será por la mitad del salario, pero sumado a la pensión que te dejó papá, podremos salir adelante.

Mamá se acerca y toma mi mano.

—La pensión que Jhon te dejó —me corrige—. Yo la recibo porque lo acordamos, pero es tuya, Rach. Tu padre trabajó muy duro para que pudieras estudiar sin pensar en otras cosas.

Niego con la cabeza, resignada. No hay manera de hacerla cambiar de opinión.

—Ya me lo compensaras con los doce viajes que me regalarás por año cuando te gradúes —me recuerda.

—Claro que sí, extraña. Doce viajes —repito sonriente y la abrazo con fuerza—. Te amo.

—Yo a ti, cielo —Echa la cabeza hacia atrás, reclamando mi mirada—. Debo ir al trabajo. ¿Estarás bien?

Asiento. Sé que sigue preocupada por la ruptura con Jackson. Mi respuesta no parece convencerla.

—Estaré bien, lo prometo.

—Lláname si necesitas algo —Deposita un beso en mi mejilla antes de irse.

Al quedarme sola, retomo la lectura por unos minutos, pero el sonido de la puerta principal me interrumpe.

—Se le quedaron las llaves, muy típico de mamá —reflexiono y salgo de la habitación.

Frunzo el ceño al llegar a la sala y no ver las llaves colgando en el lugar de siempre.

—Extraña, ¿qué se te quedó esta vez? —pregunto y, al abrir, todo se viene abajo.

—Hola, amor.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono a Jackson.

—Pasas de mis mensajes. Pasas de mis llamadas —explica con un ligero tono de reproche—. Quería saber cómo estás. Escuché los rumores. No sé quién pudo inventar esas cosas.

—Alguien sin escrúpulos y con una vida de mierda, seguro. Da igual.

—No, Rach, no da igual. Sabes que ambos la jodimos, pero no significa que hayas dejado de importarme.

—¿Perdona? ¿Ambos la jodimos?

—Por supuesto. Permitiste que el cabrón ese te hiciera comentarios fuera de lugar. Además, entraste al ascensor sola con él. Lo único bueno de todo es que lo despidieron.

—Entonces es verdad —Jackson se ríe—. ¿Cómo puedes alegrarte por eso? ¿Qué clase de persona eres?

—No, no me alegro, es solo que... Me enoja que estés involucrada en chismes por su culpa, amor —Intenta tomar mi mano, pero retrocedo—. Rach, empecemos desde cero.

—¿Qué pasó con la de intercambio, Jackson? ¿Un polvo y te cansaste de ella? ¿Se cansó ella de ti? —Veo sus intenciones de hablar, pero no se lo

permiso— ¡Eres tan cínico!

—Te prometo que no significó nada. Fue un error, no volverá a pasar.

—¿Crees que soy tan estúpida?

—Ahg. Rach, no seas dramática.

—Vete.

—Mi amor...

—¡No soy tu jodido amor!

—No digas estupideces, Rachel. Siempre actuando como una niña. ¿No lo ves? Soy el único hombre que te soporta.

—Pero yo no soy una mujer que pueda soportarte —digo y él me observa con semblante serio—. Terminaste nuestra relación con un mensaje y ahora yo termino con esto en persona. Se acabó, Jackson. No quiero saber nada de ti, no pienso estar con un hombre como tú.

—¡Rachel, maldita sea! —exclama enojado. Doy un paso hacia adelante y sujeto la puerta—. No puedes terminar conmigo. No es lo que quieres.

—Lo único que quiero es que te vayas.

—Amor, escúchame.

—¡Vete! —grito, conteniendo las lágrimas.

—Está bien. Cuando se te pase lo dramática, hablaremos.

Me lanza un beso antes de dar media vuelta y marcharse.

—Yo a ti no te conozco. ¿Quién eres y qué hiciste con el chico del que me enamoré? —concluyo sin saber si me escuchó. La vista se me nubla mientras cierro la puerta con seguro. Lloro y me limpio las mejillas con el suéter. Basta, Rachel. Basta, me regañó, recuerdo la promesa que le hice a mamá de estar bien.

Regreso a la habitación y me recuesto en la cama. No solo es la situación con Jackson lo que me genera malestar, sino también el despido injusto del profesor Harvet. Tomo el móvil y le escribo en un impulso.

Puedo hablar con el director y explicarle que todo es falso.

De verdad, lamento mucho que lo hayan despedido por culpa de los rumores.

No me han despedido, ni me despedirán.

No se preocupe por eso.

Aun así, es muy amable de su parte, muchas gracias.

Lo aprecio.

Nos vemos pronto.

Su respuesta hace que mis mejillas ardan. Siento un estremecimiento en todo el cuerpo.

Nos vemos pronto.

OceanofPDF.com

¿QUÉ ME ESTÁ PASANDO?

Mark

Yo no creo en los rumores.

El tema me incomoda sobremanera. Mirella, profesora de Auditoría, es quien termina con el silencio en la sala. Días inoportunos en los que Ildet decide citarnos y llegar tarde.

—¿De verdad existe alguien que piense que esos chismes son ciertos? —la pregunta de Samuel, profesor de Estadística, es lo que termina despertando la curiosidad de todos en el lugar, incluso la mía. Dejo de prestar atención a las hojas que sostengo entre las manos y lo miro. Él continúa— Sabemos que Mark jamás saldría con una alumna. ¿No es así, Harvet?

—Por supuesto —respondo, forzando una sonrisa.

—Exacto. Y no creo que Rachel Lombardo se preste para salir con un docente —interviene Mirella. La seguridad en sus palabras me intriga. Parece conocerla bien.

—Es una buena muchacha, muy amable —habla Janeth, directora de Pasantías Profesionales—. Y su amiga, la pelinegra, ¡tan divertida! El semestre pasado necesitaban que les firmara los documentos de las prácticas y...

Desconecto su voz. No quiero escuchar más del tema. Regreso a los informes de investigación hasta que el director llega con diez minutos de retraso.

—Lamento la demora —empieza con la reunión—. Será una junta rápida. Por favor, vamos a la primera hoja del documento en sus manos.

Ildet explica cada pequeño cambio en la normativa de la institución. Sucede lo mismo con nuestras actividades académicas. No da muchas vueltas y, en veinte minutos, la reunión termina.

—Ha sido un placer verlos. Gracias por asistir. Tengan un buen día —finaliza el director.

Al contrario que mis colegas, quienes se despiden de inmediato, yo me quedo en mi asiento. Es momento de tener esta conversación. Los días anteriores pensé que los chismes en los pasillos se calmarían, pero solo han aumentado cada vez más.

—Harvet, cuéntame, ¿qué necesitas? —Una vez nos quedamos solos, Wens cuestiona con interés.

—No hemos tenido oportunidad de hablar sobre los rumores...

—Oh, eso. No te preocupes, es una estupidez. No creo que alguien pueda creérselos.

—Sé quién comenzó con esto.

—Jackson Kozlov vino a quejarse de que no lo habías aceptado en tu clase y sus amigos inventaron historias que no tenían sentido.

—Fue él quien lo empezó todo, no ellos.

—No te preocupes, Mark. Yo me encargaré.

Trago saliva intentando disminuir la tensión de mi cuerpo. Me sorprende lo relajado que se ve, pero estoy seguro de que él sabrá qué hacer.

—Gracias, Wens. Ten un buen día.

—Que estés bien, Mark.

Tomo mi maletín y abandono la oficina. En el camino me encuentro con varios estudiantes, unos sonríen con apatía, otros susurran y a todos les dedico una mirada inexpresiva. Mantengo aquella postura hasta que llego a la entrada de la biblioteca de la facultad de matemáticas.

—Buenas tardes —saludo a la encargada.

—Buenas tardes, profesor Harvet. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vine a devolver esto —Saco del maletín el libro Calculus de James Stewart. La mujer lo toma en sus manos y me entrega el formato que, por protocolo, debo diligenciar—. Gracias.

—Jenny, ¿no vas a almorzar? —Una mujer se acerca.

—Voy en unos minutos. Aún queda una estudiante por marcharse y no ha llegado la persona que me cubre.

—¿Estudiantes al mediodía? ¡Pero si es hora del almuerzo!

La queja interrumpe mi concentración. Volteo para ver a la recién llegada y le sonrío.

—Profesor Harvet, buenas tardes —saluda con timidez.

Por la sorpresa en su rostro puedo deducir que no me había visto. Le devuelvo el saludo y regreso a lo que estaba haciendo.

—Mírala, está allá sentada —comenta la encargada y hace un gesto con su boca hacia la izquierda—. Es muy aplicada. Seguro estará por un buen rato, la conozco del semestre pasado y viene a hacer trabajos aquí. Mejor espérame en el restaurante, ¿vale?

Ellas se despiden mientras yo termino el formato y lo dejo sobre la mesa. Por curiosidad, volteo hacia donde señaló la encargada hace un rato y me sorprende al reconocer a la alumna Lombardo revisando unos libros y tomando apuntes en su libreta.

—Está tratando de solucionar algunos ejercicios que parecen en chino —me dice Jenny y ambos nos quedamos viendo a la chica levantar sus brazos en señal de triunfo para luego volver con su bolígrafo a la libreta—. Es igual a su padre, Jhon Lombardo. No creo que lo haya conocido, profesor Harvet, eran de generaciones distintas.

—¿Qué sucedió con él?

—¿Alguna vez escuchó del accidente afuera de la universidad donde murieron varios alumnos a causa de un conductor ebrio? Él fue uno de ellos.

—Estoy seguro de que lo vi en las noticias cuando estaba en el colegio y recuerdo que mis padres hablaron de lo ocurrido.

—Pasó hace diez años ya. Debió ser muy duro para ella —Voltea a ver a la alumna Lombardo, quien está sonriente en lo suyo—. Su padre era el mejor estudiante de su promoción. Estaría orgulloso de ver a su hija en estos momentos.

—Seguro que sí. ¿En cuál carrera estaba él?

—La misma que Rachel: Administración de Empresas.

La observo con detenimiento. Sus labios se entreabren mientras escribe algo. Recuerdo su mensaje de ayuda, ofreciéndose a hablar con el director sobre los rumores.

No puedo apartar la vista de ella y la culpa se intensifica cuando alza la cabeza y dirige sus ojos marrones en nuestra dirección. De inmediato, las mejillas se le enrojecen, un efecto que empieza a ser característico y que me gusta.

Mierda. Mi respiración se detiene cuando la veo ponerse de pie.

—Jenny, gracias por el libro —Tomo el maletín intentando huir no solo del lugar, sino también de mis pensamientos. Veo a otra persona que se acerca apurada. Debe ser quien ocupa el puesto de encargada en la hora de almuerzo.

—Muchas gracias, Jenny —dice Rachel. Escucharla hace que me ponga nervioso, por lo que apuro el paso y me alejo de allí. Voy directo al

estacionamiento y conduzco camino a mi departamento, sin poder dejar de pensar en lo mismo.

¿Qué me está pasando?

OceanofPDF.com

EL RUMOR REAL

Rachel

El sonido rítmico y constante de la alarma me despierta. Abro los ojos, destruyendo en mi mente aquel artefacto que no para de emitir el más molesto ruido. Pienso en volver a acurrucarme junto a la almohada, pero sé que en esa pizca de deseo hay una terrible consecuencia: Llegaré tarde a clases.

Me levanto con desgano y me toma más o menos veinte minutos el alistarme y quince más el llegar a la universidad.

—Buenos días —saludo al entrar al salón. El profesor Caleb, quien remplaceó al profesor Harvet la semana pasada, no ha llegado.

—Los rumores de hoy dicen que... —Monique deja al aire ese comentario cuando paso a su lado.

—¿Qué edad tienes? ¿Cinco? —cuestiona uno de mis compañeros al fondo del salón, haciéndole frente.

—A ver, Theo. No vienes nunca a clases y cuando lo haces es solo para meterte en lo que no te importa. Ya cállate.

Él guarda silencio y el resto del curso voltea a vernos. Me acomodo en mi puesto. Trato de hacer de cuenta que nada pasó.

—Rachel, ¿sabes cuándo regresa el profesor Harvet? —inquire Monique de manera amenazante—. Dicen por ahí que son muy íntimos.

Su pequeño grupo de amigos ríe a carcajadas ante el comentario.

—¿Debería haber informado mi regreso a su compañera, señorita Anderson? —dice una voz firme que reconozco al instante—. Siendo así, la próxima vez lo haré. Buenos días.

Ella palidece al ver al profesor Harvet entrar al salón, quien se ve enojado ante la situación.

—Tomen sus lugares, la clase ha empezado —nos pide y todos obedecemos—. Señorita Lombardo, usted será la coordinadora de esta materia. Indíqueme, por favor, los temas que vieron con el profesor Caleb en mi ausencia —Se gira para ver de nuevo a Monique—. Señorita Anderson, ahora sí podrá preguntarle a su compañera por mí cuando tenga dudas.

—Uuuh —dice José, uno de los amigos de Monique, pero la mirada seria del profesor lo hace callar de inmediato.

—Si tienen algo que comentar, háganlo ahora —articula mientras ve una a una a las personas que están en el salón, como desafiándolas—. ¿Nadie? Bien, alumna Lombardo, ¿los temas?

—Sucesiones convergentes, series y criterios de convergencia, series alternantes —respondo con rapidez.

—Gracias. Series y sucesiones. Denominamos serie a la suma de una secuencia de términos, es decir, una serie es una lista de números con operaciones de suma entre ellos —Haciendo acopio de su elegancia y arte de enseñar, empieza con la clase.

Monique y Crisna aprovechan uno de los ejercicios para ir a su escritorio a hacerle preguntas, en un intento por coquetearle. Me pregunto si eso es lo único en lo que han pensado durante lo que va del semestre.

Alejo la mirada de ellas y me encuentro con la del profesor. Volteo hacia mi cuaderno y empiezo a escribir en él, tratando de disimular.

—Bien. Eso es todo por hoy. Pueden retirarse. Tengan un buen día —nos dice al terminar la clase.

Apenas comenta eso, varios abandonan el salón mientras yo termino de guardar las cosas. Me acomodo la maleta en la espalda, dispuesta a salir, cuando un mensaje aparece en mi teléfono.

Me gustaría hablar con usted.

Por favor, quédese un momento.

Los nervios sacuden mi estómago. Muevo las cosas en la maleta, hago algo de tiempo mientras solo quedamos él y yo en el aula.

Vamos, Rachel, no eres una adolescente a punto de ser regañada. Cálmate, me digo.

—Gracias por esperar. Aunque no es una buena idea. Por los rumores, quiero decir. Esto se puede malinterpretar —habla mientras se acerca a donde estoy. Es curioso verlo así, conflictuado.

—Sí... Lamento los rumores.

—¿Por qué lo hace? —Su pregunta me toma por sorpresa.

—¿Hacer qué?

—Disculparse por rumores que no creó. ¿Intenta justificar a su novio?

—No, él no tiene nada que ver aquí.

—No es necesario que se disculpe por él o que intente cubrirlo. Yo lo escuché hablando sobre las razones por las que inventó los rumores.

Arqueo las cejas con sorpresa.

—Ya no somos novios —le explico sin tener idea de por qué lo hago—.
¿Y cómo es eso de que él inició con los rumores sobre usted y yo?

Un escalofrío me recorre el cuerpo al formular la pregunta.

No. Jackson no sería capaz, no de esto.

—¿No lo sabía? —Luce confundido.

Menuda estúpida debo parecerle. ¡Menuda estúpida soy!

—Debo irme.

—No. Espere, por favor —Sus palabras denotan frustración—. Creí que con sus disculpas intentaba justificarlo.

Mi ceño se frunce ¿Qué clase de persona cree que soy? Parpadeo un par de veces, en un intento por evitar que los ojos se me llenen de lágrimas a causa del enojo.

—Rachel, por favor, no llore. No quise que... —El tono de su voz descende, se convierte en un susurro grave que interrumpo.

—No se preocupe, era mejor saberlo —Respiro profundo, recupero así un poco de calma.

—El rumor real debería ser que su exnovio es un idiota.

Su comentario me hace sonreír. ¿Idiota? Es poco para lo que Jackson Kozlov merece.

—El rumor real debería ser que el profesor de Cálculo no es tan gruñón —digo y él suelta una pequeña carcajada. Su risa es contagiosa.

—¿Eso dicen de mí?

—Seguro que algunos lo pensarán —contesto apenada.

Él asiente y da un paso más en mi dirección.

—El rumor real debería ser que... —habla con seriedad— que usted me gusta, señorita Lombardo.

Carajo. ¿Qué acaba de decir? Su confesión me roba el aliento.

—¿Ha tenido un hámster, profesor? —Las palabras salen de mi boca y él me mira extrañado. Muy extrañado.

Ay, no.

CONFLICTOS

Que te dijo qué? —Amy casi grita de la emoción.

—Que le gusto —repito sin podérmelo creer aún.

—¡No! ¡Él dijo que el rumor real es que le gustas! —Agita sus manos, se cubre el rostro y vuelve a hacer lo mismo.

Suelto una carcajada. Es increíble que ella pasara tan tarde a mi casa solo para saber los detalles de lo que me había dicho el profesor Harvet.

—Pero ¿qué le respondiste? —continúa con su ronda de preguntas. Llevo aire a mis pulmones, me armo de valor para responderle.

—Le pregunté si alguna vez había tenido un hámster.

Mientras vuelvo a lamentarme, Amy se esfuerza por no reír, pero fracasa en el intento.

—¿Un hámster? ¿De verdad? —Es incapaz de formular sus preguntas y expresar su desconcierto sin reír.

—¡Un hámster! ¿Te imaginas? Seguro ahora piensa que estoy loca.

—¿Qué te respondió?

—Que no había tenido uno —Bajo la mirada apenada.

—Ok —Ríe más fuerte— Pero ¿eso fue antes o después de decirle que también te gusta? —La miro con asombro—. Porque te gusta, ¿verdad?

—¡No!

—Ahora repítelo hasta que tú lo creas y yo lo acepte. Sé que te parece atractivo, te conozco.

—Es mi profesor.

—Uno que está buenísimo. Rach, ¿necesitas mi bendición para salir con él? Pues te la doy.

—Amy, no es correcto.

—Ambos son adultos —sentencia—. Lo de «no es correcto» y que «la sociedad no lo aprobaría» déjaselo a mi padre.

—No es el momento adecuado para mí —agrego, esa es la verdadera razón por la que no estoy interesada en salir con alguien ahora, debo aceptarlo. Suspiro al recordar mi mayor y única decepción amorosa.

—Lo entiendo. Tantos años de relación no se olvidan de repente, pero debes pasar la página. No quiero que sufras extrañando a alguien como Jackson. Tú le quedaste grande.

—Sí, lo sé.

—Eres como mi hermana y lo único que deseo es que estés bien —Su tono retoma la picardía—, y si el bienestar viene acompañado de un papucho de metro noventa, ojos verdes, cabello castaño y con una manera de hablar que hace que a media universidad se le aflojen las bragas, estaría perfecto. ¿No?

—Perfecto para problemas.

Sobre todo con Monique, quien con solo los rumores ya está histérica.

—Mira, Rach... Como decía mi abuela, sarna con gusto no pica.

—Sarna con gusto, ¿qué?

—No pica. Quiero decir que un desastre con ese bombón no es tan malo.

—¡Amy!

—Amy mis ovarios. Irás a clases, le dirás a Harvet que también te gusta y le comerás la boca —bromea, o eso creo—. Hazlo por las dos. Qué digo por las dos, ¡por todas en la universidad!

Ambas empezamos a reír.

—Disfrutas este drama, ¿no?

—La verdad es que sí, pero aquí la que va a disfrutar de verdad eres tú.

Charlamos un rato más y, cuando ella se marcha, me tiro boca arriba en mi cama, sin poder parar de pensar en lo que me dijo el profesor.



Me bajo del autobús y las piernas me tiemblan. Tengo clase de Cálculo Integral los lunes y los martes. Para mi desgracia, hoy es martes y el día iniciará viendo al profesor que ayer me dijo que yo le gustaba. Sosiego mis pensamientos y avanzo hasta el ascensor de la facultad.

—Buenos días —saludo al conserje.

—Buen día, señorita —responde alegre—. Profesor Harvet. ¿Cómo está?

¿Acaba de decir profesor Harvet o fue solo mi imaginación?

El hombre ladea la cabeza, observando hacia mi izquierda.

—Carlos, ¿cómo está? —Escucho su voz y sus pasos acercándose. Es él. No fue solo mi imaginación.

—Madrugando como siempre, señor.

—Me alegra —le responde. Trago saliva, trato de parecer tranquila—. Señorita Lombardo.

—H-hola, profesor —saludo, pero fracaso en el intento de demostrar calma. Me debato entre voltear a verlo o mejor salir corriendo. Las puertas del ascensor se abren y entro sin pensarlo, seguida por él y por una chica que llega apurada.

¡Santo cielo! ¿Por qué me duele tanto el estómago?

—Buenos días —habla ella y se sitúa frente a nosotros. Ambos le devolvemos el saludo a quien parece ser una estudiante.

Cada segundo aumenta mi zozobra. La chica marca el sexto piso, el mismo hacia el que nos dirigimos, y luego se concentra en su teléfono. Aprovecho para guiar mi mirada hacia el espejo, donde me encuentro con el reflejo del profesor que me observa. La incomodidad desaparece, aunque no puedo decir lo mismo de mis nervios que no hacen sino ir en aumento.

El elevador se abre, ella se despide y ahora solo quedamos él y yo. No sé si es su cercanía o el que nos encontremos uno al lado del otro, pero algo —todo— de mi tranquilidad se evapora.

—Rachel, es la segunda vez que tendré que disculparme con usted. No ha sido correcta, ni mucho menos ética, mi manera de actuar ayer. Lamento si la incomodé.

Intento descifrar su expresión mientras salimos al pasillo y la seriedad con que habla me hace pensar que es sincero. Sus ojos verdes lucen más claros ahora. Son preciosos, como los demás rasgos de su rostro.

—Más que incomodarme... Me sorprendió.

—Es una mujer inteligente, amable y guapa, ¿Por qué le sorprendería?

—Usted es mi profesor.

—Uno que se ha dejado llevar por la situación —Ahora no luce tan seguro y formal como siempre, sino más auténtico y vulnerable.

—¿Se arrepiente de lo que dijo? —Me atrevo a preguntarle.

Los latidos acelerados de mi corazón me retumban en los oídos.

—Sus compañeros no tardarán en llegar, será mejor que entremos al salón.

—Sí, claro —digo, pero cuando me dirijo hacia mi lugar, él me detiene.

—Y no, Rachel. No me arrepiento... Ese es el problema —Hace una pausa, me pongo aún más inquieta—. Todo lo que dije es real. Usted... Me gusta, pero creo que tenemos el mismo conflicto. Soy su profesor.

Incapaz de poner en orden al caos de mis emociones, continúo mi camino. Tomo asiento y veo lo calmado que parece, a pesar de lo que acaba

de decirme. Saco el teléfono y le escribo un mensaje.

¿Cómo puede ser tan seguro de sí mismo?

Él mira su móvil y voltea hacia mí, con los ojos llenos de sorpresa.

A veces las apariencias engañan.

Pero creo que he vivido lo suficiente

para saber lo que quiero y lo que no en mi vida.

Hay cosas que es mejor decir las.

Eres una niña y yo necesito una mujer. Las palabras de Jackson regresan a mí. Qué irónico, ¿no? Él exigiendo una mujer, cuando ni siquiera sabe lo que quiere.

Escucho voces aproximarse al salón, haciendo que todo vuelva a la normalidad. El profesor saca su computador del maletín y saluda a quienes van entrando.

La clase empieza. El tema de hoy es importante porque es la base de uno de los trabajos principales del curso, pero no puedo dejar de concentrarme en la manera tan hábil en que él habla ni en lo inteligente que es. Esas son las cosas que más me llaman la atención.

Vuelvo a pensar en Jackson y en los rumores –que ahora no son tan rumores– que inventó. La furia me invade al recordar su última visita a mi casa.

Y algo más se queda dentro de mí al recordarlo: ¿Es posible que, al igual que mi exnovio, el profesor solo este jugando conmigo?

¿EN CLASES NO?

No debería estar pensando en mi profesor de esa manera, ni preguntándome en cada paso que doy si me encontraré con él, tal y como ocurrió el jueves de la semana pasada, donde intercambiamos miradas en los pasillos, o como el viernes en el ascensor, cuando solo bastó el saludo formal que nos dimos, ante la presencia de varios estudiantes, para que el corazón me latiera a una velocidad absurda.

Por fortuna, esta semana he descubierto un nuevo don a la hora de disimular y todo fue muy bien. Además, el profesor Harvet actuó con total normalidad, cumpliendo con su rol a la perfección.

Sin poder olvidar mis indómitos pensamientos, me abro paso entre la gente, avanzando por los edificios de la facultad en dirección a la clase de Auditoría.

Es viernes otra vez y, al contrario que los días pasados, el reloj parece ir lento y tengo la sensación de que las manecillas no avanzan. Las dos horas de clase me parecen eternas, tanto que, cuando terminan y regreso a casa, me siento agotada, con la única intención de almorzar y tomar una siesta de toda la tarde.

Como de costumbre, le escribo a mi mamá antes de dar el primer bocado.

Hola, mami. Ya llegué a casa.

Estoy a punto de devorarme el pastel de carne.

¡Se ve buenísimo!

Nos vemos luego, extraña ❤️

Salgo de la conversación y aprovecho para ver lo último que me ha enviado Amy, quien más temprano me estaba contando sobre el viaje que el pequeño Lucah ha hecho para probar un nuevo tratamiento a la enfermedad que tiene; ella ama a ese niño y ha estado muy involucrada en su proceso. Eso me hace admirarla y quererla más. Ahora me habla del nuevo libro que leyó. Se trata de un romance entre un profesor y su alumna. Por supuesto, el tema del profesor Harvet regresa y recuerdo que ella fingió indignación cuando le conté que había cambiado el nombre del contacto.

Sonriente, dejo a un lado el móvil y me pongo manos a la obra con la comida. Este pastel no solo se veía delicioso, lo está, pienso mientras

degusto el sabroso plato que preparó mi mamá y celebro sus habilidades en la cocina, muy muy distintas a las mías.

De repente, el celular vibra e interrumpe el banquete. Seguro es mi extraña.

Profesor Harvet te ha enviado una foto

Siento los ojos salirse de mis orbitas y estoy a punto de atragantarme.

Desbloqueo el teléfono con afán. Es una selfie suya. Lleva una chaqueta de cuero negra y una camiseta blanca. Sus ojos, aunque verdes, se ven más claros que siempre. Lo que más llama mi atención es que la expresión seria de su rostro no es natural, lo que empeora con un encabezado que dice: «Soy un aburrido sin remedio, tengo que aceptarlo».

Aceptarlo está bien.

Intento ver de nuevo la imagen, pero ya no está disponible.

Señorita Lombardo, ¿está insinuando que soy aburrido?

PD.: Lamento que viera eso, ha sido mi hermano.

No, solo apoyaba su comentario sobre aceptar las cosas.

Vale, entiendo.

¿Cómo está, Rachel?

Yo estoy almorzando con mi hermano.

No lo interrumpo más. Disfrute de su almuerzo.

Puedo hacer ambas cosas.

En el peor de los casos, le pediré a mi hermano que me cuente cómo estuvo el almuerzo.

Al leer su mensaje, siento electricidad en el estómago. Sigo la conversación con una risita en los labios.

Él me cuenta que le gusta leer y me habla de Ernest Hemingway, Jane Austen, Isaac Asimov, Virginia Woolf y Gabriel García Márquez; además me recomienda leer Los miserables de Víctor Hugo. También me dice que juega baloncesto los fines de semana, que disfruta del cine –su película preferida es Batman de Nolan– y que, a diferencia mía, ama cocinar. Yo le cuento cuáles son los libros que más me gustan, aunque omito la última recomendación que me hizo Amy, que también se ha convertido en uno de mis favoritos. Le hablo sobre mamá, lo mucho que nos encanta salir a caminar al parque, detenernos en cada florería y apreciar las peonías blancas, las que más nos gustan. También le hablo de papá, de algunos momentos que recuerdo a su lado, como lo mucho que amábamos ver

partidos de la NBA, aunque a Jhon Lombardo le gustaban los Chicago Bulls y yo siempre he sido muy fan de los Lakers. Sonrío todo el tiempo al revivir la falsa indignación de papá cada vez que le repetía que prefería a un equipo diferente al suyo. El profesor Harvet menciona la sorpresa que le causa eso y no duda en preguntar el porqué de mi elección. Suelto una carcajada cuando, al igual que mi padre, él tampoco acepta ninguna de las razones que le doy. Para él, los Golden State Warriors son los mejores.

Miro la hora en el teléfono y me doy cuenta de que llevamos horas hablando y de que no me he sentido incómoda en ningún momento. Incluso le conté de papá, algo que no suelo hacer.

No debería escribirle esto, pero

Usted me gusta, Rachel... Aunque sea fan de los Lakers.

La reafirmación de sus sentimientos me agrada, pero también me desestabiliza. Tómallo con serenidad, nada de comentarios incoherentes y sin sentidos.

Entonces, ¿ $2+3$ es igual a 4?

No... $2+3$ es igual a 5 hámsteres, señorita Lombardo.

Sonrío por la manera divertida en que hace el conteo y por el error que ha cometido en la suma. ¡Carajo! Vuelvo a leer el mensaje que le envié. El error es mío.

Lo siento, quería escribir $2+2$.

¿Debería acostumbrarme a sus comentarios elocuentes,
o usted a mis confesiones?

Un poco de ambas

Me parece justo

¿Justo? Justo sería dejar de emocionarme por cada mensaje suyo que llega, profesor Harvet, pienso y la palabra profesor hace que la sonrisa se borre de mi rostro.

Y ambos son adultos. El comentario de Amy también vuelve a mi mente. Ya no me parece tan descabellado.



Podría culpar de mi cansancio a las complicadas tareas que tuve que terminar el fin de semana, pero no sería del todo justo. Las conversaciones

hasta tarde con el profesor Harvet son la razón principal por la que me dirijo soñolienta hacia el salón.

Es tan extraño pasar horas escribiéndonos y luego encontrarnos aquí y fingir no conocernos.

—Buenos días —musito al entrar al aula.

—Buenos días, Rachel —Él es el único que responde. He llegado temprano de nuevo y no hay nadie más en el lugar. Está de pie junto a su escritorio.

—Profesor, ¿cómo está?

—Dígame Mark. Me hace sentir raro al llamarme profesor cuando el fin de semana hablamos durante tanto tiempo —Da un paso hacia mí—. No sé si lo mejor sea pedirle que ocupe el asiento más cercano a mi escritorio o el más alejado, porque no creo poder concentrarme teniéndola cerca —Sonríe y, creo, lo hace de manera seductora.

—Me sentaré en el mismo lugar de siempre.

Él asiente y da otro paso. La tensión entre nosotros crece y me atraviesa como flechas ardientes; el fuego me quema y se reúne en mi rostro.

—Rachel... —susurra, vigilando la puerta del salón.

Observo su boca para no perderme ningún detalle de la manera en que pronuncia mi nombre. Me gusta como suena y también la forma de sus labios, los cuales no puedo dejar de mirar. Él lleva su mano a mi mandíbula y con el pulgar acaricia mi mejilla. Su acción me roba el aliento. Parece como si el tiempo se hubiera detenido y todo marchara en cámara lenta.

—Me encantaría besarla, pero aquí no. En clases no —sentencia.

—¿En clases no? —repito sus palabras, pasando de la afirmación a una inquietud.

—No —asegura, retrocediendo—. No aquí, donde cualquiera podría vernos y crear rumores que terminarían afectándola más. No lo permitiría.

—Buenos días —Me sobresalto al escuchar a uno de mis compañeros entrar.

Por la inesperada interrupción, mi corazón empieza a latir con rapidez. Miro a Mark, quien se acerca a quien acaba de entrar para saludarlo.

Tomo asiento y pongo toda la atención en mi cuaderno, mientras más y más personas llegan. Tan pronto el reloj marca las siete, la clase comienza.

Él continúa con la explicación de la última clase mediante un ejercicio que sigo con detenimiento, aunque no puedo sacar de mis pensamientos lo

que me dijo hace un rato ni cada línea del chat que hemos intercambiado. Mi piel se eriza. Vuelvo a sentirlo cerca, con su mano en mi rostro.

—¿Hoy no dejaré tarea, profesor? —pregunta una chica al finalizar la clase, siendo abucheada por los demás.

—Silencio, dejen a su compañera tranquila —pide Mark—. Y no, Susan, no dejaré tarea —explica con buen humor—. Nos vemos en la próxima clase.

Monique empuja mi puesto cuando se pone de pie y Crisna se ríe burlona. Niego con la cabeza y me preparo para salir, pero el móvil timbra y me detengo. Es una llamada de Katty, amiga y compañera de trabajo de mi mamá.

—Hola, Katty. Qué bueno volver a hablar contigo. ¿Cómo estás?

Un silencio momentáneo se acomoda al otro lado de la línea.

—Hola, cielo —Su tono tenso me aterra—. Sé que estás en clases, pero debes venir al hospital... Karla ha sido internada.

Sus últimas cuatro palabras son como un golpe seco en el pecho. La respiración lenta de mis pulmones empieza a asfixiarme.

—¿Qué le sucedió? Dime que está bien, por favor.

—Está siendo atendida. Pero deberías venir, Rach.

—Voy en camino. Adiós.

Cuelgo y luego guardo el móvil. Las manos y las rodillas empiezan a temblarme y algo se instala en mi interior.

—Rachel, ¿estás bien? —alguien habla, pero no soy capaz de identificar quién es. Empiezo a escuchar más voces. Ahora respiro con celeridad, viendo a muchas personas a mi alrededor.

—Está pálida, denle espacio para respirar —Reconozco a Mark, quien apoya su mano en mi hombro, logrando tranquilizarme un poco.

Le explico lo sucedido y él se ofrece a llevarme al hospital. Sin importarme lo que puedan decir los demás, acepto. Lo único que deseo es ver a mi madre.

En el trayecto hasta su coche, el pavor se apodera de mí.

—Todo va a estar bien, tranquila.



—¿Rachel? —Un hombre que no reconozco se acerca—. Soy Andrés, el doctor que está atendiendo a tu madre.

—¿Cómo está ella? —pregunto con la voz temblorosa.

—Estable, pero sigue en observación.

—¿Qué sucedió? Quiero verla, por favor.

—Tuvo un infarto —El dolor en mi pecho se agudiza—. Hubo un bloqueo en una de las arterias coronarias. Por fortuna, fue tratada con rapidez y todo está bajo control. Podrás verla apenas Katty te lo indique, ¿vale?

—Por favor... Necesito verla.

—Lo sé —Él toca mi hombro—. Vamos a terminar de hacerle los estudios necesarios para evaluar su estado y podrás seguir.

—Está bien —accedo.

—Confía en mí, Rachel. Karla es una mujer fuerte. No te preocupes —Brindándome una sonrisa acogedora, el doctor se marcha.

—¿Estás más tranquila? —pregunta Mark, llevando su mano hasta mi rostro, sus nudillos son cálidos y suaves al rozar la línea de mis mejillas para borrar la humedad en ellas.

—Gracias por traerme —De verdad aprecio lo que hizo por mí.

—No hay de qué.

Los minutos pasan y sigo esperando que Katty aparezca y me lleve con mi madre. Estar sentada aquí me impacienta.

—¿Necesitas algo? —habla él—. Agua, un té...

—No te preocupes, Mark. Gracias.

—Me alegra que me llames por mi nombre —Sonríe con timidez. Sé que es mi profesor, pero no puedo dejar de reconocer al hombre seguro y empático que, a pesar de que todos nos observaban en el salón, no dudó en acompañarme hasta aquí. Agradezco que esté a mi lado ahora porque su apoyo es un bálsamo ante tanta incertidumbre. Solo imaginarme una vida sin mi mamá, la persona que más amo en este mundo... Los ojos se me llenan de lágrimas ante aquel doloroso pensamiento.

—Hey, todo está bien —asegura. Me abraza y hago lo mismo, recuesto mi cara en su pecho y dejo fluir el miedo y las demás emociones que me invaden—. Pronto verás a tu madre y estoy seguro de que no le gustará saber que has llorado —susurra.

—No, no le gustaría.

—Es la segunda vez que te veo llorar y, para ser sincero, tampoco me gusta a mí. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor.

Tomo una bocanada de aire y me alejo un poco para mirarlo.

—Estar aquí, conmigo.

Él me dedica una pequeña sonrisa y pone otra vez su mano en mi mejilla.

—Ser testigo del amor que tienes por tu madre solo me confirma que no estoy equivocado al sentirme atraído por ti, Rachel.

Sus palabras disipan la bruma en la que mi mente ha estado desde que lo conocí.

—Tú también me gustas, Mark —confieso y no me sorprende la espontaneidad de mis palabras, porque es la verdad. Por alguna razón, él me hace pensar en lo relativo que es el tiempo y en lo absolutos que son los sentimientos, aunque prefiero llamarlos caprichosos, porque cuando quieren van lentos y otras veces acelerados, como si les gustara desafiar al destino, tirar el reloj y parar de contar.

—Me alegra saberlo, señorita Lombardo —bromea—, porque me encantaría seguir conociéndola.

—A mí también, pero... —Las dudas vuelven. Mi mente es juicio y prejuicio.

—Soy tu profesor —termina por mí. No respondo—. También me encontré en ese mismo dilema, Rachel. Siempre me pareció incorrecto salir con una alumna.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Tú.

¿HA TENIDO UN HÁMSTER,
SEÑORITA LOMBARDO?

Rach —La voz amable y calmada de mamá tranquiliza mis nervios. Aunque es duro verla en una cama de hospital, adormecida por los efectos de los medicamentos, tenerla a mi lado me hace bien.

—¿Cómo te sientes, mami?

—Bien, mi amor —responde en casi un susurro, sus ojos siguen medio cerrados—. Con algo de sueño.

—Necesita descansar —informa Katty. Asiento.

—Te amo, extraña —le digo y deposito un silencioso beso en su frente.

—Tranquila, Rach, Karla es una mujer fuerte. Estará bien. La mantendremos en observación hasta mañana. Será mejor que vayas a casa y prepares todo para que puedas quedarte aquí con ella esta noche.

—Tienes razón. Iré por algunas cosas. No tardaré —Tomo sus manos—. Por favor, cuídala.

—Así será.

Agradeciendo la firme promesa de Katty, me despido de ella y de Andrés y salgo de la habitación. Mark me ve y se pone de pie. Algo más animada, le comento sobre mamá, lo feliz que me hizo verla.

—Me alegra que todo esté mejor, Rachel —dice con calma y me acaricia el brazo con delicadeza. Es un gesto lleno de ternura que no hubiera imaginado del hombre serio y algo cortante que me dicta clases.

Ambos guardamos silencio y, por primera vez en las últimas horas, soy consciente de lo cerca que estamos. Una cercanía que no solo me altera a mí, sino también a él. Noto su respiración agitada y me alegra sentirlo tan nervioso como yo. Eso equilibra un poco la situación.

Ya no puedo resistirme más, así que me pongo de puntitas y lo beso. Cierro los ojos y siento su mano derecha posarse sobre mi cintura, mientras que la izquierda se hace un camino para hundirse en mi cabello. Los latidos de nuestros corazones se encuentran cuando me aferro más a él, marchando al mismo ritmo. Saboreo los carnosos labios que tantas veces había observado y que ahora me roban el aliento. Todo dentro de mí se sosiega y no logro explicar la emoción que recorre mi cuerpo.

Me separo un poco de Mark y noto cómo su pecho sube y baja.

—¿Ha tenido un hámster, señorita Lombardo? —musita en mi boca.

Me alejo más y sonrío. Busco su mirada, esos ojos verdes que tienen un poder hipnótico sobre mí.

—Rachel... Oh, perdón si interrumpo —comenta Andrés sorprendido—. No sabía que estabas aquí todavía, pero aprovecho para contarte que el estado de Karla es estable, pero la mantendremos en observación unos días.

—Muchas gracias, Andrés. Jamás podré agradecerles lo suficiente por todo lo que están haciendo por mi madre.

Él asiente y pone su mano en mi hombro.

—La estimamos mucho —dice con amabilidad—. Me alegra conocerte, por fin. Karla no para de hablarnos sobre ti y ahora entiendo el porqué —Estoy apenada y no sé qué responder—. Nos vemos luego, Rachel. Permiso —agrega y cambia por completo su expresión al hablarle a Mark y retirarse.

—Tiene buenos gustos el doctor —suelta él. Me río por su comentario y Mark hace lo mismo, mostrando sus simétricos dientes blancos, y luego se ofrece a llevarme a casa.

—Gracias, pero no quiero quitarte más tiempo. Seguro tienes muchas cosas que hacer.

—Lo único importante que tengo que hacer ahora es acompañarte.

Mi rostro dibuja una sonrisita tonta al escucharlo y, sin más, acepto. Me limito a seguirlo cuando vamos hacia el estacionamiento, porque no tengo la menor idea de dónde está su auto. Ni siquiera me acuerdo de cómo es.

Mark se detiene frente a un coche al que hace mucho no lavan.

—Es maravilloso, ¿no? —pregunta al darse cuenta de la manera atenta en que miro el auto.

—No —respondo sin pensar. Si la imprudencia fuese premiada, ahora mismo recibiría el más grande de los trofeos. Y con él mismo te golpearía, me riñe la vocecita de mi cabeza. No pretendía sonar grosera, pero creo que así me escuché.

Mi madre suele decir que mientras algo esté limpio siempre lucirá bien y eso es lo que pasa con este carro: No es que sea feo, sino que está poco cuidado, lo cual me sorprende mucho siendo de Mark.

Su carcajada interrumpe mis pensamientos.

—Disculpa. No quise ser grosera —aclaro apenada.

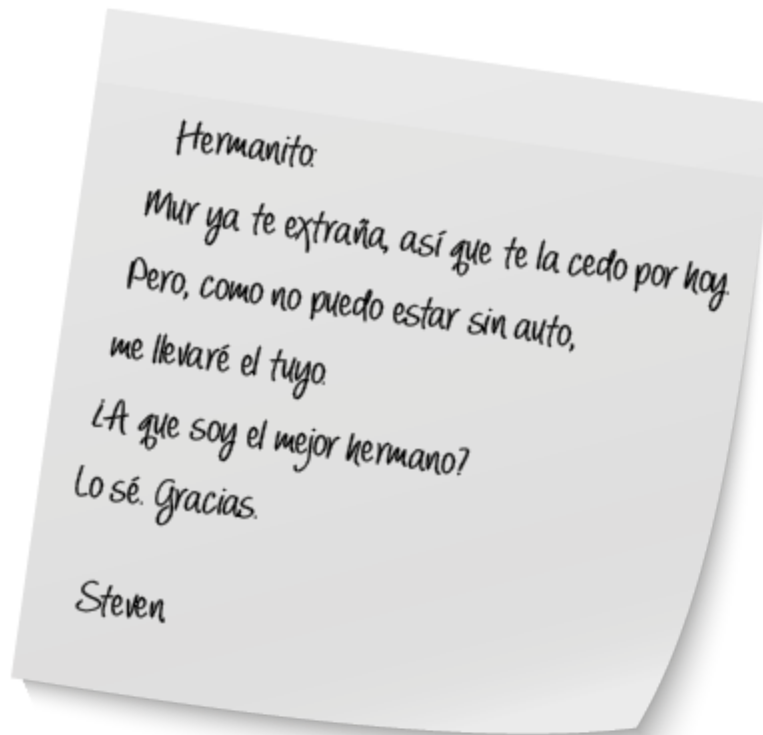
—No voy a disculparte. Ofendiste a Mur —dice divertido y ve con molestia hacia el auto.

—¿Le pusiste nombre?

—Este desastre es de mi hermano. Lo adquirió hace poco como pago por parte de un cliente, es una larga historia —me explica mientras abre la puerta para dejarme entrar y luego él hace lo mismo.

—¿De verdad se llama Mur?

Asiente mientras busca algo en la guantera. Es un papel que me entrega de inmediato.



—Que considerado es él —digo entre risas.

—No te imaginas.

Por lo que hemos podido hablar, se nota que tiene una relación muy estrecha con Steven.

Durante el camino a casa, le indico a Mark las calles que debe tomar y aprovecho también para enviar mensajes a Amy sobre lo sucedido con mamá. Ella no tarda en responder, me informa que vendrá a verme pronto.

—Muchas gracias. Por todo —comento cuando Mark se estaciona frente a mi casa.

—Para lo que sea que necesites, Rachel —Su tono determinante no deja espacio a dudas.

¿Este hombre es real?, me pregunto. Y, como si de alguna manera Mark deseara ayudarme a encontrar la respuesta, toma mi mano y la besa.

Sí. Es real. Se siente real.

—Hasta pronto, señorita Lombardo —añade risueño.

En un movimiento leve, se acerca. Nuestros labios se rozan y las mágicas cosquillas en mi estómago vuelven. Lleva su mano hasta mi nuca, acentuando nuestro beso, uno más corto, pero igual de apasionado al anterior.

Los latidos de mi corazón deben oírse por encima del ruido de la calle.

—Mark...

—Lo mucho que me gusta mi nombre en tu boca —musita contra mis labios.

Ve con calma, Rachel, aconseja la vocecita en mi cabeza. Ella conoce mis sentimientos y también el temor que me consume. Lo perfecto que parece todo, hasta el momento puede convertirse en un bonito para siempre o en la peor desilusión amorosa en un abrir y cerrar de ojos.

Una desilusión amorosa que besa de maravilla.

—¡Qué carajos! —Ese es el inicio de una ráfaga de insultos que me sobresalta, haciéndome separar de Mark. Miro por la ventanilla trasera y ahí está Jackson, acercándose enfurecido—. Baja del maldito auto, Rachel.

Ahora está justo frente a la puerta del copiloto, tratando de abrirla. Cuando se da cuenta de que lleva seguro, comienza a golpear la ventana.

Por impulso, temerosa de que en cualquier momento los vidrios estallen, deslizo mi cuerpo y lo acerco al de Mark.

—Tranquila, espera aquí —me dice él. Antes de poder siquiera responderle, se baja del auto.

Jackson abandona su intento por abrir la puerta y dirige su atención a Mark, quien rodea el coche para enfrentar a mi exnovio.

—Vamos, golpéame a ver si te echan de una puta vez —vocifera Jackson.

Las piernas me tiemblan, pero la adrenalina me impulsa a salir del carro.

—Rachel —mencionan los dos cuando me paro frente a ellos. Mi ex da un paso hacia mí y Mark lo sujeta del brazo, deteniéndolo.

—Ella no quiere que la toques —enfatisa, lo que provoca que Jackson forcejee para soltarse.

—¿Y qué vas a hacer si la toco? —brama y empuja a Mark—. No sabes con quién te estás metiendo. ¡Voy a hacer que te saquen de la universidad!

—Basta, Jackson —le pido. Él, más enojado que antes, trata de acercarse de nuevo, pero Mark lo detiene otra vez.

—¡Te dije que no la tocaras! —Sus palabras salen como una bala en explosión. Parece que está perdiendo el control.

—Mark, no le sigas el juego. No vale la pena —le hablo para tratar de calmarlo.

—Es mi novia y la toco cuando se me dé la maldita gana —agrega Jackson.

—¡No soy tu estúpida novia! —Lo que dice me asquea y hace que le responda con enojo.

—Así que los rumores son ciertos, tú y este salen... Eres patética, Rachel. No puedo creer que te estuvieras besando con este imbécil.

—No vuelvas a hablarle de esa manera —Mark habla fuerte, pero parece reflexionar y baja el tono—. Y sí, ahora los rumores son reales. Cuidado con lo que desees, ¿no?

Jackson ríe con amargura.

—Seguro que esta te va a dejar por el primero que se le cruce, como me lo hizo a mí.

¿Pero qué demonios está diciendo? ¡No me lo puedo creer!

—Los tres sabemos la realidad de la situación y, si fuera cierto, no la culparía por dejarte.

—Ya veremos quién sonríe al final cuando toda la universidad se entere de esto —Jackson fija sus ojos en mí—, y cuando este cabrón te deje porque encontró a otra que le guste más.

Niego con la cabeza y suelto una risa irónica. Me parece muy familiar el comentario.

—Otra que le gusta más —espeto, molesta por su cinismo—. Jackson, ¿cuándo vas a aprender a no referirte a las personas como si fueran un juguete que se puede desechar fácilmente? Deja de comportarte como un niño.

Permito que la rabia fluya y le devuelvo las palabras que él me entregó cuando cortó conmigo. Jackson me mira con indignación. Está ofendido y eso se siente genial.

—Lo vas a lamentar, mi amor —amenaza, dibujando una sonrisa a medias en su rostro—. Te vas a arrepentir de haber elegido a este idiota que solo quiere jugar contigo.

Se aleja al terminar de hablar. Aún en su ausencia, lo que dijo sigue en el aire, muy presente en mi mente... Y las inseguridades regresan.

—¿Valdrá la pena esto, Mark? —pregunto sin vacilar, en mi intento de cuidar un corazón con miedo de volver a sentirse traicionado y roto.

—No lo sé, Rachel. Ojalá tuviera una respuesta positiva e invariable para ti. Lo que sí te puedo asegurar es que no eres un juego para mí, nunca lo serás y me esforzaré para que esto valga más que la pena.

Me animo a confiar en sus palabras, a creer en la sinceridad que veo en sus ojos y al modo en que me hace sentir el saberlo cerca. No sé en qué me estoy metiendo, pero creo que ya no puedo detenerlo.

OceanofPDF.com

ALGO MÁS

Despierto en el hospital. Estoy en el sofá más incómodo del mundo, pero con mamá a mi lado y eso es más que suficiente para saber que tendré un buen día.

Ayer volví en la noche luego de comer algo en casa junto a Amy, alistar ropa para el día y pensar en lo ocurrido. Me cuelgo la mochila y arrastro los pies hacia el área de duchas para acompañantes con que cuenta el centro médico. Estoy agotada, he dormido muy poco y, aunque me encantaría quedarme a descansar un rato más, debo ir a clases, no puedo fallarle a mi madre. Tengo que salir adelante por ella y ser responsable conmigo y con mi futuro.

Abro la ducha y el agua que cae está congelada, por lo que me baño como si fuera un gato y salgo rápido. Saco el vestido corto primaveral que tanto le gusta a mamá y que lleva un estampado clásico que grita ‘fiesta en el jardín’, aunque los truenos que logro escuchar digan lo contrario. Así que también alisto la chaqueta y vuelvo a la habitación.

—Hola, mami. ¿Cómo te sientes hoy? —la saludo al verla despierta y sentada en la cama.

—Bien, cielo, muy bien —responde alegre.

Me hace feliz verla mejor. Quiero tenerla junto a mí por mucho tiempo más. Los miedos siguen presentes, pero confío en Andrés, en el tratamiento que ha indicado y en el esmero que tendremos ambas por mantener un estilo de vida adecuado, con horarios de trabajo más flexibles y para los que su jefe ya nos ofreció una propuesta.

—Me alegra, extraña —Voy hasta ella y dejo un delicado beso en su frente.

—¿Cómo llevas la ruptura?

—Bien —Mi respuesta sigue siendo la misma. No hay mucho que pensar sobre el fin de mi relación con Jackson y las miles de desilusiones que tuve con él y que solo me he permitido reconocer y aceptar hasta hace muy poco—. Me siento tranquila.

—Qué bueno escuchar eso, cielo. Cuando una puerta se cierra, otra se abre.

—Tienes razón —Sonrío al responderle pues recuerdo a Mark.

—Y bueno, qué raro que Andrés no ha llegado, tiene el primer turno del día esta semana. ¿No has notado lo guapo que es? Además, vi cómo te miraba ayer... Y está soltero —habla con complicidad y picardía en su voz.

—Espera —Entrecierro los ojos—. ¿La puerta a la que te refieres se llama Andrés? ¿El doctor?

—Yo no he dicho nada —Se hace la que no es con ella.

—¡Por Dios, extraña!

—Solo digo que es un buen tipo. Sé que lo de Jackson pasó hace poco, pero te hará bien conocer a otras personas, así sea solo para salir a hablar. Andrés es nuevo en el hospital, pero mi intuición me dice que es de fiar. No como otros —murmura.

No puedo evitar soltar una carcajada. Nunca le agradó del todo Jackson.

—Mamá, hay algo que quiero contarte —Tomo su mano y continúo—. Estoy empezando a conocer a alguien, no es nada serio todavía, pero...

—¿Desde cuándo? ¿De quién se trata? —habla con urgencia.

La puerta se abre y agradezco la interrupción.

—Con permiso. Buenos días, Karla. Buenos días, Rachel —Es Andrés quien entra con un vaso en cada mano—. Sabía que estarías aquí cuidando a tu mamá, así que me tomé el atrevimiento de traerte una infusión. Espero que te gusten los frutos rojos —Extiende la mano y recibo su regalo.

—Muchas gracias, Andrés. No tenías por qué hacerlo.

—Además, está haciendo mucho frío afuera, así que te ayudará —añade nervioso.

—Bueno, tengo que irme a la universidad. Vuelvo en un rato —Me acerco a mamá y le doy un abrazo—. Adiós, Andrés.

—¿En qué te vas a ir? Ve a enfermería y toma algo de dinero de mi bolso —dice mi madre.

—No te preocupes, Karla. Yo puedo pedir un taxi para Rachel —habla el doctor con entusiasmo mientras saca su teléfono.

Antes de que pueda decir nada, mi madre le indica el nombre de la universidad y, cinco minutos después, ya estoy montada en un auto, muerta de la vergüenza por lo que acaba de suceder. En el camino, aprovecho para beber la infusión y responder los mensajes de Amy y Mark, que me preguntan por el estado de mamá.

Por fortuna, llego a mi destino y las nubes negras han desaparecido junto con la lluvia, lo que me sube el ánimo rumbo al salón de clases.

Cuando entro, me reciben murmullos y miradas indiscretas, en especial de Monique y Crisna, quienes actúan como si hubieran descubierto el mejor invento de la historia.

—¡Pero miren a quién tenemos aquí! —exclama Monique—. Querida, ¿escuchaste los nuevos rumores?

—Rach, ni siquiera nosotros que somos tus compañeros de años conocemos tu casa —José se une a la conversación.

—Son solo rumores, José. ¿Cómo se atreven a pensar que el profesor Harvet se fijaría en alguien como ella? —continúa Monique. Su tono es tan desagradable como la expresión que dibuja en su rostro al observarme de pies a cabeza.

—Parece que hay alguien que sí se lo cree —le respondo. No planeaba el tono sarcástico en mi voz, pero disfruto al verla morderse la lengua por unos segundos.

—Pues no te hagas ilusiones, querida —agrega con serenidad, lo cual contrasta con la ira en sus ojos—. Harvet me preferirá, como todos. ¿No es así, Crisna?

—Por supuesto, Mon —Su amiga chilla, dándole la respuesta que ella exige.

—Hoy será una clase muy interesante y, después, aún más —insinúa Monique y se acerca a mí—. ¿Qué te parece, Rach?

—Estás en todo el derecho de hacer lo que te apetezca —le respondo y voy hacia mi puesto. No tengo intenciones de seguir discutiendo.

—¡Y así será! —grita histérica—. No te he pedido permiso.

Al llegar a mi lugar, giro en su dirección y Monique me mira desafiante. La ignoro y me acomodo en el asiento con falsa calma. Mis pensamientos se dirigen a ella y a lo que acaba de decir. Monique es muy guapa y toda la universidad está detrás de ella, pero ¿Mark cedería a sus coqueteos? Suspiro y ahuyento aquellas ideas. Él tiene el carácter suficiente para hacerse cargo de sus acciones y tomar las decisiones que mejor le parezcan.

—Buenos días —La voz inquisitiva de Mark cesa mis pensamientos y los murmullos. Recorre con sus ojos el lugar hasta detenerse en mí. Frunce el ceño, sé que puede percibir la tensión en el ambiente, por lo que le dedico una pequeña sonrisa y veo su rostro relajarse—. Bien, empecemos.

Él hace una introducción del tema de hoy y nos pide desarrollar un ejercicio que deja en el tablero, sin saber que esa es la señal que Monique

esperaba para poner en marcha sus planes.

—No entendí muy bien, profesor Harvet —dice ella con un tono de voz exageradamente meloso— ¿Puedo ir a su escritorio? Tengo algunas preguntas.

Retengo el aire, molesta conmigo por no concentrarme en la clase sino en las molestas punzadas en mi estómago.

—Puede —La voz de Mark es amable. Él solo hace su trabajo, pero no puedo evitar la sensación de molestia e incomodidad. Sonriente, Monique se pone de pie y camina hacia él, quien con paciencia le explica los ejercicios. Ella aprovecha para tocarle el brazo y acercarse de más cada vez que puede. Mierda, Rachel. Concéntrate en resolver el trabajo, riñe la voz en mi cabeza.

Pasan diez minutos y ella vuelve a ir al puesto de Mark. Sigue usando ese tono chillón, tocándolo con más descaro y la expresión molesta de él me indica que no está cómodo.

—Voy a explicar de nuevo el ejercicio en el tablero y así resolveré las dudas de todos en el salón. Tome asiento, por favor —le pide.

Dejo escapar una sonrisita. No sé si es su aspecto mal humorado y gruñón o la manera en la que envía una clara señal de desinterés a Monique, pero me gusta como luce.

—Profesor, necesito clases particulares, ¿no cree? —Ella se pega a él y todos observamos sorprendidos.

—¡Regrese a su lugar! —ordena Mark—. No sé qué tipo de juego es este, pero basta.

Está en extremo ofendido. Por otro lado, Monique se ha puesto roja, cada parte de su rostro denota vergüenza. Una que no le había visto antes.

—Solo era una broma, profesor —Las palabras de mi compañera hacen que la expresión amarga de Mark se profundice.

—Soy su profesor, no un amigo con quien puede bromear. ¿Entendido?

—¿Solo Rachel puede hacerle bromas? —susurra José, pero el silencio que inunda el salón permite que todos lo escuchemos.

—No quiero ningún comentario suyo ni de nadie al respecto. La próxima persona que lo haga, no se moleste en volver a mi clase —dice Mark con la mirada fija en José y tratando de mantener la compostura.

Paso saliva, sintiéndome cohibida por ser parte de una discusión que solo se trataba de Monique y sus límites.

El resto de la jornada es tensa. Nadie se atreve a hablar o a preguntar algo y, cuando la clase termina, todos nos dirigimos hacia la salida, excepto Monique. Ella ralentiza sus movimientos al guardar sus cosas. Cuando ve que estoy a punto de atravesar la puerta, se acerca al puesto de Mark.

—Quería ofrecerle disculpas, profesor —No puedo evitar quedarme donde estoy para escucharla—, pero me es imposible ocultar cuando alguien me gusta. Y usted me gusta.

—Por favor, señorita Anderson —Mark se pone de pie y, antes de que pueda siquiera terminar de formular su respuesta, ella se abalanza sobre su boca y lo besa.

Mi sorpresa por su acción es sustituida por horror. El mismo horror que veo en los ojos de Mark cuando la separa de él.

—¿Qué demonios le sucede?

—Sé que le gusto y no lo culpo. Soy la más guapa.

—En lugar de estar preocupada en cosas como esas, debería ocupar su tiempo en su carrera.

—¿O es que le gusta alguien más? ¿Quizá Rachel Lombardo? —le reclama y voltea a ver hacia la puerta, en donde sigo de pie, expectante. Mis mejillas arden con el mismo fuego que me recorre las venas.

—Mi vida personal no le concierne. Esta conversación ha terminado, al igual que la clase. Retírese, por favor —ordena Mark y procede a alistar sus cosas.

Monique se da vuelta y me empuja al salir del salón.

—Perdón por quedarme escuchándolos. No debí hacerlo —me disculpo, y me acerco.

—Soy yo el que lamenta que tuvieras que escuchar esas niñerías.

—No es tu culpa. Es evidente que Jackson cumplió con su palabra y le contó a todos lo que ocurrió en mi casa.

—Lo sé —extiende la mano y me invita hacia su lado—. Estas situaciones empezarán a repetirse y quiero saber si te sientes cómoda con ello, si crees que es algo que puedes enfrentar.

—No voy a negar que me incomoda, pero puedo soportarlo.

Él esboza una sonrisa y hace que el espacio entre ambos desaparezca. No dejo de pensar en que alguien entre y nos vea. Mark es un profesor y yo su alumna.

El devenir insólito de mis nervios aumenta cuando una de sus manos se posa en mi cintura y la otra en mi mandíbula. La respiración se detiene al tener su boca a centímetros de la mía. Siento un cosquilleo en los labios, es el recuerdo de nuestro primer beso.

—Mereces más que algo a escondidas, Rachel —susurra—. Sentir algo más significativo que el miedo.

—No tengo miedo de ti, Mark.

—Lo sé —dice y, de inmediato, lleva sus labios a mi frente y deposita un dulce beso en mi piel—. Lo único que quiero es que te sientas bien cuando estés conmigo.

Sus palabras hacen que se me dibuje una sonrisita tonta. Con la tranquilidad que me transmite su contacto, cierro los ojos y trato de no pensar en nada más que en nosotros, pero él se aleja un poco y empiezo a escuchar los murmullos en los pasillos que me regresan a la realidad.

—Debo irme. Tengo un taller electivo de Matemática financiera —Observo mi reloj—. De hecho, está por empezar.

—Está bien. Si necesitas algo no dudes en llamarme, estaré aquí —Su voz es firme, pero suave—. Por cierto... ¿Te gustaría que almorzáramos hoy? Puedo cocinar para ti.

Su invitación repentina me llena de una emoción sofocante. Mark ha mencionado lo mucho que le gusta la cocina y me alegra poder conocer esa faceta suya.

—Me encantaría.

—Mi jornada termina a la una, ¿a esa hora te parece? Comemos y después te llevo al hospital.

—A esa hora está bien. Después del taller iré a ver cómo va mamá y regreso a la universidad.

Él sonríe, lo que provoca el revoloteo incesante de mariposas en mi estómago.

—Nos vemos en unas horas, señorita Lombardo.

—Hasta luego, profesor Harvet.

Nerviosa y a la expectativa de nuestra cita, me dirijo al salón donde tendré clase. En cuanto llego, Amy eleva su mano, para llamar mi atención.

—Am —la saludo con un abrazo.

—¿Cómo estás, Rach?

—Bien, mucho mejor. Ayer fue un día difícil, pero mamá ya está más estable —Dejo la mochila y me acomodo en la silla a su lado.

—Antes de venir, pasé con mi padre a visitarla, pero no nos dejaron verla. Aun así, el doctor nos dijo que ya estaba mejor. Lástima que no pude regañarla por asustarnos de esa manera —Su rostro se descompone.

—Fue una situación horrible, pero por fortuna las cosas están bajo control.

—Sí, el Ken nos dijo que los resultados de los exámenes salieron muy bien.

—¿El Ken?

—El doctor. ¿Viste lo guapo que es? Además de amable e interesante. Si no te quedas con Mark, deberías salir con él —Sus ocurrencias me hacen reír. Piensa igual que mi mamá.

Minutos después, el aula se llena de más alumnos, el ruido aumenta al igual que los susurros, algunos de seguro dedicados a los rumores con Mark, puedo verlo en las miradas que me dedica el grupo a mi lado y en las bocas de los que están frente a nosotras. Amy toma aire, mirándolos con mala gana. Vuelvo a insistirle que lo mejor es ignorarlos.

—Buenos días —El profesor Masenfert ingresa al aula y todos guardamos silencio—. Empecemos con las dudas que tengan sobre los ejercicios que les dejé de tarea y después realizamos un taller sobre sus dudas. ¿De acuerdo?

Tal como lo indica, la clase va al ritmo de nuestras inquietudes. El profesor las resuelve una a una y, al finalizar, todo parece menos complejo. La felicidad se refleja en el rostro de todos cuando salimos del salón.

—¿Te llevo al hospital? Me queda camino al centro comercial, debo comprarle algo a mi papá —ofrece Amy cuando llegamos al estacionamiento. Tengo un par de horas antes de verme con Mark, así que acepto.

No desaprovecha el camino para llenarme de preguntas sobre ‘mi profesor’. Confío en ella y, sin tapujos, le hablo de él y de lo bien que me hace sentir.

—Me alegra saber que el profe está haciendo las cosas como debe ser —Una vez llegamos a la entrada del hospital, me toma la mano—. Mereces lo mejor, Rach.

—Lo merecemos. Espero que Dylan también esté comportándose a la altura.

—Así es, Rach. Prometo ponerte al día —Sus ojos brillan—. Te quiero, avísame cualquier novedad.

—Gracias por traerme, Am. Te quiero más.

Salgo del auto y la veo desaparecer entre el tráfico de la ciudad. En el hospital, la recepcionista me recibe con amabilidad y luego me encuentro con Katty.

—Hola, cielo. Pensé que no vendrías hasta más tarde.

—Mi taller no tardó tanto como esperaba y quería ver como seguía mamá, ¿crees que podría pasar a la habitación?

—No lo creo. Está en consulta con el médico general.

—¿Sucedió algo? —la interrumpo, me esfuerzo por permanecer tranquila.

—Solo es un procedimiento de rutina para verificar su evolución —Siento mis músculos relajarse—. ¿Por qué no esperas en cafetería? Te avisaré apenas puedas entrar.

—Está bien. Gracias de nuevo, Katty.

—No es nada, cielo. Debo ir con un paciente, pero estaré pendiente, ¿vale?

—Ve tranquila.

Con prisa, entra a una de las habitaciones. Sigo el camino a la cafetería, el lugar está casi vacío por lo que pedir una galleta de avena y un té no me toma demasiado tiempo. Katty no mencionó cuánto tardaría mamá en la consulta, así que aprovecho el espacio para sacar mis apuntes y repasar el tema que dictó Mark en la clase de hoy.

—Eso se ve muy complicado —Giro levemente la cabeza y veo a Andrés. Está a un lado de la mesa, sostiene una botella de agua en la mano—. ¿Cómo estás, Rachel? ¿Llegaste temprano a la universidad?

—Sí. Muchas gracias por tu ayuda.

—No fue nada —Da unos cuantos pasos, desliza la silla y, antes de sentarse, continúa—. ¿Puedo?

—Sí, claro.

Nos mantenemos en silencio un instante.

—En cinco minutos podrás pasar a la habitación con Karla —informa.

—Aprecio mucho lo que han hecho por mi madre y por mí.

—Con todo gusto, Rachel. Aunque hace poco me integré al grupo, ha sido inevitable no encariñarme con ella. Es una excelente persona, al igual que me lo pareces tú.

—Gracias, Andrés —Miro hacia el vaso de té apenada.

—¿Y qué carrera estudias? —Se interesa de nuevo en mi cuaderno.

—Administración de Empresas.

—Vaya, buena elección. ¿Qué te motivó a elegirla? —Su pregunta tiene una respuesta automática. Mis recuerdos se llenan de imágenes de papá, de aquel rostro que desde pequeña he memorizado a detalle gracias a las fotos que conservamos como un tesoro mi madre y yo—. ¿Te gustan los números?

—Sí, algo así.

—Cuando empecé Medicina, no imaginé que tuviera que ver Matemáticas también. Sufrí un poco, pero terminé por acostumbrarme a ellas.

—Lo bueno es que lo lograste —Por algo está aquí como uno de los médicos principales, como uno de los mejores, según lo que escuché decir en los pasillos.

—Y tú también lo lograrás y Karla estará muy orgullosa de ti —Pone una mano sobre la mía—, más de lo que ya está.

Su gesto me sorprende y, por unos segundos, me mantengo inmóvil. Oportuno, mi celular vibra y veo que Jackson me ha escrito. Mis músculos se tensan y pongo el teléfono boca abajo.

—Es probable que Karla ya haya salido de su consulta —anuncia Andrés—. Voy a ir a autorizar tu visita.

—Gracias.

—Para lo que necesites, Rachel —Se pone de pie, sus labios esbozan una sonrisa encantadora—. Gracias a ti por la compañía. Nos vemos luego.

Apenas se aleja, me relajo un poco, aunque no del todo, pues la incomodidad sigue presente por el mensaje de Jackson, el cual no tengo intenciones de leer.

¿UNA HIJA?

Mark no está esperándome en Mur, sino en un auto negro de lujo.

—¿Este si es tuyo? Muy pretencioso, profesor Harvet —comento con tono bromista tan pronto me uno a él—. Lo siento, pero soy Team Mur.

—A mi hermano le encantaría tu comentario.

Asiento, pensando en lo mucho que me agrada una persona a la que solo le conozco la letra y el evidente sentido del humor.

—¿Cómo sigue tu mamá?

—Bien. En un par de días podrá regresar a casa. Y su licencia fue aprobada, así que va a tomarse este tiempo para despedirse de medio hospital como si le hubiesen dado un año sabático.

Ambos reímos.

—Me alegra que esté mejor —Toca mi mano, su tacto es agradable—. Me gusta verte feliz, Rachel.

En un movimiento delicado, giro mi muñeca y nuestros dedos se entrelazan. Sobran las palabras, los sentimientos florecen.

Rumbo a su departamento, nos rodea aquella comodidad que empieza a ser usual y, varias calles después, Mark comenta que tiene un regalo para mí. Se emociona al mencionarlo y la curiosidad por saber qué es me invade.

—¿Estás pensando en darme unas clases gratis? No soy la mejor, pero creo que no las necesito —bromeo.

—No por el momento, señorita Lombardo —habla de una manera firme y sensual que me hace sonrojar.

Nos detenemos frente a un enorme y lujoso conjunto residencial y, por primera vez, pienso en que estaremos completamente solos en un lugar.

—Buenas tardes, Julián, ¿Cómo va la jornada? —Mark baja la ventana del coche para saludar al portero que le responde desde la caseta mientras nos permite la entrada.

El tiempo que nos toma llegar al estacionamiento y luego al elevador me parece una eternidad.

—Gracias por aceptar mi invitación.

—Gracias a ti. Necesitaba distraerme un poco luego de todo lo que ha ocurrido y... Ya quiero ver cuál es la sorpresa —hablo emocionada.

—Espero te guste —Sus ojos brillan—. Lo vi y no pude evitar recordarte.

—¿De qué se trata? ¿Una pista, señor Harvet?

Él ríe con ganas. No lo había visto así antes.

—Tan guapa como impaciente, señorita Lombardo.

El elevador llega y él presiona el botón del piso seis. Mientras las puertas se cierran, dirijo la mirada hacia su mano y no puedo evitar notar las venas que resaltan en ella. Trago saliva. Mierda. La atracción que siento por este hombre es irremediable.

Me concentro en el espejo que reviste las puertas del ascensor y allí está el reflejo de su rostro. La respiración y el pulso se me agitan y la situación se hace más evidente cuando noto sus ojos concentrados en mi boca y siento que un hormigueo se pasea por mi piel.

—No imaginas lo que he añorado tus labios, Rachel.

Antes de poder reflexionar en sus palabras, lo tengo frente a mí, acorralándome y sus manos tomando mis mejillas. El calor de nuestros cuerpos deja claro que ambos moríamos de ganas por volver a besarnos. Gimo cuando me muerde el labio inferior. Ráfagas aceleradas de mis latidos llegan con el contacto de nuestras lenguas y siento que su respiración sigue a la mía.

Las puertas se abren.

—Y yo los tuyos, profesor Harvet —Jadeo al separarnos.

—Profesor —repite sobre mis labios.

—Lo lamento —murmuro apenada.

—No tienes por qué sentirte mal, al fin y al cabo, lo soy —Salimos del elevador y él me toma de la mano. Caminamos por el pasillo y una mujer sale de uno de los apartamentos del piso.

—Buenos días, Mark —Me sobresalto y, por instinto, lo suelto y me cruzo de brazos.

—Señora Benson, me alegra verla. ¿Cómo estuvo su fin de semana? —Relajado, Mark me sujeta de la cintura y yo solo puedo pensar en lo que ella esté imaginando sobre mí, sobre nosotros.

—Todo excelente. Hace mucho no veía a mi hermana y la pasamos increíble en su pueblo —responde la mujer con ánimo—. Bueno, los dejo seguir. Tengan buen día.

—Lo mismo para usted, Señora Benson.

Ella se aleja y la calma regresa poco a poco a mí.

—Tranquila, Rachel —Mark me guía por el pasillo—. No hacíamos nada diferente a lo que harían dos personas que se atraen, y tú a mí me encantas.

Observo su perfil sonriente, como si no fuese culpable de robarme el aliento. Lucho por mantener el equilibrio de mis piernas temblorosas mientras sigo sus pasos hasta llegar a la puerta del departamento donde Mark pone su huella en un dispositivo y me invita a pasar. La pena y la timidez que parecían haberse ido de vacaciones regresan con mucha más fuerza.

—Voy a guardar las cosas y ya vuelvo, ¿vale?

Asiento y me acomodo en uno de los sofás de cuero de la sala. Empiezo a ver todos los detalles del lugar. Es un espacio amplio, luminoso y con un estilo minimalista. No hay nada desordenado, lo que encaja a la perfección con Mark. Encuentro un par de plantas, un cuadro de Una noche estrellada en París y un pequeño mueble con algunos libros en él. Reconozco en el lomo de uno de ellos el título de la novela que me recomendó hace un tiempo: Los miserables.

—Este lugar es precioso —le digo cuando veo que está de vuelta.

—Gracias —Hace una pausa y me entrega con cuidado una caja marrón mediana con pequeñas aberturas a los lados—. Esto es para usted, señorita Lombardo.

Leo la dedicatoria y, esta vez, el tema del hámster —la pregunta que le hice cuando me confesó que le gustaba— no me genera vergüenza, sino ternura. Me emociona que recuerde ese tipo de detalles y es ahí cuando siento que algo se mueve dentro de la caja, así que decido ver por uno de los orificios.

—¡UN HÁMSTER! —chillo aterrada y tiro el regalo al piso.

El pequeño animal sale corriendo más asustado que yo y Mark logra atraparlo, mientras yo me paro sobre el sofá.

—¿Estás bien? Compré a esta pequeña por tu comentario sobre los hámsteres del otro día. Me pareció adorable.

—Lo lamento, de verdad —hablo apenada mientras él consiente con uno de sus dedos al tierno roedor.

—No, discúlpame tú a mí. En la veterinaria me dijeron que podía devolverla si ocurría algo.

Me siento culpable por la confusión, porque la mención del hámster en aquella conversación no fue más que un efecto de los nervios. En realidad, nunca había pensado en tener uno. Cuando miré el orificio y vi su cara acercarse a la mía, el pánico entró en escena.

Respiro profundo, me bajo del sofá y me dirijo hacia Mark. Qué vergüenza.

—Déjame intentar cargarla —murmuro con recelo. Me armo de valor y veo al animalito a los ojos. Es una criaturita de color café con una mancha blanca en su cara. Se aferra con sus patitas a las manos de Mark.

—No tienes que...

—Quiero intentarlo —lo interrumpo. Aún asustada, consiento su suave pelaje. Es hermosa—. ¿Podría tomarme un tiempo para hacerme a la idea de que vivirá conmigo?

Mark sonríe con ternura y yo siento que voy a desmayarme.

—La regresaré a la habitación, no te preocupes —Él desaparece del salón y yo vuelvo a sentarme, lamentando mi actuación.

Apenas lo veo regresar, me acerco para abrazarlo.

—Muchas gracias por el regalo. Nunca me habían obsequiado algo... Así —bromeo y él ladea la sonrisa.

—Te creo —musita y me rodea la cintura—. Y lamento lo ocurrido. Prometo que habrá tiempo para conocernos mejor y acertar en lo próximo que te dé.

—Aprecio el detalle, de verdad. Y... Quiero quedármela.

—No es necesario.

—Mark, quiero quedarme con ella.

—¿Estás segura?

Asiento, aunque no del todo convencida. Él me mira incrédulo.

—Haré mi mayor esfuerzo. He leído que son mascotas muy fáciles de cuidar. Solo tengo que terminar de hacerme a la idea y buscarle un buen lugar en mi casa.

—Puede quedarse aquí hasta el día que quieras. Y no te preocupes por sus cosas, porque ya le compré todo lo necesario. Además, siempre puedes venir a visitarla —La manera divertida en que habla me anima a seguir su juego y olvidar el momento vergonzoso.

—¿Usando a nuestra hija para sus beneficios, señor Harvet?

Me arrepiento de inmediato de lo que acabo de decir. No quiero asustarlo catalogando a la mascota que me regaló de esa manera.

—Solo estoy pensando en lo mejor para ella —Sonríe y me acaricia el rostro, haciendo que las inseguridades se desvanezcan.

Es encantadora la manera en que siempre busca hacerme sentir cómoda. Me gusta eso de él. Me gusta mucho Mark Harvet.

Vamos juntos a la cocina. El lugar es precioso, los gabinetes y las encimeras relucen, creando un contraste elegante con el suelo de madera.

—Siéntete cómoda —dice y me señala una de las sillas cerca de la barra americana.

Con buen humor, se desplaza por el lugar, me pregunta si deseo beber algo y me doy cuenta de que estoy sedienta.

—Un poco de agua estará bien —Él la sirve y me lo entrega.

—¿Te gusta el risotto? —cuestiona mientras se quita el blazer y la corbata.

Estoy concentrada en cada uno de sus movimientos. Doy un sorbo a mi bebida y respiro profundo.

—Sí, me gusta.

—Perfecto —responde a los lejos, abandonando unos segundos el comedor.

Cuando regresa, se ha aflojado el cuello de la camisa y subido las mangas. Mark lava sus manos, se pone un delantal y abre un gran cajón inferior del que saca una olla que llena de agua para dejarla en la estufa.

—Te ayudo —Me pongo de pie, para darle vuelta a la isleta.

—Puedes picar las cebollas y el pimiento.

Enjuago mis manos. Él me pasa la tabla de picar y yo saco de la nevera los vegetales.

—¿Cómo los pico?

—En corte brunoise —Se acerca para mostrarme la manera en la que debo hacerlo. Su técnica es precisa. La experiencia que tiene en la cocina es notoria—. Cortes pequeños y muy finos.

Aunque trato de concentrarme en la tarea, de vez en cuando me detengo para observar al hombre a mi lado. Mark agrega algunas especias al caldo de verduras y centra su atención en el arroz en la olla, su acción me ofrece la oportunidad de mirarlo con más detalle: su nariz recta y labios carnosos

que se curvan apenas prueba un poco la preparación. Me encanta esta faceta de él, verlo hacer algo que disfruta.

—¿Has estudiado gastronomía?

—En vacaciones, mi padre nos hacía asistir a cursos y muchas veces elegí la cocina.

—¿Hay algo que no haga bien, señor Harvet?

Camina hacia mí, con paso seguro. La respiración se me corta cuando lo tengo a centímetros.

—Alejarme del peligro —responde en voz baja. Me quedo inmóvil, con tan solo el ritmo de mi pecho subiendo y bajando con lentitud. Siento sus labios acercarse a los míos—. Los cortes están perfectos —Estira el brazo, toma la tabla de picar que dejé a un costado y lleva las cebollas al sartén. Sonrío con la candidez de una adolescente en su primera cita.

EL MALO

Es miércoles. Le dieron salida a mamá el viernes de la semana pasada y desde ese día no he ido a la universidad porque quiero estar al tanto de ella todo el tiempo.

Ahora estoy saliendo del ascensor del edificio en el que vive Mark, a quien no veo desde el día en que cocinamos juntos —aunque él hizo casi todo—.

Él insistió en querer ir a casa a visitarme, pero sigo sin creer que sea momento de contarle nada a mi madre, y menos ahora que mi abuela acaba de llegar a la ciudad para cuidarla y que así yo pueda regresar a clases con normalidad.

Su hipnotizante mirada me recibe cuando abre la puerta del departamento. Verlo hace que mi cuerpo arda y los nervios me invadan de pies a cabeza como cada vez que nos encontramos en el salón de clases.

—Hola —lo saludo apenada.

—Me alegra que estés aquí —responde amable. Me debato sobre si acercarme o no. Mark toma la iniciativa, lleva su mano a mi cuello y me besa con suavidad.

—Lamento venir hasta ahora, pero no podía dejar a mamá sola y mi abuela apenas llegó.

—No te preocupes. ¿Cómo sigue ella? —pregunta y extiende su brazo a modo de invitación para que siga.

—Bien. Su recuperación ha sido muy buena —Avanzo hasta la sala. Dejo mi mochila en el sofá—. La visita de mi abuela la hizo muy feliz.

Tener a mi nana cerca también me llena de emoción, aunque sé que en unos días todo será nostalgia cuando tenga que regresar a su pueblo.

—Me alegra mucho, Rachel. Sabes que estoy ahí para cuando lo necesites.

—Gracias —sonrío.

—Sé que tienes el tiempo justo para llegar a la universidad, así que vamos a mi habitación. ¿Te parece?

—¿Quince minutos bastarán para intentar acercarme a ella? —Risueño, Mark me ofrece su mano y yo la acepto, entrelazándola con la mía.

—Lo averiguaremos —A medida que avanzamos hasta su cuarto, noto como mi piel se torna fría.

—Sigue en pie lo de devolverla. ¿De acuerdo?

—Lo sé. Pero de verdad deseo quedármela.

Entramos y Mark saca al hámster de la jaula y lo carga entre sus manos. Tomo aire antes de llevar mi dedo índice hacia el animalito, toco su pelaje y respiro profundo, me siento extraña por la sensación y porque el roedor parece compartir mis emociones, pues empieza a moverse de manera frenética.

—Creo que está asustada, mira sus patitas —Me alejo un poco y escondo mis manos tras de mí.

—Tranquila. Es normal que esté así. Solo acaríciala con cuidado y se sentirá mejor.

Le hago caso y vuelvo a intentarlo. Es muy tierna y, aunque mi tacto vuelve a intranquilizarla, esta vez no me alejo. A medida que pasa el tiempo, el hámster parece acostumbrarse a mí, al igual que yo a él.

—Vale, creo que es suficiente. Voy a dejarla de nuevo en su casa —agrega Mark, poniendo al animal en la jaula.

Me quedo observando cómo el roedor va directo hacia una rueda y comienza a moverse a toda velocidad, haciéndola girar.

—¿Les gusta correr? —pregunto curiosa.

—Lo hacen para mantenerse en movimiento, es algo genético. La rueda la divierte y, además, le ayuda a controlar su hiperactividad y a reducir el estrés.

—Vaya, señor Harvet. Ahora sí que puede decir que tiene un hámster —bromeo.

—Tenemos, señorita Lombardo —corrige—. Si aún decides quedártela, por supuesto.

—Claro que me la quedaré. Ya hasta le encontré nombre —comento emocionada. Durante toda la semana pensé en cómo llamarla. Quería un nombre representativo, algo que me recordara a Mark.

—¿En serio? ¿Cuál es?

—Dory —suelto con entusiasmo.

—¿Cómo el pez de la película?

—Como tú y tu época Dory —Frunce el ceño, confundido—. ¿Es usted alumna de mi clase? Su rostro me suena —trato de imitar su voz y él suelta una carcajada.

—En mi defensa, alumna Lombardo, era más fácil decir que no la recordaba que admitir que no podía sacarla de mi cabeza desde que la vi en el pasillo —Hace una pausa para halarme hacia él—. Intentaba ocultar lo atraído que me sentía por usted.

—La discreción no le duró mucho, profesor Harvet —bromeo. Me pierdo en su mirada—. Y pensar que ahora estamos aquí. ¡Qué locura!

—¿Te arrepientes? Sé que no debe ser fácil salir de una relación de varios años y verte involucrada en nuevos rumores cada día.

Aunque su cuestionamiento me toma por sorpresa, es algo que yo también me he preguntado, pero he ido construyendo una respuesta.

—No ha sido sencillo, pero me gusta donde estoy ahora. Y arrepentimiento no es lo que siento, no contigo, Mark. ¿Y tú? ¿Te arrepientes de esto?

—¿De qué podría arrepentirme? —Acaricia mi hombro—. ¿De ver de cerca esos preciosos ojos marrones que siempre están rondando por mi mente?

Con delicadeza, sus nudillos recorren mi mejilla. Estaba asustada por lo que pudiera responder, pero lo que me dice cambia la ecuación por completo.

—No hay nada de lo que me pueda arrepentir si se trata de ti —Me besa con ternura. Sus brazos me envuelven y el contacto de nuestros labios me llena de una paz que no puedo explicar—. Si te tengo aquí, así...

Alejo mi rostro del suyo. Quiero verlo a los ojos. Me encanta la seguridad que siempre reflejan.

—Me gusta estar aquí —admito, y no solo me refiero a su departamento, sino a estar a su lado.

Nuestros labios enseguida vuelven a buscarse y el beso, que apenas se había detenido, retoma con más pasión. Llevo mi mano a su nuca y él invade mi boca con su lengua, explorándome. Ahora la sensación es embriagadora y excitante. No es un beso como los anteriores.

Con pequeños jadeos, recibo el camino que toma su mano sobre mi espalda, me acaricia la cintura y nuestros cuerpos se juntan con una poderosa necesidad. Noto la rigidez que crece en sus pantalones contra mi vientre. Ahogo un gemido en su boca mientras nos desplazamos por el lugar, hasta llegar al único sofá de la habitación. Me recuesto y él se acomoda sobre mí.

—Rachel —susurra mi nombre con voz grave.

Quiero que lo diga otra vez. Necesito escuchar mi nombre en su boca de nuevo. Tenerlo encima de mí provoca que los nervios se me escabullan por la mente. Ve con calma, ordena la voccita en mi cabeza, esa que desea algo más que acostarse con él. Sin embargo, no puedo detenerme. Disfruto la manera en la que Mark se abre espacio entre mis muslos. Su sexo se presiona a la perfección contra el mío, poniendo en llamas mi piel y haciendo que sensaciones indescriptibles se apoderen de mí. Esta versión ardiente del enigmático profesor Harvet me encanta.

Ya no existen peros. La última pizca de sentido común que me quedaba desaparece. Estoy perdida en sus caricias, encontrándome en su piel.

Mark abandona mi boca, deja rastros de sus besos en mi mandíbula y en mi cuello. De manera involuntaria, me arqueo y muevo las caderas, provocando que todo el deseo contenido se apodere del momento, a una velocidad vertiginosa. Sus dedos empiezan a recorrer con deseo mis piernas hasta llegar a mis bragas. Encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que me hace sentir este hombre es imposible. No hay nada con lo que lo pueda comparar.

—Debo ir a clases, llegaré tarde —hablo tan bajo que casi parece un susurro. Estoy rogando porque él sea más razonable que yo y termine con la dulce tortura en la que nuestros cuerpos se están sumergiendo.

—Sí —es lo único que dice y vuelve a besarme.

Rodeo mis piernas tímidamente en su cintura. Él muerde mi labio inferior mientras mueve su pelvis contra la mía. Aprieta mis glúteos con sus ávidas manos. Todo estalla en mi interior, pero el miedo se hace presente y me pide que me detenga.

—Mark —suplico.

Él debe haber notado que algo pasa conmigo, porque se aleja un poco.

—¿Estás bien? ¿Vamos demasiado rápido? —habla con agitación.

—Lo siento —respondo avergonzada.

—No digas eso. Si te sientes incómoda con algo, tienes todo el derecho a decirlo. Quiero que disfrutes cada minuto que pasemos juntos, sin sentirte presionada a hacer algo que no desees.

Lo abrazo. No puedo evitar recordar a Jackson y a su enojo siempre que lo interrumpía, me hacía sentir mal por ello.

—Aunque no puedo negar las ganas que tengo de desnudarte, no quiero que pienses que te invité aquí para esto —Exhala con fuerza y en sus labios se dibuja una sonrisa encantadora.

Se sienta y yo hago lo mismo.

—Creo que debo irme o voy a llegar tarde a la universidad —le digo.

El timbre de la puerta suena y miro a Mark con preocupación. Lleva su mano a mi cabello, me acaricia como si intentara arreglarlo y mis nervios aumentan. La idea de que alguien se dé cuenta de lo que estuvo a punto de pasar me llena de terror.

—Estás hermosa —habla con dulzura, pero el sonido insistente del timbre vuelve y la expresión de Mark se agudiza. Tiene la mandíbula apretada—. Será mejor que atienda, ¿estás de acuerdo?

Asiento y, mientras se pone de pie, trato de arreglarme un poco, porque borrar el rojo de mis mejillas es imposible.

—¿Quién es? —pregunta mientras se abrocha el cinturón.

—Soy yo —responde con humor en español la persona detrás de la puerta. Entiendo ese idioma gracias a que mis abuelos me lo enseñaron cuando era una niña—. ¿Qué vienes a buscar? A ti. Esta canción que aprendimos cuando tomamos clases de español me encanta. Venga, abre ya que me estoy perdiendo el partido de los Lakers.

—No te preocupes, es mi hermano —informa, como si esperase que eso me calmara, pero lo único que logra es horrorizarme aún más. ¡Es su hermano! ¡Y nos verá así! ¿Cómo se supone que no me preocupe?

Sin más, Mark va hacia la puerta y yo lo miro desde el pasillo.

—También me alegro de verte, hermanito —Steven entra sin ser invitado.

Mi boca se abre al ver la versión rebelde de Mark aparecer tras la puerta. ¡Son gemelos! La tensión se convierte en sorpresa al ver que, incluso, su estatura y contextura son iguales. Ahora entiendo lo que pasó aquel día, en que creí verlo entrando a una oficina vestido de una manera y al poco tiempo estaba en el salón con su traje normal.

—Ah. Tienes visita —habla el recién llegado y se acerca hacia mí con una gran sonrisa en sus labios—. Steven Harvet, un placer —Me da su mano y yo respondo a su gesto.

—Hola. Mucho gusto, me llamo Rachel.

—Rachel, eh —Voltea a ver a Mark y los nervios regresan—. Bonito nombre.

—Gracias —sonríó avergonzada.

—Por cierto, lamento la interrupción.

Su comentario me altera, aún más cuando Mark se acerca a nosotros.

—No te preocupes. Ya estaba por irme a clases —le digo en voz baja.

—Es una lástima. Pero ya tendremos tiempo para conocernos mejor, ¿verdad, Mark? —Mira a su hermano con humor.

Ojalá que la próxima vez que vea a Steven sea en una situación menos incómoda, aunque debo confesar que su actitud espontánea ayuda a que no termine desmayándome por los nervios.

—Vamos. Te llevo a la universidad —agrega Mark.

Pienso protestar, pero no lo haría frente a su hermano. En silencio y aún intimidada, me despido de Steven. Mark le informa a su gemelo que no tardará.

—Aquí esperaré, hermanito —responde con ¿ironía?

A pasos largos abandonamos el departamento, y nos dirigimos a la entrada del ascensor.

—Me iré en taxi, Mark. No quiero que hagas esperar a tu hermano.

Lo veo y no puedo evitar recordar lo cerca que estuvimos de... Necesito pensar y estando junto a él no puedo hacerlo de manera racional.

—Está bien, pero te acompañaré a tomar el taxi —Entra al ascensor conmigo.

Mark saca el móvil y llama a Julián, el hombre de la portería, para que pida un vehículo a mi nombre y le indica el lugar hacia el que voy.

Mi respiración se agita. Ay no... ¿Sabrá el portero que Mark es profesor de la misma universidad a la que me dirijo? ¿Deducirá que soy su alumna? ¿Estará acostumbrado a esto? ¿Soy una más y pronto seré una menos? Después de todo, no soy tan difícil de remplazar.

Basta, Rachel, me regaño mentalmente. Lucho con una inseguridad que no sabía que tenía hasta que pasó lo de Jackson.

—¿Rachel? —Mark me distrae de mis pensamientos—. ¿Suced algo?

—No, tranquilo —Esbozo una sonrisa—. Solo estaba recordando la selfie que me envió Steven el día en que estaban almorzando. Cuando me dijiste que era tu hermano, creí que solo te referías a que él había enviado la

foto, no a que él era el de la foto. Son idénticos, excepto que tus ojos son un poco más oscuros...

—Es una muy buena observación.

El ascensor se abre y caminamos hacia la portería. En el trayecto, le hablo de películas y libros que he leído sobre gemelos, aunque omito las recomendaciones literarias que Amy me ha hecho sobre el tema.

—Señor Harvet, señorita —El portero nos recibe—. El taxi está por llegar.

—Gracias, Julián. Esperaremos afuera —informa Mark. Toma mi cintura y me guía hasta la salida del edificio—. Lamento que se haya hecho tarde para tu clase.

—No te preocupes, creo que aún estoy a tiempo. Gracias a Dios...

—O a Steven —replica risueño.

—¿Se está burlando de mí, profesor Harvet?

—Jamás lo haría, señorita Lombardo —Me acaricia el brazo.

—Empiezo a pensar que usted, profesor Harvet, es el gemelo malo.

—¿El gemelo malo?

—En las novelas que he leído siempre hay uno bueno y uno malo.

—¿Entonces soy el malo? —pregunta con diversión.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

Estoy segura de que él está a punto de formular una ingeniosa respuesta, pero el taxi que esperábamos llega. Mark abre la puerta trasera y, antes de que yo pueda entrar al vehículo, me pega a él. Deposita un beso delicado en mi boca, o eso parece hasta que toma mi labio inferior y lo muerde. Ahogo un jadeo.

—Soy el malo —murmura y sonríe con arrogancia.



—No me jodas. ¿Es en serio?

Aun estando en clase, Amy es incapaz de controlar su sorpresa ante la información que le doy sobre el gemelo de Mark.

—¿No lo sabías?

—No. ¡Qué escondido lo tenía la víbora de mi hermanastra! —susurra—. Rach, tienes que decidir algo importante

—¿Decidir sobre qué?

—Me presentas a Steven y cumplimos con nuestra fantasía de ser mejores amigas saliendo con gemelos o... Harás un trío con ellos dos. No te culparía.

—¡Amy!

—Venga, Rach. Espero que tomes la mejor decisión y no seas egoísta —
Suelta una carcajada.

—Lo pensaré —bromeo.

—Me sorprende que te lo pienses. Yo disfrutaría del trío —Esta vez su risa se hace más estruendosa y toda la clase voltea a vernos.

—Disculpe, profesor —Observo escandalizada a mi amiga y me acomodo en el puesto.

—Lo sentimos, continúe —Con descaro, Amy lo anima a seguir con la clase, hace su mejor esfuerzo por lucir seria.

—Que amable, señorita Martins. Gracias por dejarme cumplir con mi deber —dice el docente con sarcasmo.

Nos mantenemos en silencio hasta que la hora termina.

—¡Al fin! —exclama mi amiga mientras guarda sus pertenencias y me lleva con ella fuera del salón—. Ahora sí, cuéntamelo todo. Estoy segura de que no solo fuiste a su departamento a visitar a la rata.

—Se llama Dory —comento entre risas.

—¿Cómo el pez?

Mi buen humor por su respuesta se evapora al ver a Jackson caminando en nuestra dirección.

—¿Al departamento de quién fuiste, Rachel? —pregunta él con exagerada calma.

—¿Y a ti que te importa? —espeta Amy al tiempo que me agarra de la mano—. Vamos, Rach.

—Tú cállate, Martins. Pensé que eras mi amiga —Jackson se interpone en nuestro camino.

—Y yo pensé que tú eras un hombre —Ella lo imita con cinismo—. Bueno, lo eres, pero uno muy imbécil e inmaduro.

—Rachel, tenemos que hablar —Jackson ignora a mi amiga y empieza a decirme un montón de palabras de amor, un amor tan falso como fundado en la mentira.

—No queda nada por decirnos —le aseguro.

—Te dije que vamos a hablar —protesta histérico. Me agarra con fuerza del brazo—. Sabes que te amo.

—Te dije que no —Lo empujo, cansada de la situación—. Y no ensucies más la palabra amor porque tu ni siquiera sabes su significado, Jackson. Uno no lastima a quien ama.

—¿Y tú crees que Harvet lo sabe? Qué estúpida eres —La ironía se refleja en su rostro—. ¿No te das cuenta de que eres solo una más para él?

—Ese no es tu problema —respondemos Amy y yo al unísono.

—Eres muy poco para Rach —agrega mi amiga.

No deseo perder más tiempo, así que halo a Amy para alejarnos de allí.

—No me dejes hablando solo. ¡Maldita sea, Rachel! —grita siguiéndonos el paso.

—Déjala en paz, imbécil —Amy se gira para enfrentarlo—. Eres un hipócrita y me alegra que el puñal que le clavaste a mi amiga le sirviera para que cupido le mostrara el camino hacia...

Ella deja el nombre de Mark en el aire. Jackson la observa lleno de enojo y da un paso para ubicarse frente a mí.

—Admite que estás con ese cabrón solo por despecho.

La ira que se me instala en el pecho elimina mi paciencia.

—¿Sabes lo único que vale la pena admitir? —Doy un paso al frente—. Que estoy agradecida porque tus estúpidos rumores me llevaron a conocer a una persona maravillosa como...

—No te atrevas a pronunciar su maldito nombre, Rachel —interrumpe y me amenaza entre dientes.

Sonrío con satisfacción. No hace falta mencionar el nombre de Mark y lo prefiero así. No quiero exponernos, no más de lo que ya estamos.

Jackson se queda en su sitio, invadido por el enojo, mientras Amy y yo volvemos a caminar.

LOS DOS

Algo que tengas que contarme, hija? —La pregunta acusatoria de mamá me inquieta—. No sé, quizá sobre el hombre que te acompañó en el hospital mientras estuve internada. Mis compañeras de trabajo dicen que es guapísimo.

Dejo el tenedor en la mesa. Estar sentada frente a mi madre, con su mirada fija en la mía, hace que mi apetito desaparezca. No cabe duda de que sus compañeras no perdieron el tiempo y tenían información reservada para ella. Llevo aire a mis pulmones, y me preparo para la conversación.

—Es un hombre inteligente y amable. Me hizo mucho bien su compañía durante esos días.

—Y te gusta.

—Sí —admito con las mejillas sonrojadas. Cuando le conté que conocí a Jackson no me sentí así.

—¿Cuál es su nombre? ¿Toma clases contigo?

Pues en la misma clase sí está, dice la vocecita en mi cabeza. Trago saliva.

—Su nombre es Mark Harvet y lo conocí en la universidad, pero...

—Los peros nunca faltan —bromea.

—No sé cómo vayas a tomar esto —le confieso. Su actitud risueña desaparece y ahora soy yo quien sonrío, aunque con nerviosismo.

—¿A tomar qué, Rachel? —Su mirada es acusatoria.

—Es... No es —La voz me tiembla—. Quiero decir, no es un compañero de clases.

—Está en otra carrera, entonces.

—Mark es... Mark es un profesor —admitir que salgo con él, delante de ella, hace que todo suene peor.

—Es una broma, ¿verdad? —Ríe estruendosamente.

—No —Bajo la cabeza al instante.

El silencio se alarga entre nosotras. Repiqueteo las uñas sobre la mesa. Siento que me voy a desmayar.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiséis años.

—¿Crees que merece la pena lo que estás haciendo? Es muy normal que hombres mayores quieran salir con chicas jóvenes solo para pasar el rato y

aprovecharse de ellas. Puede que él no sea taaan adulto, pero es tu profesor. No quiero que sufras otra vez.

—Mamá...

—Además, ¿cómo se lo tomarán en la universidad? —inquieta con preocupación. Las dudas que plantea son las mismas en las que no puedo dejar de pensar.

—Lo único que sé es que me siento bien cuando estoy con él —susurro esperanzada.

Ella asiente y respira profundo.

—Cielo, me gustaría darte un consejo que resulte en lo mejor para ti —El suave sonido de su voz me calma—, pero ya eres adulta y confío en tus decisiones. Sabes que estaré para apoyarte, siempre.

Mamá se acerca para abrazarme. En todas las cosas que me han pasado, los momentos difíciles y los de máxima alegría, su presencia siempre ha estado ahí para mí. Es la persona que más amo en el mundo.

—Gracias, extraña.

Ella limpia un par de lágrimas que lograron escapar de mis ojos y luego se cruza de brazos.

—Quiero conocerlo.

Exhalo con fuerza. Eso no me lo esperaba. Sé que cuando lo conozca y sepa cómo es Mark, mi madre se sentirá más tranquila. Asiento en señal de confirmación ante su petición y volvemos a sentarnos. Parece que el apetito está de vuelta para ambas.

—Nos veremos mañana, cielo. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme —dice una vez su plato está vacío y alista las cosas para ir al hospital a cumplir su único turno de noche de la semana. La acompaño hasta la puerta.

—Cuídate, extraña —Le doy un abrazo más fuerte que el de hace un rato.

—Adiós, hija. Te amo, nunca lo olvides.

Me quedo ahí, observándola entrar al garaje de la casa y salir en su coche. Me sonrío y hace un gesto de despedida con la mano antes de arrancar. Aunque Andrés autorizó que mamá podía retomar todas sus actividades con normalidad, sigo preocupada.

Antes de entrar, doy un rápido recorrido con la mirada al vecindario. Me parece una broma ver el auto que se detiene frente a la casa.

—Espera, Rach —Mi ex pide a gritos—. Por favor.

—No otra vez, Jackson.

—Te lo prometo. No habrá más peleas, ni reproches —Sus ojos se llenan de lágrimas, sorprendiéndome—. Me equivoqué, ¿de acuerdo? Te engañé, me victimicé, actué como un cretino por joder a otros. Voy a cambiar. Sé que podemos volver a empezar.

Me encantaría pensar que no estuve tan equivocada sobre Jackson en estos seis años.

—Ojalá pudiera creerte —le hablo con incredulidad.

—No sé qué hacer para que regreses —Él intenta acercarse.

—Detente, por favor.

Ya no siento lo mismo, ya no lo quiero en mi vida, pero tampoco lo odio como en algún momento llegué a pensar. Es solo que ya no hay nada. No existe ningún sentimiento por él.

—No puedo aceptar que estés con Harvet —Su tono arrepentido ahora se torna frío. Sin embargo, no deja de llorar.

—Adiós, Jackson —Doy por finalizada la conversación. Cierro la puerta y él la golpea por varios minutos. Aunque escucho sus gritos y eso me asusta, no voy a abrirle. Tengo que cerrar este capítulo.

Un par de minutos después se rinde. Me asomo por la ventana y ya no está. Más tranquila, camino hasta el dormitorio. El corazón me late acelerado cuando mi móvil suena. Pensar que es Mark me arranca una sonrisita.

Veo en la pantalla que es un mensaje de un número desconocido.

Él te dejará, Rachel, y aquí estaré yo.

Esperando. COMO SIEMPRE.

Sabes que soy el amor de tu vida.

No merece la pena seguir pensando en él ni responder su mensaje, así que lo elimino y bloqueo el número. Apenas termino el proceso, me llega una notificación de Amy.

Amiga, mira lo que están diciendo en uno de los chats de la universidad.

Los rumores dicen que Jackson Kozlov y Rachel Lombardo regresaron. Qué romántico, ¿no?

Miro la pantalla con los ojos muy abiertos. Llamo a mi amiga y le cuento lo que acaba de pasar con mamá, omito hablarle de lo ocurrido con

Jackson para no pensar más en eso, y ella promete avisarme cualquier cosa nueva de la que se entere con respecto a los rumores que siguen inventándose.

—¿Mark sabrá todo lo que están diciendo? —hablo en voz baja solo para mí.

Hola. 🐻

Le envío un mensaje. Vuelvo a la conversación treinta minutos después y sigue apareciendo solo una flecha junto a lo que le escribí. Pasa una hora más y la situación no cambia. ¿Y si le ocurrió algo?

Rechazo varias veces la idea de visitar a Mark a su casa hasta que decido arreglarme e ir.

Es viernes. Quizá tenga planes, pienso mientras voy en el taxi y, cuando me arrepiento y quiero regresar, ya estamos frente a su edificio. Demonios. Camino hacia la portería y pregunto por su apartamento. El guardia toma el citófono, dice mi nombre y me hace seguir.

—¿Recuerda el camino, señorita? —pregunta. Es obvio que me reconoce.

—Sí, muchas gracias —respondo y acelero el paso hacia el ascensor.

Tomo bocanadas de aire cuando camino hacia su puerta.

—Cariñito mío —dice la persona que abre.

Observo sus gestos y me centro en el color de sus ojos.

—Hola, Steven —saludo un poco avergonzada.

—Me encanta que nos reconozcas. ¡Dame esos cinco! —Alza la mano y, aun apenada por estar allí, accedo a chocar su palma contra la mía. No puedo dejar de sonreír ante la versión relajada y extrovertida de Mark. Me agrada—. Llegas en un buen momento, cuñada.

¿Llegar en un buen momento? ¿Cuñada? Sus palabras hacen que me altere. Mucho.

—Tío Steven, Camilo no quiere jugar conmigo.

Una pequeña de unos cuatro años aparece y él la alza. ¿Tío? ¿Es posible que Mark tenga una hija? La simple formulación de aquellas preguntas en mi mente me deja perpleja.

—Melissa solo quiere jugar cosas de niñas, tío —acusa otro pequeño.

¡Dos sobrinos de Steven! ¿Dos hijos de Mark?

Permanezco inmóvil, tratando de comprender la situación.

—Yo creo que mejor, eh... Me voy —anuncio. Steven se ríe.

—Chicos, cálmense, están asustando a Rachel. Además, no hay juguetes para niños y juguetes para niñas, simplemente juguetes y pueden divertirse con ellos —les explica a sus sobrinos con dulzura—. Sigue y ponte cómoda.

Apoya su mano en mi hombro. No muy segura, accedo. Una mujer rubia llega a la escena y le habla con autoridad a Camilo. ¿Y si los niños son hijos de ella y de Mark? Respiro hondo, debo ser razonable.

—Romi, ella es Rachel —menciona Steven dejando a la pequeña otra vez en el suelo—, la novia de Mark.

La osada presentación me alarma.

—¿Por qué apenas me estoy enterando que mi hermano el gruñón tiene novia? —Se acerca sonriente y me saluda con un beso. Mi cuerpo se relaja al saber que es su hermana—. Un placer conocerte, Rachel. Me alegra que Mark te haya invitado a nuestra reunión familiar.

¿Reunión familiar? Ay, no. ¿Cómo les explico que no estoy aquí porque él me invitó? Las palabras se me atorán en la garganta. ¿Puede existir algo peor que esto?

El timbre del departamento vuelve a sonar y Romina se acerca a la puerta para abrir.

—Hijos, lamento llegar tarde —Como si la vida intentara darme una respuesta, observo a la mujer mayor y elegante que, con alegría, se une a nosotros. Todos comienzan a abrazarse efusivamente, hasta que los ojos de la recién llegada se fijan en mí.

Mierda. Que Steven no me presente como novia de Mark, por favor, suplico en silencio. Que Steven no me presente como novi...

—Madre, ella es Rachel, la novia de Mark —habla Steven. Lo miro alarmada. Se ve tan cómodo y despreocupado.

—Mucho gusto —Le brindo una sonrisa y ella me responde de la misma manera—. Soy Rachel, pero... —Me callo. Me causa mucha incomodidad tener que aclararlo.

—Yo soy Eleanor, hija. Me alegra que Mark te haya invitado.

Si supiera que la invitación me la he hecho yo misma. Quiero salir huyendo. No debería estar aquí conociendo a la familia de Mark y mucho menos sin él. Busco la manera adecuada de despedirme, pero la pelea que empiezan los pequeños en la sala llama la atención de todos.

—Niños, basta —Romina se acerca a ellos.

—Mark me ha hablado maravillas de ti, cielo —Eleanor toma mis manos, que están sudorosas y frías.

Mi corazón vuelve a latir con rapidez y la vida parece resurgir de entre los muertos. Saber que Mark le ha hablado de mí a su mamá disminuye la culpa que siento por aparecer así en su departamento.

—Es un gusto conocerla, señora.

—Eleanor. Llámame Eleanor. Vamos a sentarnos, estás en tu casa.

—Creo que ella solo quiere ir con el ogro —interrumpe Steven—. Vamos, yo te llevo.

Me guía en dirección a la habitación de Mark, mientras musito disculpas para Eleanor y Romina.

—Steven, ¡Mark y yo no somos novios! —comento frustrada mientras detengo el paso y lo miro.

—Lo sé —responde con total tranquilidad.

—Y él ni siquiera sabía que yo vendría.

—Lo sé —repite, lo que por algún motivo me estresa aún más—. Lo deduje por la expresión de sorpresa en tu cara.

¿Y aun así decidió presentarme como novia de su hermano? ¿Y por qué, aún después de esto, sigue agradándome?

—No debí venir sin avisar, pero Mark no respondía a mis mensajes y estaba preocupada.

—Fue buena idea que vinieras —su tono es amable—. Creo que eres la única persona que podría quitarle el mal humor que lleva. Ve y habla con él sobre esos rumores. ¡Solo hablar, eh!

Siento mi rostro arder, aunque una sonrisita se me escapa por el humor tan familiar que tiene. Es igual al de Amy.

Steven se aleja y me deja sola. Reflexiono en lo que dijo, parece que Mark se enteró de los últimos rumores y siento decepción al pensar que ha podido creer en ellos.

Toco su puerta y esta se entreabre. No estoy preparada para lo que veo. Me quedo inmóvil cuando Mark, quien solo lleva puesta una toalla rodeando su cintura, nota mi presencia. Es la primera vez que veo su torso marcado y la V que se le insinúa en la parte baja del abdomen. Su pecho es amplio y sus brazos fuertes.

—¿Rachel? —Frunce el ceño.

—Lamento haber venido sin avisar. No pensé que estaría tu familia — hablo con timidez. Todavía pienso en lo que comentó Steven, aunque tenerlo así frente a mí me nubla la razón.

—No te preocupes por eso —Su actitud sería me resulta intimidante. Deseo preguntarle muchas cosas, desmentir los rumores que están circulando y, sobre todo, decirle que me hizo muy feliz que su madre me dijera que él le había hablado de mí. En su lugar, permito que el silencio se aloje entre nosotros hasta que él me invita a pasar.

Apenas doy unos pasos al interior del cuarto, escucho el crujido de la puerta cerrándose.

—¿Estás enojado? —Giro hacia él y me lleno de nervios.

—No, no lo estoy —Su expresión es distante.

—Mark, sé que has leído lo que están diciendo y espero que no creas en nada de eso. Espero que confíes en mí —Destellos de amargura invaden mi voz.

—No creo en los rumores, Rachel —menciona y comienza a caminar por la habitación. Volteo a ver hacia la puerta, tratando de borrar la imagen de su cuerpo de mi cabeza—. Sin embargo, hay cosas que son evidentes.

Regresa con el móvil en la mano y me lo entrega. Hay un mensaje que le enviaron desde un número desconocido.

Ella me ha elegido a mí. Ha preferido rescatar seis años de relación que seguir con una aventura. ¿Y sabes qué? No la culpo por dudar un momento. Porque tú y yo no somos diferentes. Hay rumores que dicen que ella está obteniendo beneficios académicos por estar contigo y no has hecho absolutamente nada al respecto.

—Jackson solo quiere fastidiarte, por eso te envió ese mensaje.

—Sí, pero hay algo en lo que él tiene razón.

ILEGAL

Nada de lo que dice Jackson tiene sentido.

—Él tiene razón. He sido egoísta contigo. Permití que los rumores siguieran propagándose y no hice nada para detenerlos —habla frustrado y la melancolía se instala en mí.

Ahora entiendo el mensaje de mi ex. Él pretendía exacerbar los pensamientos de Mark, hacerlo sentir culpable, y lo ha conseguido.

—Jackson fue quien inició los rumores, no tú. Es él quien se ha empeñado en dañar mi imagen.

Lo miro extrañada. Ver a un hombre tan seguro caer en un sucio juego de palabras me amilana.

¿Jackson siempre fue manipulador y mentiroso? La idea de haber estado todos estos años con una persona así no deja de aterrorizarme. ¿Fui tan ciega al no darme cuenta de cómo era él? ¿Cuántas veces me manejó a su antojo o me usó como quiso? ¿Cuántas veces me hizo sentir menos o ceder a ciertas cosas sin darme cuenta? Siento un dolor instalarse en mi cabeza.

—Pero tampoco hice nada para evitarlos —replica.

—¿Qué podrías haber hecho? —lo cuestiono sorprendida—. Me duele que estar cerca empiece a atormentarnos.

—Jamás pienses que tu cercanía me atormenta. Tú me das paz y eso es algo que quiero en mi vida. Quiero estar contigo, Rachel —Se acerca y acaricia mi mejilla.

—Yo también quiero que las cosas estén bien entre nosotros, por eso vine a aclararlo todo —Junto mis manos para llenarme de valor.

—Creo en ti, Rachel. No quiero que soportes chismes que te involucren, no tienes que tolerarlo. No es justo para ti —Su tono es suave.

—Desataré una guerra cuando salga otro rumor —bromeo en mi intento de apaciguar la situación.

—Desataremos, cariño. Lo haremos juntos —corrige en el mismo tono divertido con el que yo hablé, pero su seriedad vuelve enseguida—. No permitiré más chismes de pasillo.

La forma en la que se preocupa por mí hace que mi pulso se descontrole.

—¿En qué estás pensando? —pregunta y me doy cuenta de que se debe a la manera tan fija en la que no puedo dejar de mirarlo. Niego sonriente—.

Lamento mi actitud de antes. No pude dejar de sentirme molesto conmigo. Me estaba alistando para ir a buscarte.

—Y yo llegué aquí, sin avisar —comento apenada al recordar cómo me presentó Steven—. Discúlpame.

—Me gusta que estés aquí —Rodea mi cintura y me pega a él. El contacto con su torso desnudo provoca una sofocante calidez y hace que mi respiración se agite. Estar en un lugar a solas con Mark significa tener que lidiar con la notable tensión entre ambos. Es como si el acercamiento tan íntimo que tuvimos hace días en el sofá hubiera desatado una atracción magnética e inquebrantable entre los dos.

—Mark... —El tono lento de mi voz me avergüenza.

—Me muero por darte un beso —Su petición es más una advertencia y entiendo la razón. Siento sus ansias en la manera en que me mira y en cómo su mano me aferra con fuerza. Su boca toma la mía y la pasión se adueña de nosotros. Las sugerentes caricias en las que nos sumergimos hacen que las piernas me tiemblen. Enredo una de mis manos en su cuello, en busca de una mayor estabilidad.

—Tu familia está afuera —le aviso en un susurro. Mark asiente, sin dejar de besarme. La mano que antes estaba en mi mejilla ahora se acomoda en mi mandíbula mientras que la otra nos funde aún más, acercándonos tanto que puedo sentir su erección.

—Y no sabes cuánto desearía que no estuvieran aquí —susurra. Me identifico totalmente con sus deseos.

—Hijo, lamento interrumpir, pero tu padre ya llegó —avisa Eleanor mientras toca la puerta dos veces, haciendo que me aparte de Mark, horrorizada.

—Está bien, mamá —responde él con una tranquilidad que me escandaliza—. En un momento saldremos.

—Sí, eh. Estamos revisando unos papeles —añado sin pensar.

Miro a Mark, quien tiene el ceño fruncido para evitar reírse. Toco su brazo para que diga algo y me salve de quedar como una mal educada.

—Sí, unos documentos de la universidad con los que Rachel me está ayudando —Su voz es inestable y la carcajada parece lista para salir. Gracias a Dios, logra mantener la calma.

—No se preocupen. Los esperamos en la sala —comenta Eleanor. Al oír sus pasos alejarse, Mark me mira y se echa a reír. Su buen humor basta para

que empiece a sentirme tan relajada como él.

—Tranquila, no era necesario aclarar nada.

—Por lo menos espero parecer tu asistente.

—Rachel, ellos saben que eres mi alumna.

—Espera, ¿qué?

—Hablé con ellos de todo. No quiero ocultarles cosas ni mentir sobre lo nuestro con mi familia.

—¿Cómo lo tomaron?

—A mi madre le gustaste, le hablé sobre ti y tenía ganas de conocerte. Aunque al inicio le sorprendió, ha intentado sobrellevar la idea y aceptarla de la mejor manera.

—Fue muy amable conmigo —le cuento emocionada. Eleanor me hizo sentir cómoda, aun cuando ya sabía que soy alumna de su hijo.

—No espero menos de ella. Siempre ha respetado mis decisiones y sabe que, si he decidido estar contigo aún con todos los conflictos profesionales y éticos que existen, es porque creo que vale la pena.

—También le conté a mi madre de ti —confieso.

—¿Y qué tal lo tomó?

—Mejor de lo que esperaba, pese a que la idea tampoco le guste del todo. No quiere que sufra de nuevo.

—En eso coincidimos —acaricia mi mejilla con el dorso de su dedo—. No quiero que sufras, Rachel.

—Lo sé. Confío en ti y sé que nuestras familias también terminarán confiando en lo nuestro.

—Ojalá sea así. Es normal que tengan este tipo de conflictos, pasamos por eso al inicio. Estuvimos sumergidos en el mismo mar de inseguridades.

—Un mar en el que aprendimos que no se puede ir contracorriente con los sentimientos —concluyo y su mirada se ilumina al escucharme—. Démosles tiempo.

—Lo necesitarán, sobre todo mi padre.

—¿Por qué?

Sin dejarme analizar lo que acaba de decir, Mark vuelve a apoderarse de mi boca. Da unos cuantos pasos hacia adelante y no hago más que seguir su ritmo, retrocediendo hasta que noto que mi espalda golpea ligeramente la pared cercana a la puerta.

—No está bien —murmuro—. No con tu familia esperándonos.

—Solo déjame besarte. Prometo que no haré nada más —Me estremezco al sentir su aliento. Jadeo cuando su boca abandona la mía para darle atención a mi cuello. Él inclina más su cuerpo, tomando mi muslo y llevándolo a la altura de su cintura.

—Mark...

Ahogo un gemido al darme cuenta de que estamos llegando a un punto de no retorno. Mi necesidad de él crece con la fricción de su pene erguido entre mis piernas. El roce de nuestros cuerpos es parte de una maravillosa tormenta de sensualidad. Necesito más de él, no puedo controlarlo.

Dejo que la excitación fluya. Muevo mis caderas contra él y siento su pecho subir y bajar frenéticamente. Mark jadea mientras sus manos recorren mi cuerpo, quemándome la piel con su contacto.

—Si haces eso será imposible mantenerme en mi palabra —gruñe, empuñando con fuerza el nudo de la toalla en su cintura.

—Lo siento —Tomo aire y me alejo.

—Yo más, cariño. Créeme —musita y suelta una bocanada de aire—. Tomaré una ducha rápida y luego salimos. ¿De acuerdo?

Asiento, entendiendo las razones de su segunda ducha. No es el único que la necesita.

Me siento en la cama, frustrada y avergonzada. Lo observo desplazarse hasta su guardarropa y tomar varias prendas de ahí. Notar lo que su toalla no logra ocultar me pone más nerviosa de lo que ya estoy. Miro mis zapatos y me concentro en cualquier detalle insignificante en ellos para evitar verlo. Escucho su risa antes de que cierre la puerta del baño.

¿Cómo puede hacerme sentir de esta manera, profesor Harvet?



Con esfuerzo logro recuperar la calma; merezco un premio, sobre todo si tomo en cuenta que a pocos centímetros de mí se está duchando Mark.

Apenas regresa a la habitación, no puedo dejar de pensar en que se ve increíble semidesnudo y también vestido de cualquier manera. Lleva una camisa celeste casual que marca cada parte de su torso y unos vaqueros sueltos que lo hacen ver más relajado que nunca.

—¿Lista? —Me ofrece su mano y la acepto—. Antes de presentarte a mi familia, quiero que hablemos de algo —La seriedad con la que habla me

intriga.

—¿Qué sucede?

—Rachel, no sé si lo que te preguntaré es correcto para ti, pero lo es para mí. Lo ha sido desde que entendí que no hay marcha atrás y no quiero que la haya. Es increíble cómo has llegado a desordenarme la vida y, al mismo tiempo, a poner en orden mis sentimientos. Quiero más de esto, de ti, más de nosotros —acompaña sus palabras con una dulce sonrisa—. Por eso, antes de reunirnos con las personas más importantes para mí, quiero saber algo.

—Dime —hablo con timidez. Mis manos tiemblan.

—Señorita Lombardo, ¿acepta ser mi novia?

El corazón se me acelera y la felicidad empieza a brotar por mis poros.

—Sí —Asiento emocionada—. Por supuesto que quiero ser su novia, profesor Harvet.

Sellamos la formalidad de nuestra relación con un beso profundo y le entrego mi corazón en un abrazo. Tenerlo tan cerca hace que empiece a recordar lo que hicimos hace unos minutos y mis mejillas vuelven a arder.

—Tu familia nos está esperando —Más que para él, me lo recuerdo a mí.

—Lo sé y será mejor ir con ellos —Me da un último beso antes de dirigir su boca a mi oído y susurrar—, o terminaré dándole razón a mis deseos. La cordura no encaja aquí, no cuando sabe todo lo que quiero hacerte.

Contengo la respiración. Siento que mi piel se calienta ante lo que acaba de decir.

—¿Nos vamos, señorita Lombardo?

—Familia, esta hermosa mujer es mi novia. Les presento a Rachel.

Mis nervios se disparan al límite al escuchar a Mark.

—Ya iba a irme —dice un señor, levantándose del sofá. Estoy segura de que es su padre. El parecido es evidente.

—Ethan, querido, nadie te preguntó si ya te ibas —demanda Eleanor. Aunque su tono es gentil, la mirada hacia el hombre no lo es. Sin embargo, su rostro se relaja cuando regresa a vernos—. Ha sido un placer conocerla, hijo. Rachel es encantadora.

Ella se acerca y nos envuelve en un cálido abrazo, sin parar de mencionar lo feliz que está. Romina y Steven no dudan en apoyar su

comentario. Quien creo que es el padre de Mark continúa severo. Mi ahora novio lo nota. Su madre y su hermana le dicen que las acompañe a la cocina para alistar todo.

—Ve, Mark. Yo me quedo con ella —asegura Steven—. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Verdad, Rachel?

—Sí, seguro —Miro a Mark—. Tranquilo, aquí te espero.

—Ya regreso —susurra y me da un beso en la mejilla.

—Tárdate el tiempo que quieras —Steven aleja a su hermano, se coloca en medio de nosotros y me guía hasta el sofá.

—Gracias, Steven —susurro.

—A ti —responde risueño—. Me gusta ver a mi hermano feliz. Y ya me contaron que te gustó Mur, así que me agradas más.

Steven me habla de cosas que vivió de niño con su hermano y del entretenido caso que ganó y por el que le dieron a Mur. Me gusta conocer esta parte del profesor Harvet: Su familia.

Aunque es extraño hablar con un hombre muy parecido a él, no puedo ocultar la empatía que tengo con Steven y lo cómoda que me hace sentir. Agradezco la manera en que me ha recibido.

Romina, la hermana mayor de los Harvet, regresa a la sala, se sienta junto a mí y se une a la conversación. Ethan está frente a nosotros y no dice una palabra. De vez en cuando pillo al gemelo de Mark mirarlo con desaprobación.

—Señoritas, ya regreso —informa Steven—. Iré a ayudar en la cocina.

Romina aprovecha para llevarme a un rincón del salón, donde se encuentran algunas fotos. Hay unas cuantas en las que aparece toda la familia, incluido el hombre que confirmo es el padre de Mark. Logro ver en otras a un niño de ojos verdes mostrando sus pequeños músculos junto a su gemelo. No logro distinguir cuál es cuál.

—Regresé. Hola, mi vida —Volteo a ver y ahí está... El hombre frente a mí no es Mark. Aunque ahora lleve la misma ropa que mi novio, ya puedo identificarlos. No solo son sus ojos lo diferente. También la manera en la que se expresan lo es.

—Hola, Steven —le devuelvo el saludo. Él finge indignación.

—Hijo, para de querer confundir a las personas —lo reprende Eleanor desde el comedor. En sus manos lleva algunos recipientes de comida que no

tarda en dejar sobre la mesa. Romina y yo nos acercamos para ayudarla con todo.

—Es divertido —se justifica Steven.

—Desde pequeño lo hace y nunca dejará de hacerlo —Mark comenta mientras sale de la cocina. En una mano sostiene dos botellas de vino y en la otra un pequeño tazón. Sonríe al darme cuenta de que la única tarea de Steven fue cambiarse de ropa.

El padre de los gemelos se acerca a la mesa y la tensión está de vuelta. En silencio, todos tomamos asiento.

—Renata, ese es tu nombre, ¿cierto?

—Su nombre es Rachel, papá —corrige Mark con evidente mal humor.

—Hablo con ella —le refuta su padre sin dejar de mirarme—. ¿Así que estudias en la universidad en la que trabaja mi hijo?

—Sí, señor —pronuncio intimidada por la situación.

—Y eres su alumna. ¿Eso es legal?

—Ilegal debería ser tu comentario —espetea Mark.

Mierda. Esto es más incómodo de lo que pude imaginar.

¿DÓNDE ESTUVISTE TODO
ESTE TIEMPO?

Con el singular fin de semana que tuve revoloteando todavía en mi cabeza, camino por los pasillos de la universidad en dirección a la clase de Cálculo Integral.

La reunión con la familia Harvet resultó ser muy incómoda. Por supuesto, el mal rato no se debía al encanto y buen humor de Steven, ni a la amabilidad de Romina o a la empatía de Eleanor. Ellos fueron lo mejor de aquella tarde. Entiendo que el señor Ethan no me acepte como novia de su hijo, de verdad lo comprendo, pero su actitud fue descortés.

Por fortuna, la reunión no duró más de quince minutos después de la comida. Aunque fue un mal momento, todo se borró al día siguiente cuando Mark nos visitó a mi madre y a mí en casa. La comodidad con la que mi extraña nos hizo sentir fue cautivadora. Ella dejó cualquier prejuicio de lado y, tal como lo mencionó en más de una ocasión, se notó que mi felicidad era lo más importante para ella.

—Rachel Lombardo —Escuchar mi nombre ser pronunciado con rudeza me inquieta. Giro en busca de la voz que no reconozco—. ¿Se ha realizado exámenes médicos? ¿En especial uno auditivo? —pregunta con ironía el hombre que tengo frente a mí. Es el director Ildet.

—¿Disculpe, señor?

—Llevo un buen rato llamándola, señorita. ¿No escuchaba o no deseaba escuchar? —inquire con mal humor—. Acompáñeme a mi oficina, debo hablar con usted.

—Tengo clases —informo y su expresión amarga se agudiza.

—Su clase es con el profesor Harvet, ¿verdad? No creo que haya ningún problema. Vamos.

La insinuación que esconde su comentario me perturba. Sin embargo, me armo de valor y lo sigo.

—Bien, alumna Lombardo —De nuevo una pizca de acusación relampaguea en su tono.

—¿Sí?

—Había hecho caso omiso a los rumores que iban llegando día tras día. Al fin y al cabo, cualquiera puede inventar cosas, ¿no? —dice mientras toma asiento—. Lo que no puedo omitir es lo que vi en esta foto.

Me quedo inmóvil. El director no duda en mostrarme su móvil y la respiración se me corta al ver una imagen de Mark y yo dándonos un beso en su auto. Aunque la fotografía no es del todo clara, se pueden identificar nuestros rostros. A juzgar por la ropa, fue el día que regresaba del hospital después de ver a mamá y justo antes de que Jackson nos interrumpiera.

Mierda. ¡Fue él! Por supuesto.

—No es el profesor Harvet —digo firme y el director resopla.

—Señorita —eleva la voz—, ¿tengo cara de estúpido?

Prefiero no responder a su pregunta.

—Es su hermano gemelo —respondo en su lugar—. Mire, el de la foto es el carro de Steven. ¿Usted ha visto el que conduce el profesor Harvet? —Desvío el tema. Me siento mal por mentir.

—También me gustan los autos negros —menciona—. Yo tenía uno parecido el año pasado... Mi esposa lo chocó.

Lo miro incrédula. ¿Se lo ha creído o me está tomando el pelo? El director vuelve al tema de la foto, menciona lo increíble que le parece que esté saliendo con Steven.

—Él no es de tener novia —Se ríe—, aunque ‘novias’ sí.

—¿Qué? —musito. De estar saliendo en realidad con Steven, me sentiría ofendida.

—Pero es un buen muchacho. Aunque siempre esté involucrando en problemas a Mark —habla como si los conociera muy bien—. Tengo una dud...

—¿Puedo regresar a mi clase? —Evito su interrogatorio. No quiero que haga más preguntas de las que ya no pueda escapar—. Es tarde.

—Está bien —Da por cerrada la conversación—. Y que esto quede entre nosotros, alumna Lombardo.

—Así será, señor —Me retiro de la oficina, aliviada por haber salido con éxito de la situación, aunque lamento haber involucrado a Steven.

Logro llegar a clase solo cinco minutos tarde. Mark está solucionando el trabajo que debíamos hacer en casa. Tomo asiento y me emociono al darme cuenta de que entiendo el tema a la perfección, pero me inquieta ver que sus ojeras son profundas.

—¿Alguien desea resolver los siguientes ejercicios? —pregunta apenas su explicación termina. Mis compañeros guardan silencio.

Antes de poder meditarlo del todo y arrepentirme, alzo la mano, llamando la atención de Mark. Él asiente y no dudo en caminar hasta la pizarra.

—Señorita Lombardo, todo suyo —Aunque su rostro es inexpresivo, lo delata la manera en que roza mi mano al entregarme el marcador.

Contengo una sonrisa por la intención de sus palabras. Aquel comentario hace que mariposas revoloteen en mi vientre.

—Muy bien, puede volver a su puesto —Puedo notar el orgullo en la voz de Mark al ver la manera en que resolví el ejercicio.

Satisfecha, regreso a mi lugar. Me siento bien al demostrar que puedo hacer las cosas y sacar adelante la carrera por mí misma y no por mi relación con el profesor, como dicen los rumores que han regado por toda la universidad.

—Tienen quince minutos para hacer el siguiente ejercicio —sentencia Mark mientras copia algo en el tablero.

—Rachel —habla alguien a quien no reconozco y toca mi hombro— ¿Podrías explicarme de dónde salió este resultado?

—Seguro —empiezo a aclarar las dudas que tiene mi compañero y él parece entender, lo que me alegra.

—Es más sencillo de lo que pensaba, muchas gracias —Su expresión cambia y se acerca más a mí—. Yo no creo en los rumores, ¿sabes? Es desagradable cómo te involucran en chismes —susurra.

Entendiendo que se refiere a lo mío con Mark. Mi boca refleja una sonrisa de culpa en respuesta.

El chico me cuenta que su abuela no se encuentra muy bien de salud y que por eso ha podido venir poco a clases. Con nervios, me dice que si ve bien que intercambiamos números para poder ayudarnos con la clase y yo asiento en respuesta. Me dicta su teléfono y me dice que su nombre es Theo Blaker. La sensación de que alguien me observa recorre mi cuerpo y confirmo las sospechas cuando veo la mirada seria de Mark.

La clase continúa con aparente normalidad.

—Adiós, Rachel —En un gesto inesperado, Theo me abraza con afecto antes de irse—. Muchas gracias por tu ayuda.

—De nada —Me despido de él, un poco intimidada por lo que hizo.

Guardo mis cosas con lentitud mientras espero que mis compañeros se marchen. Me extraña ver que Mark no me mira, su perfil está inclinado

hacia las hojas en el escritorio.

—Hola —Me acerco a él cuando estamos solos.

—Hola, Rachel —responde formal. Frunzo el ceño al notarlo distante y verifico si es porque aún queda alguien más en el salón. Pero no es así.

—¿Te sucede algo?

—No —contesta de manera cortante.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

No encuentro explicación a su actitud y, para ser sincera, empieza a desesperarme.

—¿Estás así por el abrazo que me dio Theo?

—¿Por qué piensas que es por él? —Me mira fijo.

—No lo sé. Es la única razón que encuentro.

Espero una respuesta, pero no hay nada. Dejándome llevar por el desconcierto, salgo del salón. El mal humor se adueña de mí al tiempo que camino hacia el patio principal, en donde los grandes y resplandecientes rayos del sol hacen contacto con mi piel. Pensar en que debo recorrer unas calles más para tomar el bus solo hace que mi ánimo empeore. Justo ahora echo de menos el auto de mamá, pero es su comodidad o la mía. Y siempre preferiré la de ella.

Casi al llegar a la parada, el sonido de una bocina hace que volteé a ver de reojo. Es Mark.

—Rachel, deja que te lleve a casa, el sol es algo intenso...

—Por lo que veo no solo el sol —ironizo. Mark suelta una risa y me desconcierta lo cambiante de su humor.

—Un comentario muy acertado —menciona—. Por favor, hablemos.

Suspiro. Él abre la puerta y, entre dudas, acepto su ofrecimiento.

—Bien... —respondo al tiempo que me acomodo en el asiento.

—No estaba molesto, ni mucho menos celoso —Lo miro, esperando algo más que esa respuesta—. Verlo abrazarte me hizo dar cuenta de que yo no puedo hacer lo mismo en la universidad.

Siento que sus palabras son sinceras. Comprendo lo que dice y mi sentimiento es similar sobre esa situación.

—Lo entiendo y sé que muchas veces lo mejor es pensar las cosas antes de hablarlas, pero me gustaría que, al menos, me lo dijeras y pudiéramos llegar juntos a un acuerdo.

—Lo sé, lo lamento —Entrelaza los dedos en mi cabello y me acerca a él. Siento su aliento cálido y mentolado por la cercanía de nuestros rostros —. Verte en clases y tener que disimular es cada vez más difícil.

En un pequeño giro, mis labios rozan los suyos. Él responde a mi beso con ternura y delicadeza, como si cada movimiento fuera una disculpa tras otra. Pero sé que no podemos volver a exponernos después de lo que el director Ildet me mostró en su oficina. Pese a que los vidrios del coche de Mark son polarizados, me perturba pensar que puedan vernos.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunto.

—¿Te apetece que almorcemos juntos? Puedo cocinar para ti —dice.

—Almorzamos, pero seré yo la que cocine esta vez —aclaro. Aunque soy pésima en eso, quiero hacerlo. Su aspecto sigue extrañándome—. Te ves cansado. ¿Seguro estás bien?

—Sí, solo un poco agotado —comenta mientras el carro vuelve a ponerse en movimiento—. No he dormido mucho estos días, sigo preparando la investigación que presentaré en el próximo congreso universitario y también las pruebas para la semana de exámenes.

Si para nosotros como estudiantes son días llenos de estrés, no quiero imaginar lo que debe ser para ellos con tantas actividades a realizar.

—Quizá por eso Ildet fue tan molesto hoy —reflexiono con diversión, contándole a Mark sobre mi extraña charla con él.

—Rachel, eso no está bien —Frena de repente, cerca de una zona de parqueo. Luce afectado.

—No pasó nada, Mark. Le dije que estaba saliendo con Steven y por eso la confusión —trato de calmarlo.

—¿Está bien lo que estamos haciendo? —inquire, sobrecogido por la situación.

—No lo sé, Mark —agrego. Me digo que, si algo incorrecto me hace tanto bien, quiero seguirlo viviendo.

Él sonríe y me da un beso en la mejilla antes de volver a encender el auto. Dejamos que el silencio nos acompañe por unos minutos.

—¿Y se ha creído que era Steven? —pregunta con la vista fija en la carretera—. Vaya, señorita Lombardo.

—Sí, aunque lamento haber involucrado a tu hermano.

—Tranquila. Él lo aprobará gustoso —comenta risueño.

—Así que ahora eres mi cuñado —bromeo—. ¿Eso es legal, profesor?

—Creo que sí —Vuelve a ponerse serio—. Es increíble que te haya pedido ir a su oficina por eso antes de hablar conmigo.

—No te preocupes, ya pasó y prefiero que el director siga creyendo en lo que le dije. No quiero que haga preguntas de las que no podremos escapar —Mark parece querer protestar, pero continúa para no permitírselo—. ¿Él conoce a Steven?

—Fue su profesor en el instituto y nuestras familias son cercanas.

—Con razón dijo que tu hermano siempre te mete en problemas. Eres el gemelo bueno.

—Solo a veces, cariño —Sonríe.

Cariño. Mi humor termina por mejorar ante su mote tierno. Ambos nos relajamos, disfrutando lo que queda del camino a su casa.

Nuestra energía renovada se ve afectada por la noticia que le brinda el portero: El elevador está en mantenimiento. No nos queda más que usar las escaleras. No son muchas, pero sí las suficientes para que él luzca aún más agotado que antes.

—Mark —llama una chica rubia que sale del departamento del frente—. Al fin te veo.

Ella saluda a mi novio y lo abraza con exagerada dedicación. Es una mujer joven y guapa; es evidente que se le sueltan las bragas por Mark.

—¿Qué tal? —responde él, apartándose de su vecina—. Por cierto, te presento a Rachel —Ella me brinda una sonrisa oculta tras una mueca y yo le devuelvo el gesto—. Rachel, ella es Danna.

Fuerzo una sonrisa. ¿No se le olvidó mencionar un pequeño detalle? La mujer frente a nosotros ignora la presentación.

—Estoy ansiosa porque me visites, tengo nuevos libros que te encantarán sobre exámenes de lógica y tendencias en la materia —Acaricia con descaro la mano de Mark—. Bueno, tengo que irme. Hablamos luego, adiós —Se acerca y le da un beso en la mejilla—. Un gusto, Raquel.

¿Raquel? ¡Raquel mis huevos! El corazón me late con furia y un cosquilleo aparece en mi estómago mientras ella se pierde por las escaleras.

—Danna fue mi compañera en la universidad.

—Creo que el momento de las presentaciones terminó —Mi tono expresa molestia.

Sí. Estoy celosa por las acciones de la vecina de Mark. No puedo ocultarlo. Enojada y cruzada de brazos, entro al departamento en cuanto él

abre la puerta.

—Espera —Mark me sigue—. ¿Qué sucede, Rachel?

—Esa mujer muere por ti —Volteo a verlo—. Y puede que sea inmaduro lo que te voy a decir, pero me hubiera gustado que le contaras que soy tu novia, no una simple conocida como pareció cuando le dijiste mi nombre.

—Es hermana del profesor Caleb. Intentaba no exponernos —explica—. En el auto me dijiste que no querías que se enteran de lo nuestro.

—Ya, claro —comento con ironía, guiada por el enojo.

—Rachel, te he presentado a mi familia, las personas que realmente me interesan y que significan todo para mí. ¿Eso no te dice lo mucho que me importas?

Tomo aire. Camino hasta el sofá, intento buscar la calma necesaria para continuar con la conversación. Mark imita mi acción y ambos tomamos asiento.

Pasan varios minutos en los que ninguno habla.

—Sería hipócrita de mi parte decir que no entiendo tu molestia, porque lo hago. Y lamento no darte la relación que mereces. Créeme, me gustaría contarles a todos que eres mi novia o poder acercarme a ti sin miedo.

Levanto la mirada hacia él. Está muy pálido. Todo lo demás deja de importar.

—¿Te encuentras bien?

—No. No me gusta que discutamos.

Ver sus ojos dilatados y pequeñas muestras de sudor en su frente me obligan a tocarlo. Compruebo su temperatura.

—Estás caliente —exclamo alarmada.

—Sí... Por ti —bromea. Sé que intenta mejorar el ambiente—. Estoy bien —Asegura. Niego con la cabeza.

—Deberíamos ver a un doctor.

—Ya pasará, tranquila.

El aspecto desmejorado que ha tenido desde la mañana se hace más evidente ahora. Recuerdo lo que mi madre hacía para bajarme la temperatura y, sin esperar, lo agarro de la mano para dirigirlo a su habitación. Le pido que se recueste en la cama mientras voy en busca de pañuelos en su guardarropa. Voy al baño y los humedezco con agua fresca.

—Esto ayudará —informo apenas regreso. Pongo el pañuelo en su frente—. ¿Tienes alguna medicina para la fiebre aquí?

—No lo sé, creo —susurra.

Compruebo su temperatura de nuevo. Sigue igual y ruego en silencio porque no sea nada grave. Hurgo en la mesita de noche a nuestro lado. Me siento aliviada al ver que hay unas pastillas que pueden funcionar. Voy corriendo a la cocina por un vaso con agua y le invito a ingerir la medicina.

—¿Puedes apagar el aire, por favor? —pregunta.

Mi pánico aumenta porque el aire acondicionado se encuentra en el mismo estado desde que llegamos: apagado.

—Debemos ir al hospital —Mis dedos acarician su cabello despeinado a la vez que aparto de su frente un díscolo mechón castaño—. Llamaré a mi madre.

—Cariño —murmura con esfuerzo. Está delirando—. Siento... Mucho frío.

Sus ojos se cierran. Con las manos temblorosas, le marco a mamá. Le explico los días estresantes que ha tenido Mark y ella me pide que trate de revisar el ritmo de su respiración y su pulso. Me dice que puede tratarse de una descompensación. Insiste en que continúe cambiando los paños húmedos y espere unos minutos a que la pastilla haga efecto.

—Estaré pendiente, cielo —dice—. Si necesitas ayuda o que enviemos una ambulancia, llámame.

—Gracias, mami.

Más relajada, continúo con los cuidados que la extraña me indicó. Me quedo junto a mi novio; me alivio cuando su temperatura empieza a volver a la normalidad.

Pasan dos horas y Mark sigue durmiendo. Mamá llamó hace un rato a preguntarme por él y ese gesto me hizo feliz porque, de una manera u otra, me demuestra que lo aprueba.

—¿Rachel? —Mark ha despertado y siento mi alma volver. Luce mejor, aunque algo desorientado—. ¿Qué hora es?

—Las doce —le digo.

—¿Has estado aquí tanto tiempo? —Me dedica una sonrisa—. Gracias.

—No es nada, Mark —Tomo su mano—. Estaba preocupada por ti.

—Lo siento, cariño.

—El trabajo importa, pero no más que tu salud —lo regaño, o eso pretendo al hablar con voz firme, pero me parece que he fallado en el intento.

—Lo sé. No volverá a suceder —Se acerca a mi mejilla, depositando un tierno beso—. Iré a ducharme, ¿vale?

Mark se dirige hacia el baño y, mientras lo espero sentada en la cama, no paro de pensar en el susto que me he llevado. Aprovecho para comunicarme con mamá y contarle que ya todo está mejor.

Los minutos pasan y mis pensamientos se dirigen al hombre en la ducha. Me pongo nerviosa y prefiero regresar mi atención a la discusión por la fulana, Danna. La manera en la que rima su nombre me hace sonreír.

—¿Te he dicho que me encanta tu sonrisa? —comenta Mark al volver a la habitación, con tan solo una toalla blanca envuelta en su cintura y otra con la que se seca el cabello.

—Definitivamente ya estás mejor.

—He tenido una gran enfermera —Toma asiento a mi lado y pone una de mis manos entre las suyas. Lo miro a los ojos y noto arrepentimiento en ellos—. Rachel, lamento no haberte presentado como mi novia, entiendo que te haya molestado.

—Lo que en verdad me enojó fue lo descarado del comportamiento de tu vecina —le aclaro—. No había necesidad de que te tocara de esa manera —bromeo.

—No suele actuar así, supongo que...

—Estaba enviándome un mensaje —termino la frase por él. Quiero dejar el tema atrás, por lo que tomo su rostro y lo beso.

Sus manos van a mi cintura y me lleva más cerca de él. Lo deseo con intensidad y desesperación, pero no dejo de sentir miedo. La extraña manera en la que despierta en mí un apetito diferente a cualquiera que pude sentir alguna vez me asusta.

—Te deseo, Rachel —Su voz grave me estremece. Me pierdo en sus caricias y en la forma en la que sus manos toman mis caderas para llevarme hasta el centro de la cama, donde mi cuerpo cae con él encima de mí.

—Mark —gimo su nombre ante el paso que dan mis piernas a su cuerpo.

—Haces que pierda el control de mis sentimientos, agudizándolos de una manera que podrías abatirme o destruirme —jadea mientras frota su

miembro contra mi pelvis. Está tan firme y excitado que me hace morder el labio inferior. De pronto, su toalla se cae y entreabro la boca al observar cada detalle de su cuerpo desnudo. Es toda una fantasía cobrando vida.

Nuestras respiraciones pesadas irrumpen en la habitación. Siento una oleada de calor que parece derretir mis huesos ante su tacto.

—Si no me pides que pare, no sé hasta dónde sea capaz de llegar —murmura.

—No quiero que te detengas —admito.

Tal vez luego me sentiré avergonzada, pero no ahora. En este momento me siento viva y segura. La delicadeza con la que actúa me hace confiar, me hace quererlo más.

—Cada parte de ti me encanta —Lame y besa mi cuello, bajando por mi pecho. Las yemas de sus dedos recorren mi abdomen y luego me ayuda a quitarme la blusa, mi piel queda expuesta. Mark me mira de arriba abajo y las ganas se pintan en su rostro. Me desabrocha el sostén y exhala fuerte. Sus manos hirviendo acunan mis pechos y luego comienza a besarlos despacio y con atención. Arqueo mi cuerpo ante la oleada de placer que genera el roce de su lengua por mis pezones. Él pasa las manos por mis brazos y mis piernas, agarrando con la fuerza suficiente para hacerme estremecer.

Me enciendo aún más cuando dirige sus dedos hacia el cierre de mi pantalón. Siento la humedad bajo las bragas y mi cuerpo tiembla.

—¿Estás segura? —pregunta, casi suplicando por una respuesta positiva.

Presiono mi boca contra la suya y la manera en la que reacciona me fascina. Succiona con suavidad mi labio inferior, como si estuviera acariciándolo. Se acomoda y me ayuda a quitarme el pantalón sin dejar de besarme.

Se acerca de nuevo y sus manos bajan hasta mi vientre. Me tenso al sentir su tacto descender. Aprieto mis piernas con fuerza cuando uno de sus dedos toca mi vulva, moviéndose lento como en una danza erótica. Aunque tengo miedo, la excitación me empuja a contonearme tímidamente contra él. Abro un poco mis piernas, entregada por completo. Joder, se siente tan bien.

—Mark —mis gemidos le pertenecen.

Busco su boca y me pierdo en ella mientras me toca. Mete con suavidad uno de sus dedos en mi vagina al tiempo que su otra mano le sirve de apoyo. Su respiración se acelera y los jadeos que empieza a soltar me prenden. Vuelvo a gemir y él aumenta la intensidad de sus dedos dentro de mí. Me aferro a su brazo soporte, disfrutando de todas las sensaciones que me recorren.

—Quiero recordar por siempre mi nombre en tu boca —dice y me besa con más pasión, haciendo que el calor aumente. Necesito más de él.

Mark me desconcierta porque se aleja con afán hacia la mesa de noche. Saca de ella un envoltorio que abre con cuidado. Sonríe al ver cómo mi respiración se entrecorta cuando desliza una mano hacia adelante y hacia atrás por su miembro erecto antes de colocarse el preservativo.

Vuelvo a tenerlo cerca, encima de mí.

—¿Quieres que pare?

—No —exijo, aunque sigo un poco nerviosa.

—No sabes cuánto he deseado este momento —suelta, presionando mis pechos con su cuerpo—. Me encantas.

Ya no es el hombre sereno de siempre. Ahora, una fuerza distinta lo controla. Respiro profundo al sentir su pene cerca de mi entrada. Acomodo con miedo las piernas y siento un cosquilleo por todo el cuerpo que me obliga a abrazarlo. Los músculos de su espalda están rígidos.

Muerdo su hombro cuando empieza a deslizarse dentro de mí. Ahogo un grito. El dolor que me atraviesa es insoportable.

—Joder, Rachel —habla alterado y, cuando ve mis ojos, estalla—. ¡Eres virgen!

Lo era hasta hace unos segundos.

Mark abandona despacio mi cuerpo, arrancándome un gemido distinto a los anteriores. Lágrimas se deslizan por mis temblorosas mejillas. La sensación de extrañeza arruina el epítome de mis emociones y mi cuerpo inmóvil parece desconcertarlo. Para ser sincera, yo también lo estoy, aunque el dolor que sentí cuando entró en mí no fue tan fuerte como imaginaba.

—Mierda, Rachel —Seca mis lágrimas con su pulgar y siento que sus palabras suenan ofendidas—. Dime algo, por favor.

—Lo siento —Es lo único que puedo soltar. Fue mi error pensar que estaba lista para esto. Fue mi error pensar que no era necesario decirle la verdad.

—No digas eso —Me besa. La sensación de su boca reclamando con desesperación y preocupación hace que la vergüenza disminuya—. Soy yo el que tiene que pedirte perdón.

—Es mi culpa —admito.

—No, no, yo debí preguntar. No estuvo bien deducir que —Suspira sin ganas y agradezco que no mencione el nombre de mi ex—... ¿Aún duele?

—No mucho. Solo es... Atípico —hablo sincera.

—¿Por qué no me lo dijiste? Mierda, ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. Rachel, quiero que nuestra primera vez sea especial, que estés cómoda y tranquila. Quiero hacerte el amor como lo mereces.

Bajo el efecto del deseo que me provocan sus palabras y la cercanía de nuestros cuerpos, mis propias sensaciones se profundizan.

—Quiero que mi primera vez sea contigo, Mark —le confieso en un susurro.

Su respiración vuelve a acelerarse. Pensé que era imposible reavivar la situación, pero con cada caricia suya sé que estoy equivocada. Respiro hondo al verlo bajar poco a poco hasta llegar a la cúspide entre mis piernas y estiro la cabeza hacia atrás cuando siento el calor de su aliento.

—Quiero que disfrutes conmigo y para mí, cariño —pide, llevando su boca a mi carne, explorándome cuidadosamente con su lengua y paseándose por mi sexo.

—Dios... Mark —gimo su nombre, arqueo la espalda.

Su lengua me penetra y tortura. La sensación es tan buena que me desorienta por completo: Quiero alejarlo y, al mismo tiempo, acercarlo más a mí.

Jadeante, me devora. Llevo las manos hacia su cabeza, como exigiéndole que no se detenga. El cuerpo me tiembla y no puedo controlar el movimiento de mis caderas que van y vienen a su encuentro. La vergüenza y el pudor ya no existen.

—Déjate llevar —me suplica en tono ronco y no sé muy bien a qué se refiere, pero olvido todo cuando vuelve su atención a mi sexo, esta vez alternando sus dedos y su lengua. Esto es exquisito y liberador. Recobro la respiración justo cuando Mark se levanta, quedándose de rodillas entre mis piernas y sonriendo.

Sus ojos brillan y el corazón me da un vuelco al ver frente a mí sus hombros firmes, su pecho amplio y su abdomen irresistible. No puedo

evitar que una nueva ola de calor llegue a mí cuando veo la rigidez de su pene, del que retira el condón para ponerse otro. Desliza su mano una vez más, intensificando la erección. Su expresión de placer me hace olvidar de todo. Vuelvo a sentirme viva y pronto su cuerpo se posa encima del mío.

—Confío en ti, Mark —le aseguro. Me besa hambriento, haciéndome necesitar más de él—. Lo quiero...

—Dime lo que quieres.

—A ti.

—Y me tienes, Rachel —murmura, guiando su glándula a mi interior—. Solo para ti.

Jadeo al sentir cómo se hunde poco a poco, me contraigo y el gruñido que él deja escapar enciende cada parte de mi ser. La sensación extraña sigue estando ahí, sin embargo, esta vez me preparo para recibirlo, para ver cómo su cuerpo invade lentamente el mío.

—Oh. Joder —gime. Sale y entra en mí, pero esta vez un poco más rápido—. Te sientes tan bien, Rachel.

Empuja rítmicamente las caderas mientras sus preciosos ojos verdes me miran con adoración. El sonido de nuestros cuerpos uniéndose en un frenesí y el de nuestros gemidos implorantes nos hace estallar de placer. Disfruto la manera en la que nos acoplamos a la perfección. El sentimiento que me envuelve hace que mis lágrimas se desborden, pero esta vez también a causa del placer.



Después de tomar una ducha, volvemos a la cama. Estar recostada en su pecho y percibiendo cada uno de sus latidos me hace sentir segura y, sobre todo, querida.

—Lamento haber hecho que lloraras, me odio por ello —Niego con la cabeza ante sus palabras—. En verdad lo siento por haber asumido que no eras...

—Virgen —sonríe—. Aunque ya no lo soy. Créeme, ha sido perfecto. Me sentí tan segura contigo. Yo... Te seguiría eligiendo entre millones.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Esperándote.

Mi respuesta lo entusiasma.

—Te quiero, Rachel. Te quiero como nunca había querido a nadie. Te quiero como solo dos amantes se pueden querer. De esa y mil formas más te quiero. Conmigo y para mí.

Con la ilusión rebosando en su rostro, me besa y, aunque su gesto es tierno, la tensión en ambos aumenta. El cosquilleo electrizante en la parte baja de mi estómago me hace estremecer, pero aún siento mi cuerpo agotado y un poco adolorido.

—Descansa —sugiere, como si leyera mis pensamientos—. Iré a pedir nuestro almuerzo.

Se pone la ropa interior y sale de la habitación. Muerdo mi labio inferior en medio de una sonrisa. Me siento feliz al recordar lo que ha pasado. Sin embargo, el encantamiento no tarda en ser interrumpido por la avalancha de mensajes en mi móvil.

Rach. ¡Es urgente! Lláname.

Estoy viendo al profesor con una rubia. ¡Se están comiendo la boca!

Vale, lo voy a seguir.

 Misión: Darle un par de golpes al papucho Harvet 

Leo varias veces sus mensajes y la hora de envío. Si Mark ha estado todo este tiempo conmigo... ¡Ay, no! Demonios, demonios. ¡Es Steven!

Escribo una rápida respuesta a Amy.

Am, Mark está conmigo. ¡Abandona la misión!

Al que estás viendo es a Steven, su hermano gemelo.

El teléfono de Mark comienza a sonar. Está sobre la cama, muy cerca de donde estaba el mío. Observo la pantalla y aparece el nombre Steven. Me toma varios segundos decidirme a contestar, pero lo hago y justo en ese momento entra mi novio a la habitación.

—Hola, Steven.

Qué bueno saber que sigues con vida.

—¿Rachel? ¡Para, loca! —habla alterado—. Por favor, comunícame con mi hermano. ¡Mierda! —Un grito al otro lado de la línea hace que me sienta aún peor. Le paso el móvil a Mark.

Sin comprender nada, él lo toma.

—¿Steven? —contesta y pone la llamada en altavoz.

—Hombre, hay una loca confundiéndome contigo. ¡Que me dejes en paz! —Steven sube el tono de voz en esto último, como hablándole a alguien que está junto a él.

—Tú eres el único loco, idiota —Logro escuchar a alguien más en el teléfono.

—Es un malentendido, Steven. Ella... Es Amy, mi mejor amiga —hablo apenada.

—¿Me pusieron en altavoz? —cuestiona Steven y se toma unos segundos en continuar—. ¡Ah!, con que esta loca se llama Amy. ¡Deja de fastidiarme y toma el teléfono para que hables con Rachel!

—¿Qué está pasando? —Mark pregunta confundido. Hago una señal con la mano para que espere.

—Amy, el que está contigo es el gemelo de Mark —le aclaro.

—¿Estás segura de que este es su gemelo y no él? —inquieta Amy.

—¿Ves, loca? Te lo dije —gruñe Steven.

—Deja de llamarme loca. Rach, este idiota se lo ha buscado.

—No puedo creer que este bicho raro sea tu amiga —grita Steven.

—¡Eres un idiota! —Amy le contesta.

—Y tú una loca que me debe una disculpa.

Antes de que la llamada se corte, alcanzamos a oír una carcajada de Amy.

—Steven no se quedará tranquilo hasta que ella se disculpe —asegura Mark.

—Y Amy no lo dejará tranquilo hasta que él se disculpe —agrego. Ambos nos echamos a reír, aunque al instante me siento culpable.

—Mejor vamos a ver a Dory porque el almuerzo tardará un poco en llegar —dice y me invita a seguirlo.

Cuando entramos a la habitación donde está Dory, la veo dentro de su jaula. Intento tocarla, todo con ella continúa siendo una hazaña para mí. Mientras sigo con la tarea de perderle el miedo, me disculpo con Mark por lo ocurrido y él solo se burla de la situación y me da un beso en la frente.

A pesar de todo, amo el momento. Mi novio toma al hámster y ambos nos sentamos en el suelo para seguir hablando de cualquier tema que se nos cruza por la cabeza.

El sonido del timbre nos interrumpe. ¿Y si no es el delivery sino alguien de su familia? ¡El señor Ethan! No estoy preparada para otro encuentro con él tan pronto.

—Iré a ver quién es, no te preocupes —informa Mark.

Devuelve a Dory a su jaula y sale de la habitación. En la espera, me dedico a ver el lugar en donde duerme el hámster. Todo está limpio y ordenado. Me emociona darme cuenta de la forma en que la está cuidando.

—¡Y aquí tenemos al otro! Vaya, vaya.

¿Amy? La voz de mi amiga hace que me exalte.

—Es su departamento, ¿qué esperabas, listilla?

¿Steven? Mark no se expresaría así. Camino hasta la sala y mis ojos se abren por la sorpresa. Mi amiga está sonriente y el hermano de mi novio la mira enojado.

—¿Pueden explicarme qué hacen aquí? —pregunta Mark.

—Esta loca me siguió, tuve que subir corriendo por las escaleras para que no me hiciera nada. ¿Ya mencioné que está loca? —Amy se le acerca con intenciones de hacerle algo, así que corro para detenerla—. Eso, cuñada. Detén al mono.

Esas palabras hacen que mi amiga se enfurezca aún más —si eso es posible—.

—Vale, es suficiente —Mark habla autoritario.

—Oh, no no, yo necesito que me pida perdón —Amy insiste y esta vez es Steven quien suelta una carcajada.

—Tú fuiste la que me empezó a insultar y golpear, bonita.

—Sí, porque pensé que eras él —Mi amiga señala a Mark, fulminándolo con la mirada—. Además, ¡me besaste a la fuerza!

Mi novio y yo nos miramos con asombro. Eso no lo esperábamos.

—Para que te callaras de una jodida vez —aclara Steven—. Habla y habla, no se calla nunca.

Amy logra soltarse de mi agarre para ir hacia él, quien corre por toda la casa para escapar de ella.

—Que valiente —dice mi amiga y yo reprimo una risa.

Steven le envía un beso y se acomoda detrás de un sofá. Amy lo observa totalmente indignada.

—Vamos, Am —Agarro su muñeca y la obligo a ir conmigo a la habitación de Mark. Ella no hace más que hablar de lo idiota que es Steven y agradezco que se centre en eso y no en lo desordenado que dejamos todo.

—Pensar que yo quería conocerlo —grita Amy al tiempo que se pasea de un lado a otro.

—Fue un malentendido, Am.

—¡No quiero volver a verlo en mi vida! —asegura.

—Vamos, su encuentro no pudo ser tan malo. ¿Por qué no te quedas y almorzamos los cuatro? —cambio de tema para distraerla.

Amy niega con la cabeza.

—Gracias, Rach, pero no soporto a ese tipo, así que me iré a casa mejor. Espero que me llames para contarme qué tal estuvo el papucho. No creas que no me di cuenta de cómo está la habitación —Frunce el ceño—. Adelántame algo.

—Creo que la lectura ya no es mi actividad favorita —bromeo y ella sonrío. Sabe que no le daré más detalles, pero entiende la referencia.

—Vaya, ¿así de bueno ha sido el profesor Harvet? —pregunta y yo asiento. Fue muy bueno.

CELOS

Mark

Pensé que una persona como tú se fijaría en alguien más madura, Mark —dice Danna sin vacilar. No me extraña su comentario. Desde que la vi entrar al ascensor supe que, en cualquier momento, mencionaría algo sobre Rachel.

—La madurez no es directamente proporcional a la edad, Danna.

—Por supuesto —La ironía resalta en su respuesta. Me sorprende su actitud. Apenas intercambió un par de palabras con Rachel y se atreve a sacar conclusiones como esa.

El sonido del móvil desvía mi atención, sonrío al ver en las notificaciones el nombre de mi novia. La última vez que hablamos estaba comprando algunas decoraciones para la reunión que su madre tendrá hoy por su cumpleaños.

¡Encontré un disfraz de pez para Dory!

Me muero de amor. Mira

Contengo una carcajada ante su inesperado mensaje. No sé si se deba al hecho de que Rachel intenta aceptar a Dory o a la ropa que está seleccionando para ella, pero me entenece.

—¡Ay, por Dios! —el quejido de Danna me distrae. Quiero disculparme por mi evidente falta de educación al ignorarla, pero su parloteo continúa—. Creo que esa niña no te conviene.

—No olvides que tú eres mi amiga y que la persona de la que estás hablando es mi novia —énfasis molesto—. Buenas tardes, Danna.

Me alejo cuando las puertas del elevador se abren en el primer piso. Un resoplido cargado de molestia es su respuesta y yo adelanto mi paso en dirección al estacionamiento.

Mientras avanzo, aprovecho para llamar a Rachel quien enseguida contesta. No sé cómo explicar la felicidad que ella le ha traído a mi vida. Su ternura y alegría —incluso su torpeza cuando se pone nerviosa— me encantan.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que me gustas? —le pregunto. Ella suelta una pequeña risita que, sin dudarlo, mi mente no tarda en recrear, reconociendo cada facción de su rostro.

—Sí, cuando te llamé más temprano, justo antes de decirme que te reunirías con Mishell —responde. Aunque su tono es divertido, hay destellos de un sentimiento que puedo identificar.

—¿Celos?

Si ella decidiera encontrarse con su exnovio, también me causaría un poco de incomodidad. Agradezco su madurez y buena actitud cuando le conté que me vería con Mishell. No sé por qué quiere que nos reunamos.

—¿Celos? —Suelta un bufido lleno de burla y obviedad—. ¿Qué es eso?

—Celos: Sentimiento que experimenta una persona cuando sospecha, piensa e intuye la posibilidad de un intruso invadiendo su propiedad —menciono, y me esfuerzo por dar un concepto acertado de la palabra.

—¡Oh, era eso! —exclama con fingida sorpresa—. Ah, pues... Quizás un poco. Aunque tú no eres de mi propiedad. No lo creo así.

—Lo sé.

—Confío en ti y no me opongo a que hablen.

A pesar de lo que dice, sé que hay algo inseguridad de fondo, posiblemente sembrada por los miedos que quedaron de su relación anterior. Rachel es una mujer inteligente, pero la costumbre de lo vivido con Jackson debe seguirle pesando. La confianza no parecía ser algo normal entre ellos.

—Estoy deseoso de ver el disfraz para Dory —cambio el tema.

—Es precioso. No puedo esperar hasta mañana para ver cómo le luce.

—Quizás podríamos escaparnos un momento después de la reunión de tu mamá y venir a mi departamento —bromeo sin poder evitar el tono enfebrecido en mi voz ante la idea—. Por supuesto, todo en beneficio de Dory.

Mi aclaración la hace reír.

—Me encantaría, profesor Harvet —dice con su seductora alegría—. Digo, visitar a Dory, claro. Pero ya sabes que es el día libre de mamá y me gustaría pasarlo completo con ella.

—Está bien, cariño.

Si hay algo que he aprendido es que Rachel ama, por encima de todo, el tiempo que pasa con su madre. La señora Karla es una mujer maravillosa y excepcional. Lo supe desde el momento que me recibió en su casa,

haciéndome sentir parte de su familia, del pequeño y admirable grupo que son.

—Mark, por cierto, cuando veas a Mishell, ¿podrías preguntarle si sabe algo de Amy? Es la última persona a la que mi amiga le informaría sus planes, pero ya no sé qué pensar.

—¿Aún no tienes información de ella?

—Nada. De verdad espero verla en el cumpleaños de mamá —Su preocupación me parece familiar. Steven tampoco ha dado señales de vida.

—Le preguntaré, no te preocupes.

—Gracias, Mark. Se está acercando mi turno para pagar. Debo colgar.

Nos despedimos y entro al coche para partir hacia el restaurante en que Mishell me citó.



—¡Mark! Por aquí —Ella llama mi atención con su efusivo saludo cuando llego al lugar. Me acerco con presteza y me acomodo en la silla de cuero negro.

—Hola, Mishell. ¿Cómo estás?

—Muy feliz de verte —Muestra una amplia sonrisa—. Por cierto, me adelanté con el pedido y ordené pato al estilo pekinés para ambos. ¿Sigue siendo tu comida favorita?

No en realidad.

—Lo que hayas ordenado está bien.

—¿Han pasado ya dos años? Llevamos mucho sin hablar —Esa es la razón principal por la que me sorprendió su insistencia en reunarnos. Hace poco menos de tres años que nuestra relación terminó y meses después perdimos la comunicación por completo—. Bueno, lo importante es que ahora estamos aquí —Sus últimas palabras vienen acompañadas de un gesto que me sorprende: Mishell pone su mano sobre la mía.

—¿Qué era eso tan urgente que querías decirme? ¿Sucedió algo? —Mi voz se tensa e intento ser espontáneo cuando me alejo de su contacto.

Pasan varios segundos hasta que ella habla de nuevo.

—Te he extrañado, Mark.

—Mishell...

—¿Tú me has extrañado? ¿Aunque sea un poco? —No respondo y la expresión en su rostro se endurece—. Cuéntame, ¿estás saliendo con alguien?

—Sí, estoy en una relación.

—¿O sea que la conversación de mi hermanastra con su amiga era real? ¡No lo puedo creer, Mark! ¿Estás saliendo con esa niña? Eso no funcionará.

—Mishell, mi relación y su futuro no es un tema de conversación entre nosotros.

—Se llevan, ¿qué? ¿cinco, seis años? Mark, lamento decirlo, pero es obvio que esa niña es una pérdida de tiempo. ¿Qué puede ofrecerte? Nada. En cambio, nosotros...

—No hay un nosotros —le recuerdo.

—Pero podríamos intentarlo de nuevo —Acerca otra vez su mano a la mía.

Crear que podemos rescatar una relación que terminó hace años y que, por más que intentamos sostener —más veces de lo que debimos hacerlo—, no funcionó, es una locura.

—Será mejor terminar con esta conversación. Que estés bien, Mishell.

Me pongo de pie, busco en mi billetera algo de dinero y lo dejo sobre la mesa.

—Mark, esperé dos años por una llamada tuya y puedo esperar un poco más, porque sé que estamos destinados y el destino mismo será quien se encargue de unirnos.

El tono seguro que usa al hablar se aferra unos segundos a mi mente, pero decido olvidarlo y salgo del restaurante. Me subo al auto y pongo rumbo hacia la casa de Rachel. Solo pensar en su nombre hace que me relaje.

En el camino, hago una parada para comprar dos ramos de peonías, las flores favoritas de mi novia y su madre. Antes de arrancar, decido llamar a Steven, quien responde después de varias timbradas.

—Tengo el celular lleno de notificaciones tuyas. ¿Tanto me extrañas, hermanito?

—No saber nada de ti es un poco raro —respondo—. ¿Estás bien?

—Sí, es solo que he tenido mucho trabajo, ya sabes. ¿Tú qué tal?

—Todo bien, aunque estoy preocupado por Rachel.

—¿Le ha pasado algo?

—No, pero está triste porque no ha podido hablar con alguien cercana a ella.

—Pobrecilla, dile que no se preocupe, Amy está bien —se apresura a comentar y luego se calla, sabiendo que dijo algo que no debía.

—Steven, ¿por qué dijiste el nombre de la amiga de Rachel?

—Lo deduje. ¿Sí se trata de ella? —suelta tan rápido que puedo reconocer sus nervios al mentir.

—Estás con Amy —demando y su silencio basta como respuesta.

—No estoy con la delincuen... Con Amy, pero puedo asegurarte que ella está bien —Su pausada y meditada respuesta me causa intriga—. Infórmasele a Rachel para que no se preocupe.

—Pensé que no se llevaban bien —comento curioso.

—Sigo sin tolerarla y mucho más al pensar que, por su culpa, estuve a punto de perder a mi cuñada favorita —Cambia ágilmente de tema—. ¿Ya te he dicho que me agrada tu novia?

—Me lo has dicho, pero no que también te agradaba su amiga —enfático y él bufa.

—Hermano, tengo que colgar. Cuídate —Corta la llamada intempestivamente, como queriendo no ahondar más en lo que hablábamos. Al menos me siento tranquilo cuando le escribo a Rachel que su amiga está bien.

Vuelvo a conducir y, a medida que me acerco a casa de mi novia, no dejo de sentirme como un adolescente emocionado por ver a la chica que le gusta. Me toma cerca de quince minutos llegar a mi destino.

—Hola, cariño —Dejo un beso en su mejilla apenas abre la puerta. Desde afuera puedo ver a varias personas en la sala, incluida la señora Karla, quien no tarda en acercarse con su usual rostro acogedor.

—Qué bueno verte, Mark —dice ella.

—Igualmente —le respondo mientras le entrego uno de los ramos—. Feliz cumpleaños, señora Evans.

—No debiste molestarte, hijo. Muchas gracias —Ella aprecia el ramo y me siento agradecido por la información que Rachel me dio sobre el amor de su madre por esas flores—. Iré a arreglarlas en un jarrón. Y dime Karla, por favor.

Asiento y la veo alejarse, tan animada como siempre.

—Te acabas de ganar su aprobación —comenta mi novia, sonrojándose cuando le entrego el otro ramo que estaba oculto tras mi cuerpo—. Y la mía. Son hermosas, Mark. Gracias.

—Tú eres hermosa —Sin poder controlarlo, me acerco a su boca y termino con las ansias que tenía de besarla.

Rachel se aparta y vuelvo a ver hacia el interior de la casa. Reconozco al hombre que está llamando la atención de las personas allí. Es Andrés, el doctor que atendió a su mamá.

—Creo que este día merece una foto para el recuerdo. ¿Dónde está Karla? —pregunta él.

—Aquí estoy —Ella aparece, celebrando la idea—. Tienes razón, tomémonos una foto.

—Rach, trae a tu amigo y únense a nosotros —vuelve a hablar el doctor y siento una vergonzosa punzada de celos.

—¿Rach? —repito entre dientes. Mi novia se aleja con una tímida sonrisa y asiente hacia ellos.

—Vamos, amigo —Divertida, entrelaza mi mano con la suya.

Caminamos hasta donde está la multitud mientras nos hacemos un espacio junto a Karla. Puedo sentir la mirada del doctor en la unión de nuestras manos. En un acto retrógrado, tomo su cintura, acercándola a mí. Con una sonrisa hacia al frente, miro a la cámara que sostiene uno de los invitados en modo selfie.

—Digan Whisky —pide el hombre y todos repiten la palabra, excepto Rachel, que en su lugar dice celos.

Reprimo una carcajada al escucharla.

—Otra pose —pide el sujeto de la foto y todos empiezan a moverse.

—Celos. ¿Qué es eso? —Bajo mi cabeza, murmurando cerca de su oído y ella sonríe, aun mirando a la cámara.

—Celos: Sentimiento que experimenta una persona cuando sospecha o intuye que un intruso invade su propiedad —recita la definición que le di al pie de la letra—. Lo he aprendido en mis clases particulares.

Tomamos la foto y, mientras los demás van a ver el resultado. Rachel y yo nos quedamos en el mismo lugar.

—Es una buena descripción a mis pensamientos —admito y ella hace un gesto curioso—. Excelente concepto, señorita Lombardo. Siempre me ha encantado el lema del alumno superando al maestro.

—¿Tengo un diez? —pregunta, y lleva su boca sobre la mía.

—Un cien, cariño. Un cien.

Me aparto lo suficiente para poder mirarla, una sonrisa deslumbrante adorna su rostro. Me siento tan atraído por ella; es en sus ojos donde todas las preguntas parecen tener respuesta. Quiero que lo nuestro funcione y nos estamos esforzando por ello. Aun con los conflictos que implica ser su profesor. Aun cuando nos encontramos en distintas etapas de la vida.

—¿Sucede algo? —pregunta Rachel.

—No pasa nada —musito y beso su frente. El contacto con su piel me relaja.

Antes de que lo olvide, le hablo de mi conversación con Steven. Me sigue pareciendo curioso que esté tan informado sobre el paradero de la amiga de Rachel.

—Quizás estén trabajando juntos —habla animada—. Hace rato Amy llamó a mamá y le contó que estaba ayudando a su padre con cosas de su empresa, debe ser muy importante para que ella no esté aquí. Al menos sabemos que no le pasó nada malo.

—Aquí están —Karla se acerca y nos entrega una copa a cada uno—. Es tinto de verano que Katty preparó, espero les guste.

Asiento agradecido y acepto la bebida. La señora Evans se queda a nuestro lado y me hace parte de una conversación amena sobre sus anteriores cumpleaños, incluidos aquellos que vivió junto a Jhon Lombardo, el padre de Rachel. Cada palabra que pronuncia refleja el gran amor que tuvo por él. Escuchamos atentos hasta que tocan la puerta y ella hace una pausa con intenciones de ir atender.

—Yo iré, mami, no te preocupes —Karla le agradece a Rachel y continúa con su relato.

—A Jhon le encantaba celebrar nuestros cumpleaños y Rach es igual. Ama reunir a los que quiere, decorar el lugar, dar regalos, es la más emocionada.

Una sonrisa amplia se forma en mis labios. Miro hacia la puerta y busco a mi novia. Ella saluda con cariño al hombre que acaba de llegar. Lo conozco, es el esposo de la madre de Mishell y el padre de Amy.

—Llegó Danes —Karla habla con emoción al percatarse de su presencia—. Iré a saludarlo. Disculpa, Mark, ya regreso.

—No se preocupe, adelante.

Karla se reúne con ellos y la escena es inquietante. No conocí mucho a Danes Martins mientras estuve con Mishell, pero me asombra ver el enorme ramo de peonías que le entrega a la madre de Rachel y el abrazo tan efusivo que les da a las dos. Jamás lo vi siendo tan familiar.

Dejo atrás la escena y mis ojos recorren la casa. Las decoraciones que mi novia eligió para la reunión son preciosas. Doy unos cuantos pasos hasta llegar a una mesa llena de portarretratos que no vi la primera vez que estuve aquí. En la mayoría están Rachel y sus padres, y en un par veo a una mujer mayor, muy parecida a Karla.

—Es mi abuela —dice mi novia, que de repente aparece a mi lado—. Es una lástima que hoy no pudiera venir, pero espero que pronto puedas conocerla.

—Así será —Sonrío con emoción y ella me da un beso tímido en los labios. Me encanta ese bonito e inesperado gesto.

—Quiero presentarte a alguien, aunque creo que ya se conocen —comenta risueña. Sigo la dirección de su mirada y veo a Danes acercarse.

—Mark Harvet, ¡qué sorpresa! —Extiende su mano hacia mí con actitud inquisitiva—. Un gusto verte

—Igualmente, Danes —correspondo al saludo.

—No sabía que ustedes salían. Hacen una buena pareja —Su presión en mi mano aumenta, la estrecha con fuerza por unos segundos más.

—Danes es parte de nuestra familia, es el mejor amigo de mamá.

Él ve con cariño a mi novia y, al notar que lo observo con atención, una miríada de emociones le cruza el rostro.

—Rach, le dije a Karla que no podía quedarme, pero acabo de recordar que mi reunión se pospuso. ¿Puedes decirle que acepto el tinto de verano del que tanto me habló?

El rostro de mi novia se llena de duda ante lo que dijo Danes. Sin embargo, va en busca de su madre.

—Conocí a Jhon y sé que si él estuviese aquí mencionaría dos cosas. Primero, te preguntaría sobre tus intenciones con su hija; y segundo, te diría que todo aquel que quiera y proteja a los suyos es bienvenido a su familia —Su tono es amenazador y airado—. Yo me saltaré ese discurso y solo voy a advertirte algo, Harvet: Le haces daño y haré que te arrepientas.

—Lo entiendo, Danes. Yo...

—Tú nada —interrumpe—. Eres su profesor y no deberías ser más que eso. No hace falta decir que no apruebo esta relación.

El ambiente se hace pesado y solo el oportuno regreso de Rachel logra disiparlo.

—Aquí tienes, Dan —Le entrega una copa y, en cuanto él la acepta, ella se acerca y me toma de la mano.

—Los dejo solos. Iré con la cumpleañera —anuncia Danes con una sonrisa forzada.

—Tus músculos están tensos —dice Rachel mientras acaricia mi antebrazo—. ¿Fue una conversación muy incómoda?

—No, tranquila —le respondo con toda la tranquilidad que puedo. No quiero que se preocupe por nada.

—Menos mal, porque Dan puede ser muy, pero muy sobreprotector.

OceanofPDF.com

MEJILLAS SONROJADAS

Rachel

Lo que quiere decir que una función f es cóncava hacia arriba —Mark continúa con la explicación. En medio de su comentario, vuelve a la pizarra y señala lo escrito en ella—, o positiva, donde la derivada f es creciente.

No puedo dejar de mirarlo con auténtica fascinación ni perderme ningún detalle de él. Está deslumbrante como siempre, luce un impecable traje de chaqueta negra y chaleco del mismo tono. Conocer y recordar a la perfección lo que esconde ese atuendo me acalora.

Quédate encima de mí, cariño. A mi mente llegan palabras de nuestros últimos encuentros. Siento su aliento en mi oído mientras me susurra. Trago saliva y trato de concentrarme en los números en el tablero, pero mis intentos son fallidos.

Las ganas que tengo de desnudarte. Recordar sus caricias hedónicas me excita.

Date la vuelta y abre las piernas. Mi respiración se detiene cuando veo que Mark me dedica una sonrisa ladeada con disimulo.

Me alejo de la realidad y me adentro en un mundo onírico en el que solo existimos él y yo. Lo veo acercarse y llevarme contra la pared. Sus labios pasean por mi boca y luego reclaman mi cuello con ferocidad mientras aprisiona mi cuerpo con el suyo. Sentir cómo empieza a endurecerse me remite a perversos deseos. Mark baja por mis pechos, por mi abdomen. Quiero saborearte, susurra en mi mente al tiempo que se arrodilla para buscar mi humedad, encarcelando su cabeza entre mis piernas.

—Terminó la clase, tengan buen día —Su voz es como un baldado de agua fría.

Me cuesta respirar y me siento abochornada. Cruzo las piernas, trato de borrar las infinitas sensaciones que desborda mi cuerpo. Vuelvo a dirigir mi mirada hacia Mark, quien ahora está en su escritorio y no tarda en fijar su atención en mí. Sonríe complacido, como si adivinara mis pensamientos.

Mierda. Aparto mis ojos de él y me concentro en guardar mis pertenencias. Una vez todos se marchan, me acerco.

—¿Te he dicho lo mucho que me gustan tus mejillas sonrojadas? —habla bajo, en tono grave—. Me muero por besarlas... Como siempre.

Como siempre. Lo miro escandalizada. Él lo sabe, sabe lo que he estado pensando o, al menos, lo imagina. Puedo verlo en su rostro.

—Lo siento —No sé por qué me disculpo.

—Yo más, cariño, créeme. Me encantaría poder cancelar la reunión de docentes que tengo, pero debo asistir. ¿Nos vemos en unas tres horas? No creo que tardemos más que eso.

—Sí, puedo prepararte algo de comer en mi casa —digo. La vez pasada me salvé de cocinar, pero ya es hora de que lo haga. No hay nada que internet y sus tutoriales no puedan hacer, ¿verdad?

—Me encanta la idea, señorita Lombardo.

—Harvet, ¿nos vamos? —Sobresaltándonos, el profesor Caleb se asoma por la puerta.

—Sí, dame un segundo —le responde Mark, con calma.

—Solo tenía esa duda del ejercicio, profesor Harvet. Muchas gracias —hablo de prisa y salgo del salón.

Mi ritmo cardíaco comienza a regularse a medida que me alejo de la universidad. En el bus hacia casa, trato de que mi mente esté en blanco hasta que pueda llegar a tomar una ducha.

Aprovecho el tiempo que tengo —antes de empezar a buscar tutoriales y cocinar— para hablar con Amy y repasar con esmero los apuntes que Mark subió a la plataforma de la clase. Los entiendo y eso me hace sentirme menos culpable por no haber prestado atención antes.

Mi móvil comienza a vibrar y veo la notificación de un mensaje. Entro a la app para verlo.

La reunión tardará una hora más, lo siento.

Ahora soy Mark (ansioso por verte) Harvet.

Leo su mensaje con una sonrisa en el rostro y respondo.

Está bien, profesor Harvet. Lo espero.

Pdta. Yo soy Rachel (mejillas sonrojadas) Lombardo.

Tengo que volver a la reunión, cariño. Nos vemos pronto.

Att. Mark (completamente enamorado de ti y tus mejillas sonrojadas) Harvet.

Me quedo boquiabierta por su mensaje. Han pasado algunos meses desde que empezamos a salir y es la primera vez que menciona algo relacionado con la palabra «amor». Las mariposas en el estómago inician una fiesta que se apodera de todo mi cuerpo. Hay tantas cosas que quiero

decirle, tantas maneras en que podría responder a su mensaje, pero mis ideas no se organizan.

Cuando faltan cuarenta y cinco minutos para que él llegue, me pongo manos a la obra.

—Benditos sean internet y las personas que suben contenido para aprender a cocinar en un minuto —celebro al tomar mi laptop y dirigirme a la cocina. Encuentro un video de una chef amateur que enseña a preparar espagueti.

Mientras busco los ingredientes que necesitaré, escucho atenta cada indicación, el procedimiento parece sencillo. ¡Vamos, que preparar una pasta a la carbonara con sabor latino no puede ser tan complicado!

En una olla con abundante agua, agregamos un puñado de sal, mantequilla y, cuando empiece a hervir, añadimos la pasta, dice la mujer del video y sigo sus instrucciones.

Esperar a que la pasta se cocine me da unos minutos para llamar a mamá e informarle sobre la visita de Mark.

—Sé responsable, cielo —El tono serio con el que habla me altera.

—¡Karla Evans de Lombardo! —me escandalizo por su comentario.

—Hablo de la cocina, Rach. No incendies nada. Aunque... —puntualiza con diversión.

En una sartén caliente dejamos caer un chorrito de aceite, la tocineta, la cebolla para dorarla y una pizca de sal. Cuando esto tome color, se añaden los champiñones.

—Mantequilla, champiñones para dorarlos, puñado de sal, tocineta y cebolla —Pauso el video para verificarlo todo y mi mamá se ríe al escucharme—. Estoy haciendo pasta. Mark viene a almorzar y se marchará apenas termine.

—Entiendo. Nos veremos en la mañana, extraña. Estoy más tranquila ahora que sé que estarás acompañada.

—Te amo, mami.

—Y yo a ti. Estaré preparada por si llegan aquí con intoxicación —bromea.

Lo peor es que puede que tenga razón. La cocina y yo jamás nos hemos llevado bien y, aunque mi madre ha querido enseñarme, siempre hay algo que falla. Como ahora, señala mi subconsciente, que me indica que es el momento de revolver lo que con mucho color se cocina en el sartén y

sacarlo antes de que todo se salga de control. Cuelgo el móvil y me centro en la comida.

Una vez todo está listo, limpio la cocina. Vuelvo a ducharme y dejo atrás la ropa cómoda y vieja de casa para ponerme un vestido. Alrededor de quince minutos después, me dirijo emocionada hacia la puerta en donde está un hombre increíble esperándome.

—Hey —Mark saluda enérgico y sonriente, tono que apenas coincide con su aspecto cansado. Valoro el esfuerzo que hace cada día por no dejar de vernos, aun después de sus reuniones—. ¿Me extrañaste?

—Por supuesto, ¿y tú?

—Mucho es poco, Rachel —dice y da un paso hacia mí. Siento el delicioso perfume que lleva. Lo veo por completo y me encanta la elegancia que exuda—. Me hace falta tocarte. Extraño tu piel, tu boca... Como gimes cuando hacemos el amor.

Sus últimas palabras las susurra tan bajo que apenas puedo escucharlas.

—Estamos solos —informo.

— ¿Y tu madre? —Niego y él ladea una sonrisa.

Termino de comprender su gesto cuando una de sus manos se curva alrededor de mi nuca, y él se adueña de mi boca.

—Tengo curiosidad por saber qué la tuvo con las mejillas sonrojadas toda la clase, señorita Lombardo —comenta. El tono apasionado y un poco áspero de su voz es excitante—. Quiero escucharlo.

—Usted, profesor Harvet —Esa sincera confesión hace que sus músculos se tensen, puedo sentirlo. Él me hace retroceder un par de pasos y escucho el sonido de la puerta al cerrarse. Nuestra cercanía me desorienta y su necesidad se envuelve con la mía. No deja de sorprenderme todo lo que provoca en mí cada una de sus caricias.

Mark se encorva para quedar a mi altura. Posa sus manos en mis muslos y me alza para que le rodee la cintura con las piernas.

—Verte en clases y no poder tocarte es una tortura —comenta mientras acuna mis glúteos y junta más nuestros cuerpos—. No tienes idea cuánto deseo desaparecer a todo el jodido mundo y tomarte en mi escritorio... Tantas veces como quiera.

Ante su ardiente comentario, no puedo contener un jadeo que brota de mi garganta. Un deseo arrollador me envuelve de tal manera que apenas me fijo cuando Mark nos dirige hacia la habitación. Me aferro a sus brazos

fuertes que me sujetan y me acomodan sobre la cama. Mis piernas siguen rodeándolo y él mueve sus caderas contra mí mientras me besa de una forma tan íntima y caliente que me hace soltar un gemido que le regalo al oído.

—Rachel, te necesito ya —dice ansioso y su boca busca afanosa mi clavícula. La desesperación con la que sus labios pasean por mi cuerpo crece cuando sus manos bajan hasta mis bragas—. Me encanta sentirte así, lista para mí, mi amor.

—Mi amor —repito jadeante. Mi cuerpo se arquea ante su tacto.

Mark recorre mi piel con adoración, me quita prenda por prenda y después va desprendiéndose de su ropa. Nos amamos con desesperación, como dos almas ávidas de la otra, nos entregamos por completo a lo que sentimos. Sin límites ni vergüenzas.

—Aquí tienes —digo mientras le pongo enfrente su plato de comida.

—Gracias, se ve muy buena —menciona risueño y no puedo sentirme más orgullosa porque yo también pienso lo mismo.

Expectante, me siento a su lado. Se ve guapísimo con el cabello húmedo, luciendo la arrugada camisa blanca de su traje con los primeros botones desabrochados. Me concentro en su expresión al llevarse el primer bocado de comida a la boca y sonrío cuando noto que parece disfrutarla. Celebro en silencio y también la pruebo.

—¡Esto está horrible! —exclamo apenas siento el sabor de la pasta. ¿Cómo es que él se está comiendo esto como si nada? ¿Cómo es que no ha vomitado?

Mark me extiende un vaso con agua y parece divertido al darse cuenta de que mi garganta no puede aceptar esta comida que, además de estar fría y salada, es un asco total. Los famosos champiñones dorados son un fracaso descomunal en mi carrera como cocinera.

—No está tan mal —explica risueño.

—¿Es en serio, Mark? —Lo miro ceñuda.

—Lo comeré —aclara—. Es algo que hiciste para mí y eso me hace feliz.

—No, no comerás esto —Trato de quitarle el plato y él lo aleja de mí.

—Si deseas, puedo preparar algo para ti, pero yo terminaré mi comida.

—No voy a dejar que comas esto —Muero de la vergüenza.

—Me gusta —Toma mi mano con cariño—. Podría acostumbrarme a esto sin ningún problema.

—¿A vivir al borde de la muerte por intoxicación? —ironizo.

—A verte después de un día cansado y lleno de trabajo, hacer el amor, ducharnos, comer, volver a hacer el amor, cualquiera que sea el orden —Me acaricia con su pulgar—. Acostumbrarme a compartir mi vida con la mujer de la que estoy enamorado.

—¿Crees que fue mucha sal? —hablo con rapidez—. ¿O tal vez debí usar otra clase de champiñones?

Hablar de comida mientras Mark te declara su amor es genial. Bien hecho, Rachel, reniega la vocecita en mi cabeza. La carcajada de mi novio me saca del trance.

—Ven —Con una deslumbrante sonrisa, se pone de pie y me anima a hacer lo mismo.

Exigiéndome a dejar mis nervios atrás, me acerco a su boca y lo beso.

—No sé en qué momento pasó. Quizá cuando me entregué a ti y convertiste mis miedos en confianza o cuando me presentaste a tu familia y transformaste mis dudas en certezas —Miro al suelo un momento y luego vuelvo a verlo. Sus mejillas están sonrojadas y se ve más apuesto que nunca—. Tal vez todo empezó cuando le hablaste a mi madre, la persona que más amo en este mundo, de tus sentimientos por mí. No sé si fue hace unas horas o unas semanas, pero me enamoré de ti —confieso—. Todo esto ha sido tan loco... Siempre creí que se necesitaban años para enamorarse, pero contigo todo ha sido hermoso e inesperado. No necesito más tiempo para saberlo.

—Cuántas palabras juntas, señorita Lombardo —Percibo la emoción en su voz—. Me encanta que sientas lo mismo que yo por ti. Siempre esperé encontrar a alguien que derribara tantos miedos y reservas que me acompañaron durante años —Suelta un suspiro profundo y continúa—. No fue fácil olvidarme de que soy tu profesor, tampoco dejar de pensar que muchas personas puedan creer que lo nuestro no está bien ni mucho menos dejar atrás mis prejuicios, pero ¿sabes? Elegirte es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

NO HAY ROSAS SIN ESPINAS

Me dirijo al salón de clases. Mis pasos son lentos y siento que no avanzo. La sensación que oprime mi pecho aumenta cuando llego al aula. Los ojos verdes que siempre me reciben hoy me miran diferente. Es el mismo hombre, pero hay algo distinto en él.

—¿Estás bien, Mark?

Mi novio sonríe con ironía. Se gira para darme la espalda, pero me muevo hasta quedar de nuevo frente a él y, de repente, otra mujer entra al salón. Mark me aparta y la toma entre sus brazos. La besa con decisión y eso me rompe por completo.

—¿Qué haces? —pregunto desconcertada— ¡Mark, respóndeme!

La chica le acaricia el rostro y luego se acerca a mí.

—No eres nadie para él —habla con total seguridad—. Ya se cansó de ti y me encontró. Mark no necesita a una niña a su lado.

El salón se llena de personas que sueltan carcajadas y me señalan con burla. Celebran extasiados lo que ella acaba de decirme.

—Mark —suplico y se me rompe el corazón.

Abro los ojos sobresaltada. Solo fue una pesadilla, reflexiono y trato de ignorar la amarga sensación. La hora en el reloj de la pared es lo primero que llama mi atención. Son las seis y veinte de la mañana.

—¡Mierda, llegaré tarde a clases! —Intento levantarme, pero es imposible. Mi cuerpo está siendo aprisionado por la persona a mi lado.

—Un minuto más —jadea Mark.

La desorientación termina. Empiezo a recordar la visita a almorzar que se extendió por muchas horas más hasta que caímos exhaustos en mi cama.

—Mark, despierta —le digo con dulzura.

—No —se queja, aferrándose más a mi cuerpo.

Río por lo curioso de la situación. Estoy tratando de despertar a mi profesor para ir a clases.

—Lamento decirle que usted es el maestro y que hoy tenemos un examen.

—¡La prueba! —Me suelta y se sienta de golpe.

—¿Sabes qué? Mejor volvamos a dormir —bromeo.

Me dedica una sonrisa traviesa y me abraza con entusiasmo. Intenta juntar nuestros labios, pero lo esquivo.

—Te vi besándote con otra —justifico mi arretrato.

—¿Otra vez seré confundido con mi gemelo? —habla divertido. Su conclusión me hace gracia.

—Tuve una pesadilla en la que besabas a otra —Mis palabras hacen que él suelte una carcajada.

—Solo en los peores sueños podría elegir otros labios que no sean los tuyos, Rachel —responde y se ubica encima de mí. Acerca su boca a mi cuello. Se pega ligeramente a mi cuerpo y puedo sentir su erección crecer, robándome un jadeo que silencio de inmediato.

—Seguro mi madre ya llegó —susurro, me aterra que ella pueda escucharnos—. Debemos ir a clases.

Mark deposita un beso en mi frente y le pido que vaya a ducharse mientras yo voy con mamá. Tener que decirle que él se quedó a dormir me pone nerviosa.

Camino a su habitación y un sentimiento de extrañeza me invade al ver su cama vacía.

—Mamá, ¿dónde estás? ¿Todo bien? Por favor, llámame —Le envío una nota de voz y la respuesta llega al instante.

Estoy bien, amor. Es el cumpleaños de Katty y decidimos desayunar todos juntos antes de regresar a nuestras casas.

No tardo. Te quiero.

Ahora más tranquila, le cuento que ya voy saliendo para la universidad y omito un pequeño detalle.

Los minutos pasan volando. Apenas tengo tiempo de ducharme y arreglarme. Salimos de casa y me preocupa que lleguemos con los mismos tres minutos de retraso, por lo que le propongo bajarme un par de calles antes para que no nos vea nadie.

La prueba empieza tan pronto entro agitada al salón.

—Les queda un minuto —informa Mark una hora después—. No olviden dejar su hoja sobre la mesa y salir en silencio.

Seguimos sus instrucciones y algunos nos reunimos en el pasillo para comparar las respuestas. Mi emoción aumenta al escuchar que las mías coinciden con las de varios de mis compañeros. Quizá si Theo hubiese asistido hoy, estaríamos celebrando la esperada calificación.

Salgo del edificio y le envío un mensaje a Mark para recordarle que iré a casa a ver a mamá. Trato de seguir mi camino hacia la salida hasta que

alguien me detiene.

—Rach, querida. ¿Cómo te fue en la prueba? —Escucho la voz chillona de Monique.

—Bien —respondo cortante y sigo mi camino. Sé que sus intenciones al hablarme no son buenas.

—Me lo imaginaba —suelta al tiempo que me sujeta del brazo.

—No me toques —Me zafo, enojada por lo que ha hecho.

—¿Sacando las garras tan pronto? Dime, ¿han pasado tres, cuatro meses y ya te crees la primera dama por revolcarte con el profesor?

—Monique, son los presidentes quienes tienen una primera dama —le respondo con sarcasmo.

La carcajada que emite me molesta.

—Quise decir dama de compañía —aclaro cuando Crisna y José llegan a donde estamos—. ¿Se dieron cuenta de quién llegó con la misma ropa que ayer?

—Rach, ¿acaso tu prueba no fue escrita sino oral? —se burla José.

—Imbécil —murmuro. No estoy dispuesta a seguir escuchándolos. Decidida a salir de allí, doy un paso al costado, pero esta vez es José quien toma mi brazo con más rudeza que Monique.

—Es bueno saber que ese culo tan bueno que tienes ha servido para que el profesor Harvet llegara tarde —Su agarre se hace más impetuoso.

—¡Suéltame! —grito.

—No hay nada de malo en ser una regalada, querida —habla Monique.

—Acéptalo, Rach. No hay nada de malo en aprovechar las oportunidades —agrega José. Lo miro asqueada—. ¿Será que por llegar tarde nos aprueba a todos? Te lo agradecería mucho.

Respiro profundo. No vale la pena sentirme mal por lo que digan. Estoy estudiando como cualquiera y no tengo la menor intención de usar mi relación con Mark para beneficiarme con una nota.

—Cálmate, José, tampoco lo tomes personal —dice Crisna, ganándose la mirada asesina de sus amigos—. Se meterán en problemas.

—Rach, tengo bajas calificaciones en Estadística —Él vuelve a centrar su atención en mí— ¿Puedes darle un buen polvo al profesor para que me pase? Te pago si quieres, aunque creo que tú lo harías gratis.

Como puedo, me suelto de su agarre y lo empujo. José maldice y se acerca a mí con una mano levantada. Me cubro el rostro por instinto al ver

sus intenciones de golpearme.

—¿Qué demonios te pasa? —El grito del hombre que identifico me paraliza—. Le pones un puto dedo encima y te arrepentirás.

—No te metas, Kozlov —grita José.

Observo a mi ex abalanzarse sobre el amigo de Monique y tirarlo al suelo. Me siento aterrorizada al ver que las pocas personas que pasan por el lugar observan con normalidad la situación. ¿Por qué nadie hace nada? ¿Desde cuándo estas situaciones se volvieron algo normal? ¿En qué momento la mejor postura hacia la violencia se convirtió en tomar un móvil y grabar o simplemente ignorar?

No puedo evitar empezar a llorar por la impotencia.

—No te metas con ella, cabrón —grita Jackson mientras lo pateo.

—Hagas lo que hagas, no va a regresar contigo —se burla José, tratando de cubrirse con las manos.

El comentario desata aún más la furia de Jackson, quien se tira al piso para golpearlo con sus puños. Las súplicas de José no tardan en llegar.

—Detente —le pido a mi ex y, por fortuna, obedece.

—¿No te da pena defender a esta zorra que te traicionó, Jack? —inquire Monique. En lo único que piensa es en lanzar su veneno.

—Mejor cállate y vete de aquí si no quieres que la vergonzosa sea tu cara después de lo que te voy a hacer —sentencia Jackson.

Crisna ayuda a José a ponerse de pie mientras Monique se retira gritando que borren los videos filmados.

—Eres patético —José murmura y, antes de que Jackson vaya hacia él, lo detengo.

—No vale la pena —le digo conteniendo las lágrimas.

—Vámonos de aquí —Jackson pone una mano en mi espalda y me guía hasta la entrada del estacionamiento. No puedo dejar de sentirme incómoda por su cercanía—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Gracias por lo que hiciste, pero no es necesario. Puedo irme sola.

—Es por ese imbécil, ¿verdad? —cuestiona con enojo—. ¿Cuándo entenderás que no te conviene?

—Estoy agradecida porque me defendiste, en serio lo aprecio, pero...

—No lo dejarás —interrumpe con furia—. ¡Maldición, Rachel! ¿Qué tengo que hacer para que regreses? ¿No puedes entender que te quiero?

—Adiós, Jackson —Me doy la vuelta para salir del lugar y él me toma del brazo que ya está bastante lastimado gracias a José para detenerme. Me suelto como puedo.

—¿De verdad vas a irte así? ¿No piensas agradecerme?

—Ya lo hice, Jackson.

Niega con su cabeza y el miedo regresa a mí cuando me doy cuenta de que el estacionamiento está vacío.

—He intentado olvidarte, te lo juro que lo he intentado —confiesa—, pero no puedo.

Doy un par de pasos hacia atrás y me tropiezo. Jackson logra sostenerme, pero su cercanía solo me causa rechazo.

—No —chillo al ver su intención de besarme.

Sus manos me sujetan con fuerza. El hombre que llegó hace unos minutos para defenderme, se convierte en mi nuevo verdugo. Me duele reconocer esto en la persona en la que confié por tantos años, en la persona a la que amé.

—Por favor, no —sollozo, pero hace caso omiso a mi súplica y me besa.

—¡Suéltala! —La voz de Mark sorprende a Jackson y logro alejarme de él.

—Tú, de nuevo —gruñe, centrando su atención en mi novio—. ¿Y dónde estaba el héroe cuando un imbécil maltrató a Rachel? ¿Ocupado con otra alumna?

—¿Qué te hicieron? —pregunta Mark con preocupación.

—Vámonos ya. Por favor —le ruego al ver que su mirada se dirige hacia Jackson.

—Tranquila. Aunque desde el momento en que escuché a este idiota hablando sobre los rumores que había creado sobre ti quise golpearlo, no voy a darle el gusto —Respira profundo y continúa—. Es más, debería agradecerle.

—¿Agradecerme por qué? —grita—. ¿Porque gracias a mí te la follas? ¿La haces disfrutar tanto como yo lo hacía? —Observo a Jackson horrorizada. ¿Por qué está haciendo esto?

La calma en Mark comienza a desaparecer y da un paso hacia mi ex.

—¿Te pide más como lo hacía conmigo? —Jackson sigue provocándolo.

—Basta, Kozlov. No permitiré que hables de mi mujer, a la que nunca le pusiste un dedo encima.

—Vete ya. No hagas las cosas más difíciles —Le pido a Jackson, quien parece desconcertado y nos ve con ira antes de marcharse.

—Perdóname por no estar contigo. Salía de la universidad, vi todo el alboroto y escuché a algunos alumnos hablando del altercado —me dice al tiempo que limpia la humedad de mis mejillas—. Lamento que tengas que pasar por cosas así. Lamento que todo esté tan lleno de espinas, pero prometo ayudarte a quitarlas del camino.

OceanofPDF.com

CUÑADA

Le cuento lo ocurrido hace un rato. Nuestra cercanía siempre logra que nos olvidemos de todo alrededor, pero hoy es diferente. Me siento nerviosa de que alguien nos vea. Mark parece descifrar mis miedos y se aleja un poco.

—Salgamos de aquí —sugiere. Lleva su mano al brazo que José sujetó con fuerza hace un rato y me remuevo por el malestar—. ¿Qué sucede?

—Nada —aseguro mientras camino hacia su auto lo más rápido que puedo para que no examine la piel de mi bíceps. Sin embargo, él alcanza a ver lo enrojecida que está y una mezcla de preocupación y enojo se nota en su rostro.

Empiezo a reunir las palabras necesarias para hacerlo olvidar el asunto cuando se oyen pasos acercándose a donde estamos.

—Mark, señorita Lombardo —El director de la universidad se sitúa frente a nosotros. ¡Lo que faltaba!

—Ildet, todo esto de los rumores ha llegado muy lejos. José Argent insultó a Rachel y la lastimó físicamente —espeta Mark de inmediato, señalando mi piel lastimada. Su expresión es aún más grave y dura que su voz—. Tiene que haber alguna sanción para sentar un precedente. La universidad no puede permitir esto.

—Seguro fue un accidente —señala Ildet y me sorprenden sus palabras. ¿Acaso no ve la marca en mi brazo?

—Fue un acto de violencia premeditado, director —lo contradigo.

—Ildet, debes tomar las medidas disciplinarias del caso —insiste Mark ofuscado.

—No lo tomes personal —responde el director. Cada comentario que hace me repugna más que el anterior.

—Sabes muy bien que intervendría en esto por cualquier persona. Aun si ella no fuese mi...

La respiración se me detiene.

—Profesor Harvet —susurro logrando interrumpir su confesión.

—Aunque no fuese mi cuñada y mi alumna —Termina la frase entre dientes.

—Mark, hablemos esto en privado —Ildet trata de excluirme de la situación.

—La universidad debe pronunciarse al respecto. Si no haces nada, ten por seguro que mi hermano sí lo hará —La advertencia implícita de Mark sorprende al director.

—No hará falta eso. Tomaré las medidas del caso —Ildet me mira molesto y ni siquiera se esfuerza en disimular su enojo—. Y usted, señorita Lombardo, aléjese de los problemas.

El director se dirige hacia su auto y sale del estacionamiento. Mark respira profundo, recuperando la calma, y me guía hasta su carro. En el camino a casa, ninguno de los dos vuelve a mencionar lo ocurrido. Él me brinda mimos e intenta evadir el desagradable momento por el que pasamos y yo sonrío mostrándome lo más tranquila que puedo.

Le escribo a mamá para avisarle que voy en camino y ella responde de inmediato diciendo que aún sigue en el hospital y que demorará un par de horas más. ¿Acaso sus superiores olvidaron el compromiso que hicieron al respecto de sus horarios?

—Seguro tu madre insistió en quedarse con uno de los pacientes a los que le tiene mucho cariño —comenta Mark tratando de calmarme y el hecho de que recuerde las conversaciones que ha tenido con la extraña me alegra—. Las mujeres Lombardo Evans son tercas y bondadosas.

—¿Eso es una queja o un cumplido, profesor Harvet?

—Dos cumplidos, señorita Lombardo —replica risueño.

Su comentario dulce y con una pizca de diversión termina por mejorar el ambiente. Al llegar a casa, me promete que se quedará conmigo hasta que mi madre llegue. Aún queda tiempo para que Mark vaya a reunirse con unos amigos.

Los minutos se pasan rápido entre besos, caricias y una película romántica que me encanta, la cual pauso cuando suena el teléfono fijo.

—Hola.

—¿Por qué, Rachel?

—¿Jackson? —Estoy segura de que es él, aunque su voz suena muy extraña. Mark frunce el ceño al escucharme decir ese nombre.

—Éramos nosotros, Rach. Nuestros planes, lo que hemos vivido juntos. Ahora todo parece una basura para ti —Jackson arrastra las palabras. ¿Está borracho?

—Basta —lo interrumpo y, por alguna razón, un nudo se me arma en la garganta. Una pequeñísima parte de mí sigue preocupándose por él.

—Me matas, Rach. Yo te esperé con amor y paciencia y tú me pagas así, acostándote con ese cabrón —Su voz comienza a romperse—. Dime que solo lo has hecho por vengarte por lo que hice. ¡Dime que no te enamoraste de él!

—Adiós, Jackson.

—Te perdí. ¿Cómo hago para vivir con eso? —Cierro los ojos. Me hace daño pensar en lo que es capaz de hacer o decir para manipularme.

—No hay necesidad de seguir lastimándonos.

—Te esperé como un estúpido y te entregaste a un hombre que apenas conoces. ¡Fueron seis putos años, Rachel! —Solloza—. Seis años en los que me mirabas como ahora lo miras a él.

Aunque sus palabras me hacen sentir mal, no puedo quedarme en ellas. Le cuelgo. Es momento de seguir adelante. Es hora de que ambos continuemos con nuestra vida.

Vuelvo a sentarme junto a mi novio. Él se limita a agarrarme de la mano para consentírmela. La paz que recupero al tenerlo cerca desaparece cuando mi móvil suena y veo el nombre de la madre de Jackson en la pantalla. Sé que Ana no llamaría si no fuese importante. Miro a Mark y él asiente.

—Ana, ¿ha pasa...

—Rach, por favor, ayúdame —suplica desesperada—. Jackson está borracho y fuera de control. Se encerró en su cuarto y no sé qué hacer.

—Tranquila. Voy a llamarlo —le digo antes de colgar y marcarle a mi ex al hijo.

—Amor, sabía que ibas a recapacitar —contesta en un susurro.

—¿Por qué no le abres la puerta a tu mamá?

—Yo solo quiero verte a ti, ¿no lo entiendes? Nada tiene sentido sin ti. ¡Nada en esta puta vida vale la pena!

Tiemblo. Escucharlo hablar así me aterra. Mark pone una mano en mi pierna y me mira con inquietud. Lamento mucho que tenga que ser parte de esto.

—Jackson, ábrele la puerta a tu madre.

—Solo si prometes que vendrás.

—Está bien, iré a tu casa —le miento.

Mientras Jackson continúa con su retahíla, Mark va hacia la cocina y lo veo salir con un vaso con agua. Camina lento por la sala con cada sorbo que

da. Es evidente que la situación le incomoda y sé que debo terminar con el juego de Jackson, pero pensar en que Ana necesita mi ayuda me lo impide.

—De acuerdo, Rach. Te esperaré aquí. No olvides que te amo —concluye mi ex al otro lado de la línea y termino la llamada. La facilidad con la que cambió su tono vulnerable por uno victorioso me enoja. Tomo una bocanada de aire antes de levantarme del sofá.

—Discúlpame por esto, Mark. Su madre necesitaba ayuda y por eso le dije que iría, pero no es verdad.

—Lo sé, Rachel.

Quiero romper con la distancia entre nosotros, pero mis intenciones se ven interrumpidas cuando la puerta se abre. Mamá entra y la sonrisa que adorna su rostro desaparece. Estoy segura de que puede notar la tensión en el lugar.

—¿Está todo bien? —nos pregunta.

—Sí, mami. No te preocupes. ¿Tú cómo estás?

—Feliz de verlos. Traje comida mexicana —Nos enseña la bolsa en su mano izquierda—. ¿Te quedas a comer con nosotras, Mark?

—Me encantaría, pero tengo una reunión con unos amigos. Muchas gracias.

—Para la próxima será, entonces —La extraña responde amable y sigue la dirección hacia la cocina—. Fue un gusto verte.

—Igualmente, señora Evans.

—Mark... —Me acerco a él y le susurro cuando mamá sale de la escena—. Tenemos que hablar.

—Luego —Presiona sus labios en mi frente—. Tu madre está esperándote y se hace tarde para mi compromiso.

—Ve con cuidado, por favor.

—Lo haré, nos vemos después —responde con prisa y poco expresivo. La presión en el estómago se nivela con la incertidumbre cuando lo acompaño a la puerta y él se marcha.

—¿Sucedió algo? —Mamá habla apenas me reúno con ella. Busco su cercanía y la abrazo—. ¿Quieres contarme?

Asiento y le hablo de lo ocurrido con José. Cada detalle de la historia la enfurece más y más.

—Luego llegó Jackson y me defendió.

—Menos mal estaba ahí.

—Sí, aunque después me siguió hasta el estacionamiento y me besó a la fuerza.

—¿Qué? —Tiene la mirada vidriosa de indignación.

—Ya pasó, extraña —Sujeto su mano y el enojo que la atenaza se disipa un poco, sus músculos se relajan. Le cuento también sobre la llamada y ella ríe con ironía.

—¿Qué pretendía después de traicionarte e inventar cosas sobre ti? ¿De verdad pensó que regresarías con él?

—Creo que se sintió herido al enterarse de que... —Lo medito unos segundos y, aunque siento que voy a tener un colapso nervioso, decido contarle la verdad a mamá—. Estuve con Mark.

—Jackson es muy inmaduro —suelta como si nada. La miro sorprendida al ver que no hace comentario alguno sobre lo que acabo de confesarle—. ¿Qué? Rach, ya eres adulta y lo único que espero es que seas responsable contigo y con tu futuro, nada más que eso. No sé si con Jackson te cuidaste, pero...

—Con él nunca pasó nada —la interrumpo y esta nueva confesión sí parece sorprenderle, así que continúo para evitar ahondar en el tema—. Extraña, no sé si Jackson está haciendo esto para que regresemos o tenga otro objetivo.

—Pienso que lo hace para crear discordia en tu relación y, por cómo vi a Mark hace un rato, creo que lo consiguió.

—Sí, mamá. No fue una situación cómoda, ni la llamada ni lo que ocurrió en la universidad. Debo hablar con él sobre todo esto.

—Eso es muy importante, cielo. Hay que hablar de esas cosas para evitar malentendidos —dice comprensiva. Me alegra haber tenido esta conversación con ella. La necesitaba.

Vamos hacia el comedor más animadas. Los tacos al pastor están deliciosos y pasamos un par de horas hablando del viaje que hicimos hace años a México con papá y de la ilusión que tenemos de repetirlo pronto. Estaba muy pequeña en esas vacaciones y hay algunas cosas que no recuerdo bien, pero tengo presente la imagen de los tres corriendo en el bosque de Chapultepec. Nos quedamos sin aliento y terminamos en una de las bancas del sitio tomando un agua fresca y sonriendo como locos. No he vuelto a ver a mi extraña reír de esa manera. Fuimos muy felices ese día.

—Hija, tu celular está sonando —Mamá me avisa y voy por mi teléfono.
Tengo un mensaje de un número desconocido.

Como en los viejos tiempos.

El texto viene acompañado de una foto de Mark junto a una rubia. Es Mishell. Sus rostros están muy cerca. Un nudo de incertidumbre me estruja el estómago.

OceanofPDF.com

DISCUTIRLO EN LA CAMA

Mark

Piedra, papel o tequila. Ese es el nombre del gastrobar donde quedamos con Robert y Caleb. Al llegar, los encuentro en la barra bebiendo whisky. Robert, el cumpleaños, se adelantó a la celebración pues noto que está muy alegre y se tambalea un poco cuando me acerco a saludarlos.

—¿Qué tal estás, hombre? Feliz cumpleaños —Le doy un abrazo.

—Gracias, Mark —Voltea a ver al mesero—. Tres whiskies más, por favor.

—Apenas se ha tomado dos y mira cómo está —refunfuña Caleb.

Sonríó. Al igual que Robert, yo tampoco estoy acostumbrado a beber. De hecho, Caleb tampoco lo está. Por eso, el plan de reunirnos en este bar, un día entre semana y a esta hora, es la idea más loca que Robert cree haber tenido. Lo bueno es que parece estar disfrutándolo a lo grande, como el resto de las personas en el lugar.

La música es suave y el ambiente idóneo para que podamos llevar una conversación amena sin que tengamos gritar para escucharnos con claridad, sobre todo a Robert, que está más hablador que de costumbre. El mesero sirve las bebidas. Cojo el vaso, lo llevo a mis labios y doy pequeños sorbos.

—Trae otra, por favor —pide el cumpleaños unos minutos después. Está completamente ebrio. Caleb y yo nos miramos cuando el bartender vuelve a llenar nuestros vasos.

—Creo que es mejor terminar la celebración y que te llevemos a tu departamento. Pediré un taxi —dice mi colega.

—Pero si Harvet recién llegó, no hemos celebrado nada. Mejor brindemos. ¡Salud!

—Salud —Levanto mi copa y en la hora que sigue el mesero vuelve a llenar nuestros vasos dos veces más.

Cuando no queda ni una gota de la bebida de Robert, Caleb paga la cuenta antes de que pueda pedir otra ronda.

—El taxi está por llegar. Vamos, Harvet.

—¿Te molesta si no los acompaño? Quiero quedarme un poco más.

—¿Estás seguro? —pregunta Caleb sin soltar a Robert, quien parece dormido.

—Sí, no pasa nada. Te ayudo a llevarlo a la salida —Me bebo lo que queda de whisky y Caleb niega con la cabeza al ver la cara que hago.

Sacamos a Robert como podemos y lo metemos al auto. La luz del día me hace consciente de que aún es temprano.

—Ni se te ocurra conducir, Harvet. Pide un taxi cuando te vayas a ir. ¿De acuerdo? —Sonrío por su tono autoritario. Es como el padre del grupo.

—De acuerdo.

—Nos vemos, cuídate.

Los veo alejarse y vuelvo a entrar al bar. Me siento en la barra y pido un trago más.

—¿Lo dejaron solo? —dice el mesero cuando trae un nuevo vaso con el licor—. Este va por cuenta de la casa —Me entrega la copa y se sirve una—. Salud.

—Salud —respondo extrañado al verlo tomarse todo de un solo sorbo como si fuera agua.

—No acostumbro a beber con clientes —Suspira profundo y llena su vaso de nuevo—, pero hoy necesito despejar mis pensamientos. ¿Por qué el amor es tan complicado? ¿Hay una fórmula correcta para amar?

—No la hay —le contesto y bebo un poco de mi trago—. Ojalá hubiera una respuesta.

Una miríada de emociones me invade cuando el nombre de Rachel me atraviesa. Me gustaría verla y dejar atrás la incomodidad que quedó entre nosotros por la llamada de su exnovio. Entiendo su preocupación por él, sé que lo haría por cualquier persona y me gusta eso de ella, su bondad genuina, una que no exige ni espera nada. Ojalá pudiera decir lo mismo de Jackson Kozlov. Ojalá sus intenciones fuesen iguales.

—Salud —El mesero choca mi copa y vacía la suya—. Soy Nemo, por cierto.

Suelto una larga y destemplada carcajada ante lo que creo escuchar.

—¿Cómo el de la película? ¡El pez Nemo! No te preocupes por Dory, ella está bien en casa —Vuelvo a llevar el whisky a mis labios.

—Memo, no Nemo —me corrige entre risas.

—Nemo —insisto aun sin entender del todo el humor en mis palabras. Me siento mareado—, tus problemas de amor ya se solucionarán. Ya lo verás.

—Me caes bien —Asiente y sonríe con amabilidad—. ¿Qué hay de ti? ¿Te va bien en el amor o tienes mala suerte como yo?

—Me va bien —digo convencido—. Muy bien.

—Entonces tienes suerte —Alza el vaso y brindo con él. El sonido de nuestras copas al chocar es molesto y me provoca jaqueca.

—La tengo —Arrastro las palabras—. Estoy completamente enamorado de ella, aunque sea mi alumna.

—Espera, ¿estás saliendo con una estudiante? —Mi dolor de cabeza aumenta. No debí mencionar eso—. Vaya... Debe estar buenísima.

—Nemo —Lo miro mal—, los amigos no hablan así de las novias de sus amigos —Él asiente nervioso—. No te voy a mentir: Es preciosa, pero ¿sabes lo que más me gusta de ella? Eh... Cuidado con lo que vayas a decir.

—¿Su sonrisa? —Ríe al mencionarlo.

—Todo —Desato el nudo de mi corbata—. Esa es la respuesta correcta, mi querido Nemo. Ella es inteligente, dulce y...

—Está buenísima —suelta y se tapa la boca de inmediato—. Quiero decir, es la indicada.

Asiento y termino la bebida. Él solo demora unos segundos en volver a llenar mi copa.

—Es la indicada, tienes toda la razón —confirmo en voz alta.

—Brindemos por ella.

—¡Salud!

—¿Mark? —Escuchar la voz de mi exnovia me toma por sorpresa.

—Mishell —respondo indiferente. Me molesta ver que se sienta a mi lado y acomoda una mano en mi espalda cuando me saluda con un beso en la mejilla. Me pongo de pie de inmediato—. Nemo, la cuenta, por favor —le digo y él se aleja.

—No te vayas, Mark. Quédate un rato conmigo —Un chillido estridente sale de la garganta de Mishell. Toma mi brazo para acercarme hacia ella—. Como en los viejos tiempos.

—Aquí está tu cuenta —Nemo aparece para salvarme. Saco como puedo la billetera. Me doy cuenta de que no estoy nada bien —Muchas gracias por todo. Saludaré a Dory de tu parte —. Él me da la mano con buen humor y va hacia otras personas que acaban de llegar—. Adiós, Mishell.

Ella se queda molesta en la barra. Azorado por la poca estabilidad que me queda, me arrastro con esfuerzo a la salida del bar. Siento que todo se

mueve.

—Hermano —dice alguien cuando paso junto a una de las mesas de la entrada y siento alivio—. No puedo creer lo que estoy viendo. Mark Harvet ebrio a plena luz del día.

—Steven, no sabía que estarías aquí.

—¿Mark? —habla una pelinegra que reconozco enseguida: Amy Martins, la amiga de Rachel—. Oye, deberías dejar de vigilarme y mejor llevar a tu hermano a su departamento —le dice a Steven. ¿Vinieron juntos? Pensé que no se soportaban.

—Yo me voy solo, no se preocupen. Ustedes quédense disfrutando —Retomo mi camino y salgo del bar.

Le digo al valet parking que vendré mañana por el auto y saco mi celular para pedir un taxi. Trato de apuntar mi dirección, pero no sé qué estoy escribiendo.

—Mark, no tienes que pedir un taxi. Puedo llevarte en mi auto —Mishell aparece de repente.

—Ya quisieras —escupe Amy y le pide las llaves al empleado—. Oye, idiota, sube al ebrio al carro. Yo me encargo de manejar.



Despierto sobresaltado y con un intenso dolor de cabeza. Me toma unos minutos darme cuenta de que estoy en el sofá de mi departamento.

—Eres un idiota —exclama una fina voz. Curioso, miro en la dirección de donde proviene. Es Amy quien está hablando. La misma Amy que me trajo ebrio a casa.

—Inmadura —agrega Steven. Con la sien latiendo con fuerza, me pongo de pie y camino hacia donde ellos están.

—¿Qué carajos? —digo sorprendido al verlos desnudos en mi cama. Steven abre los ojos por completo y se apresura a cubrirse y también a Amy con una manta.

—Hola —saludan al unísono y se sonrojan.

—Con razón me dejaron en el sofá —reflexiono—. Ustedes son increíbles.

Asombrado, salgo de la habitación y voy a servirme un zumo de naranja a la cocina. Agarro el móvil y veo que son las ocho de la noche.

Amor, espero que todo esté bien con nosotros.

Rachel me envió mensaje justo después de que me fuera de su casa. Le escribo algo en respuesta mientras escucho a mi hermano y a Amy riendo. Al rato salen del cuarto entre empujones, me sonríen y se marchan. Vuelvo al celular y el mensaje sigue sin ser visto. Lo primero que pasa por mi cabeza es que su teléfono se ha quedado sin batería por lo que decido marcarle al fijo. Quiero hablar con ella antes de ir a ducharme y seguir durmiendo para matar la resaca.

—Hola —La madre de Rachel es quien responde.

—Buenas noches, Karla. ¿Cómo está?

—Bien, Mark. Preparándome para ir al hospital. ¿Y tú?, ¿todo en orden?

—Sí, señora. ¿Está Rachel?

—Se acostó temprano hoy. Estaba un poco afectada por lo que pasó en la universidad —Guarda silencio unos segundos y continúa—. Mark, voy a darte un consejo: Es mejor que hablen en persona y arreglen las cosas que tengan por aclarar. No permitan que las confusiones afecten su relación.

—Tiene razón, Karla. De verdad, muchas gracias por sus palabras.

—De nada, Mark. Pórtate bien —Su tono contiene una advertencia—. No me gustaría golpear ese cuerpo tan trabajado que tienes —Sonríe y yo la imito.

—Por supuesto que lo haré. Y cuidaré a Rachel, se lo prometo.

—Lo sé, hijo. Lamento despedirme, pero voy a llegar tarde a mi turno. Pasa buena noche.

—Igual usted.

La llamada termina y voy hacia el baño. El agua tibia cayendo sobre mi cabeza y mi cuerpo me relaja y merma la jaqueca. Me lavo los dientes, me pongo una pantaloneta, tomo algo que Steven dejó sobre la mesa de noche para la resaca y permito que el sueño me venza.



—Buenos días —saludo al entrar al salón. El lugar de Rachel está vacío—. Aprovecharé estos minutos para hablar con ustedes. Thomas Campbell fue un poeta escocés que decía que entender que existen otros puntos de vista es el principio de la sabiduría. Soy creyente de que, para estar bien con los otros, no necesitamos tener las mismas opiniones, pero sí saber respetar

las de los demás. El respeto es la base de toda sociedad. Lo que sucedió ayer con la alumna Lombardo no solo es un acto que me indigna, sino también me decepciona. Es triste ver cómo personas con deseos de formarse como profesionales se olvidan de que primero hay que ser humanos —Los veo uno por uno y me detengo en José. Escucho algunos murmullos—. Lo ocurrido ayer no es tolerable. Bajo ningún concepto. La universidad tomará las medidas del caso. Hay algo más que quiero aclararles: Mi vida personal no es algo de dominio público y no debería interesarle a ninguno de ustedes.

Doy por finalizado el tema e inicio con la clase.

Dos horas después, voy en el auto camino a casa de Rachel. Estoy preocupado por su ausencia en la universidad y quiero conversar sobre ayer.

—Cariño, me alegra verte —Me apresuro a hablar en cuanto ella abre la puerta.

—Hola, Mark —responde sin emoción.

—¿Estás bien? No fuiste a la universidad —Dejo un beso en su mejilla, la noto tensa.

—Estoy bien. Me desperté con dolor de cabeza y preferí no ir.

—Rachel, creo que nos debemos una conversación.

—¿De qué te gustaría que hablemos primero? ¿De la llamada de Jackson o de la foto que me envió ayer tu exnovia?

La miro confundido. Ella saca el móvil y pone la pantalla frente a mí. Hay un mensaje de Mishell y una foto de los dos. ¿En qué momento la tomó? Estaba tan ebrio que ni siquiera lo noté.

—La vi unos segundos antes de irme del bar —Mi mente reproduce cada palabra que crucé con ella—. Rachel, lo que dice no es real.

—Lo sé, Mark. Y no estoy molesta, es solo que...

—Te incómoda, y lo comprendo —termino por ella. Me identifico con sus sentimientos. Es inevitable que nuestros pasados no intervengan en nuestro presente, pero no es más que eso, el pasado, uno que no tiene cabida en lo que tenemos hoy. Doy un paso al frente y cierro mis brazos en torno a su cintura. Una sonrisa aparece en su rostro—. No dejemos que esas cosas nos dañen.

—Prometo que haré mi mayor esfuerzo por nosotros —Baja la cabeza y se toma unos segundos para continuar—. Jackson estaba borracho, sus comentarios por hacerse daño me aterrorizaron. Sé que sus intenciones no

eran buenas, pero Ana necesitaba mi ayuda, por eso me quede en esa llamada.

—Rachel, en serio confío en ti —Dirijo mis dedos a su barbilla y la acaricio.

—Te quiero, Mark —añade con tal fervor que sus palabras parecen enviar cargas eléctricas a mi estómago.

—Yo más, cariño.

—¿Algo adicional sobre lo que debemos hablar, profesor Harvet? —dice con dulzura.

—Sí, aún hay algo, pero lo discutiremos en la cama —bromeo mientras la beso—. Te quiero más, mucho más, Rachel.

OceanofPDF.com

PLANES

Rachel

Es decir, en el método francés, cada año los intereses van disminuyendo, la amortización aumenta y los pagos serán iguales. En este caso, las cuotas son de 360 dólares en un periodo de cinco años —señalo mis apuntes, analizando el ejercicio que acabo de hacer.

—Correcto, ¡eso es! —exclama Mark con alegría.

Me descubro sonriendo de felicidad. Estoy contenta y agradecida con él por ayudarme a estudiar para el examen de mañana de Matemática Financiera. Todo es más claro con su explicación.

—Gracias, Mark —Tomo su mano y la estrecho—. Pensé que me entregarían el quiz y no respondería nada. Ahora sé que podré resolverlo o intentar tener la respuesta correcta.

—Te irá bien, cariño. Solucionaste todos los ejercicios que hicimos. Seguro sacarás una buena calificación.

—He tenido al mejor profesor —hablo muy en serio. La paciencia con la que me ha guiado estas horas es increíble, al igual que él. No importaron las veces que tuvo que repetir algo hasta que lo entendiera, siguió hasta que pudimos lograrlo. ¡Estoy emocionada por dar una prueba que horas atrás me provocaba jaqueca!

—Iré a revisar cómo va la pasta —menciona. Miro el reloj en mi muñeca y veo que el tiempo se ha ido volando—. Almorzamos y después retomamos con el estudio, ¿te parece?

—Sí —Me levanto de la mesa junto a él—. Te ayudo.

—No te preocupes —Me rodea por la cintura—. Descansa un poco. No tardaré, espera aquí.

Asiento acercando mis labios a los suyos. Un beso corto pero que me deja suspirando. Vuelvo a tomar asiento y aprovecho para revisar el móvil. No tengo mensajes de Amy. Desde ayer no sé de ella y ni siquiera ha respondido a lo que le escribí contándole lo sucedido con Mark y su hermanastra en el bar. Eso me sorprende sobremanera. Debe estar muy ocupada. Pero ¿y si no es así? ¿Si algo malo pasó? Niego y de inmediato la llamo.

—Rach, hola.

—Hola, Am. ¿Todo bien? Te escribí algunos mensajes y no contestaste.

—Perdóname, he estado un poco atareada —Suelta una risita y continúa —. Te quiero decir un par de cosas —Su voz es cantarina y algo nerviosa —: Primero, es obvio que mi hermanastra solo quería molestarte porque sabemos que el gemelo idiota y coleccionista de bragas es Steven, no Mark. Amiga, ese mensaje es más falso que Mishell y su madre juntas.

—Lo sé.

—Lo otro que tenía que decirte... Es posible que mi fina lencería de las Chicas Superpoderosas sea parte de su colección. ¡Mis bragas parte de su maldita colección, Rach! —exclama en un acertijo que no logro descifrar —. ¿Puedes regañarme, por favor?

—¿Por qué debería hacerlo? —cuestiono confundida. ¿Por qué pide ser reprendida como si hubiese hecho algo malo, algo de lo que está arrepentida? ¡Carajo! Sus palabras regresan a mí. El gemelo idiota y coleccionista de bragas es Steven. Eso es lo que quiere decirme, que su ropa interior hace parte de una colección. ¡La colección de Steven!

—Oh, mi Dios. ¿Tú y mi cuñado?

—Debo colgar. Hasta pronto —habla con rapidez y termina la llamada.

Mi boca se abre. Mark me había contado que vio a Steven y a Amy en el bar y que ellos lo trajeron al departamento ese día, pero no creí que fuesen tan cercanos. Me pongo de pie y camino hasta la cocina a toda prisa.

—¿Qué pasó, cariño? —Mi novio pregunta extrañado al verme en la puerta. No puedo dejar de sonreír.

—Creo que Amy y tu hermano tienen algo.

—Ah, sí —responde y vuelve a concentrarse en servir la pasta. Me intriga que no le haya sorprendido lo que acabo de decir.

—¿Sabías que estaban saliendo?

—Desafortunadamente, lo sé de primera mano. Los vi hace unos días.

—¿Dónde? —cuestiono entre inquieta y emocionada.

—En nuestra cama.

—Espera, ¿qué?

—Prefiero no ahondar en detalles —Agarra un poco de perejil y lo esparce sobre la comida.

—Yo tampoco quiero saber más —Sonrío y continúo con algo que se me quedó en la mente—. Mark, dijiste «nuestra cama».

—Porque es nuestra, cariño.

—Nuestra —repito emocionada.

Él se limpia las manos en el delantal y termina por completo con la distancia entre nosotros. Me pongo de puntitas y lo beso. Elevo las manos hasta su cabello, lo acaricio mientras continúa adueñándose de mi boca de manera lenta y dedicada. De pronto, algo parece inquietarlo.

—Me encantaría poder ofrecerte algo más que estar siempre en este departamento. Mereces más que esto, Rachel.

—Me gusta estar aquí —aclaro.

—Lo sé. También he visto lo mucho que te gustan las historias de amor de los libros y las películas y no sabes lo mal que me siento por no poder ofrecerte algo así. No mereces menos que eso —Sus palabras me llegan al alma.

—Valoro mucho lo que dices, Mark —Llevo mi mano a su mejilla y lo miro con detenimiento. Podría quedarme horas observándolo—. Tú también mereces más, nos lo merecemos y estoy segura de que lo tendremos pronto. Falta poco para que acabe el semestre. Ya no seré tu alumna ni tu mi profesor.

—Eso es cierto, Rachel. Lo tendremos pronto —responde con dulzura junto a la comisura de mis labios.

Regresamos a la mesa. Yo me encargo de ubicar los cubiertos y de servir las bebidas. Son casi las tres de la tarde, estoy hambrienta y la pasta se ve deliciosa.

—Espero te guste —dice dejando el plato en mi lugar.

—Buen provecho —Le dedico una sonrisa. No puedo esperar más y me llevo un poco a la boca—. ¡Qué delicia! Está muy buena —Su expresión ante mis palabras es de pura alegría. Yo sigo comiendo y hablando de lo bien que se le da la cocina. Cada plato que he probado ha estado exquisito. Me deleito con lo que prepara y con su compañía.

—En dos semanas será el congreso de Ciencias Económicas. ¡En dos semanas tendrás tu primera ponencia! —exclamo sin poder contener la emoción.

Sus ojos se iluminan y no es para menos, lleva meses preparando su investigación, sé lo mucho que esto significa para él. Hace unos días llegó al correo institucional la invitación al congreso. Como cada año, se realizará en la capital. La idea de viajar y hospedarme dos días en un hotel nunca me había gustado tanto.

—Me hace feliz saber que estarás ahí, acompañándome.

—Estoy tan orgullosa de ti —le digo.

—Gracias, mi amor.

Sonrío como una tonta. Escucharlo sigue causando el mismo efecto en mí.

OceanofPDF.com

SIN LOCURA NO HAY FELICIDAD

Dos semanas después

Básicamente, ese es el plan —Mark termina de explicarle a su hermano la razón por la que lo llamó. Me encanta tenerlo a mi lado sosteniéndome la mano. Él mismo lo ideó todo, aunque no estaba por completo convencido.

—¿Acompañarlos a un viaje fuera de la ciudad solo para sustituir a mi gemelo por unas horas? Son mi pareja favorita, pero no —aclara Steven caminando de un lado al otro por la sala del departamento de Mark.

—Pero si te encanta hacerte pasar por él —le recuerdo.

—Sí, Rach, pero esto es diferente. Cuando lo hago es de broma y esto es muy real —añade mi cuñado—. Bajo cualquier condición es ilegal.

Observo apenada a Steven pues tiene la razón. Lo mejor será desistir de la locura que creamos llevados por las emociones. Ya vendrá una oportunidad mejor cuando terminemos el semestre y tengamos más tiempo libre. Podremos planear un viaje fuera de la ciudad e incluso ir al pueblo en el que vive mi abuela.

—No, Rachel —Vuelve a hablar Steven—. Nada de ojos del gato con botas. También yo lo aplicaba con mi madre. No caeré.

—Lo lamento —hablo sincera. No tengo intenciones de mostrarme afligida para presionar un cambio en su decisión.

—Mierda, no puedes hablar en ese tono dulce y pretender que te diga que no si me pones esa carita —Se lleva las manos al cabello y lo revuelve un poco—. Está bien, les ayudaré. Además, puede ser divertido.

Me invaden la emoción y la ternura.

—Y ahora sabes por qué estás aquí —comenta Mark y yo me echo a reír.

—De verdad te gusta Rachel, hermano. No conocía esta faceta tuya.

—Cuando encontramos a la persona indicada todo cambia —agrega Mark y mi corazón late frenético.

—Somos tan débiles con las mujeres de nuestra familia —Steven habla con falsa indignación. Se acerca y pasa un brazo sobre mis hombros—. No sé en qué momento te dejé de ver como la novia de mi hermano. Ahora, él debería ser mi cuñado.

Su comentario nos hace soltar una carcajada. Pensar que me vea como parte de su familia me hace feliz. He visto cómo se expresa de Romina y de

su madre, el cariño que les tiene. Otro Harvet que se robó mi corazón.

—Yo también te aprecio mucho, Steven —le digo.

—Lo sé y seré parte del cambio de gemelo, pero con una condición —Sonríe de lado. Sé que algo trama—. No se lo contarán a nadie, ni siquiera a tu amiga —Hace una pausa y mira hacia el techo, como si no se supiera su nombre—. ¿Cómo es que se llama? ¿Amy?

Los tres volvemos a reírnos. Estoy segura de que no ha podido olvidar su nombre. Amy no es una persona fácil de olvidar y él lo sabe.

Empezamos a enseñarle fotos de algunos de los colegas y estudiantes de Mark para que pueda identificarlos. Steven parece interesado al encontrarse con los rostros de Monique y Crisna.

—Son lindas.

—Sí, son muy guapas, pero tienes que ignorarlas —digo con contundencia—. Si te las llegas a encontrar y ellas dan un paso hacia ti, tú retrocedes dos... Mil.

—Tus deseos más oscuros sobrenadan en la superficie cuando estás cerca de los Harvet, cuñada. Vaya que tus peticiones son intensas —Steven se burla—. Mark, eso en realidad es para ti. «Que no te acerques a ellas», dice.

Reprimo una risa.

—Rachel sabe que no hay de qué preocuparse, pero tiene razón, mantén distancia con ellas —pide mi novio en tono autoritario y, mientras los dos siguen molestándose el uno al otro, busco una foto en mi teléfono.

—A ella sí te le puedes acercar el día del cambio —Le muestro la imagen.

—Esa mujer está de manicomio —bufa Steven con ironía y una fascinación extraña al ver a Amy.

Seguimos hablando un buen rato hasta que mi cuñado se despide. Estoy agotada y también feliz de que todo esté marchando como lo esperábamos. Incluso la estadia de Dory está resuelta: Se quedará con los sobrinos de Mark, por lo que nos dirigimos a dejarla con ellos.

—Te extrañaré, Dory —Su suave pelaje ya no me asusta tanto. Ella se queda quieta en su jaula mientras recibe mis caricias—. Mark, después del viaje, ¿puedo llevarla a casa? Estoy lista para tenerla conmigo.

—Es tuya, cariño. No tienes que preguntarme.

A mamá también le hace ilusión tenerla con nosotras. Desde que yo era una niña siempre me instó a tener un hámster, diciéndome que eran mascotas ideales.

Llegamos a casa de la hermana de Mark y alistamos todas las cosas de Dory. Romina nos recibe con amabilidad.

—Chao, bonita, te extrañaré —Me despido de la pequeña criatura.

Mi novio les entrega la jaula a sus sobrinos, quienes la reciben con entusiasmo. Se comprometen a cuidarla lo mejor posible.

Partimos y la nostalgia se instala en mi pecho al pensar en mamá. No es la primera vez que dejaremos de vernos durante algunos días, pero hoy se siente diferente. Suspiro y me reafirmo en la idea de que estar con mi abuela le hará bien.

—Será poco tiempo, cariño —Mark adivina mis pensamientos.

—Lo sé.

—Si lo deseas, podemos conseguir un pase para que tu madre nos acompañe.

—Ella no aceptaría y tampoco creo que quiera cambiar sus planes de visitar a mi abuela. Ama pasar tiempo con ella.

—La señora Evans estará bien.

—Debes pensar que soy una niña por hacer estas pataletas —O una niñata mimada como diría Jackson.

—No es ninguna pataleta. Me encanta la relación que tienes con tu madre. Es más, la admiro. Me hace pensar en mi hermana —Se le iluminan los ojos al hablar de ella—. Antes de irse a su luna de miel, lloró y se despidió de mis padres por casi dos horas.

—¿De tu papá también? —pregunto sin poder creerlo. El señor Ethan no parece ser un hombre muy sensible.

—De él más que nadie —responde con buen humor.

—Vaya... Tiene corazón —Me arrepiento de inmediato de lo que acabo de decir—. No es que piense que tu papá no tiene corazón, porque de lo contrario no estaría bien. ¿Quién puede vivir sin uno? ¡Ay, por favor! ¡Cállame!

—Con gusto, señorita Lombardo —Aprovecha el semáforo en rojo para besarme. Nuestros labios musitan pequeñas risas en su encuentro, las cuales terminan al escuchar las bocinas de los carros detrás de nosotros. Mierda.

Los conductores que nos rebasan sueltan insultos. Mark se acomoda en su asiento y vuelve al volante.

—Nos vemos mañana —le digo en cuanto llegamos a mi casa.

—Descansa, cariño. Saludos a tu madre.

Él espera hasta que abro la puerta y le hago un gesto con la mano a modo de despedida.

—No te escuché llegar —Mamá lleva su típico look de cocinera profesional—. Estoy preparando nuestro plato favorito.

Me acerco para abrazarla. En los cuentos de hadas suele haber un final feliz y este sería el que yo elegiría para el mío: Estar rodeada de las personas que amo.

—Déjame adivinar. ¿Pastel de carne? —Ella asiente con orgullo. Hambrienta y emocionada, la acompaño hasta la cocina.

Ya en el comedor, mamá me habla de su día en el hospital y yo le cuento sobre lo bien que marchan las cosas para el congreso.

—Me hace muy feliz todo esto, hija. Sé que por las condiciones de su relación no han podido vivir las cosas que quisieran, pero ustedes merecen disfrutar y sentirse libres como cualquier otra pareja.

—Gracias, extraña —Dejo mi plato de lado y me acerco para estrecharla entre mis brazos. Amo a esta mujer. Aun cuando todo parece descabellado, ella me apoya—. Te amo. No sabes cuánto.

—Yo a ti, cielo. Vamos a hacer tu maleta —sugiere.

—Parece que fue ayer que te cargaba —comenta mientras me ayuda a doblar la última pieza de mi ropa—. Espera, eso me recuerda que tengo que hablar con Mark antes de que se vayan.

Oh, por Dios.

—¡Extraña! —Con las mejillas ardiéndome por su comentario lleno de humor y doble sentido, le reclamo. Su carcajada es lo mejor que hay en la vida.

—Estaba bromeando, pero sí necesito su promesa de que cuidará de ti.

—Estaré bien, mamá.

—Lo sé, cielo. Confío en ti y en Mark —Me toma de la mano con ternura.

Entre conversaciones serias y bromas, terminamos de alistar el equipaje. Ella se despide a descansar pues mañana tiene el día libre y yo me recuesto

en mi cama. Cuando los párpados están a punto de cerrarse, recibo un mensaje de Mark:

«La locura es la ilusión elevada a la segunda potencia».

Henri-Frédéric Amiel.

Debo confesar algo, señorita Lombardo:

Me he vuelto adicto a la felicidad que me brinda la locura.

A la felicidad que me brinda tu presencia en mi vida.

Sonríó al leer lo que me escribió.

También me he vuelto adicta a la felicidad
que nos brinda la locura. Adicta a ti, Mark.

Te quiero.

Te quiero más, siempre más.

PD: Descansa o mañana no querrás levantarte, y créeme que
sin ti no estoy dispuesto a irme... Nunca. A ningún lado.



—Cuida de ella, por favor —Le repite mi madre a Mark por vigésima vez desde que llegó.

—Mamá, solo son dos días —Le recuerdo que las charlas serán hoy y mañana y que el sábado ya estaremos de regreso antes del mediodía.

—Así será, Karla. Se lo prometo.

—Gracias, hijo —concluye y me acerco a ella para despedirme, asegurándole que todo estará bien—. Disfruta mucho, mi vida.

—Tú igual —La abrazo con fuerza—. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. ¿Vale? Te amo, nos vemos en una semana.

—Nos vemos, cielo. Cuídate —Se aferra a mí y me da un beso en la frente.

Hoy me siento más tranquila. Una vecina se dirige hacia un pueblo cercano al que vive mi abuela y se ofreció a llevar a mamá y también a recogerla para el regreso.

Nos ponemos en marcha para pasar por Steven. Cuando llegamos, él se sube al auto con su sonrisa característica. No pasan ni diez minutos antes de que empiece a preguntarme sobre la estadía de mi mejor amiga.

Todos los estudiantes nos hospedaremos en el mismo hotel, aunque en la asignación de cuartos no me tocó con Amy. Estaré con Susan y Moncerrat.

He hablado poco con ellas en clase, pero parecen buenas personas. Steven se quedará en un lugar cercano para no despertar sospechas.

—Prometo que, apenas sepa cuál es la habitación de Amy, te avisaré.

Sé que mi amiga me mataría si se entera que le di esa información a Steven, pero ellos son tan testarudos que necesitan un buen empujón. Ambos. Mi cuñado no lo confiesa, pero Mark me comentó que nunca había visto a su hermano comportarse tan raro por alguien. Jamás le ha presentado una mujer a su familia y todo pinta a que Amy será la primera. Me emociona, estoy feliz por ellos.

—Gracias por hacer esto —le digo a Steven cuando me bajo del auto a unas calles de la estación de buses de la universidad. Prefiero irme con el grupo para evitar más habladurías—. Eres el mejor cuñado que alguien puede tener.

—Lo sé —responde con humor—, pero ¿estás segura de elegir al gruñón?

Miro a Mark, quien niega con la cabeza mientras sonrío.

—Siempre —Le contesto.

—Nos vemos en el hotel, ¿vale? —dice mi novio y asiento—. Te quiero, cariño.

—Yo más.

—Pero si nos comerán las hormigas en cualquier momento —Se queja Steven.

Mark y yo nos reímos. Termino por despedirme de los Harvet y sigo mi ruta hasta la estación. Veo a algunos de mis compañeros abordando el bus de nuestra clase, pero no a Amy. Seguro ya subió al que le corresponde.

—Rachel —Escucho la voz cantarina de Theo cuando entro al vehículo—. Puedes sentarte aquí, si quieres —Acepto su ofrecimiento y me acomodo a su lado—. No habíamos tenido oportunidad de hablar bien. Sé que ha pasado tiempo, pero quiero decirte que lamento lo que te hizo José —Sus ojos marrones están llenos de compasión—. Sigo sin poder creer que se atreviera a agredirte. El profesor Harvet tiene razón: El respeto es la base fundamental para todo.

—¿El profesor dijo eso?

—El día que faltaste a clases tocó el tema. Parecía enojado. ¿Sabes? Creo que le gustas —susurra y su deducción me altera—. Es decir, ¿a quién no?

Mierda. La sangre se me sube al rostro.

—A Monique y a Crisna —cambio de tema y suelto una risita para disimular el asombro—. Cuéntame de ti, ¿cómo estás?

Theo me habla de su abuela. Está atravesando la última etapa de una enfermedad que poco a poco la ha ido consumiendo. Él ha tenido que cuidarla y por eso ha faltado tanto a clases o irse en cuanto terminan. Intenta mantenerse firme, pero la melancolía se nota en su expresión al igual que un par de lágrimas.

—Perdóname —dice y se pasa el dorso de la mano por los ojos.

—No te preocupes. Está bien llorar, desahogarse —lo ánimo.

Cuando el bus se pone en marcha, guardamos silencio y me sumerjo en un mar de emociones y pensamientos que cesa cuando mamá me avisa que ya va en camino hacia la casa de mi abuela.

Cansados y aún adormilados, llegamos al hotel. Todos nos bajamos para recibir las tarjetas de nuestras habitaciones. Cuando me entregan la mía, le escribo a Mark de inmediato.

Amor, estaré en la habitación 275.

—Estamos en el mismo piso —comenta Theo y bloqueo el teléfono al instante.

Escucho a Monique quejarse por tener que compartir habitación con otras personas y le hago una señal a Theo para que nos alejemos de allí. De repente, veo a Amy corriendo hacia mí y me abraza apenas llega. Vamos los tres hacia el ascensor y hablamos con otros compañeros sobre el viaje, las clases y demás. Nos despedimos de Amy, quien tiene la habitación 506. Theo va hacia la que le correspondió y, cuando entro a la mía, me encuentro con Susan y Moncerrat acomodando sus cosas. Las saludo y al rato las escucho tirar una moneda para definir quién ocupará primero la ducha. Aprovecho para decirle a Steven el dato que le prometí, avisarle a mamá que ya llegué al hotel y para enviarle buena energía a Mark, quien debió llegar antes que yo y seguro sigue preparando su discurso. Me anima mucho que le hayan dado esta oportunidad de hablar ante profesionales de diferentes partes del mundo. La merece y lo mejor es que podré verlo cumpliendo ese sueño.

—Hoy solo tendremos una charla, ¿verdad? —comenta Susan ya duchada y vestida con ropa semiformal.

—Así es. La jornada de hoy es un poco introductoria. Tipo cinco de la tarde ya estaremos de regreso al hotel. Mañana viene lo pesado —responde Moncerrat.

—¿El profesor Harvet es el segundo en presentarse mañana?

—Correcto —contesta Moncerrat tomando su ropa y dirigiéndose al baño, no sin antes soltar un destemplado suspiro—. Es que además de guapo, es tan inteligente.

Susan y yo sonreímos. Cuánta razón tiene.

—A todas nos hubiese gustado estar en tu lugar, Rachel —continúa Moncerrat. Trago saliva—. Aunque sean solo rumores, te envidiamos.

El celular me salva cuando comienza a vibrar.

—Perdonen, debo responder —Me disculpo y salgo de la habitación. No quisiera encontrar en la pantalla el nombre de Mark y no ser capaz de disimular frente a ellas. Es hasta que estoy en el pasillo que veo el contacto en el móvil—. Hola.

—Hola, cariño. ¿Ya estás acomodada?

—Sí, ya dejé las cosas en su lugar. ¿Listo para tu ponencia en el Congreso Internacional de Ciencias Económicas? —hablo bajo y con diversión mientras camino hacia la parte más solitaria del piso.

—No, Rachel.

—¿Por qué? ¿Sucedio algo?

La preocupación que empiezo a sentir se convierte en pánico cuando me halan hacia las escaleras de evacuación. Estoy a punto de gritar, pero veo a Mark frente a mí y sus ojos me tranquilizan. Reconozco su sabor cuando me besa y me embeleso con su aroma. Me gusta su versión dulce, pero también esta que, dejándose llevar por el momento, me arrincona a la pared con pasión y se adueña de mis labios. Hace que mi piel arda.

—Ahora sí estoy listo —murmura contra mis labios.

—Lo harás excelente. Estoy segura —comento con la respiración acelerada.

—Me alegra saber que estarás ahí, conmigo —Noto los nervios en la manera en que habla.

—Siempre lo estaré —susurro, recordando en dónde nos encontramos—. Alguien puede vernos.

Él pone seguro a la puerta de emergencia y no dejo de observar lo guapo que está con el traje negro que lleva, adornado por una corbata gris que lo

hace ver jodidamente sexy.

Sin darme tiempo, se abalanza sobre mi boca y sus manos recorren cada centímetro de mi espalda: me hace perder por completo el control.

—No estoy seguro de poder esperar más.

—Soy tuya —le recuerdo—. También te necesito.

Sus labios se estiran en una sonrisa y me levanta entre sus brazos. La sensación de riesgo nos excita. Me besa con avidez y reprimo un gemido cuando siento su erección en mi pelvis. Mark me desabrocha el pantalón y yo paseo mi boca por su cuello; el jadeo que suelta me hace perder el aliento. Él deja que me ponga de pie y sus ojos se detienen en la curva de mis pechos. La forma en que me mira y el deseo que lo invade es todo lo que necesito.

Empieza a marcar un camino con sus labios desde mi mejilla, mientras con su mano me desabotona la camisa para bajar lento hasta el torso. Acuna mis glúteos y sigue bajando hasta que roza mi ropa interior. La poca razón que me queda se extravía cuando me ayuda a deshacerme de los vaqueros y de las Converse y sus manos comienzan a pasearse por mis muslos, esas manos que saben acariciarme y complacerme. Se pone de pie y me detalla de arriba abajo.

—Abre las piernas, cariño —Su susurro es grave y encantador a la vez. Hago lo que me pide y él mete sus dedos dentro de mi braga. La humedad en mi sexo le permite deslizarse con facilidad.

—Mark —jadeo. Qué difícil es guardar silencio. Muevo las caderas y ya no puedo contener más un gemido. Busco su pantalón y lo desabrocho, siento la dureza por encima del bóxer. El sonido que emite cuando lo toco solo confirma que está tan extasiado como yo. Lo acaricio por encima de la tela, haciendo que su respiración se agite aún más.

Él me besa y aumenta el ritmo de su mano. Yo le suplico que no se detenga, que siga llevándome al paraíso con su tacto. En ese lascivo instante nos convertimos en uno solo.

Corre un poco mi ropa interior, me penetra y gimo al sentirlo entrar y salir de mí. Joder, sí. Me aferro a sus hombros, él me levanta otra vez y lo envuelvo con mis piernas mientras me embiste. Nuevos jadeos se escapan de mi garganta, intento acallarlos mordiendo su hombro con suavidad, pero no logro mi objetivo por mucho tiempo. La manera en que ha ido

identificando el ritmo perfecto para hacerme el amor causa que me estremezca con cada estocada.

Me embiste con más fuerza. Lo intento, de verdad intento mantenerme en silencio, hasta que siento que estoy al borde del clímax y me obligo a morder su cuello para ahogar un chillido. Él gruñe, moviéndose con más rudeza. Lo siento tan profundo que mi cuerpo tiembla. Este encuentro clandestino nos lleva al cielo en un intenso orgasmo.

Nos abrazamos tratando de recuperar el aliento. La paranoia, que parecía olvidada, me obliga a revisar cada rincón del lugar. Por fortuna, no veo ninguna cámara de seguridad.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta y me inclino hacia atrás para mirarlo. Sonríe con satisfacción.

—Muy bien, ¿tú?

—No podría estar mejor —Me besa y sale de mí. Dejo de rodearlo con las piernas y me estabilizo—. Es usted una preciosa tentación, señorita Lombardo.

—Usted la mía, profesor Harvet. Y la de todas aquí.

Recordar las palabras de mis compañeras me sobresalta. Mierda, debo regresar. Se lo comento y él asiente al ver el reloj en su muñeca. Empiezo a ponerme el pantalón y una sonrisa enamorada se me dibuja en el rostro cuando Mark se agacha para ayudarme con los zapatos.

—Nos vemos luego, mi amor.

—Todo saldrá excelente mañana —Me empino para besarlo cuando se pone de pie. Él acaricia mi mejilla y despierta el deseo de que nos quedemos un rato más. Sin embargo, sé que es hora de irnos.

—Dame un segundo —Lo veo acercarse a la puerta y asomar su cabeza. Me indica que no hay nadie en los pasillos y, apresurada, salgo hacia mi habitación mientras me acomodo el cabello.

Susan y Moncerrat no están por ningún lado, supongo que se han marchado ya. Decido ducharme rápido y alistarme. El vestido negro que elijo me recuerda al traje que llevaba Mark y eso me gusta. Bajo a la recepción y camino rápido hacia el restaurante del hotel. Tengo el tiempo contado antes de que los buses salgan hacia el auditorio donde se llevará a cabo el congreso.

—¿Dónde te metiste? Pensamos que te habías adelantado al comedor —dice Moncerrat. Está junto a Theo y Susan en una de las mesas.

—Fui a dar una vuelta y no me fijé en la hora, perdón —miento. Me siento culpable por hacerlo.

Ellos me regalan un gesto amable y olvidan el tema. Terminamos de comer y vamos hacia el bus. Su compañía hace que las miradas asesinas que Monique me dedica de vez en cuando no me incomoden. Cuando llegamos al recinto, nos indican los lugares que debemos ocupar y, por desgracia, el de ella y su amiga Crisna están detrás del mío y no pierden tiempo para hacerme notar su presencia. Paso una hora tratando de omitir sus comentarios sarcásticos para poder prestar atención a la charla de bienvenida al congreso.

Un par de horas después, la jornada ha terminado. Llegamos pasadas las cinco al hotel y me quedo un rato en una sala cercana al lobby para hablar con Amy. Está feliz porque el tratamiento del pequeño Lucah va bien y los pronósticos médicos son favorables. También me dice que, como tenemos ese tiempo libre, cenará con dos compañeras y me invita para que vaya con ella. Agradezco su oferta, pero quiero recostarme un rato.

Subo a la habitación y me encuentro con Moncerrat y Susan que se preparan para salir. Irán a conocer los alrededores y me preguntan si quiero acompañarlas. Les digo que quizá les escriba al rato para alcanzarlas, pero que ahora solo quiero descansar un poco. Me lavo la cara y me tiro en la cama. Reviso mis redes sociales cuando llega un mensaje.

Amor, veámonos en el Café Arrebol en 15 minutos.

Mark envía también la ubicación y mi decisión de estar en ese cuarto desaparece. Tomo un abrigo antes salir a su encuentro. Habíamos quedado de no hacer nada hoy porque en la noche tiene un coctel con el resto de profesionales y expositores. La incertidumbre no tarda en presentarse.

Llego al lugar a la hora indicada, es bastante cerca; me encuentro con un local pequeño y antiquísimo. Hay unas cuantas personas adentro, pero ninguna es la que busco. Saco el teléfono para avisarle a mi novio que ya estoy ahí, cuando escucho la bocina de un auto. Volteo para ver y es un taxi al otro lado de la calle. Mark está adentro y me indica que vaya. Cuando subo al vehículo, veo que lleva una chaqueta de cuero y un suéter de cuello alto, muy diferente al traje que tenía en nuestro encuentro en las escaleras de emergencia.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya podemos ir a donde le dije, por favor —Le habla al conductor quien arranca de inmediato—. Hay un par de horas antes de que tenga que ir a ese cóctel, así que tendremos una cita como nunca la hemos tenido —Estrecha mi mano con la suya y las mariposas despiertan en mi estómago.

El taxista se detiene frente al Jardín Botánico de la ciudad. El cielo está empezando a oscurecer y la iluminación del sitio hace que las plantas y las flores se vean aún más hermosas.

—Espero te guste el recorrido —dice Mark y me guía hacia la entrada. Uno de los operarios del lugar nos da las indicaciones, va junto a nosotros por cada una de las zonas y nos explica todo sobre lo que vamos viendo.

Cuando llegamos al centro del parque, hay una fuente gigante en la que proyectan un show de luces. Mark pone un brazo sobre mis hombros y yo me aferro a su cintura. La libertad de poder estar juntos en un sitio público con cierta tranquilidad es insuperable. Quiero que esto se repita muchas veces más.

Seguimos al hombre hasta un domo y me maravillo con la exposición de flora exótica. Es un espacio cargado de color y vida. Unos minutos después, llegamos al lago que cierra el recorrido.

—A esta hora los patos ya están descansando, pero en las mañanas viene mucha gente a alimentarlos —comenta el guía antes de ir a una pequeña caseta al costado para hablar con un compañero.

—Algún día tenemos que ir a un lago como este y alimentar a los patos —digo emocionada aprovechando que estamos solos.

—Te prometo que lo haremos —comenta Mark y me da un beso en la frente.

—Fue un gusto acompañarlos —Nos sorprende el hombre cuando regresa—. Espero que vuelvan pronto.

Le agradecemos y salimos de allí. Nos tomamos de la mano y caminamos por una calle llena de tiendas de diferente tipo. Muchas personas andan a esa hora por la ciudad, entre ellas algunas parejas como nosotros. Los alumbrados navideños ya son dueños de todo a pesar de que apenas comienza diciembre.

—Te ves muy guapo con esa ropa. Te pareces a Steven —me burlo de él.

—Pues este suéter es para cubrir la marca que usted dejó en mi cuello mientras le hacía el amor, señorita Lombardo —agrega divertido y yo me

muero de vergüenza.

—Discúlpame, Mark. No quise hacerlo —le pido apenada.

—He creado un monstruo, ¿no? —suelta una carcajada y me abraza—. No tienes que disculparte, cariño. Mañana habrá desaparecido para la presentación y para la cena de celebración de un nuevo mes juntos. Llegó la hora de Steven de reemplazarme —bromea y mira su reloj—. Tenemos el tiempo perfecto.

—¿Qué tiene planeado, profesor Harvet?

—Usted solo sígame, señorita Lombardo.

Avanzamos un par de calles más hasta que nos detenemos frente a una casa colonial preciosa. Cuando entramos, me encuentro con estanterías llenas de libros y un café en el fondo. Me suelto de Mark y empiezo a recorrer los lomos, a ver las portadas y a dejarme llevar por las historias.

—¿Cómo te parece el lugar? —pregunta él.

—¡Me encanta! ¿Sabes? Me gustaría trabajar en una librería.

—Quizás algún día lo hagas, cariño —Se detiene unos segundos a mirar una de las secciones y luego vuelve a hablar—. Puedes escoger el libro que quieras. Es un regalo —Asiento y sigo explorando unos minutos más hasta que encuentro una novela de la que mamá me habló hace años.

Me acerco a Mark y le muestro mi elección.

—Emma de Jane Austen. Te llevas una excelente lectura. Si quieres, ve a la cafetería y pide algo. Para mí un expreso, por favor. Necesito mantenerme en pie para esta noche. Iré a pagar el libro.

—La bebida la invito yo —le digo y él asiente antes de acercarse a la caja.

Ordeno lo que Mark quiere y una soda italiana de fresa para mí. Justo cuando traen el pedido, mi novio se sienta a mi lado y me entrega dos libros.

—Espero que los disfrutes.

—¿Y este? —pregunto al ver el otro. Te quiero en todos los idiomas de Ikeli O'farrell. Me sonrojo al leer el título.

—Lo vi y pensé en ti, solo eso —responde con una pequeña sonrisa y da un sorbo a su café. Aprieto el libro contra mi pecho y sé que debo estar haciendo una cara de tonta tremenda.

Le agradezco por el regalo y empezamos a hablar de lo que vimos en el Jardín Botánico mientras terminamos las bebidas. Luego salimos de la

librería y Mark pide un taxi en su teléfono. Todo el camino en el auto vamos con nuestras manos unidas. Cuando estamos a unas calles del hotel, él le indica al conductor que se detenga.

—Cariño, terminaré el recorrido a pie —comenta mientras acuna mi rostro con sus manos—. Gracias por este día inolvidable.

—Gracias a ti por hacerlo posible —agrego y lo beso antes de que el taxi arranque de nuevo. Estoy feliz como pocas veces lo he sido, pero al mismo tiempo me duele que no podamos llegar juntos y que Mark hubiera tenido que bajarse antes solo por miedo a que nos descubran. No estamos haciendo nada malo. Amarnos del modo en que lo hacemos no es algo incorrecto. Ahora estoy convencida de que no lo es.



—En palabras de James Joseph Sylvester, las matemáticas son la música de la razón —habla el presentador del congreso—, y nadie mejor para hablarnos de ello que nuestro siguiente ponente. Estoy complacido de darle la bienvenida al especialista en Estadística y Cálculo y doctor en Ciencias Matemáticas Mark Harvet Prier. A sus veintiséis años, es docente titular en la universidad de Wens Ildet y tutor de grandes proyectos de investigación en la misma institución. ¡Únanse a mí para darle la bienvenida al Dr. Harvet!

Al igual que el resto de la audiencia, lo aplaudo. Me siento orgullosa y feliz. Él, con su seguridad y elegancia al caminar, se presenta en el escenario. Lleva un traje gris que le queda increíble. Además, me encanta que haya decidido no usar corbata hoy, sino llevar su camisa con un botón desabrochado. Por fortuna, ya no hay huella en su cuello de lo que hicimos ayer.

Mark logra captar la atención de la audiencia con su presentación, a excepción de Monique y Crisna quienes se la pasan todo el tiempo haciendo comentarios molestos sobre cómo se ve. Él hace su ponencia de manera perfecta y, aunque la he escuchado decenas de veces, me concentro en lo que dice. Habla con entusiasmo sobre los temas que va desarrollando. Es un profesional admirable. Me emociona poder presenciar su momento especial pese a que no estoy segura de que él logre identificarme en medio de la multitud.

—Gracias por estar aquí y ser parte importante de esto —dice durante sus palabras de cierre, mirando fijo en mi dirección. El pulso se me acelera cuando se acomoda el cuello de la camisa—, por seguir trabajando en pro de la ciencia que, no tengo dudas, les apasiona tanto como a mí. Estoy convencido de que, dentro de unos años, ustedes estarán en este escenario mostrando los avances en la aplicabilidad de nuestra pasión. Buenas tardes.

Todos en el recinto lo aplaudimos con más fervor que al inicio. Escucho cómo algunos de los profesores de las otras universidades alaban la investigación que Mark presentó, mientras él se despide con una sonrisa cortés y se baja de la tarima.

Aunque me muero por felicitarlo ya mismo, debo esperar hasta que nos encontremos afuera en un rato durante el primer receso de la jornada.

—¿Vienen a comer con nosotras? —Moncerrat, quien va con Susan a su lado, se dirige a Theo y a mí cuando salimos del auditorio.

—Me encantaría, pero debo buscar a Amy. Gracias —le respondo.

—No hay problema, Rachel. Nos vemos luego —agrega Susan y Theo se suma a ellas. Yo camino hacia el otro lado. Cuando llego al área en que vamos a tomar el refrigerio, alguien me empuja.

—Ay, lo siento —dice Monique mientras pasa. Logro mantener el equilibrio. Su sonrisa me pone histérica.

—¿Qué te sucede?

—Lo lamento, amiga —se burla—. Estaba un poco distraída pensando en la conferencia que dio nuestro profesor.

¿No sé cansa? Por Dios. Empiezo a perder la paciencia, pero sé lo que busca y no pienso dárselo. Doy unos pasos lejos de ella y sigo buscando a Amy.

—Rach, piensa rápido —Giro al escucharla y no logro esquivar el termo que me lanza y que da directo en mi cabeza—. Ups. Debiste atraparlo, amiga. Hoy amaneciste un poco torpe.

—¿Qué demonios te pasa? —La enfrento y ella se pone frente a mí, intentando atemorizarme. Los murmullos en el lugar no se hacen esperar y las miradas se enfocan en ambas.

—¿Tan superior te crees por cogértelo? —murmura—. Solo eres una más que le abre las piernas.

Permito que su comentario me consuma y el enojo se intensifique como las llamas del infierno. Doy un paso al frente y ella retrocede hasta

tropezarse y, de forma dramática, se tira al suelo.

—¿Qué sucede aquí? —exclama enojado el director Ildet. Mi cuerpo tiembla al ver su expresión llena de furia y al darme cuenta en lo que me he metido.

—Rachel empezó, cualquiera puede confirmárselo —Se defiende Monique poniéndose de pie y fingiendo dolor.

—¿Cómo se atreven a actuar de esta manera en un evento tan importante? ¡Ya no son unas adolescentes! Denme sus pulseras y gafetes y retírense de aquí. ¡Ahora!

—Ildet, ¿qué sucede? —Mark aparece de repente.

—Ya todo está solucionado —contesta el director y cambia su expresión para que las personas alrededor olviden lo ocurrido—. Alumnas, lo que les pedí.

El pecho y la cabeza me retumban. Aunque Mark intenta mantenerse al margen, no deja de mirarme con sus ojos llenos de preocupación. Le entrego al director la pulsera y el gafete, consciente de lo que eso significa: He sido expulsada del congreso.

—Esto es una injusticia, se lo diré a mi padre —chilla Monique.

—Señoritas, regresen al hotel, ya hablaremos —Ildet se marcha. Me siento mal por haber caído en su juego.

—Vamos a buscar al equipo de atención para que la revisen —la voz profunda y preocupada de mi novio me altera. Ve directo hacia mi frente.

Monique bufa y, antes de que pueda decir algo que afecte la imagen de Mark, salgo del lugar. Mi cabeza aún duele, no sé si por el golpe o por las continuas recriminaciones que me hago.

Quiero hablar con Mark y disculparme por arruinar su momento, pero tomo el primer taxi que encuentro y le indico el hotel en el que me estoy quedando. Subo directo a la habitación y la culpa se siente aún peor cuando cierro la puerta. Reviso mi teléfono y sigo sin razón de Amy. Pienso si es bueno enviarle un mensaje a mi novio, pero desecho la idea de inmediato.

Escucho un golpeteo en la puerta y me tenso al creer que puede ser Monique pues somos las únicas que deberíamos estar en el hotel.

—¿Quién es?

—Servicio a la habitación, señorita —Me pongo de pie y veo por la mirilla a un empleado con un carrito.

—Hola. Yo no hice este pedido. ¿Seguro que es para esta habitación? —comento cuando abro la puerta.

—¿Señorita Rachel Lombardo? —Asiento ante su pregunta—. Sí, es para usted.

—Está bien, gracias —agrego y él entra para dejar la bandeja sobre la cama.

—Permiso, señorita.

Cierro la puerta y me fijo en lo que han traído: Té helado, un emparedado y un par de pastillas para el dolor de cabeza. Al lado, hay una pequeña nota.



Su detalle me hace sentir mejor y peor a la vez. Decido tomar una de las pastillas y recostarme en la cama. Cuando la medicina hace efecto, el sueño se adueña de mí.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que vuelvo a escuchar que tocan a la puerta. Sonrío cuando veo a Mark y siento sus brazos rodeándome.

—¿Cómo sigues, cariño? ¿Estás mejor? —Acaricia mi frente.

—No fue nada, Mark. Muchas gracias por las pastillas —susurro avergonzada—. Siento haber arruinado tu momento.

—Yo también estoy cansado de los comentarios, los rumores y de tener que ocultarnos cuando amarnos no es algo que deberíamos esconder —Ahora soy yo quien lo abraza—. Solo pasé un momento para ver cómo estabas, pero debo regresar al congreso pronto.

—Estoy bien —le aseguro.

—En un rato me reuniré con Ildet para que te permita regresar.

—No quiero que te involucres más, por favor. No es conveniente para ti.

—De acuerdo. Haremos las cosas como tú digas —Respira profundo y saca una tarjeta de su bolsillo y me la entrega—. Es la de mi habitación, puedes arreglarte allí. Es probable que por los imprevistos llegue un poco tarde, pero pase lo que pase saldremos como lo planeamos. Además, no quiero dormir sin ti hoy.

—Yo tampoco, Mark. Te quiero y mucha suerte.

—Yo te quiero más, cariño, siempre más —Me besa con delicadeza.

—Rachel —La voz de Theo me sobresalta. Sorprendidos ante la interrupción, Mark y yo vemos al chico que nos mira con atención—. Oh, mierda. Lo siento.

TE AMO MÁS, SIEMPRE MÁS

Lo lamento —Se siente la culpa en las palabras de Theo, quien se aleja de nosotros. Me dispongo a ir tras él, pero Mark me detiene.

—Rachel, no creo que sea necesario.

—Lo es —Mi voz se quiebra—. Theo jamás me ha juzgado por los rumores ni ha creído en ellos. Me sentiré más tranquila al contarle la verdad. Y tú, regresa al congreso, por favor. No quiero que tengas más problemas —le respondo recordando lo que me dijo hace un rato. Nuestra relación no es ningún delito.

Me da un beso fugaz, pero lo suficientemente significativo como para brindarme la seguridad que necesito y la cual mantengo al ir a buscar a mi compañero. Voy a su habitación, a la recepción y al restaurante, pero no está. Como última opción, me dirijo a la terraza del hotel.

—Theo —Lo encuentro de espaldas mirando la ciudad.

—No tienes nada que explicarme, Rachel. Es algo que no me incumbe.

—No vengo a darte explicaciones. Eres mi amigo y quiero contarte algo —hablo nerviosa e indecisa sobre cómo empezar. Las palabras se estancan en mi garganta.

—Señor Blaker, señorita Lombardo —Volteo a ver y me encuentro a uno de los Harvet. Su tono de voz, su postura erguida y hasta el traje que lleva son idénticos a los de Mark. De no ser por el color de los ojos, los hubiera confundido con facilidad. Ha llegado temprano para entrar en papel.

—Profesor, Rachel, yo no voy a decirle a nadie lo que vi. Ustedes no están haciendo nada malo.

—¿De qué está hablando, señor Blaker? —inquire Steven.

—En serio, profesor. No tienen de qué preocuparse. El beso que vi queda olvidado —responde Theo intranquilo.

—Ah, ya veo —Steven niega con la cabeza y traga saliva. Analiza la situación—. Creo que al que vio con su compañera fue a mi hermano gemelo. Seguro el inmaduro se puso la misma ropa que yo para confundir a la gente. Lo hace desde que somos niños. Justo vengo a buscarlo —habla formal y despreocupado, sacando a relucir su particular habilidad de hacerse pasar por Mark—. ¿Acaso su compañera no le ha comentado que es novia de él? ¿Usted no sabía que tengo un gemelo?

—Yo... No —balbuceo.

—Bueno, ahora lo sabe. Si me disculpan, debo ir a buscar a Steven. Tengan buena tarde —continúa su imitación mientras Theo y yo lo vemos marcharse.

—Rachel, ¡lo lamento! Llegué a pensar que tú y el profesor tenían algo —Niega con la cabeza—. Discúlpame por caer en los rumores como el resto.

—Theo, las cosas no son...

—No debí llegar así, de imprevisto —me interrumpe—. Me enteré de la pelea con Monique y vine para asegurarme de que estuvieras bien.

—Gracias por preocuparte, pero hay algo que quiero contarte sobre lo que viste en la habitación.

En el momento justo en el que decido decirle a alguien la verdad, parece que todo conspira en mi contra. El teléfono de Theo suena y él contesta la llamada.

—Pero ella estaba bien, ayer en la mañana la vi —Sus palabras denotan desespero—. Iré ya mismo para allá... Charlie, trata de no alterarte, por favor. Llegaré pronto.

—¿Estás bien? ¿Sucedió algo? —le pregunto en cuanto cuelga. Se ve muy afectado.

—Es mi abuela. Lo siento, Rachel, tengo que irme.

La tristeza pesa sobre mi alma al verlo alejarse. Me apresuro y lo sigo.

—Todo va a estar bien, Theo.

—No, no lo estará —solloza. Llegamos deprisa a su habitación, él saca sus cosas y corre hacia el elevador.

Siento su dolor. Llega a mi mente la conversación que tuvimos ayer en el autobús en la que él me dijo cuánto amaba a su abuela. En medio de plegarias por el bienestar de ambos, me siento en su cama para tranquilizarme. La pantalla de mi móvil se ilumina. Como siempre que la necesito, mamá aparece.

—Hola, mami —la saludo tratando de disimular cómo estoy.

—¿Todo bien, cielo?

—Sí, extraña —miento. No quiero preocuparla—. ¿Tú cómo estás?

—Bien, hija. ¿Seguro que todo está en orden? —insiste.

—Seguro, mamá. Ya pronto nos veremos —Me aclaro la garganta, recuperando el tono animado—. ¿Sabes qué? Tal vez el sábado salga directo

para el pueblo y pase el fin de semana en casa de la abuela con ustedes.

—Rachel, ¿qué sucede? —Puedo engañarme a mí misma, pero no a ella.

—Es una larga historia —admito—. Te la contaré cuando llegue al pueblo, ¿te parece?

—Está bien, amor. Ahora estamos en el mercado, solo quería saludarte.

—Cuídense mucho y envíale saludos a mi nana —Guardo silencio unos segundos. El recuerdo de Theo vuelve y la melancolía se instala en mi interior al imaginarme en una situación como la suya—. Te amo mucho, extraña. Nunca lo olvides.

—Yo a ti, mi niña —responde alegre. Su buen humor es contagioso—. Avísame cuando vengas en camino. Nos vemos pronto.

Me pongo de pie y camino hacia mi habitación.

—Rachel — Mark sigue aquí. Se acerca a mí en cuanto entro y yo me aferro a su cuerpo. Es doloroso pensar en mi amigo yendo en busca de su abuela—. ¿Le dijiste la verdad?

—Steven apareció y le hizo creer a Theo que él eras tú y que yo estaba saliendo con su gemelo. No sé si fue bueno que llegará para cubrirnos. Estoy cansada de todo esto —le confieso. Las mentiras crecen y la carga pesa cada día más.

—Ven —Rodea mi cintura y apoyo mi rostro en su pecho—. Quiero que sepas que renunciaré a Wens Ildet. Ya envié mi CV a otra universidad.

—Mark, no tienes por qué hacerlo. El próximo semestre ya no serás mi profesor. Hemos esperado meses, podremos esperar un poco más.

—Sí, pero quiero sentirme tranquilo y allí jamás lo estaré, ni tú tampoco. Es algo que llevo meditando unas semanas y quería contártelo en la cena que teníamos planeada para esta noche, la cual creo que es mejor cancelar luego de todo lo que ha pasado —Asiento a lo que dice—. Quiero que podamos vivir lo nuestro sin problemas ni rumores.

—No tienes que hacerlo —repito—. Tú amas Wens Ildet.

—Pero te amo más a ti, Rachel.

«Te amo». Su confesión me toma por sorpresa.

—Mark —susurro casi sin aliento. Miro sus ojos y, en ese preciso instante, reconozco que no hay alguien que me haga sentir como él lo hace. No hay otra boca a la que quiera besar, ni otros brazos en los que desee despertar cada día—. Yo también te amo como nunca había amado a nadie.

La molestia se borra de su rostro y une sus labios a los míos.

—Debo regresar al congreso, cariño. Y también decirle a Steven que todo se canceló. Prométeme que me llamarás si necesitas algo.

—Te lo prometo. Vamos, profesor Harvet —Tomo su mano y lo guio hacia la puerta—. Y no enamores a tantas personas, ¿quieres? —Bromeo en mi intento de mejorar el ambiente.

—Cuando vean mi cuello se alejarán, señorita Lombardo. No se preocupe —Sonríe con picardía.

—Ya no tienes nada, Mark. No digas mentiras.

Lo beso y nos despedimos. Quisiera que se quedara a mi lado en este momento, pero sé que es necesario que vuelva al congreso.

Me quedo sola en la habitación. Después de una larga espera, Amy responde mi mensaje. La llamaré luego, necesito un momento para mí. Me tumbo en la cama y veo pasar las horas. Reflexiono sobre lo que ha ocurrido hoy y me agobio. Voy al baño y tomo una ducha para despejar mi mente. Veo la hora y sé que los demás ya deben estar por regresar al hotel, así que alisto mis cosas, incluyendo la llave que me dejó Mark, y subo hacia su piso. Es una habitación grande y con una vista increíble de la ciudad. El horizonte me da un poco de paz.

Prendo el televisor para distraerme y ocupo un pequeño sofá que hay allí. Le escribo a Theo un mensaje de ánimo y luego llamo a mamá. Trato de que sea ella quien más hable y me cuente cómo está el pueblo, qué han preparado para cenar y cada detalle de su día. Escucharla me llena de vida. Nos mantenemos en la línea hasta que el sueño me vence.

HASTA PRONTO

Despertar en sus brazos es la mejor sensación de todas. No tengo idea de a qué hora llegó, pero parece que hemos dormido una eternidad y mi cuerpo lo agradece.

—Buenos días —dice abrazándome más a él. Mi espalda se pega a su pecho—. Lamento haber llegado tarde.

—Estás aquí, es lo único que importa —Giro mi cuerpo para quedar frente a frente. ¿Alguna vez dejaré de sentir esto cada vez que lo veo?—. ¿Cómo te fue ayer?

—Bien, me ocupé de varios asuntos, pero no vale la pena hablar de eso ahora —Aunque me intriga lo que dice, él se encarga de hacerme olvidar de todo cuando sus labios se adueñan de los míos.

Esta mañana no hay mordidas, pero sí suaves caricias. Besos que no dejan marcas en la piel, pero sí en el alma. Ya no existe la adrenalina por el peligro a ser descubiertos, pero sí la misma conexión. Y la disfruto a cada instante.

Esta mañana no hay sexo, nos hacemos el amor.



Yo creo que las cosas buenas sí duran para siempre, pero a veces necesitan una pausa. Justo como ahora.

Suspiro al ver que me llega un mensaje al correo institucional. El director Ildet me ha citado en la sala de descanso del hotel en diez minutos.

—¿Estás segura de que no prefieres que hable con él? —cuestiona Mark.

—Gracias —Me acerco a la cama y deposito un beso en su mejilla—, pero prefiero enfrentarlo yo misma. Mejor alístate porque ya es hora de regresar a casa.

—Escríbeme cuando terminen, por favor —Asiento y salgo con cuidado.

Soy un manojo de nervios mientras bajo por las escaleras de emergencia. Llego sudando a mi piso, Moncerrat y Susan me miran sorprendidas cuando entro a la habitación.

—Perdón por no avisarles, chicas. Preferí pasar la noche con Amy —les explico mientras guardo lo que llevé ayer a la habitación de Mark en la maleta.

—Sentimos mucho lo que te pasó ayer —dice Susan—. Monique es una idiota.

—Muchas gracias a las dos, en serio. Nos vemos en el bus, debo bajar deprisa para hablar con el director —Finjo una sonrisa y me despido.

Cuando las puertas del ascensor se abren, veo hacia la izquierda y me encuentro a Ildet conversando con Monique.

—Señor, la culpa la tiene la mosca muerta de Rachel —Escucho lo que dice ella cuando llego a su encuentro. Habla con descaro.

—Buenos días, director —musito un saludo para que noten mi presencia.

—Señorita Anderson, cállese, por favor —dice el director sin tacto alguno—. No quiero escucharlas más ni verlas peleándose como dos infantes —El tono de su voz se eleva—. Ni haciendo quedar por el piso el nombre de mi prestigiosa universidad —Algunos de mis compañeros que empiezan a llegar a la recepción voltean a vernos. Crisna está entre ellos—. Y esto va para todos ustedes también: Una sola infracción, por pequeña que parezca, y les irá igual o peor que a ellas.

Trago saliva y bajo la cabeza al sentir tantos ojos sobre mí.

—Anderson, Lombardo, espero que tengan claro que los puntos extra que obtendrían quedan anulados para ustedes. Además, tendrán que presentar un trabajo la próxima semana sobre las charlas a las que no asistieron ayer para que piensen mejor antes de actuar como lo hicieron. Permiso.

Los murmullos por las decisiones de Ildet no se hacen esperar mientras él se retira del hotel. Desde la ventana lo veo subirse a uno de los vehículos de servicio, el cual arranca al instante.

—¿No vas a decir nada? Claro, solo te haces la valiente cuando el profesor Harvet está a tu lado —espetea Monique. Respiro profundo y me giro para ir hacia la recepción. Sin embargo, ella me toma con fuerza del brazo—. Quítate el disfraz de mojigata de una buena vez. No te queda —dice con la misma ironía de siempre—. Qué vergüenza debe sentir tu madre.

La sangre que hierve en mis venas me obliga a hacerle frente.

—Déjala a ella fuera de esto —adviento.

—¿No le dará pena tener una hija como tú? Rach, tú mami te mandó a estudiar, no a cogerte al profesor —Se echa a reír.

—Mon, ya basta —Crisna se acerca para detenerla.

—¡No! Basta ya de esta tipa que con su cara de santa va creyéndose mejor que todos, incluso engatusando al profesor Harvet —gruñe y me empuja—. Seguro tu madre es igual de zorra que tú.

—¡Te dije que no la mencionaras! —exclamo enojada—. ¿Te sientes bien haciendo esto? ¿Juzgando y lastimando a otros?

—Reina, no has visto todo lo que puedo hacerte.

—Siento lástima de ti.

—¿Lástima? ¿De mí? —grita histérica—. Tengo dinero, soy guapa, la mejor estudiante... Ah, y tengo un padre —se burla con ganas—. Tengo un padre y muchas cosas que tú ni siquiera conoces.

—¿Y eres feliz? Porque no te veo sonreír. Siempre estás buscando molestar a los demás y hacerles la vida imposible. Deberías concentrarte mejor en lo tuyo.

—¿Tú qué sabes de felicidad? No tienes nada.

—No hace falta tenerlo todo para ser feliz, Monique —Ella suelta una carcajada fría y fingida. Entonces entiendo que no importa lo que diga, porque la mujer frente a mí no se rendirá ni entenderá razones. Continuará con una lucha tonta que no sé si se debe a Mark, a mí o a ella misma—. No seguiré con esto. Adiós.

Abandono la sala y los ojos de mis compañeros me persiguen hasta la recepción. Los gritos y pasos de Monique van detrás mío y soy consciente de que para ella esto no ha terminado. Desea seguir escupiendo su veneno sin importarle nada.

—Estúpida, nadie me deja hablando sola —bufa, pero sigo mi camino hasta la recepción—. Vaya, pero miren quién está aquí.

La curiosidad es más fuerte y volteo para encontrarme a Mark con su equipaje en la zona de los elevadores.

—¿Te volviste loca? Ya para con esto —insiste Crisna.

—¿Cómo puede preferir a ‘esta niña’? —grita Monique—. ¿Está mal de la cabeza, profesor Harvet? ¿Quién elige a una persona insignificante por encima de mí?, ¿una Anderson?

Me sorprende cómo enfrenta de manera directa a Mark. Está totalmente fuera de sus cabales.

Él respira profundo, parece meditar unos segundos y comienza a caminar. Mantiene sus ojos fijos en los míos y, cuando se encuentra a mi lado, me extiende la mano. Siento que mi corazón va a estallar. ¿Quiere que lo tome de la mano aquí, delante de todos?

—¿Qué demonios? —dice Monique con rabia.

Mierda, mierda. Aceptar lo que Mark propone sería confirmar que el rumor creado por mi exnovio es real y que el profesor Harvet y yo sí tenemos algo. Un montón de miedos pasan por mi mente, pero me dejo llevar por la convicción de estar haciendo lo correcto y entrelazo mi mano con la suya. Los demás nos contemplan y, aunque estoy asustada y las piernas me tiemblan, vamos juntos hacia la salida del hotel.

Uno de los empleados le avisa a mi novio que traerán su auto en unos segundos. Apenas el hombre nos ayuda con el equipaje, ocupo mi asiento y veo el rostro de preocupación de Amy, Moncerrat y Susan en la entrada del hotel. Mark arranca y no decimos nada en los minutos siguientes. Nos detenemos frente al Café Arrebol.

—Será mejor que tomemos algo y nos calmemos antes de volver a la ciudad —dice y respira profundo.

Entramos al sitio, ordenamos una bebida y ocupamos una de las mesas.

—Mark, ¿estás seguro de lo que hiciste? —pregunto angustiada. Hay mucho en juego para ambos, pero más para él.

—Rachel, cuando te vi por primera vez en la puerta del salón con las mejillas sonrojadas me sentí culpable de inmediato porque me atrajiste. Me costó poco tiempo aceptar que no podía frenar mis sentimientos y que esos preciosos ojos marrones me ponían nervioso. Por mi cabeza jamás pasó que una situación así me atrapara, pero sucedió. Lograste que todos los temores desaparecieran y me has hecho ver la vida de otro modo. Quiero que sigas en mi presente y también en mi futuro, más ahora que ya dejaste de ser mi alumna —Sonríe y suelta un suspiro.

—También te quiero en mi vida, Mark. Te quiero en mi vida porque te amo —confieso con certeza, sin miedos. Lo tomo de la mano sin ninguna prevención. Su rostro se ilumina y eso me llena por completo.

—Te amo más, Rachel.

Quiero quedarme así junto a él, pero una llamada interrumpe el momento.

—Ildet, ¿cómo estás? —Mark habla y mantiene la calma. Saber que está hablando con el director me carga de incertidumbre.

—¿Qué te dijo? —pregunto angustiada segundos después cuando lo veo guardar el teléfono.

—Los buses con los estudiantes ya se están yendo. Iré a conversar con Ildet en la sala de reuniones del hotel antes de que volvamos a la ciudad. Me dice que volverá en unos minutos. Ya deben haberle contado todo.

—Mark, piénsalo bien. No quiero que arruines tu vida por...

—Cariño, no voy a arruinar nada. Te dije ayer que ya había tomado una decisión y, aunque lo que ocurrió hoy no estaba dentro de lo planeado, me he quitado por fin ese peso de encima.

—Está bien, pero iremos juntos. También hago parte de esto —Niega con la cabeza, pero no hay nada que discutir. Pagamos la cuenta, entramos al auto y emprendemos el camino hacia el hotel.

Lo primero que veo al llegar es a Amy mirando con molestia a Steven, quien le habla y mueve sus manos en demasía. Se detienen cuando notan que nos acercamos y mi amiga se funde conmigo en un abrazo que agradezco.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Mark a su gemelo.

—Yo puedo responderte a eso —interviene Amy—. Ayer, mientras estaba tranquila en mi habitación, apareció este idiota fingiendo que eras tú. Me sacó del hotel diciéndome que tenía algo importante que decirme sobre Rachel y... Hoy regresó para ver si quería volver a ‘hablar’ con él.

—Ah, pero lo disfrutaste —agrega Steven y mi amiga lo empuja. Sus ocurrencias hacen que olvide por un momento lo que estamos a punto de enfrentar.

—Si quieren, pueden regresar a la ciudad con nosotros —ofrece Mark.

—Ni loca me iré junto a ese idiota. Pediré un coche para que me lleve —asegura ella mirando a Steven. En sus palabras hay algo de enojo y dolor—. Pero ¿qué están haciendo ustedes aquí? Pensé que habían salido del país luego de lo que pasó. Rach, qué bien que hayas enfrentado a la imbécil de Monique.

—No te preocupes, fiero. Yo tomaré un auto del hotel y tú puedes irte con ellos. Adiós —Steven lleva su chaqueta al hombro con coquetería y se

despide con un gesto de su mano. Amy aprieta los dientes y veo que uno de sus pies se mueve con insistencia.

—Cambio de planes, amor. Ildet acaba de escribirme. Dice que será mejor que nos veamos el lunes en la universidad —comenta Mark y vuelvo a la realidad. Reviso mi celular y veo que el director también me ha citado.

Amy sube al asiento trasero del auto y arrancamos.

—¿Por qué no te fuiste en los buses con el resto? —interrogo a mi amiga.

—Porque... había quedado en verme con alguien —responde y voltea a ver hacia la ventana. Parece que tenía planes con Steven—. Mark, prométeme que te pintarás el pelo, te dejarás la barba o algo. No quiero que tu hermanito vuelva a engañarme haciéndose pasar por ti —habla ofuscada y mi novio niega con la cabeza mientras sonrío.

—¿Qué tienen ustedes dos? —le pregunto a Amy con diversión.

—Él fue solo un juego que ya terminó. Es un idiota y un chulo engreído.

—Y te gusta. Ustedes terminarán juntos y yo seré la más feliz.

—¿Qué? ¡No, Rach! —bufa y comienza a enumerar todos los defectos de mi cuñado. Solo termina cuando estamos frente a su casa y nos abrazamos con fuerza para despedirnos. La dejamos allí y aprovecho lo que queda de ruta hasta el departamento de Mark para llamar a mi mamá y avisarle que pronto saldré hacia el pueblo, pero me manda a buzón.

—Extraña, estoy de regreso en la ciudad. Iré con Mark un momento y luego a casa por tu auto. Nos vemos en unas horas. Te amo —le dejo un mensaje de voz.

Me tumbo en el sofá de la sala al llegar al apartamento de Mark, quien fue a recoger a Dory y me pidió que lo esperara. Pongo algo de música y me entretengo mirando hacia el techo hasta que recibo una llamada de un número desconocido.

—¿Hola?

—Rach —Sollozan al otro lado de la línea. Es mi abuela.

—¿Nana? ¿Qué pasa? —le pregunto con un nudo en la garganta al escucharla.

—Hija, necesito que vengas al pueblo ahora mismo.

—Nana, tranquila. ¿Dónde está mamá? Pásamela, por favor —Su llanto se intensifica y temo lo peor—. Dime que todo está bien, nana. Dímelo, por favor —Ahora soy yo la que empieza a llorar.

—Ven, hija. Por lo que más quieras.

—¿Dónde estás?

—En el centro médico del pueblo —Sus sollozos no amainan.

—Ya mismo salgo para allá.

Todo está bien, Rachel. Mantén la calma, me repito una y otra vez después de colgar. El llanto desesperado de mi abuela abre una brecha profunda en mi pecho. Le marco a Mark para avisarle, pero una y otra vez me envía al buzón.

—Por favor —suplico en un último intento, pero el resultado es el mismo.

Tomo el dinero y las llaves de mi mochila y salgo del departamento. Mientras voy en el ascensor, pido un taxi para que me lleve a casa. Corro con la suerte de que el conductor que acepta el servicio está a solo dos minutos de donde estoy.

—Señorita, ¿le pasa algo? —pregunta el portero al ver mi angustia. Salgo sin despedirme y me subo al auto que ya está esperando. Trato de comunicarme con mi abuela al número desde el que me llamó, pero no contesta.

—Hola, soy Karla, es una lástima que ahora no pueda atenderte. Por favor, deja tu mensaje. Prometo responder pronto —Escucho la grabación de mamá cuando le marco. Oír su voz hace que mi mente piense en los peores escenarios y reviva la aflicción que sentí cuando estuvo hospitalizada hace poco. La incertidumbre me está matando y no puedo evitar que mi llanto se descontrole mientras las luces de la ciudad pasan por la ventana del taxi.

¡Maldición! Me cubro la cara con las manos tratando de evadirme del mundo, de hacer de cuenta que esto es solo una pesadilla. El tiempo se hace eterno con la desesperación de no saber qué está pasando o de saberlo y no querer aceptarlo.

—Señorita, hemos llegado —informa el taxista—. ¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

—Muchas gracias —Le pago y me bajo lo más rápido que puedo.

Entro a casa y agarro las llaves del coche de mamá. No estoy en las mejores condiciones para manejar por las dos horas pasadas de trayecto que toma llegar hasta el pueblo de mi abuela, pero es la única opción que tengo.

—Todo está bien, todo está bien —continúo repitiéndome. Introducir las llaves al auto es imposible porque me tiemblan las manos—. ¡Maldita sea, Rachel! Cálmate —Respiro profundo para estabilizarme y consigo entrar al carro y ponerme en marcha.

A medida que me alejo de la ciudad, la lluvia aparece y las gotas se pasean por el parabrisas. Me exijo mantener el control y no dejar que la angustia me paralice, aunque mis intentos son en vano. No puedo seguir, no puedo respirar con normalidad. Bajo la velocidad y me estaciono a un costado de la carretera.

—Extraña, tú no puedes hacerme esto. No puedes —Desesperada, cedo ante las infinitas ganas que tengo de desaparecer el dolor que se aloja en mi interior. Las palabras de mi abuela regresan y siento que la vida se me va en segundos. Algo anda mal. Puedo sentirlo.

Todo está bien, mi pequeña, todo estará bien, la voz de mamá se cuela entre mis pensamientos con esa frase tan común en ella, una oración que me reconforta y hace que mi respiración se estabilice de a poco.

—Por supuesto que todo está en orden —Me obligo a mantener la calma—. ¡Deja de llorar como una estúpida, Rachel! —Seco la humedad en mis mejillas y vuelvo a subirme al auto. Los kilómetros avanzan y el ruido de la urbe se pierde con ellos. No sé cuánto tiempo llevo conduciendo cuando diviso el letrero de bienvenida al pueblo que tantas veces he visto, el mismo que nos recibió cada fin de año que vinimos con papá y la extraña a visitar a la abuela, a pasar navidad en familia. Pensar en la risa de mamá durante esas noches junto al árbol y los regalos me llena de esperanza y de alegría, pero también de temor.

Sigo las indicaciones de la aplicación para saber hacia dónde debo girar, hasta que llego a la calle en la que se encuentra el centro médico. Veo en la pantalla del teléfono el mismo número de hace un rato.

—Nana, acabo de llegar. Ya estoy bajándome del auto.

—Mi niña —dice ella entre sollozos. La congoja en su voz me obliga a entrar corriendo al lugar. Me apresuro a buscar entre los pasillos a mi nana y hago caso omiso a la enfermera que pregunta hacia dónde me dirijo. La encuentro sentada, con las manos sobre su rostro. Me acerco sin querer hacerlo en realidad, esperando que todo sea una broma.

—Nana, ¿qué pasó con mamá? —pregunto y luego me arrodillo frente a ella. Acaricio sus rodillas, trato de reconfortarla —de reconfortarme— con ese

gesto. La abuela se descubre la cara y, cuando nuestras miradas se encuentran, el corazón y la vida se me quiebran.

—Karla acaba de fallecer, mi niña. Se ha ido.

—No, nana. No —suplico y siento que el aire se me escapa—. Por favor...

—Lo siento mucho —responde mi abuela y respira profundo.

—Ella no puede hacerme esto, nana. Dime que esto no está pasando. ¡Dime que esto no es real! —grito con desespero y la cabeza no deja de latirme. Todo parece nublarse alrededor —¡Esto tiene que ser una maldita mentira! Me lo prometiste, extraña, me prometiste que no me abandonarías y tú siempre cumples tus promesas.

Dejo que los sentimientos que insisten en matarme por dentro se adueñen por completo de mí. Me pongo de pie y descargo la furia que me calcina golpeando la pared hasta que mi abuela me abraza por la espalda y llora conmigo. Ambas hemos perdido lo que más queremos. Suelto un lamento desgarrador al recordar la noticia que sigue retumbando en mi mente y el hueco en el pecho se hace más profundo. Esta realidad me tortura como nada lo había hecho antes.

Yo siempre estaré para ti, fue lo que ella dijo en incontables ocasiones, pero esas palabras hoy no tienen sentido. Mi madre se fue y la vida se me va con ella.

SIEMPRE ESTARÉ A TU LADO

Tiempo atrás

Eso no es cierto, Rach —le dijo Karla a Rachel cuando apenas tenía cinco años—. La madre de Bambi no lo abandonó, amor, solo tuvo que...

—¿No lo viste, mami? Ella dejó a Bambi, no lo quiere.

—Mi pequeña, no llores —la consoló al ver que las lágrimas empezaban a bañar sus mejillas—. Ella lo protegió porque lo ama. Eligió mantenerlo a salvo antes que cualquier otra cosa.

—Tú nunca lo harás. Tú nunca me dejarás, ¿verdad? —suplicó la niña.

—Siempre estaré para ti, mi pequeña —Karla acarició el cabello de su hija y sonrió para tratar de calmarla—. No llores, Rach. Debes entender que la muerte también hace parte de la vida.

—No, no quiero —habló Rachel molesta, se aferró a los brazos de su madre y le pidió que apagaran el televisor. Ya no quería seguir viendo la película.

Ese día, aquella escena las marcó para siempre. En ese instante entendieron que en algún momento tendrían que decirse adiós, aunque sabían que nunca estarían preparadas para esa despedida.

—Amor, escúchame. Así como Bambi tiene que ser fuerte porque perdió a su madre, todos tenemos que serlo cuando las personas que queremos ya no estén. Además, aunque no lo creas ahora, ella siempre estará para él, al igual que yo estaré por siempre junto a ti.

—¿Me lo prometes? —preguntó Rachel con la ilusión más grande reflejada en sus ojos.

—Te lo prometo, hija. Siempre estaré a tu lado.

TIEMPO

Diciembre 7 - Compañías

Toda mi vida se derrumba. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que la abuela me dijo que mi madre había muerto, pero aún no termino de procesar las cosas. No sé si en algún momento podré hacerlo.

—¿Qué le hicieron? —cuestiono alterada al doctor que viene a hablar con nosotras—. Ella estaba bien. ¿¡Qué le hicieron!?

—Rach, mi amor, cálmate —pide mi nana y pone una mano en mi hombro. Me alejo de ella. No necesito malditos gestos de consuelo. Lo único que quiero es despertar de esta pesadilla.

—Señorita, el lupus es un asesino silencioso, se desarrolla rápido y muchas veces no es detectado a tiempo. El estado de salud de su madre no era bueno. La enfermedad había avanzado y el tratamiento no estaba funcionando. Desafortunadamente, sufrió un paro cardíaco y no hubo nada que pudiéramos hacer. Lo lamento mucho.

Niego con la cabeza sin poder creer lo que dice. ¿Mi madre se estaba realizando un tratamiento? ¿Por qué no me lo contó? ¿Cómo fui tan descuidada de no darme cuenta? Debí saberlo con el infarto que sufrió, debí deducir que estaba mal, que las razones que dio ante ese hecho no eran ciertas. Me mintió y yo confié ciega en sus palabras.

—Necesito verla —ruego entre sollozos y él asiente. Nos guía por el pasillo y, mientras avanzamos, la abuela se sujeta a mí y entiendo que no estoy sola en esto, aunque así lo sienta. Experimento un vacío que sé que empeorará apenas cruce por la puerta que abre el doctor y la idea de que ella ya no esté conmigo se haga tangible. Sus abrazos cálidos nunca volverán a recibirme.

—Extraña —Puedo observarla con un vestido blanco que se pierde en su piel pálida. Tomo su rostro entre mis manos y un par de lágrimas caen sobre la camilla. No la reconozco. No hay una sonrisa en sus labios, ella no es mi madre, no puede serlo. La tomo entre mis brazos y su ausencia me golpea sin clemencia, es un dolor tan agudo que amenaza con postrarme de rodillas —. Abrázame, por favor. Necesito grabarme tu abrazo como no lo hice la última vez que nos vimos —le imploro al cuerpo sin vida de mi madre. Su corazón ha dejado de latir y algo dentro de mí se ha ido con ella. Ya nada tiene sentido sin su presencia a mi lado.

Mi madre. Mi extraña.

—Rach, es mejor que salgamos —dice la abuela.

—Déjame —digo en un hilo de voz—. Déjame estar con mamá.

No puede pedirme que me aleje de lo único que me mantiene en pie. Por favor, despierta, mi mente le suplica una y otra vez, pero ella no me escucha. Me niego a aceptarlo porque entiendo que este apenas es el principio de una vida sin ella.

—¿Por qué no me dijiste lo que estabas pasando? Lo hubiésemos superado juntas —le reprocho en medio del dolor—. ¿Estás evitando mi sufrimiento ahora? Claro que no. ¿Cómo se supone que voy a seguir sin ti? ¡Dímelo! —Todo el suplicio que experimento queda grabado en ese grito. Me siento tan sola que me obligo a aceptar la mano que me da mi abuela y la acompaño afuera de la habitación.

Me lo merezco. Merezco sentir el dolor que me arrebató hasta el aliento. Mi madre estuvo sufriendo en silencio y no fui capaz de notarlo, no la cuidé como debí hacerlo por enfocarme en mi maldito mundo. El sentimiento de rabia y frustración es inevitable. Odio todo esto.



Conduzco gracias al calmante que me dio uno de los doctores del centro médico. La abuela va a mi lado. Un letrero nos indica que estamos por llegar al pueblo donde nació mamá, lugar en el que descansan los restos del abuelo y donde mi extraña quería que estuvieran también los suyos según me contó mi nana. Fue ella quien se encargó de llamar a los servicios exequiales para coordinar los registros y trámites necesarios para el traslado del cuerpo.

Vamos primero a la pequeña casa en donde todo comenzó y a la que solo había venido un par de veces cuando era niña. Le pedí a la abuela que trajéramos algo de ropa y empaqué toda la que pude para ambas pues pienso quedarme un tiempo aquí y ella estuvo de acuerdo. La idea de estar lejos de lo que queda de mamá me hiere. Es algo que no puedo soportar.

Mientras preparaba el equipaje, me derrumbé al ver las cosas de mi extraña. Me abracé a su suéter favorito y lloré mares tirada en la cama. No quise separarme de él, por lo que va también en la maleta.

Fue la abuela quien me sacó de ese estado para que tomáramos carretera. Me pidió una y mil veces que llamara a Mark y a Amy para avisarles, pero le dije que lo haría después, que no era el momento y que me entendiera. Ella asintió y me dio un abrazo.



El mundo se detiene. Aunque he estado físicamente cerca de ella, cada minuto que pasa la siento más lejos y vernos en el cementerio me confirma que la he perdido. Escucho que el sacerdote dice cosas que no entiendo y la mano de mi abuela se aferra a la mía. Estoy pasmada, ni siquiera hay lágrimas en mis ojos y no sé si es porque ya las he llorado todas o porque el calmante que me tomé hizo efecto. La receta del médico fue estricta, pero no creí que habría nada de malo si me tomaba uno antes de la hora indicada. Lo necesitaba para controlar el dolor que siento, mismo que merezco por no haber estado junto a mamá cuando más lo requería. Sin embargo, me di esa tregua porque, desde que recibí la noticia, los ataques de pánico se presentaron y no quiero que mi nana se preocupe. Ya he sido lo suficientemente egoísta.

Decirle adiós a mi extraña es doloroso. Verla metida en esa caja que será su última morada produce que un torrente de culpa se instale en mi pecho. El ataúd empieza a descender y el sacerdote sigue hablando. No lo soporto.

—Ánimo, todo mejorará —Escucho por milésima vez esas palabras y recuerdo que yo le dije algo parecido a Theo hace poco. Unos cuantos vecinos de mis abuelos vinieron a acompañarnos. Sonrío con amargura y cruzada de brazos. No soy capaz de decirles nada. Todo mejorará. Qué frase de mierda, pienso sin quitarle la vista de encima a los hombres que terminan de ordenar el lugar donde se encuentra enterrado el cuerpo de mamá.

Los minutos pasan y ahora solo somos mi abuela y yo en el lugar. Nos arrodillamos y un par de lágrimas ruedan por mis mejillas. La persona de mi vida ya no está. No volveré a escuchar su risa ni a recibir sus consejos. No habrá nadie que me entienda y que me cuide como lo hacía ella. Mi universo se queda sin bases y no me siento preparada para seguir adelante.

—Odio que me hayas enseñado todo, menos a vivir sin ti —susurro entre sollozos.

—Mi amor, por favor —dice la abuela y se pone de pie con cuidado—. Karla ahora estará bien.

—¿Estará bien? —exclamo histérica—. Por favor, nana, tú no. No digas esas jodidas palabras. Ya me las he aprendido de memoria, ¡y las odio!

—Estamos juntas en esto —Me abraza con dulzura—. Yo cuidaré de ti, mi niña, como ella lo hizo.

Tan pronto termina la frase, rompo en llanto. Siento su dolor, porque también es el mío. Ella perdió a su hija y yo a mi madre.

—Perdóname, nana. Yo tampoco te dejaré sola —Me reconforto en su contacto.

—Nos tendremos la una a la otra, mi amor.

El temor y falta de oxígeno vuelven a hacerse presentes. Es abrumador. La abuela me guía hacia la salida del cementerio. La casa está muy cerca de aquí y guardamos silencio durante todo el camino.

Cuando entramos, le doy un beso en la frente y voy hacia mi cuarto. Veo el móvil sobre la cama y una herida empieza a abrirse al darme cuenta de que Mark y Amy me han llamado y escrito con insistencia. ¿Cómo podré verlos a la cara y explicarles que, en medio de mi egoísmo, abandoné a la mujer que dio todo por mí? ¿Que como la imbécil que soy ni siquiera pude darme cuenta de que ella sufría? Soy una mala persona. No merezco estar en sus vidas. No quiero esta vida.

—Lo siento mucho —murmuro y apago el celular sin leer nada de lo que me han escrito. Es difícil hacerlo, pero ya no puedo seguir con esto.

Me recuesto y dejo que el tiempo pase. La abuela entra un par de veces y le digo que estoy bien, que solo me siento cansada. La claridad de la tarde empieza a desaparecer y no me molesto en encender la luz. Relacionar la oscuridad con el dolor en mi interior es acertado, combina a la perfección con mis pensamientos. Me aferro a la almohada y trato de dormir, pero su imagen regresa: pálida y recostada en una camilla. Sollozo con más fuerza al darme cuenta de que su recuerdo me lastima.

—Basta ya, por favor —ruego, los labios me tiemblan. Cierro los ojos con más fuerza intentando reprimir el dolor. Deseo dormir por un largo tiempo y olvidar, pero no lo consigo.

Oigo que mi abuela golpea a la puerta.

—Amor, tienes que comer algo —Trae un emparedado y un vaso con té. Me pongo de pie para recibirlo y lo dejo en la mesa de noche.

—Abuela, ve a descansar, por favor. Tú también debes estar exhausta.

—¿Comerás lo que te traje? —insiste y noto la preocupación en su rostro.

—Sí, nana. Te lo prometo —La abrazo, ella me regala una pequeña sonrisa y se retira. Cierro con cuidado la puerta y vuelvo a la cama. No tengo apetito.

Ya debe ser más de la medianoche y la tristeza y el insomnio son mi única compañía, dos especialistas con afán de cortejarme en esta miseria que otros llaman vida. Me levanto para buscar los calmantes. Esta vez, tomo dos pequeñas cápsulas. Suplico porque los efectos no tarden en aparecer.

—Mi pequeña, ¿qué estás haciendo?

Abro los ojos y el recuerdo de su voz me hace sonreír. Me siento en el borde de la cama con ánimo, me toma unos segundos caer en cuenta de que esta no es mi habitación. El buen humor se apaga a medida que vuelvo al presente. A la realidad.

—Rachel —La abuela llama y me pongo de pie para abrirla. Lleva una bandeja de comida—. No he querido molestarte antes, pero ya son las dos de la tarde. Tienes que comer algo.

—Tengo sueño, anoche no dormí muy bien —miento. No quiero que insista—. Necesito descansar. Te prometo que luego comeré.

Ella asiente, me siento culpable por engañarla.

—¿Cómo estás, nana? —le pregunto antes de que se retire, mantengo el tono de mi voz neutro—. Sé que todo esto es difícil, pero estaremos bien.

Mentira tras mentira salen de mi boca. Intento convencerme de que no lo son.

—Así es, mi niña —Sonríe con dulzura—. Te llamaré luego para que comas.

—Está bien —acepto y le doy un corto abrazo.

—Descansa —dice y se retira. Cierro la puerta y vuelvo a la cama. En la mesita todavía está el emparedado que me trajo anoche. Me cubro el rostro con las manos y mi respiración se agita.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Seguir mi vida sin ti como si nada? —me cuestiono—. Conozco tu respuesta, mamá, pero ojalá fuese tan fácil como parece.

El vacío en mi pecho vuelve, estar dormida es lo único que me quita esta sensación. Busco debajo de la almohada y me tomo un nuevo calmante.

Un par de voces hace que despierte de manera abrupta.

—¡No! Esto no puede estar sucediendo —El hombre habla fuerte. Lo reconozco.

Tomo el abrigo que era de mi extraña y salgo disparada a la sala. Los ojos hinchados de la abuela se enfocan en mí cuando entro. Danes Martins, el mejor amigo de mi madre.

—Rachel, lamento por lo que estás pasando —Se acerca y me estrecha entre sus brazos. Luce afectado.

—¿Qué hace aquí? —Es lo único que pregunto y me alejo confundida. Miro a mi abuela y ella niega con la cabeza como si intentara decirme que no tiene nada que ver con la presencia del padre de Amy.

—Mi hija está desesperada buscándote. Fui al pueblo donde queda la casa de la señora Grace y no había nadie allí. Recordé una vez que Karla mencionó que había crecido en este lugar, así que le pedí a un investigador que viniera y, bueno, aquí estoy.

—¿Mark y Amy también lo saben? —pregunto preocupada.

—Siéntate, hija —propone mi nana y le hago caso—. Iré por un té.

—Contésteme, ¿ellos saben que estoy aquí? —insisto cuando la abuela entra a la cocina.

—Me acompañaron al otro pueblo, pero decidí no involucrarlos en la investigación. Preferí venir antes de darle alguna esperanza a mi hija —Comienza a caminar de un lado a otro y se lleva las manos a la cabeza—. Cuando la mamá de Amy murió, Karla se convirtió en una figura importantísima en su vida. Esto la destrozará por completo, justo ahora que estaba tan feliz con la mejoría de Lucah —dice con tristeza.

Me alegra saber que el niño está mejor. Él ha luchado fuerte contra el cáncer y merece otra oportunidad. Me cubro el rostro y lloro cuando vuelvo a pensar en mamá y en que no estuve ahí para ella. Danes se sienta a mi lado y me consuela.

—¿Quieres ver a Amy y ese muchacho? —me pregunta.

—No sé si estoy lista —respondo y niego con la cabeza.

—Tómate el tiempo que necesites, Rachel. Mantente tranquila, me aseguraré de que no sepan que estás aquí —Respira profundo y me acaricia el hombro—. Ahora entiendo lo que Karla decía: Mentir a los que amamos

duele demasiado, pero a veces hay que hacerlo para evitar que sufran. Es el último acto de amor que nos queda.

—¿Usted sabía de su enfermedad? —cuestiono, aunque ya sé la respuesta. Lo último que dijo lo ha dejado claro.

—Ella no quería que te ilusionaras con su tratamiento. Estaba luchando por recuperarse. Esperaba un buen final en esto.

Sin embargo, eso no pasó. Saber que mamá guardaba una esperanza de superar su enfermedad me destruye.

—Váyase. ¡No quiero ver a nadie! —Me dirijo a la puerta y la abro. Enterarme de qué él sí lo sabía todo me enoja—. Y ya que es tan bueno guardando secretos, espero que cumpla con su promesa. No quiero que me encuentren. No quiero que nadie sepa que estoy aquí.

No merecí a mi madre y tampoco los merezco a ellos. Estarán mejor sin mí.

Enero 7 - Adiós

Los días no son buenos, las noches parecen infinitas, los minutos se transforman en horas y sigo esperando que aquellos sueños donde ella aparece no se conviertan en otra pesadilla de la que siempre pido a gritos despertar.

—Mañana —susurro entre las cobijas—. Mañana será diferente. Abriré los ojos y estarás aquí— repito lo que me he dicho durante el último mes buscando algo de esperanza, pero lo único que me la ha dado han sido los calmantes. Siguen siendo la mejor opción para hacer más llevadero el dolor, por lo que no dudo en ingerir uno y abrazar la almohada.



Regreso a casa y mi nana me recibe con un abrazo, a pesar de que no está de acuerdo con lo que hice. La acompaño unos minutos y luego voy a la cocina por un vaso con agua antes de encerrarme en la habitación. Me recuesto en la cama y agradezco que el auto haya estado a mi nombre. Fue un regalo que mamá me hizo cuando entré a la universidad, aunque siempre le pedí que fuera ella quien lo usara. Lo vendí porque necesitamos el dinero para mantenernos y no pienso dejar que la abuela gaste sus ahorros.

Pensar en mi extraña me destroza y rompo en llanto.

Febrero 7 – Amor propio bajo cero

Another day has gone, I'm still all alone. How could this be? You're not here with me, you never said goodbye. Someone tell me why did you have to go? And leave my world so cold?[1](#)

Resuena en la habitación You are not alone de Michael Jackson.

No estás sola. Yo estoy contigo, escucho un susurro o eso quiero creer. Suspiro y apago el pequeño equipo de audio, esta vez no tengo valor para escuchar la canción completa. No hoy, que se cumple otro mes de su partida. No hoy, otro día siete en que ella no aparece. Ya ni siquiera los calmantes sirven, aunque me ayudan a conciliar el sueño, alejándome del infierno en el que vivo. Todo es peor cuando despierto y el martirio regresa. Quedarme en el lugar en el que ella nació y fue sepultada no ha sido fácil, pero me aferro a la idea de que aquí estoy más cerca de mi extraña.

—Rach, iré a la iglesia, ¿vienes? —La voz de la abuela frena mis pensamientos. Ella entra a la habitación y yo niego con la cabeza de inmediato—. Cariño, llevas dos meses prácticamente encerrada, debes salir.

—Estoy bien, no tienes de qué preocuparte —repito la misma mentira de siempre.

—No lo estás, Rachel. Necesitas ayuda. ¿Y si llamamos a Amy o a ese muchacho del que Karla me habló maravillas? ¿Cómo es que se llama?

—Mark —pronunciar su nombre me duele como nunca lo había hecho. Lo necesito tanto que me lastima. No quiero depender de la presencia de una persona en mi vida, no otra vez—. Abuela, ya te dije que no quiero ver a nadie y me prometiste que no hablaríamos más sobre esto.

—Hija, por favor.

—Cuídate mucho y que te vaya bien en la iglesia —termino el tema y le doy un abrazo para tranquilizarla. Cierro la puerta y vuelvo a la cama.

Danes ha cumplido con su palabra. Es la única persona que sabe de mi estadía en este pueblo. He aceptado sus visitas para saber cómo estamos porque sé que él era muy importante para mamá, pero no me gusta verlo porque me conecta con la vida que tenía hace unos meses y eso duele. Extraño demasiado a Mark y a Amy, pero no puedo hacerlo, no puedo buscarlos. Lo único que merezco es esto, no a esas personas llenas de luz... Una luz que se apagaría estando a mi lado, como sucede con todo lo que me rodea.

Tomo la pequeña pastilla que se encuentra en el mismo sitio de siempre y la ingiero, prometiéndome, como el día anterior, que será la última. Solo

he salido de casa para ir al doctor a que me recete más calmantes. Los necesito para escapar de la realidad una vez más. Solo una vez más.

Marzo 7 - Ira

Tres estúpidos meses. La miseria y el autodesprecio terminan por consumirme. Intento reprimir el odio que me tengo, pero cada vez es más difícil ocultarlo.

—Espero te guste —Pongo un plato de sopa en el lugar de mi abuela, quien acaba de llegar de la iglesia. Sus ojos están rojos como cada séptimo día del mes. Aun así, sonrío agradecida.

—¿Tú ya comiste, cielo? —Asiento—. ¿Segura? Rach, mira lo delgada que estás, el estilo de vida que llevas no es sano.

—Sobrevivo, abuela —le respondo de mal humor. ¡Estoy harta de la misma conversación!

—La vida no se trata de eso, hija —Ella empieza con su típico discurso sobre la jodida vida—. Y tú no estás bien. Nadie puede estar bien despreciándose a sí misma.

—Nana, estoy bien —Respiro profundo antes de continuar—. Ya he aceptado que mamá no está, ¿vale? Ella se fue y no volverá.

—Cariño, regresemos a la ciudad, o al menos al pueblo. Necesitas retomar tu vida, volver a ver a las personas que quieres. Eso te hará bien.

No puedo. Verlos, llamarlos, ¿para qué? En algún momento también tendré que despedirme de ellos. ¿Por qué debería esmerarme en mantener a otros a mi lado? ¿Qué necesidad tienen las personas de engañarse con un «para siempre»? No existen, son una farsa y creer en eso solo termina arruinándote.

—Iré a mi habitación —le informo sin ánimos de continuar.

—¿Por qué te aíslas? ¿Por qué te castigas de esta manera? —gruñe y la tristeza se evidencia en su voz. Solo tengo una respuesta a su pregunta: Porque lo merezco y lo necesito—. Intento cuidarte, pero es muy difícil si no me ayudas.

—Estoy bien, ¿no lo ves? —puntualizo cada palabra.

—Iré al cementerio, ¿me acompañas? —pregunta llena de amor, pero no quiero ir. ¿Visitar su tumba cambiaría las cosas? Niego con la cabeza—. Entiendo, pero prométeme que pensarás en lo que dije.

—Lo haré, abuela. Te lo prometo —continúo en la mentira.

—Te quiero —Se levanta para abrazarme. Ella es lo único que me mantiene de pie.

Desearía ser como Mark en su momento Dory, y poder olvidarme de todo. Río con amargura al recordarlo.

—Nana —susurro sin soltarla. Hay muchas cosas que quiero decirle, pero simplemente no puedo—, cuídate, por favor.

La suelto y regreso a la habitación. Hoy no quiero evitar el dolor, sino sentirlo. Es extraño pensar que lo que antes llamaba felicidad ahora encaja más con lo que necesito: Dolor.

Busco en los cajones y encuentro el móvil. Lo enciendo por primera vez desde que llegué del entierro de mi madre. Tengo cientos de notificaciones de Amy, Steven, Theo e incluso de Jackson. Sin embargo, quien más trató de contactarse conmigo fue Mark. Entro a la app y veo que su último mensaje es del mes pasado y eso me lastima. Leo algo de lo que escribió y me lleno de culpa:

¿Hice algo mal? Por favor, habla conmigo,
lo solucionaremos juntos.

—No, Mark, tú no eres el culpable. Soy yo, una cobarde y egoísta que ni siquiera pudo explicar por qué decidió desaparecer. Vivo en un infierno, una pesadilla que no deja de repetirse y temo que jamás pueda salir de aquí. Tengo miedo de arrastrarte conmigo y tú no mereces eso —susurro y leo otro mensaje.

Rachel, solo dime que estás bien.

Prometí que siempre estaría para ti. Siempre estaré para ti.

Te amo, cariño, siempre más.

Me tensó al seguir leyendo lo que me han escrito él y también Amy. Quiero llamarlos. Me gustaría estar junto a Mark y que él me asegure que este suplicio acabará. Sin embargo, sé que él solo hará lo que todos: Prometer y no cumplir como hizo mi madre. Él solo hará que lo ame cada día más y, al final, me dejará.

Como todos. Como ella.

Ya no puedo seguir con esto. Me lastima.

Abril 7 – Falsa aceptación

Estoy bien.

Mayo 7 - Resignación

Hace un tiempo tocaba el cielo junto a los que amo y hoy me encuentro sola tocando fondo. He pasado días durmiendo apenas una hora desde que dejé de tomar los calmantes porque me cansé de lo que estaba haciendo conmigo.

Tres semanas atrás, volvimos al pueblo donde me enteré de la muerte de mamá y conseguí un trabajo que nos ayuda con los gastos. Me levanto de la cama y tomo el uniforme corto y apretado de mesera —lo odio porque me hace parecer una actriz de película porno—.

Agarro el móvil y busco un contacto cuyo número me sé de memoria; la rutina del último mes. Mantenerme despierta durante horas también significa recordarlo con mayor frecuencia. He querido llamarlo, pero ¿qué se supone que le diré? «Hola, hoy desperté aceptando que soy una estúpida. Resulta que también he aceptado que te necesito en mi vida». Sería muy egoísta de mi parte.

El mundo no se detuvo conmigo. Los meses que han pasado me siguen haciendo preguntarme si todavía encajo en la vida de Mark y de Amy. Probablemente no. El miedo vuelve a ganarme.

Antes de salir, me miro en el espejo y encuentro el reflejo de una mujer que se obliga a sonreír. Está delgada, hay ojeras en su rostro y su piel está pálida. No la reconozco.

—Abuela, ya me voy —grito al cruzar la puerta.

—Cuídate, cielo. Mañana es fin de semana e iremos al otro pueblo a visitar a Karla —La escucho decir desde su habitación. Se supone que hoy deberíamos estar allá, pero mi jefe no me dio permiso.

Sonrío agradecida por la paciencia que mi nana ha tenido, sin ella no hubiese conseguido salir del hueco en el que estaba —el en que sigo—. Aunque jamás le hablé de cómo abusé del consumo de los calmantes, estoy segura de que lo intuía. Además de que cada vez era más difícil mantener mi equilibrio, los efectos de las pastillas empezaban a ser notorios. Mi abuela se negaba a dejarme sola, incluso dormía conmigo. Ella me salvó.

He sido inmadura. Pensar que mi madre me había abandonado era más fácil que aceptar el hecho de no volver a verla. Hoy, al fin entiendo que no fue su elección y, aunque recordarla sigue doliendo, debo continuar. Ojalá algún día pueda pensar en ella y ser feliz rememorando nuestro tiempo juntas. Me lleno de valor y voy a la capilla que está cerca de casa.

—Te extraño, mami —digo en voz baja mientras me arrodillo—. ¿Sabes?, necesito hablarte y que tú puedas responderme. Te necesito.

Trato de no llorar, no quiero que mis ojos estén hinchados pues mi jefe ha sido claro con el tema del aspecto en el trabajo.

—Te pido perdón por haberte decepcionado. Pensé que todo estaba bien y me concentré solo en mí, mientras tú llevabas auestas una carga enorme —Miro hacia arriba y suelto el aire que tenía contenido. Las lágrimas aparecen—. Calma, Rachel. Te despedirán y necesitamos el dinero —repito. Mi móvil empieza a sonar y, por un momento, imagino que es él. Escuchar su voz sería maravilloso.

—Rachel, ¿vas a volver a llegar tarde? —dice mi jefe al otro lado de la línea.

—Estoy en camino, perdone, es que he venido... —Hago una pausa. Lo que me pasa ni si quiera le importa—. He tenido que hacer algo importante. En quince minutos llegaré.

—En diez minutos te quiero aquí —Cuelga antes de poder contestarle. Ese hombre suele estar de mal humor, pero hay días en que se supera. Por lo visto, hoy es de uno de esos en los que no soportará que un empleado lo mire a la cara.

—Te amo, mamá. Mañana iré a visitarte.

Salgo deprisa de la capilla y le alzo la mano al taxi que viene cerca.

—A Market House, por favor —pido al conductor. Sonrío como todos los días cuando veo el nombre del lugar en el que trabajo. Me lo recuerda y me anima a seguir intentándolo.

Apenas llego, me las ingenio para entrar por la puerta trasera, con tan mala suerte de que allí está mi jefe, quien no duda en asesinarme con la mirada.

—Solo han sido nueve minutos, señor —informo y dejo mis pertenencias en el casillero.

—Y hemos abierto hace quince —gruñe mal humorado—. Ve a entregar este pedido a la mesa cinco y toma la orden de la diez. ¡Ahora!

Hago lo que me dice, llevo el gran combo de papas con hamburguesas al grupo de chicas que lo esperan.

—Hola. Aquí está su pedido —Les dejo la comida y me dirijo hacia la mesa diez. Hay un hombre con una gorra roja de los Lakers. Su contextura me es familiar—. Buenos días, ¿qué quiere ordenar?

Al verlo a la cara, quedo atónita.

—Jackson.

—Hola, Rachel —Una sonrisa se dibuja en su rostro—. Cuánto tiempo.

—No es posible —niego y me preparo para alejarme, pero sus palabras me detienen.

—Pensé que nunca iba a encontrarte. Visite este pueblo varias veces durante las primeras semanas en que no hubo noticias tuyas. Continué indagando en las redes sociales, pero nada, ni una publicación. Cuando iba a darme por vencido, un amigo que estuvo aquí para pasar el fin de semana me dijo que te había visto en una tienda cercana. Vine de inmediato y días después descubrí que trabajabas en este restaurante —Baja la cabeza y suspira—. Lamento lo de tu madre. Quizá no me creas, pero la apreciaba.

—¿Cómo te enteraste? —inquiero alarmada.

—Te seguí cuando ibas con tu abuela. Entraron al cementerio de un pueblito y esperé a que salieron de allí para acercarme a ver a quién visitaban.

—Vete, debo seguir trabajando —No voy hablar de esto con él.

—Entiendo que quisiste alejarte, aunque estoy seguro de que, en realidad, querías que yo viniera por ti. Y mira, estamos juntos de nuevo, no paré de buscarte, a diferencia de tu príncipe azul. No te amaba tanto como decía.

—No tengo nada que hablar contigo, Jackson. Muchas gracias por venir —Trato de alejarme, pero me agarra con fuerza de la muñeca—. No me toques —exclamo. Mis palabras no parecen importarle porque se pone de pie y me sujeta por la cintura—. ¡Basta!

No soporto más su abuso y le doy una bofetada.

—¿Te volviste loca? —Mi jefe aparece—. No le puedes hacer eso a un cliente, estás despedida.

—No, por favor —le suplico. No puedo perder este empleo.

—Ve por tus cosas y lárgate.

Resignada, hago caso y salgo por la puerta trasera.

—Sin trabajo, sin tu amor, amiga ni familia —Apenas abandono el lugar, Jackson está esperándome—. Solo me tienes a mí.

—Desaparece de mi vida —le pido. Quiero irme y dejar de verlo lo más pronto posible.

—Ya deja de hacerte de rogar, ambos sabemos que me querías aquí.

—A la única persona que no deseaba ver es a ti.

—¡Deja de despreciarme, Rachel! —Grita y me arrastra contra la pared.

—Suéltame —chillo, doblando mi cuerpo por el dolor—. ¡Ayuda!

—Es obvio que deseabas que viniera —insiste y la rudeza con la que me presiona se hace peor. Ahora me mira con rabia—. Tú eres la culpable de todo esto.

Pega su cuerpo al mío y me siento asqueada. Sus manos van hasta mi cabeza mientras desliza los dedos por mi cabello. Me obliga a acercar mi boca a la suya. Aprieto los labios, negándome a besarlo.

—No —Sollozo y su reacción me sorprende.

—Está bien, te dejaré en paz. Necesitas estar sola un tiempo más para darte cuenta de que conmigo serás feliz. Soy lo único que tienes —suelta y me da un beso en la mejilla.

No le creo nada, pero me alivia verlo alejarse. Estoy asustada y tomo el primer taxi que pasa. Las manos aún me tiemblan cuando llego a casa.

—¿Llegas tan temprano? —pregunta mi abuela desde el sofá de la sala.

—Es una larga historia y no quiero hablar de eso ahora. Por favor.

—Está bien, hija, pero hay algo sobre lo que sí debemos conversar —Se pone de pie, se acerca a un mueble y toma un sobre amarillo. Había varios cuando volvimos aquí y solo los ignoré—. Creo que ya no podemos aplazarlo más —dice y me lo entrega. Leo con atención el membrete:

G.J.H.A.

Nueva citación a la lectura del testamento y
herencia de Karla Evans de Lombardo.

Fecha: mayo 27 del 2022

Lugar: Calle Maxwell 3426, Torre Walker ECN

Abogado George Müller

1 Otro día se ha ido, aún estoy solo. ¿Cómo pudo pasar esto? Tú no estás aquí conmigo, nunca me dijiste adiós. ¿Alguien puede decirme por qué tuviste que irte y dejar mi mundo tan frío?

OceanofPDF.com

Hoy no quiero hacerme la fuerte, hoy quiero llorar hasta sentir que no me quedan lágrimas, disfrutar de esta cita pesimista conmigo. Hago la maleta sin doblar ninguna prenda, mientras me repito las palabras de mamá en el sueño que tuve anoche. «Tienes que seguir con tu vida», me decía en tono comprensivo. «Ya no te tengo y tú eras mi vida», respondí. «Pero te tienes a ti, mi amor, y esa es una razón suficiente para seguir adelante», casi siento cuando me rodeó con sus brazos y cerré los ojos ante su contacto. Pareció tan real.

Ya no quiero ver el tren pasar y quedarme sola en el andén. Aunque la decisión de volver a la ciudad me asusta, necesito hacerlo. Como cada día, temo enfrentarme a esta nueva vida en la que ya no están ni mi madre, ni Mark ni Amy. Aunque intenté retrasar mi regreso, el momento ha llegado.

—Rach, el taxi está aquí —informa mi abuela al tiempo que entra a la habitación. Luce animada y eso me hace feliz. No duda en acercarse y sentarse a mi lado.

—Tengo miedo, nana —confieso—. Miedo de regresar a casa y no ser capaz de acostumbrarme a no verla ahí, donde siempre estuvimos la una para la otra. De estar en una ciudad donde creí tenerlo todo y ahora parece que no me queda nada.

—Mi niña... Tienes a Mark, a Amy, a mí, incluso al gemelo del que me has hablado —Una sonrisa brota en mi rostro al reconocer lo mucho que he extrañado a Steven. ¿Habrás logrado conquistar a mi amiga? ¡Dios! Han pasado cinco meses, ¿qué he hecho?

—Gracias por estar junto a mí, nana —La estrecho en mis brazos y me lleno de nostalgia.

—De nada, cielo.

El taxista nos ayuda con el equipaje y le agradezco porque sigo sintiéndome débil, lo poco que he dormido durante este último mes me pasa factura cada día. No paro de preguntarme si en algún momento dejará de dolerme la muerte de mamá. Aunque las ganas de renunciar a todos los planes y quedarme se hacen presentes, entro al auto en compañía de mi abuela.

Extraña, siento no haber entendido tu muerte y no ser fuerte como tú lo eras. Gracias por ser la mejor madre, gracias por siempre empujarme a luchar por mis objetivos. No voy a defraudarte, te lo prometo, medito mientras salimos del pueblo. Me despido de este lugar con una herida incurable que sangra cada segundo con más intensidad y que espero sanar pronto.

Llegamos dos horas después y no puedo creer que estoy de regreso aquí. Los recuerdos me abruman, me golpean y apenas me dejan respirar. Todo se derrumba al revivir el día que estuve por última vez en esta casa, la presión en mi pecho es insoportable. ¿Podré con esto?

—Estoy aquí —La abuela sujeta mi mano.

—Lo sé, nana —Tomo aire y entramos al lugar polvoriento y abandonado que solía llamar hogar.

—Iré por materiales de limpieza —anuncia al tiempo que deja las maletas en el suelo.

Ayudarla a arreglar la casa me relaja. El tiempo pasa y la tarea está finalizada. Nos sentamos a la mesa a comer lo que pedimos. Me alegra que, semana tras semana, mi apetito se haya recuperado.

—Rach, deberíamos descansar, tu cita con el abogado será en la mañana —aconseja mientras terminamos de cenar.

—¿Puedes dormir conmigo? —Me siento avergonzada por molestarla, pero me cansé de mentirme, no estaré bien despertando en esa cama con el anhelo de que todo sea como antes.

—Por supuesto que sí, cielo —acepta con una sonrisa acogedora—. Acomodaré mis cosas, me ducharé e iré a tu habitación. ¿De acuerdo?

—Gracias, nana. Te amo —Me acerco y la abrazo. La abuela me ha dicho varias veces que nadie puede amar a otros si no se ama a sí mismo y he estado trabajando en recuperar el amor propio, en dejar de despreciarme. Esa es una de las tantas cosas que le debo.

—Te amo, hija —responde con su voz entrecortada y luego va al cuarto que era de mamá mientras yo voy al mío a tomar una ducha. El agua caliente que recorre toda mi piel me relaja. Vuelvo a la habitación, busco en el armario algo para ponerme y encuentro una camisa gris con la que alguna vez me quedé.

«¿Qué?», le pregunté ese día a Mark entre risas ante el gesto sorprendido que él hizo al verme con su camisa.

«Señorita Lombardo, usted se robó algo mío».

«Puede que la haya tomado sin permiso, profesor Harvet», dije con inocencia mientras él, apoyado en el marco de la puerta de su habitación, recorría con la mirada mis piernas descubiertas.

«No solo has robado mi corazón, Rachel». Se acercó a mí y puso sus manos en cada lado de mis caderas, lentamente empezó a acariciarme. «Me encanta verte con mi camisa puesta, pero me gustas más sin ella».

—Rachel, cielo —La voz de mi abuela me devuelve al presente. Me observo en el espejo y estoy sonrojada.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar?

—Sigue, nana —Uso la prenda de Mark como pijama.

—¿Eso es tuyo? —pregunta sonriente y señala lo que llevo puesto.

—Es de Mark.

—Pues ese muchacho es muy grande, porque la camisa te queda enorme —Ambas sonreímos.

—Lo es, abuela —suelto y nuestra carcajada se agudiza—. Y creo que este nuevo corte también me hace ver más delgada.

Antes de empezar a trabajar en el restaurante, fui al salón de belleza y le pedí al chico que me atendió hacerme un cambio radical. Puede sonar tonto porque solo es un corte de cabello, pero para mí significó un nuevo comienzo.

—¿Piensas comunicarte con él?

—Lo llamaré después de la reunión con el abogado, ojalá conteste.

Llevo días intentando contactarlo, pero no he encontrado respuesta. Su teléfono parece fuera de servicio. ¿Habrá cambiado de número?

—Todo irá bien.

—¿Y si ya no encajo en su vida, nana?

—No pienses en eso, cielo. Ese muchacho, del que Karla y tú me han hablado maravillas, te entenderá.

—Ojalá —menciono esperanzada—. ¿Seguro que no quieres acompañarme mañana?

—No, hija. Creo que esto debes manejarlo tú sola.

Asiento y la invito a acomodarse en la cama mientras yo voy a la sala por mi equipaje. Aunque he luchado contra el insomnio, hoy no puedo

hacerlo, necesito dormir. En realidad, lo necesito. Tomo una pastilla y espero que los efectos no tarden en aparecer.

Los rayos del sol naciente se filtran por los extremos de la ventana para anunciar un nuevo día. Animada, me levanto de la cama sin querer despertar a mi abuela. Elijo un vestido negro suelto, me arreglo con rapidez, ni siquiera lucho con mi cabello que, con el nuevo corte, insiste en mantenerse rebelde.

Poner un pie fuera de casa provoca que las dudas vuelvan a atemorizarme. ¿Qué tanto ha cambiado todo? Y no solo pienso en su número telefónico, sino también en sus sentimientos. Es egoísta desear que me quiera en su vida cuando fui yo la que se marchó así, de repente, pero lo amo y revisar el último mensaje que me envió meses atrás mantiene vivas mis esperanzas.

Te amo tanto, Rachel. Esperaré el tiempo que sea necesario.

Tuyo siempre,

Mark Harvet.

Intento alejar los nervios que me acechan. Tomo el primer taxi que pasa, le indico la dirección que aparece en el sobre y pienso en el testamento, en lo que mamá pudo haber consignado en él. Llego a las nueve de la mañana. Le digo a la recepcionista que voy para G.J.H.A., ella revisa su computadora, me indica que siga al segundo piso y me entrega una tarjeta de entrada.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo? —Me recibe sonriente la secretaria del despacho. Su gesto se ve demasiado forzado, ¿no le dolerá la boca de mantener esa expresión todo el día? Ahora entiendo a mi jefe en el restaurante cuando decía que debíamos estar ‘siempre sonrientes’.

—Buenos días. Tengo una cita con el abogado George Müller.

—¿Señorita Lombardo? —Asiento—. Oficina 215. Puede seguir por aquí —señala a la derecha.

Le agradezco y, cuando doy un par de pasos en esa dirección, veo algo que me intranquiliza. Hay un letrero gigante con la sigla del bufete y, justo debajo de ella, dice lo que significa: Grupo Jurídico Harvet & Asociados. No busqué nada en internet antes porque no quería más cosas que me recordaran a mamá.

—Esto tiene que ser una coincidencia —me digo, aun sabiendo que Steven es abogado y que seguro esta es su oficina.

—¿Rachel? —Su voz me lo confirma. Volteo para verlo y suelto un suspiro. Él se ve tan sorprendido como yo. Parece que hubiera visto una aparición.

—Hola —le respondo y su rostro empalidece cuando mira hacia una de las puertas del piso. Lo imito y mi corazón deja de latir al reconocer a Mark. He deseado verlo desde que desperté y encontrarlo tan de repente me deja sin aliento.

—¿Qué haces aquí? —Su tono de voz es frío. Flaqueo ante la dureza con la que me mira, como si fuese una completa desconocida. Lo sé, me lo merezco. Lo abandoné sin darle motivos. Desaparecí, puse una distancia entre nosotros, una que ahora él remarca.

—Mark, ¿podemos hablar? —Mi petición sale en un hilo. Él no dice nada y eso duele más que una respuesta negativa. Doy un paso al frente para estar más cerca suyo—. Por favor.

—No, Rachel. No es el momento —Quizá tenga razón, este no es el mejor lugar o circunstancia para hablar, pero algo dentro de mí me advierte que es ahora o nunca, que tal vez no haya otra oportunidad.

—Necesito explicarte muchas cosas.

Sus ojos están rojos y me dedica una sonrisa que hace que se forme un nudo en mi garganta. Hay incredulidad en la forma en que sus labios dibujan su gesto. Da media vuelta, dispuesto a irse, por lo que tomo su mano para impedirselo. Sus músculos se ponen rígidos.

—Rachel, estoy de acuerdo con Mark, no es el momento. No le hieras más —susurra Steven, el mismo chico que desde que conocí fue mi cómplice y que ahora me acusa de lastimar a su hermano. ¿Qué hice? He vuelto a ser egoísta con los que amo. Los he perdido.

—Aquí estaban ustedes dos. Solo quería avisarles que Amy y yo estamos... —comenta una mujer y se concentra en Mark—... Oh, perdón por interrumpirlos.

—Samantha, ¿qué te parece si vamos con Amy? —La sonora voz de Steven destruye el incómodo silencio que se ha formado.

¿Samantha? ¿Será la misma Samantha que fue su novia, su primer amor? Me inunda una sensación extraña. De repente, me siento una intrusa. Suelto a Mark y sé que voy a llorar en cualquier instante. Él me mira inexpresivo y la herida se abre un poco más.

—¿Amy está aquí? —pregunto. Deseo verla, aunque tengo miedo de que ella tampoco quiera saber de mí.

—¿La conoces? —dice Samantha animada.

—Vamos, Sam —insiste Steven.

—Te esperamos en la oficina, Mark —Él asiente y, antes de marcharse, ella deja un beso en su mejilla.

—Está bien, cariño. No tardaré.

Cariño. Niego con la cabeza al escuchar esa palabra tan familiar para tratar de convencerme de que entendí mal. ¿Es posible que ellos estén saliendo? Esto tiene que ser una nueva pesadilla. La incertidumbre me oprime el pecho y se me dificulta respirar.

—¿Tú y ella... —le pregunto apenas nos quedamos solos, a pesar de que me aterra lo que pueda contestar. Él mantiene la actitud controlada y distante—. Mark, entiendo que estés ocupado, pero prométeme que hablaremos. Por favor.

—Está bien. Aunque ya no importe, me gustaría tener las respuestas que durante tantos meses busqué.

¿Aunque ya no importe? Dejo al descubierto mi dolor y sollozo.

—Lamento haberme ido de esa manera.

—¿Lo lamentas? —Se ríe sarcástico y unos segundos después hay una emoción diferente en su rostro, está completamente enojado—. ¡Desapareciste por cinco jodidos meses, Rachel! —Habla entre dientes con indignación—. Soy yo el que lamenta no ser capaz de mirarte o escucharte, ni siquiera por lo que alguna vez significaste para mí —dice y me lastima que hable en pasado. Eso termina por destrozarme, por llevarse cualquier esperanza que tuviera.

—Sé que te debo una explicación.

—No, no me debes nada. Como yo tampoco te debo nada a ti. Ahora, si me lo permites, debo irme.

—Siento haberte hecho daño, Mark —repito.

—Y yo siento habértelo permitido.

Miro al suelo, el dolor en mi pecho me amilana. Todo se vuelve oscuro y lloro. Él da un paso hacia mí y, cuando pienso que seguirá acercándose, da vuelta y se marcha.

—Ahora yo te quiero más —susurro. Las lágrimas caen por mis mejillas y noto cómo se me corta la respiración. Lo he perdido y soy la culpable de

eso por mis decisiones, miedos y egoísmo. Me había preguntado si aún encajaba en su vida y ya tengo una respuesta, una que me tortura: No significo nada para él, soy el fantasma del amor que alguna vez nos juramos y entre nosotros solo queda este corazón que, aún herido por el rechazo, continúa latiendo por Mark.

OceanofPDF.com

ENTENDER...

Mark

Meses atrás

Diciembre 7 – Una promesa

Le dije a Rachel que iba a ir por Dory, pero debía resolver algo primero.

—¿Te volviste loco? ¡Maldita sea, Harvet! —Ildet reprochó enfurecido mis decisiones. Caminaba inquieto de un lugar a otro en su despacho. Permanecí apacible, sentado en la silla frente a su escritorio con las piernas cruzadas.

—Lo lamento, sé que no ha sido profesional ni ético de mi parte —hablé con sinceridad—. Salir con una alumna nunca estuvo en mis planes, pero no pude detenerlo.

—¿En serio crees que vale la pena tirar todo a la basura por una aventura?

—No es una aventura, Wens. Amo a Rachel y esa es mi mayor certeza.

—Lo siento, Mark. Te estimo y también a tu familia, pero si no te alejas de esa chica, tendré que despedirte —Su voz es una mezcla de sorpresa y enojo.

—Conozco las normas. Hoy mismo tendrás mi renuncia oficial.

—¿De verdad vas a hacer todo esto por ella?

—Me conoces, Wens. Sabes que haría lo que sea por las personas que amo y eso la incluye a ella. Sin embargo, este no es el caso. No estoy renunciando a todo, tan solo acepto los cambios que implican una relación, y elijo lo que me dé tranquilidad junto a la mujer con la que quiero estar.

—Enloqueciste, Mark —soltó desesperado y respiró profundo mientras volvía a su asiento, intentando recuperar la compostura.

—No enloquecí, me enamoré.

Me enamoré de alguien que no debía, pero fue inevitable.

—¡Es lo mismo!

—Puede que sí, pero es el tipo de locura que elijo para mi vida.

—La conoces hace apenas unos meses. Ni siquiera a esa muchacha, la mejor alumna de tu promoción, ¿cuál era su nombre? —Chasqueó los dedos pidiendo una pista de mi parte, pero lo ignoré—. Bueno, ella fue tu novia por años y nunca te escuché con planes alocados de casarte.

¿Qué necesidad tenía de mencionar a Samantha en esto? Nuestra relación fue buena, pero se había terminado hace tiempo. Eso era cosa del pasado.

—Wens, tengo veintiséis años y considero que he vivido lo suficiente —Hice énfasis en las dos últimas palabras—, al menos lo necesario para saber lo que quiero. Vine a contarte las cosas por la confianza que te tengo como amigo, pero te pido que entiendas que esta es mi decisión.

—Y como amigo tuyo y de tu familia te aconsejo que lo pienses bien. No creo que sea una noticia que le agrade a tus padres cuando regresen de su viaje.

—Ya hablaré con ellos —agregué y lo miré fijo—. Wens, antes de irme, necesito un último favor de tu parte.

—¿De qué se trata?

—Permite que Rachel continúe en la universidad. No dejes que el consejo estudiantil la perjudique por este tema.

—Haré lo que pueda —aseguró y terminamos la reunión. Yo estaba feliz por regresar al departamento porque ella me esperaba allí y podría entregarle el anillo que tenía preparado con la promesa de un futuro juntos.

TIEMPO

Enero 7 - Desesperación

La llamaste de nuevo? —Miré con recelo a Amy. Por supuesto que la había llamado como todos los días en ese último mes—. Es que no entiendo qué sucede.

Al igual que ella, yo también seguía buscando razones para comprender su distanciamiento. ¿Dónde estaba? ¿Por qué nadie nos daba información suya? Seguí preguntándome con la esperanza de encontrar respuestas.

—Mark, ha pasado un mes, tienes que parar un poco. No comes, no duermes, vives pegado al móvil esperando la llamada del investigador o de la policía. ¿Y si Rachel no quiere que nadie la encuentre? —El comentario de Steven heló la sangre en mis venas.

—No. Algo tuvo que pasar —musitó Amy y apoyé su comentario.

—Lo sé, Martins, y seguiremos buscándola, pero no voy a permitir que mi hermano se estanque de esta manera —habló Steven con seriedad y ella bufó malhumorada—. Cada día visitando hospitales, estaciones de policía y morgues. Esto tiene que parar ya, por eso contratamos al investigador que tu padre nos recomendó.

—Quiero estar solo —les pedí, ya estaba cansado de escucharlos discutir mientras mi corazón se rompía porque estaba convencido de que había un motivo para lo que estaba ocurriendo y no lo conocía. Estaba seguro de que yo no era el único que sufría con eso.

—Llamaré de nuevo a casa de su abuela y a sus vecinos. Quizá sepan algo esta vez. Te avisaré cualquier novedad —Asentí ante el comentario de Amy, quien también estaba destrozada por la ausencia de su mejor amiga.

Al quedarme solo en las jodidas cuatro paredes del departamento, donde no hacía más que recordarla, decidí ir por Dory. Ese pequeño hámster me hacía sentir cerca de ella.

—Hey —dije acariciándola. Mis labios se curvaron en una sonrisa al pensar en las razones por las que decidí regalársela a Rachel—. Vamos a esperar todo lo que sea necesario.

Suspiré con pesadez y mi mente volvió al constante interrogatorio. Desde el primer día me planteé todos los escenarios y razones posibles para su partida.

—¿Hice algo mal, Rachel? ¿Huiste de mí... De lo nuestro?

Negué con la cabeza y mis ojos se llenaron de lágrimas. Dejé a Dory en su jaula y me recosté en la cama. Tomé el celular para enviarle un mensaje a Rachel, algo que no había dejado de hacer ningún día.

Ahora mismo podría decirte o preguntarte tantas cosas,
pero me basta con recordarte que te amo.

Febrero 7 - Esperanza

Desde que ella se fue, mantuve la ilusión de que regresara, una esperanza que me hacía sentir como un idiota y que había empezado a odiar. Me estaba destruyendo.

—Mark —llamó Amy desde la puerta. Le había dado acceso a mi departamento porque cada día pasaba y hablábamos sobre Rachel—. ¿Tienes alguna novedad?

Negué decepcionado y le conté de mi travesía al visitar de nuevo el pueblo. Nadie atendió y los vecinos seguían sin saber nada. Fue difícil darme cuenta de cómo las ilusiones que tenía de verla seguían desvaneciéndose.

¿Por qué desapareció junto a su madre y su abuela? No lo entendía. Aunque solo quedaba una semana de clases cuando pasó todo, estaba seguro de que Karla no apoyaría que su hija dejara los estudios sin una razón lógica. Un nuevo semestre había empezado y ella seguía sin aparecer. Algo andaba mal, muy mal. Tuvo que pasar algo grave. El sonido del móvil interrumpió mis pensamientos. Un mensaje del Ildet.

—Debo responder —dije a Amy, ella asintió y fue hacia la cocina.

Imposible, Mark. Rachel Lombardo no presentó los exámenes ni los proyectos finales en ninguna materia, y tampoco ha remitido una excusa médica o de fuerza mayor.

Reprobará el semestre y no hay nada que podamos hacer.

Me llevé la mano al cabello y deslicé mis dedos por él, me sentía frustrado por lo que pasaba. Sabía lo mucho que ella se había esforzado durante todo el periodo y ahora iba a reprobarlo. No era justo y lo que más me molestaba era que Ildet no fuera capaz de ayudarle en lo más mínimo. En ningún momento le pedí que le regalara las notas, sino que mantuviera abierta la posibilidad de que, en su regreso, pudiese culminar el periodo.

No quería llegar a esto, pero si no permites que Rachel tenga la oportunidad de presentar sus exámenes y trabajos de cierre de semestre a su regreso, hablaré con mi familia para replantear la ayuda que le damos a tu

universidad. Un centro educativo que no piensa en el bien de sus alumnos no es un lugar al que la familia Harvet le interese apoyar.

Y no lo digo solo por el caso de Rachel, sino por lo poco amables que fueron las directivas con Theo Blaker.

Su abuela falleció y, en lugar de comprender la situación y darle el respectivo acompañamiento, decidieron reprobarlo.

Dejé el teléfono en la cama y volví a la sala.

—¿Desayunaste? —preguntó Amy al verme.

—Sí, con Romina y mis sobrinos —comenté y ella hizo un mohín al recordar las razones por las que me reuní con mi hermana—. Aman a Dory, estará bien con ellos.

Fue una decisión difícil, pero debía hacerlo. Dory necesitaba de cuidados y yo apenas podía conmigo. Mis sobrinos la amaban y eso me tranquilizaba. Era lo mejor. Además, tenerla en el departamento me hacía recordar a Rachel, lo que empezaba a doler cada vez más.

Marzo 7 - Nostalgia

Rachel, ¿dejaste de quererme? Aunque me dolería, prefiero que me respondas cualquier cosa a la tortura de no saber nada de ti. Esto me está matando.

Me convencí de que, a partir de ese día, no volvería a tratar de contactarla. Aguardaría por ella en silencio, sin más llamadas o mensajes que no tendrían respuestas.

Te amo tanto, Rachel.

Esperaré el tiempo que sea necesario.

Tuyo siempre,

Mark Harvet.

Mi corazón insistía en recordarla, pero Steven tenía razón. Yo no estaba bien, debía parar de buscar respuestas.

Abril 7 - Cuando el amor duele

Alejarla de mis pensamientos era difícil. Aunque por mucho tiempo intenté mantener las esperanzas, ya no quedaba nada. Empecé a creer que ella no volvería. El último informe del investigador ya no parecía tan descabellado y quizá tenía razón. Rachel decidió irse y, si eso era lo que ella quería y estaba bien con su elección, debía aceptarlo así me matara hacerlo.

Pero ¿por qué? ¿Cómo pudo irse sin dar razones? Mi móvil sonó y, cuando el semáforo se puso en rojo, revisé la notificación. Era Amy

regañándome porque ella y Steven llevaban diez minutos esperándome en la cafetería en la que quedamos de encontrarnos. Le escribí para informarle que ya estaba por llegar.

—Media hora tarde, Harvet. ¿Qué pasó con la puntualidad? —Al entrar al lugar, Amy habló tan alto que llamó mi atención y la de todos en el sitio. A nuestro alrededor se reían por lo escandalosa que resultaba y ella parecía divertirse con la situación—. Los llamo por su apellido porque no sé quién es mi novio, pero estoy sentada con uno igualito, así que no es traición, eh —bromeó provocando más carcajadas por parte de los espectadores.

—Siéntate, Steven —dijo mi hermano ganándose un golpe de ella—. Oye, solo te estaba siguiendo el juego.

—Ups, pensé que sí me había confundido —volvió a bromear y mi gemelo frunció el ceño en un gesto lleno de falsa indignación.

—Pero si es tan fácil reconocernos —reprochó Steven y yo sonreí negando con la cabeza.

No era del todo fácil, por eso me sorprendía cada vez que Rachel nos identificaba. Amaba la manera en la que ella notaba las pequeñas diferencias en nosotros. Suspiré y traté de alejarme de su recuerdo.

—Bueno, ¿por qué estamos aquí? —pregunté para cambiar de tema.

—Steven y yo queríamos contarte algo relacionado con la broma que hice hace un momento —Amy lucía nerviosa mientras hablaba. No se necesitaba ser un genio para saber que ellos al fin aceptarían que se querían y nada me alegraba más que verlos juntos.

—¿Al fin van a decirme que son novios? —Ambos me miraron sorprendidos—. Venga, es obvio. Me hace muy feliz que me lo hayan dicho... Esperen, fui yo quien lo dijo.

Todos nos reímos en complicidad. Amy tomó mi mano y le di un apretón en aprobación.

—¿Mark? ¿Steven? —Una voz familiar se escuchó a mi espalda, giré para comprobar de quién se trataba.

—Samantha —respondí y me esforcé en contener mi asombro al verla. ¿No estaba viviendo fuera del país?

—Sam —le habló Steven igual de extrañado que yo.

—Que gusto verlos —Ella avanzó hacia nosotros, en su boca se dibujaba una sonrisa genuina. Lucía diferente. Su cabello ya no era castaño,

sino de un tono negro que la hacía ver más joven. Sus ojos se fijaron directo en mí—. Mark, cuanto tiempo.

—Ejem. Hola, soy Amy Martins.

—Un placer conocerte, Amy. Mi nombre es Samantha. ¿Les importa si los acompaño? —preguntó y un silencio incómodo reinó en el lugar hasta que asentí. Ella ocupó el lugar a mi lado.

Pese a que al principio fue un encuentro raro, poco a poco mejoró. Sin indagar en temas amorosos, formamos una plática amena. Incluso Steven le contó con total confianza sobre su relación con Amy.

—No venía a esta ciudad desde que... Ya sabes —Samantha sonrió nerviosa y me miró—, desde que fui a hacer mi maestría.

Asentí y la recordé pidiéndome que la acompañara en ese viaje. Ildet tenía razón cuando me dijo que yo estaba dispuesto a dejar muchas cosas por Rachel, pero no por la chica con la que estuve por años. Quizá todo lo que me estaba pasando era un tipo de karma por haber sido así con Samantha.

Steven y Amy se enfocaron en ellos, reían y discutían cada tres segundos.

—Jamás pensé verlo enamorado —Mi ex comentó muy bajo. Sonreí porque también me sorprendía—. ¿Y qué hay de ti? ¿Estás con alguien?

—Sí —respondí sin pensarlo. Aunque... ¿Realmente lo estaba? A pesar de su ausencia, mi corazón seguía perteneciéndole, pero ¿para Rachel que significábamos?

—Ya veo —murmuró y la decepción que noté en su tono me hizo sentir paranoico. Seguro era producto de mi imaginación.

—Discúlpame, pero tengo que irme —le dije mientras Steven y Amy seguían en lo suyo, sin prestar mucha atención.

—No quería incomodarte —comentó Samantha con dulzura y negué con la cabeza—. ¿Alguna vez podríamos tomar un café?

—Claro —mentí. No tenía interés en salir con ella, pero no quería ser descortés. ¿Qué pensaría Rachel si supiera que estás saliendo de nuevo con Samantha, tu primer amor, en su ausencia?, cuestionó la voz en mi cabeza.

—¿Tu teléfono sigue siendo el mismo? —preguntó y sacó su móvil.

—Así es.

—Bueno, me quedará un tiempo en la ciudad y, si algún día te apetece de verdad ir a tomar un café, solo escíbeme o llama —dijo y recibí al

instante un mensaje suyo.

Mayo 7 - Olvidar

—Qué casualidad verte, Harvet —habló Jackson. Sonreí irónico porque era obvio que no se trataba de un accidente encontrarnos en el estacionamiento de mi residencia. Aunque no me quedaba del todo claro cómo había llegado hasta ahí—. Me pregunto si has tenido noticias de Rachel.

Quise borrar la estúpida fascinación en su rostro. Sin embargo, decidí ignorarlo y seguir el camino hacia mi coche.

—Por supuesto que no —comentó y escuché sus pasos detrás de mí—. Bueno, pensé que al menos su madre te daría las razones por las que Rachel decidió irse de la ciudad. Solo vine a decirte que me gusta esta nueva versión de ella, más apasionada, experimentada y caliente. Debo admitir que hiciste un buen trabajo quitándole lo mojigata —comentó entre risas—. ¿Sabías que ella y yo nos seguimos viendo?

En un arrebato de ira provocado por sus palabras, me detuve en seco y giré hacia él. Pensé que mi puño terminaría en su cara, pero Jackson pareció intuirlo y dio dos pasos hacia atrás. Deseaba golpearlo, quería hacerlo y no existía nada que lo impidiera, ya ni siquiera era profesor de la universidad a la que él asistía, pero no caería en el juego de un niño estúpido que trataba de aprovecharse de la ausencia de Rachel para jodernos.

—¿Sabes por qué no te ha dado la cara? —continuó hablando e intenté no hacerle caso. Fue imposible—. Porque ese día, después del congreso, hablamos. Dicen que donde hubo fuego cenizas quedan y es cierto porque terminamos acostándonos. ¡Qué bien estuvo!

—¡Cállate de una vez! Jamás confiaría en lo que dices —Quise alejarme porque no merecía la pena, pero Jackson retomó.

—¿Acaso pensabas que había otra razón? Eres muy idiota si crees que Rachel regresará. Le avergüenza mirarte a la cara y tener que admitir que disfrutó mientras me la cogía y que todavía lo goza porque seguimos viéndonos.

—¿Lo dices para convencerme o para convencerte?

—Acéptalo, nuestra chica con carita de mosca muerta es una perra y nos encanta.

Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo de negarme a caer en sus provocaciones. Cegado por la rabia, le di un puño en la mandíbula y lo

envié directo al suelo.

—Mientras tú la buscabas, yo me la follaba —exclamó sonriente, mientras trataba de ponerse de pie—. ¡Dale, vuelve a golpearme! ¿Sabes quién me cuidará después?

Hice lo que me pidió y, sin intención de detenerme, dejé algunos puñetazos en su rostro. La sangre manó del labio de Jackson y me detuve. ¿Qué me estaba pasando? ¿En qué clase de persona me había convertido?

—Vas a pagar por esto, Harvet —me amenazó en voz baja y entrecortada antes de marcharse.

Negué con la cabeza y me dirigí hacia el departamento. Estaba desconcertado por esa persona llena de odio que no era yo. Al tomar el ascensor y presionar los botones, sentí mis nudillos palpar. Dolían, pero eso no se comparaba a lo que mi corazón estaba padeciendo. El móvil vibró por un mensaje de un número desconocido.

Te lo dije, ella regresaría a mí.

Seis años jamás competirán con meses.

No lo olvides, estimado e ingenuo profesor.

En la pantalla también había una imagen de Rachel junto a Jackson. Ella estaba de perfil y él la presionaba para acercar sus cuerpos. Llevaba el cabello corto, lucía más delgada. Me extrañó lo diferente que se veía, incluida su ropa. ¿Ese era un uniforme de mesera? Dejé de inspeccionar su aspecto y me centré en lo cerca que estaban, como si fueran a besarse. Seguro era un montaje, Rachel no me haría eso.

Busqué el contacto de Danes Martins y lo llamé. Estaba cansado de esperar, habían pasado meses y el investigador que, según él era el mejor del país, seguía sin darnos información útil. Insistía en que ella no dejó rastro y que todo indicaba que no quería ser encontrada. Entonces, ¿cómo fue que Jackson logró dar con su paradero? El nudo en mi pecho se hizo más grande.

—Harvet, ¿qué sucede? —contestó el padre de Amy.

—Algo no está bien con la investigación que está haciendo Marcelo. No es posible que otra persona haya encontrado a Rachel y él siga sin darnos una pista.

—¿Otra persona? ¿De quién hablas?

—De su exnovio, él sabe dónde está —Respiré profundo e intenté calmarme—. Solo llamaba para informarte que contactaré a otro

investigador.

—Mark, la hemos buscado por cielo y tierra. Sé que esto puede dolerte, pero si Jackson ha visto a Rachel es porque ella así lo quiso.

—No, eso no puede ser.

—Si fue así, debes respetar su decisión. No la busques más.

Terminé la llamada y volví a ver la foto en mi galería. Lo que Danes dijo tenía sentido. ¡Maldita sea! Arrojé el celular al suelo y me prometí que cambiaría de número ese mismo día como señal de dejar atrás el pasado.

Vi mi reflejo en las paredes del elevador. Frente a mí estaba un completo imbécil que esperaba por alguien que ni siquiera se había dignado a darle una explicación. Más allá de lo que Jackson dijo, lo que más me dolía era darme cuenta de lo poco que yo le importaba a ella porque me alejó de su vida y desapareció sin pensar en los días llenos de oscuridad que tendría. Se fue llevándose de manera egoísta mi corazón y mi calma con su partida.

Presente

Mayo 26 – Inesperado reencuentro

El tiempo no cura y las heridas no sanan, no si se trata de un corazón a medias, un corazón que se niega a dejar ir lo que lo lastima, uno que ama por encima de su dolor.

Aunque no fue sencillo, me obligué a avanzar y seguir adelante o al menos a intentarlo por Steven, quien ha luchado junto a Amy para que mi estado de ánimo mejoré. Incluso por Samantha, que insistió en quedarse a mi lado y ayudarme en cuanto se enteró de todo. Aprecio mucho ese gesto.

—Si prefieres, podemos cancelar la comida. No hay problema —sugiere Samantha por décima vez, algo triste por el cambio de planes.

—No creo que lo que quieran decirme tarde demasiado —Sonrío animándola a entrar al ascensor del bufete de Steven. Él y Amy me citaron de manera repentina porque querían consultarme algo sobre uno de los casos que está llevando mi gemelo—. De hecho, prometo que no tardaré y no perderemos la reservación.

Llegamos al piso y, mientras avanzamos hacia la oficina, ella me comenta lo buena que es la comida en el restaurante al que iremos. Llamo a la puerta un par de veces y el rostro enrojecido y poco animado de mi gemelo nos recibe. Amy sonrío de manera forzada, lo que me asegura que algo no marcha del todo bien. Steven se disculpa por tener que salir un

momento y mi cuñada me invita a ir tras él con una excusa extraña. Miro a Samantha y ella hace un gesto de comprensión antes de tomar asiento.

—No sabíamos que Sam vendría contigo —dice Steven apenas estamos solos.

—Quedamos en ir a desayunar —respondo y sigo sus pasos cruzando el pasillo.

—Luego hablaremos con más calma. Ve a tu cita tranquilo.

—No es una cita —aclaro y él se ríe—. De hecho, Samantha y yo pensábamos en invitarlos a que fueran con nosotros.

—¿Ahora es una cita doble? —Suelta una carcajada.

—Muy gracioso. Entonces, ¿nos acompañan?

—Está bien, solo déjame darle unas indicaciones a Pratt y nos vamos.

—Te acompaño. Voy a saludarlo, hace mucho no lo veo.

Entramos a la oficina de Pratt y dejamos que pasen los minutos. Steven me dice que tiene que ir con la secretaria por un informe y que ya regresa. Lo veo salir y detenerse de inmediato. Frente a él está una mujer delgada y de cabello corto que me recuerda a la Rachel que vi en la foto que me envió Jackson y un escalofrío me recorre. Es parte de mi imaginación, me repito al tiempo que avanzo hasta donde ellos se encuentran.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto cuando confirmo lo que sospechaba y mi corazón se descontrola. Es ella, de vuelta, después de tanto tiempo. Sus facciones se tensan al verme y sus ojos se ponen llorosos.

—Mark, ¿podemos hablar? —La voz le tiembla y da un paso hacia mí. No eres real, me esfuerzo en convencerme de ello y retrocedo. Las palabras se estancan en mi garganta—. Por favor.

—No, Rachel. No es el momento.

No quiero escucharla y me doy vuelta para alejarme de allí. Quiero pensar que esto no está pasando, pero ella toma mi mano y sentir la electricidad de su piel me altera. Steven le susurra algo que no logro escuchar.

En ese momento, Samantha aparece, mi gemelo la llama por su nombre y Rachel me suelta. Veo tristeza en su mirada y estoy seguro de que sabe de quién se trata, alguna vez le hablé de ella cuando quiso conocer de mi pasado. Pero ¿qué es lo que le duele? ¿Pensó que podría regresar cuando se le diera la gana y yo estaría con los brazos abiertos? Sé que se lo prometí

muchas veces, pero eso se rompió cuando entendí que a ella no le importó alejarme de su vida.

Muchas veces deseé que, cuando volviera a verla, ya estuviera todo superado y que lo que tuvimos me hubiera dejado de interesar como a Rachel. Sin embargo, no es así, no puedo mentirme de esa manera. La amo, maldita sea. Y no creo poder dejar de hacerlo nunca.

OceanofPDF.com

TE QUIERO A TI, IDIOTA

Rachel

Se encuentra bien? —El abogado Müller vuelve a preguntar apenas nos instalamos en la oficina. Está sentado detrás de su escritorio, mirándome fijo.

—Así es —repito apartando las lágrimas que aún resbalan por mis mejillas a causa del encuentro con Mark.

—Podemos posponer la reunión si lo desea.

—No se preocupe —aseguro y él asiente. Por un momento se concentra en buscar unos papeles, lo que aprovecho para tomar aire y calmarme. Conversamos y él menciona lo difícil que fue contactarme. Comenta que tenían registradas la dirección de mi casa y la de la abuela en el pueblo y que habían seguido enviando los oficios con las fechas de citación de manera periódica. Él asiente cuando le pido disculpas por lo ocurrido y me explica los pasos a seguir en el juicio sucesorio. Enumera los bienes que mi madre me otorgó en el testamento y menciona que, además, ella le dejó la instrucción específica de avisarme sobre unos objetos personales que yo debía recoger.

—Están en el casillero de mi padre, quien fue el notario del testamento de Karla. Él la apreciaba mucho, se conocieron en el hospital y ella lo atendió —Suspira y continúa—. Lamento que no hayamos podido ponernos en contacto con usted antes para cumplir con la promesa que mi padre le hizo a su madre de hacerle llegar las pertenencias que le dejó. Ha estado un poco enfermo.

—Lo siento —empatizo con él.

—Muchas gracias —añade, me toma la mano y yo la retiro de inmediato. Su mirada me incomoda—. Voy a entregarle las llaves del casillero en el que están las pertenencias, ¿de acuerdo?

Me extiende un pequeño sobre blanco. Lo tomo nerviosa y él se ofrece a acompañarme. Aunque me siento intimidada y deseo irme pronto, me animo a hablarle una última vez.

—Abogado, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Lo que desee, Rachel. ¿Puedo llamarla así? —Frunzo el ceño. Sosiego mi nerviosismo y lo miro fijo, espero que entienda que lo que dijo me incomodó, pero sus ojos de un marrón almendrado intentan acorralarme

sin pudor. De inmediato, centro mi atención en el sobre y continúo, ignorando su pregunta.

—Me comentó que su padre es el notario del testamento. Entonces, ¿el bufete no tiene nada que ver con el caso?

—No de manera directa. Como le dije, acepté involucrarme en el caso para ayudar a mi padre, aunque, a decir verdad, ahora estoy encantado de haberlo hecho.

Me remuevo incómoda en el asiento.

—Por favor, le pido que se mantenga así, no quiero más abogados o personas en esto —le solicito esmerándome por no sonar tan desesperada como me siento porque siga mi instrucción, al menos hasta que yo tenga la oportunidad de hablar con los Harvet y con Amy para explicarles los motivos de mi ausencia. ¿Me entenderán? ¿Me aceptarán de nuevo en sus vidas? Nuevas inseguridades llegan.

—No se preocupe, eso no pasará.

Suelto un suspiro lento y aliviado. Tomo el sobre mientras le agradezco la atención. Pese a que se ha dedicado a coquetearme en cada oportunidad, no puedo negar su amabilidad y buen trabajo.

—Estaremos en contacto —hace una pequeña pausa—. Para continuar con el proceso.

—Gracias —respondo y abandono la oficina deprisa. El recuerdo del encuentro con Mark vuelve apenas cruzo los pasillos del piso buscando la salida. Duele pensar que lo nuestro terminó.

—Rachel —Por un momento mi alma rebosa de alegría al escuchar una voz que creo es la de Mark, pero me llevo una gran decepción apenas volteo y veo a Steven—. ¿Puedes venir conmigo, por favor?

Niego a su invitación, no estoy dispuesta a soportar más acusaciones, no ahora que estoy a punto de derrumbarme y tengo tanto miedo de volverme a encontrar con la cobarde que me ha acompañado estos meses y que estoy intentando dejar atrás.

—Steven, nunca quise hacerle daño, te juro que...

—Lo sigues amando —me interrumpe. Ambos callamos y fijo mis ojos en el suelo porque no me siento capaz de sostenerle la mirada. Él se queda en silencio por un instante y luego siento sus brazos rodeándome y, con la inmensa tristeza que me abarca, dejó escapar un sollozo de mis labios.

—Lo siento —Me aferro a su abrazo, lloro en silencio mientras una de sus manos me acaricia la espalda y la otra se posa en mi cabeza. Siento su gesto como un consuelo necesario, uno que me invita a alejarme del dolor que reside en mí.

—Mi dulce Rachel, intenté hacerme el fuerte por ellos, pero no imaginas lo asustado que estaba de pensar que no volvería a verte.

—Perdóname —Es lo único que puedo decirle. Mi corazón termina de romperse al ser consciente de todo el daño que les causé.

—Sé que te dolió ver a Samantha y, si aceptas un consejo, ten paciencia, espera el momento indicado para hablar con Mark.

¿Dolerme ver a Samantha? No tiene idea de cuánto. Es algo que se suma a la larga lista de las cosas que me afligen.

—Eso haré, gracias.

—¿Por qué te marchaste? No quiero juzgarte y confío en que has tenido tus razones, pero...

La vida de mi madre se apagó y quise que la mía también lo hiciera. Vivir en soledad fue, entre todas las opciones, la mejor, deseo confesarle lo que ni siquiera yo me atrevía a aceptar hasta ahora, pero solo sollozos y lamentos salen de las profundidades de mi garganta. Steven me abraza con más fuerza y no puedo dejar de observar a las personas del lugar viéndonos con lástima. ¿Esto es lo único que obtendré de ellos también, de las personas que quiero? ¿Lástima? No, eso no es lo que deseo. Me aparto de él y tomo aire en un intento de calmarme.

—Vamos a mi oficina —sugiere.

—Es mejor que me vaya.

Steven asiente y me acompaña al ascensor.

—Estoy saliendo con Amy —confiesa con ternura.

—Me alegra tanto por ustedes —digo sonriente. Por lo menos una buena noticia.

—Ellos te siguen amando, créeme —Sé que se refiere a Mark y mi amiga, ruego porque así sea. Me hace feliz saber que a Steven no lo he perdido del todo, puedo sentirlo por la forma en que me habla.

—Gracias —menciono insegura de si acercarme para abrazarlo de nuevo será precipitado y él se me adelanta como si supiera lo mucho que quería eso.

—Si necesitas ayuda, aquí estaré. No hace falta decirlo, ¿verdad? Quiero a mi hermano y a Amy, ellos te quieren a ti. Créeme, te aman —hace una pausa—. Solo te pido una cosa: Si vas a quedarte, lucha por ellos; pero si piensas marcharte, y estás en todo tu derecho de hacerlo, no los busques entonces, por favor.

En sus palabras no hay maldad. Intenta cuidar de Mark y de mi amiga y lo comprendo.

—Gracias por el voto de confianza, Steven —Mi voz refleja dolor y decepción. No me molestó en ocultarlo. Deposito un beso en su mejilla en señal de despedida.

—Soy Mark, cariño —bromea. He pasado meses sin verlos, pero recuerdo a la perfección todos y cada uno de los gestos de ambos y lo mucho que Steven disfruta imitar a su hermano—. ¿Sigues teniendo el mismo número?

Asiento y me despido. Apenas salgo del edificio tomo un taxi y me dirijo a casa. Aunque deseo ir por las pertenencias de mi madre, hoy no me siento capaz.

Mientras miro por la ventana, el móvil suena.

Este es el nuevo teléfono de mi hermano.

Papucho Harvet



Confío en ti, Superwoman.

Sonríó no solo al ver cómo Steven tiene registrado a Mark en sus contactos, sino también por los recuerdos que eso me trae. La primera y vergonzosa llamada que le hice. Decido registrarlo con su nombre y apellido teniendo en cuenta nuestra situación actual.

No tengo cómo agradecerte por tanto ♥

Después de escribirle a Steven, busco a Mark en la aplicación. No estoy segura de lo que quiero decirle y borro una y otra vez las palabras que escribo.

Hola, Mark. Soy Rachel.

Hay muchas cosas que tengo que contarte.

Necesito hablar contigo, por favor.

Salgo de la conversación y busco el contacto de mi mejor amiga:

¿Podemos vernos? Te quiero.

Llego a casa y le hablo a mi abuela del testamento de mamá y omito comentarle sobre el encuentro con los Harvet. Es algo doloroso y no quiero dejarme amedrentar por ello.

Las horas pasan y sigo sin que Amy o Mark me contesten. Cuando el reloj marca la una de la tarde, reúno valentía para escribirles de nuevo. Mi corazón late con una fuerza colosal al verlo a él en línea. Espero por varios minutos –muchos–, pero no me responde y se desconecta.

Sé que debes estar ocupado, pero no importa la hora,
hazme saber cuando puedas hablar.

Te quiero.

Vuelve a ponerse en línea y mis nervios estallan al ver que está escribiendo. De pronto, aparece desconectado otra vez. Lleno de aire mis pulmones y, antes de que las dudas me acobarden, tomo una ducha. Salgo del baño y elijo ponerme un vestido negro con falda de vuelo, escote redondo y mangas largas. Busco también una pequeña cartera de mano que me regaló mamá hace un par de años.

Mark, voy a pasar por mi maleta.

Si quieres, puedes dejarla en portería.

No sé si es lo correcto, pero necesito hacerlo. El día que ocurrió lo de mi extraña salí su departamento sin pensarlo mucho y dejé mi equipaje allí, así que tomaré eso como excusa para buscarlo.

—Estás preciosa, cariño —dice mi abuela al verme—. ¿Vas a salir?
¿Hablaste con Mark?

—No, nana, pero iré a su edificio a probar algo de suerte.

—Todo saldrá bien.

—Gracias, abuela —Me acerco y la abrazo, aunque no estoy tan segura de que vaya a tener éxito—. Te quiero. Nos vemos luego.

Me despido de ella con la ilusión de que, al volver, pueda contarle una mejor versión de mi reencuentro con Mark. El taxi que pedí avanza rápido y mi corazón se acelera al mismo ritmo.

Si alguna parte de ti cree que merezca
la pena escucharme, estaría feliz de hablar contigo.

Acabo de llegar.

Me bajo del auto y camino a la portería en donde me encuentro con Julián.

—Señorita, qué gusto volver a verla.

—Igualmente, Julián. ¿Cómo está?

—Muy bien —El sonido de su celular lo distrae un momento, revisa la pantalla y regresa a verme—. ¿Y usted? Viene a ver al señor Harvet, ¿no?

—¿Está en su departamento?

—Sí, señorita. Pase —Me sorprende que no me anuncie, pero no quiero arriesgarme así que avanzo.

—Gracias, Julián. Y dígame Rachel, por favor —Sonrío.

Camino hasta el ascensor y con cada paso soy más consciente del tiempo que ha transcurrido desde la última vez que estuve aquí. «Nuestro departamento». «Nuestra cama». Son cosas que Mark solía decir, pero sé que hoy no existen. Yo cambié, él cambió, pero ¿nuestro amor también lo hizo? ¿De verdad ya no queda rastro de lo que vivimos? El elevador avisa su llegada y me invita a conocer las respuestas a aquellas preguntas. No estoy muy segura de querer saberlas.

Me siento nerviosa ante los sentimientos que revolotean como un ciclón en mi interior cuando oprimo el botón del piso seis. Tengo miedo y mis piernas se hacen más pesadas al darme cuenta de que estoy saliendo del ascensor. Tomo una bocanada de aire, camino hasta su puerta y toco el timbre. Mierda. Mierda. Ahogo un grito al verlo.

—¿Qué haces aquí?

—Insistir —digo.

—Nadie te ha pedido que lo hagas.

—Yo quiero hacerlo —le aclaro—. Lamento si estás ocupado, pero hablemos, solo serán unos minutos, lo prometo.

—¿Eso hará que me dejes en paz? —Sus palabras me duelen. Abre la puerta por completo y me invita a seguir—. Adelante, te escucho.

—¿De verdad quieres eso?, ¿qué te deje en paz?

—Sí.

—Está bien —Me siento en la sala. Cierro los ojos y respiro profundo antes de continuar—. El día que regresamos del congreso pasaron muchas cosas. Sé que lo que te contaré no justifica las malas decisiones que tomé y que afectaron nuestra relación.

—Así, es. Tu explicación no cambiará nada entre nosotros —asegura mientras cierra la puerta y enfrenta mi mirada. Su móvil suena, él ve la pantalla y decide responder. Agradezco el tiempo que eso me da para calmarme—. Hola... Sí, cariño, está bien... Te lo agradezco, adiós.

Escucharlo hablarle a alguien más de esa manera causa un repentino y agudo dolor en mi pecho. Me arden los ojos.

—¿Era Samantha? —pregunto con falsa apacibilidad apenas termina la llamada. Lucho con la inseguridad que me causa la situación, mentiría si dijera que no me estoy muriendo de celos.

— Eso no te incumbe.

—«Te esperaré» —cito dolida sus palabras, aunque no soy quién para reprocharle nada.

—¿Qué esperabas? —Ríe irónico—. ¿Que pasara toda mi vida aguardando por alguien a quien no le importó alejarme de la suya?

—Sé que hice mal, pero...

—¿Te parece correcto abandonar a la persona que amas? —me interrumpe. No puedo contenerme más y el llanto aparece.

—Lo sé. Sé que soy una egoísta —Mi madre no merecía mi abandono y ellos tampoco.

—Para de llorar —pide exasperado—. Dime, ¿qué demonios signifiqué para ti en estos meses? ¿Qué esperabas al volver aquí?

—Aunque me haya alejado, siempre te llevé conmigo, Mark. No dudes de eso.

—Muy bonitas palabras, Rachel.

—Basta, tú no eres esto.

—No hables como si me conocieras.

—Conozco al hombre tierno, inteligente y comprensivo que eres. Volví porque te amo y quiero pedirte perdón —Doy unos cuantos pasos hacia él, quien continúa inmóvil cerca a la puerta.

—Llevo mucho tiempo viviendo de ilusiones, Rachel. Es algo horrible y no quiero que nadie pase por lo mismo, ni siquiera...

—Ni siquiera yo. Ni siquiera la mujer que solías amar —Hago una pausa y trago saliva—. Aunque quisiera, no puedo cambiar lo que pasó y no sabes lo arrepentida que estoy.

—¡Vete, Rachel! No continuemos con esto.

—Escúchame, por favor.

Su mirada se llena de furia y da algunos pasos hacia donde estoy. Posa una de sus manos en mi brazo y me quiebro por completo pensando que va a guiarme fuera de su departamento. Sin embargo, me acerca hacia él, logrando que la distancia entre ambos desaparezca.

—Te odio —musita antes de clavar su boca en la mía. El calor de sus labios deja huellas contundentes de desilusión en los míos, pero también de ansias y cariño. Sus dedos se aferran a mi cabello haciendo más intenso nuestro encuentro, provocando un placer inmenso que me da escalofríos en el estómago.

Me toma de la cintura y me obliga a seguir sus pasos hasta que me apoya en la puerta. Me aferro a él con desespero. Hay mucha pasión, deseos y recuerdos en este beso.

—Te amo.

—No digas nada —Muerde mi labio inferior y continúa besándome. Pega su cuerpo al mío. Se mueve, gruñe y me arranca gemidos.

—Mark... Mi Mark —susurro.

—No quiero que sigas hablando —dice con enojo y vuelve a buscar mi boca, esta vez con más necesidad. Una de sus manos se desliza por mis carderas, me agarra con fuerza. Lo siento entre mis muslos y disfruto la sensación que nuestra cercanía me provoca.

De repente, el citófono hace que nos detengamos. La infinita tortura se vuelve más pesada al separarnos. Él va a contestar y veo cómo toma aire mientras se peina con sus dedos. Se ve frustrado y no estoy segura si es por lo que estaba sucediendo o por la interrupción. Camino hacia el sofá, me acomodo el vestido que se me ha subido y quito varios mechones que se encuentran en mi rostro. Esperamos en silencio un par de minutos hasta que suena el timbre. Antes de abrir, Mark me mira, analizando mi aspecto. Asiento y me emociono al comprobar que el hombre que me cuidaba y se preocupaba por mí sigue ahí.

—Sam —saluda tenso, quedándose en el marco de la puerta. Me alarmo al escuchar ese nombre.

—Aquí están los papeles de —Samantha no parece entender y entra sin ser invitada. Se sorprende al verme—... Si estás ocupado puedo volver después.

—Ella ya estaba por irse —comenta Mark.

¿¡Que ya estaba por irme!? Lo asesino con la mirada.

—Hola —la recién llegada me saluda amable y luego vuelve a Mark—. No te preocupes, perdona por la interrupción. Aquí están los papeles. ¿Nos vemos esta noche?

Me duele escucharla y ver que él asiente. Samantha le entrega un sobre amarillo y luego se marcha. ¿No hay reclamos de su parte? ¿Por qué no se ha puesto histérica al verme con él? Lo que estaba pasando aquí es evidente. El cabello de Mark sigue un poco desordenado y su piel enrojecida.

—Idiota. Soy una idiota —susurro.

—Rachel, no regreses más, por favor.

—No es lo que parecías querer hace unos minutos —hablo con amargura. No sé en qué estaba pensando al venir.

—Eso no significó nada —suelta y sus palabras me lastiman—. ¿Creías que todo este tiempo sin respuestas de tu parte se iba a borrar? ¿Qué querías?

Te quiero a ti, idiota, muero por gritarle.

—¿Sabes qué? Tenías razón cuando dijiste que no te conocía. No sé quién es el hombre al que tengo al frente.

—Tú mataste al Mark que solía ser cuando te largaste —Me mira con dolor. Está siendo sincero y lo entiendo, he tenido mucho que ver con su cambio. Soy la única culpable de su desprecio hacia mí. Desaparecí sin explicación. No lo culpo por odiarme, pero es duro aceptarlo. Aunque en sus mensajes recalaba que me esperaría, comprendo que ahora esté con Samantha y que ella haya ocupado mi lugar. Es claro que ya no tengo espacio en su vida ni en su corazón.

—Lo siento, Mark.

—Dímelo, Rachel. Admite en mi cara la razón por la que te fuiste con —Se detiene de inmediato. Veo que no quiere dejar que la rabia le gane. Odio ser la causante de sacar la peor versión de un hombre maravilloso—... Vete y no regreses, por favor.

Estoy molesta con la vida y no puedo evitar seguir hablando.

—Hubiese sido más fácil que respondieras al mensaje que te envié y dejaras mis cosas en la portería. Nos habríamos evitado todo esto —miento porque sé que igual hubiese insistido. ¿Cómo renunciar al amor que creamos juntos?

—No sé de qué hablas. No he visto ningún mensaje. De ser así, habría dejado tus cosas con Julián y negado tu entrada a mi departamento.

Ya no soporto esta batalla de quién hiere más al otro, así que salgo del lugar sin mirar hacia atrás.

—¿Le pido un taxi, señorita? —ofrece Julián apenas me ve.

—No se preocupe, gracias. Lamento si Mark llega a enojarse con usted por haberme dejado pasar sin avisarle —le digo apenada.

—No lo creo. Cuando usted llegó, él mismo escribió a mi celular para pedirme que la dejara entrar —confiesa y una emoción inusitada me invade. Una esperanza se enciende.

Me despido y empiezo el camino hacia mi casa a pie. Paso junto a una librería muy parecida a la que visitamos en aquella cita durante el congreso. Entro a la agenda de contactos de mi celular y cambio el nombre con el que lo tengo registrado.



Amor 💖🐻

Así que Julián me dejó entrar porque tú se lo pediste.

¿A qué juegas, Mark?

Envío el mensaje y me sorprendo al obtener una respuesta rápida:

A fingir que no te amo.

35

ROMA NO SE CONSTRUYÓ

EN UN DÍA

Por qué no le cuentas todo? Por lo que dices, aún te ama. O pierden el orgullo o se perderán ustedes —La abuela continúa opinando sobre mi encuentro con Mark. La sola idea de perderlo me hace daño.

—Lo sé, pero me siento enojada, confundida. ¡Y débil! —exclamo y tomo aire—. Cuando estuvimos frente a frente fue como si cada palabra que salía de su boca me advirtiera que era mejor no contarle la verdad. No por ahora.

¿Cómo podría hablarle de dolor al hombre al que yo le había roto el corazón, el mismo que ahora me lo estaba rompiendo a mí? ¿Era correcto querer hablarle de mis heridas cuando él estaba trabajando en curar las tuyas? Por supuesto que no.

—Rach, ambos están dolidos, han sufrido y necesitan sanar. Lo superarán, mira que te lo digo yo. Recuerda que más sabe el diablo por viejo que por diablo —dice con tanta seguridad y entusiasmo que me arranca una tímida sonrisa.

Sí, Mark y yo habíamos superado muchas cosas en nuestra relación, pero jamás nos hemos enfrentado a nosotros mismos y ahí está el detalle. Nos estamos hiriendo al intentar ganar nuestra propia batalla.

—Ojalá, nana —Me acomodo a su lado en el sofá para abrazarla. Ruego porque tenga razón. Deseo recuperar lo que tenía con Mark.

—Ambos necesitan tiempo, pero no separados, sino acompañándose el uno del otro para superarlo. Eso se dará poco a poco. Total, recuerda que «Roma no se construyó en un día».

—Roma no se construyó en un día —repito y me aferro a ella—. Abuela, hay algo más por contarte: Mañana tengo una entrevista de trabajo.

—¿Cómo?

—Cuando decidimos volver aquí, busqué ofertas y envié un par de currículos. Esta mañana, mientras iba a ver lo del testamento, se comunicaron conmigo de uno de los lugares para citarme. El salario no es grande, pero estará bien mientras consigo algo más rentable.

Ella me anima y empieza a contarme de sus experiencias laborales. Escucharla me tranquiliza y seguimos hablando hasta que llega la hora de dormir. Doy vueltas en la cama, sigo cuestionando la manera en la que me permití depender de medicamentos para conciliar el sueño. Antes me ayudaban a escapar de la realidad y hoy me recuerdan una etapa que me atormenta.

—Rach, despierta —Me quejo al escuchar la voz de mi abuela. Siento como si no hubiera dormido nada—. Se hará tarde para tu entrevista de trabajo.

Me enderezo de inmediato. Reviso el celular para ver la hora y encuentro un correo electrónico en el que se disculpan conmigo y me comunican que la cita se pospuso hasta mañana a la misma hora. Le aviso esto a la abuela y vuelvo a meterme entre las cobijas, abrazando con fuerza la almohada. Me duele la cabeza y, como cada mañana, el cansancio me pide veinte o treinta minutos más de sueño.

Pasa un rato y ella vuelve a la habitación.

—Hija, levántate. Tengo una sorpresa.

—Me dijeron que estás buscando trabajo y tengo un novio que necesita secretaria.

Oh mi... Me levanto de un salto y me aseguro de que su presencia no es producto de mi imaginación. Ella me dedica una leve sonrisa.

—¡Amy! —chillo y me acerco para abrazarla.

—Te extrañé tanto —asegura entre sollozos a los cuales me uno.

—Y yo a ti.

—Las dejo solas. Permiso —añade amable mi nana.

No tengo noción del tiempo. De lo único que soy consciente es de que tener aquí a mi mejor amiga me reconforta. Ruego porque esto no sea un sueño. Siento que las piernas me fallan y agradezco que Amy me acerque a la cama para que nos sentemos.

—Rach, he esperado tanto para volver verte —suspira—. ¿Qué pasó? Sabes que puedes confiar en mí.

—Yo no pude —hablo y las lágrimas me interrumpen—... Ella se fue de manera tan inesperada que no me sentí capaz de seguir, pensé que no había razón para hacerlo.

—¿Ella? Rach, ¿de quién hablas? —Amy frunce el ceño.

—De mi extraña —El pecho me duele. Es tan difícil decirlo en voz alta que me quiebro—. Ella murió, Amy.

Mi amiga se lleva las manos a la boca y niega con la cabeza.

—Dios, no —comienza a llorar y me abraza de nuevo—. Rach, ¿Cómo es que... No, Rach. No puede ser.

Nos consolamos la una a la otra como siempre lo hemos hecho.

—Quería estar sola, lo necesitaba —continúo en cuanto me siento capaz.

—Debiste llevarme contigo.

—Debí haber hecho muchas cosas —confieso. Fui una cobarde.

—Lo siento tanto —Lo que dice me ayuda a calmarme y a liberar la angustia que me invade—. Tienes que contárselo a Mark.

—Ayer fui a su departamento y lo intenté, pero fue muy difícil. Él me odia.

—Rach, Mark te ama. Estoy segura de eso.

—Pero está con Samantha...

—Ellos no están juntos. Samantha ha intentado acercarse, pero ella misma me contó que Mark siempre le ha dicho que está enamorado de alguien más. Esa chica me agrada, Rach, no voy a mentirte, pero tú sigues siendo mi mejor amiga y quiero que lo tuyo con él se solucione.

—Yo solo espero poder hablar con Mark y contarle todo. Lo extraño.

—Ya verás que así será —Se limpia los ojos y sonríe, se esfuerza por estar más tranquila—. Hablé ayer con tu abuela y me dijo que estabas buscando trabajo. Steven necesita una secretaria, él te podría dar el puesto y —Guarda silencio mientras hace algo en su teléfono—... Listo, hablé con él y, por supuesto, aceptó. Solo necesita que se reúnan hoy mismo, a las tres de la tarde, en la cafetería frente a su bufete. Ya sabes, para conversar del contrato y esas cosas.

En su estado de nerviosismo, Amy no para de hablar y me cuenta lo sucedido en los últimos meses y me hace dar cuenta de todo lo que me perdí.

—Siempre estaré contigo, Rach —Me mira con tristeza—. Mark sufrió mucho, no saber nada de ti lo destrozó y eso le hizo creer en las palabras de Jackson. Ese mentiroso. ¡Por supuesto que tú no regresarías con él!

—¿De qué hablas? —pregunto por completo confundida.

—Jackson le enseñó una foto a Mark donde parecía que te estabas besando con él. Le dijo que ustedes se seguían viendo.

—Así que ese era su plan —analizo indignada lo empecinado que está mi ex en arruinarme la vida. No puedo creer que haya sido capaz de jugar tan sucio. Y no sé qué me enoja más, si sus acciones o la desconfianza de Mark. Intento alejarme de lo que siento y le hablo a Amy de lo que pasó el día de la foto que Jackson tomó sin que yo me diera cuenta.

—Ahora mismo agradezco que Mark lo haya golpeado —Suelta orgullosa y yo la miro horrorizada.

—Aunque lo ame, me molesta que haya creído que ese era el motivo por el que me fui. ¿Acaso no me conoce un poco? Además, no tenía por qué golpearlo, eso es lo que Jackson buscaba.

—Tienes que entenderlo, él no sabe lo que ahora yo sé. Ese imbécil jugó con su mente, no tengo idea cómo lo hizo, pero lo convenció.

—Nos hemos equivocado tanto —reflexiono sobre mi relación con Mark.

—Todo lo que está pasando es solo falta de comunicación. Tienes que contarle las verdaderas razones por las que desapareciste.

—Lo haré, Am —aseguro, aunque ahora mismo me sienta molesta con él. No puedo creer que haya pensado que yo regresaría con Jackson. ¡Estúpido Harvet! Y estúpida tú, comenta la vocecita en mi cabeza. Tiene razón.

Mi móvil comienza a vibrar en la mesita de noche y Amy me anima a revisarlo mientras se despide pues tiene un compromiso que cumplir.

—Hola —contesto una vez me encuentro sola en la habitación.

—Buenos días, ¿Rachel Lombardo? —Aquella voz me es familiar.

—Sí, soy yo —Me sorprende su llamada.

—Le habla el director Wens Ildet. Me informaron que regresó a la ciudad y hay temas académicos que quedaron pendientes de su semestre. Necesito reunirme con usted.

—¿De mi semestre? Creí que estaría suspendido.

—Así es como debería ser —habla entre dientes—, pero el profesor Harvet intercedió, fue él quien me avisó que usted está de vuelta. ¿Puede venir mañana a mi oficina?

—Antes que nada, me gustaría aclarar algunas cosas con usted.

—Mañana podrá hacerlo. La espero a las tres. Tenga buen día —dice y corta la llamada. Pensar en que Mark se haya preocupado por mí, por mi futuro, me alegra y revitaliza la ilusión de arreglar las cosas.

¿Era en la cafetería o en el bufete?, me pregunto. Volteo para ver al edificio donde queda la oficina de Steven y me encuentro de frente con mi ex compañero de clase.

—Theo, qué bueno volver a verte.

—¿Rachel? —Él abre su boca en un gesto lleno de sorpresa—. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es —le respondo y miro al suelo.

—¿Estás bien? Cuando hice mis exámenes finales en plazo extra, el director me comentó que tú también debías presentarlos y me pareció extraño. ¿Ocurrió algo?

—¿Plazo extra? ¿Por qué tuviste que hacer tus exámenes así? —pregunto. No quiero hablar sobre los motivos de mi ausencia. En pocos minutos me veré con Steven y no deseo que mis ojos estén rojos e hinchados.

—Sucedieron varias cosas que no me permitieron regresar a la universidad —Su semblante cambia por completo—. Mi abuela... Ella murió.

Theo me cuenta cómo su vida oscureció desde aquel día en el congreso y se llena de melancolía. Todo comenzó cuando su hermana lo llamó para contarle que su abuela había entrado en cuidados intensivos. Ese fue el

inicio de una vida triste y vacía. Su relato me afecta y entiendo por completo su situación. Me acerco para abrazarlo y él me estrecha con fuerza.

—Sé que las palabras no son suficientes, pero lamento mucho tu pérdida.

—Gracias, Rachel —susurra nostálgico mientras una de sus manos va hasta mi cabeza y me acaricia el cabello—. No llores porque entonces yo voy a hacer lo mismo y mi abuela siempre decía que me veía fatal así.

—Vale —respiro hondo y sonrío. Theo me toma de la mano.

—Me alegra haberte encontrado aquí —comenta y de repente, su expresión se transforma.

—Buenas tardes —saluda de manera fría alguien que logro identificar. Mierda. Mierda. ¿Estoy confundiendo la voz de Steven? Suelto la mano de Theo y me giro para confirmar que es Mark quien dijo eso.

—¿Es el profesor Harvet o su gemelo? —me pregunta mi compañero en un susurro.

—Es el profesor Harvet —respondo igual de sorprendida que él.

—Buenas tardes —saluda Theo y se sonroja—. Bueno, tengo que irme. Me alegró volver a verte, Rachel, y a usted también, profesor. Con permiso.

Mark le hace un gesto amable y Theo se aleja deprisa. No sé qué hace aquí, pero lo aprovecharé porque necesito que aclaremos las cosas.

—Es hora de hablar, Mark —Hago uso de todo mi coraje.

COMO UNA DESPEDIDA

Su hermoso rostro se ensombrece. Bajo la mirada para mitigar mis emociones.

—Creo que ya tuvimos esta conversación. Además, vengo a una reunión —Vuelve a su actitud brusca y controlada. ¿Es una lucha perdida?

—Por mensaje me dijiste que aún seguías amándome —cambio el tema y la esquina de su boca se eleva formando una sonrisa amarga.

—¿Eso te enorgullece? Amarte no significa que acceda a que vuelvas a lastimarme. Que te quede clara una cosa, Rachel: Lo nuestro se acabó.

Sus palabras me hieren y el rostro de Samantha viene a mi mente con una molesta punzada de celos. Evito pensar en ella y me centro en desmentir la idea que tiene de mi supuesto regreso con Jackson.

—¿Hasta ese punto te perdí, Mark, que ni siquiera quedó un poco de confianza hacia mí? Sacaste tus propias conclusiones y quieres seguir aferrándote a ellas, sin darme la oportunidad de explicarte.

Me estremezco al darme cuenta de que él no hace ningún esfuerzo por contradecirme. No le importa lo que tenga por contarle.

—Mark —Es la voz que menos quiero escuchar en este momento, una que me lanza directo a los infiernos—, pensé que llegaría tarde.

Samantha se acomoda a su costado y toca su hombro en un gesto cariñoso. Pronto dirige su mirada hacia mí.

—Hola —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Nos volvemos a encontrar, creo que sería bueno presentarnos. Yo soy Sam, mucho gusto. Y tú eres...

A pesar del esfuerzo que hago por mantener mi humor neutral, no puedo hacerlo.

—Ella es Rachel —Mark es quien responde.

¿Ya está? ¿Ella es Rachel? ¿Samantha sabrá que fui su novia? ¿Él le habrá contado que soy yo la que lo lastimé con mi ausencia durante todo este tiempo?

—Rachel Lombardo —agrego sin dejar de preguntarme por qué Mark está aquí. ¿Es una coincidencia? ¿Estarán juntos? ¡Carajo! Mi mente es un embrollo producto de los celos.

Un molesto silencio se forma en el ambiente. Samantha pasea su mirada de Mark hacia mí y luego vuelve hacia él. La confusión en su rostro es

evidente.

—¿Steven y Amy no han llegado? —inquiére ella y no sé si es por curiosidad o por intentar sacarnos de la incomodidad en la que estamos. Mark niega, está a punto de hablar, pero su móvil suena. Me extraña cuando el mío hace lo mismo. Hay dos mensajes de Amy:

Amiga, Steven coordinó todo para que Mark fuera quien asistiera a la cita.

Es hora de que hablen, lo necesitan.

Por cierto: ¡Estás contratada! Te amo.

No puedo evitar reírme. Por supuesto, debí imaginar que Amy tramaría algo. La repentina entrevista de trabajo no era el estilo de Steven. Sin embargo, ¿por qué está Samantha aquí?

—Steven y Amy no vendrán —informa Mark. Samantha hace pucheros y él le regala una sonrisa cálida. Odio el modo en que interactúan, la confianza que siento entre ambos. De hecho, detesto todo lo que tenga que ver con ellos.

—¿Pasó algo? —cuestiona Samantha.

—Nada, Sam. Solo se les presentó algo de última hora.

—Entonces, ¿te parece bien que llame a Brooks y le diga que sí iremos?

De nuevo me siento una intrusa.

—Sí, solo dame un segundo —le pide Mark a Samantha, quien saca su móvil y se aleja al darse cuenta de que hay algo pendiente por resolver entre nosotros—. ¿Sabías de este plan absurdo de Steven y Amy?

—No sabía nada —hablo ofendida. Él duda de mi palabra y no me sorprende su desconfianza.

—Por supuesto —replica irónico.

— Sí, por supuesto que no crees lo que digo, pero en Jackson sí, ¿verdad?

—No quiero escuchar nada de él ni de ti —espeta mucho más mal humorado que antes.

Una persona que está entrando al café se queda viéndonos y bufa ante nuestra disputa. Seguimos parados frente al lugar, discutiendo como si nada.

—Amy me contó lo que Jackson te dijo —Mi tono está lleno de frustración—. Eres un idiota si piensas que regresaría con él y que esa fue la razón por la que me marché.

—Siento interrumpirlos —dice Samantha—. Mark, el director Brooks nos está esperando. Creo que lo mejor será irnos cuanto antes.

Ay, pero es un grano en el culo esta chica. Odio pensar esto sobre ella porque en realidad es tan amable como me dijo Amy. Si fuera más como Monique, no me sentiría tan mal. Uno. Dos. Tres. Respira, ten paciencia.

—Sam, tengo que hablar con ella de algo importante y que no da espera —menciona Mark y yo suelto el aire que estaba reteniendo—. Discúlpame con Brooks. Estoy seguro de que tú podrás manejar la reunión a la perfección.

—Así será —dice comprensiva. Dios... Creo que la odio. No soporto que sea tan perfecta—. ¿Te veo mañana?

—Sí —Él se acerca y le da un beso en la mejilla—. Cuídate. Y, de nuevo, lo siento por todo.

—Está bien. Fue un gusto verte, Rachel.

—Igual —digo sin importancia.

Cuando ella se marcha, entramos al café, pedimos un par de capuchinos y ocupamos una mesa en la terraza.

—¿Qué quieres con todo esto? ¿Qué esperas después de tanto tiempo? ¿Hacer de cuenta que nada pasó? —habla bajo para no llamar la atención de las personas de las otras mesas como ya lo hicimos hace un rato.

—Quiero resarcir el daño que causé y explicarte las cosas —respondo mientras él me contempla con desprecio. Eso duele.

—Se terminó —Escucho atenta cada palabra que sale de su boca. Bajo la mirada y trato de calmarme. No quiero que me vea llorar.

—¿Sabes? Tenía la esperanza de recuperarte, pero... —Una vez más me quedo sin aliento. ¿Cómo aceptar que lo nuestro se acabó sin romperme? ¿Cómo podré ser capaz de soportar el dolor de perderlo a él también? Noto que una lágrima cae en la mesa.

—A pesar de todo lo que ha pasado, me duele verte así —Toma mi mano y termino por derrumbarme. Sus caricias son distantes, pero las siento más y me hacen pensar que, cuando salgamos de este lugar, no habrá un adiós.

—Solo dime que aún queda algo, aunque sea mínimo —le pido. Él no comenta nada, pero tampoco se aleja—. Así no podamos recuperar lo nuestro, te debo una explicación.

—Te escucho —suelta mi mano y se acomoda en el asiento. Me lleno de fuerzas y comienzo a hablar.

—Para empezar, Jackson mintió al decirte que regresé con él. Durante estos meses solo lo vi una vez en el lugar donde yo estaba trabajando. Me besó a la fuerza y supongo que fue ahí cuando tomó esa foto que te envió —Trata de ocultarlo, pero sé que se sorprendió con lo que acabo de decirle —. Amy me lo contó, no te enojas con ella.

Tomo una bocanada de aire y me preparo para lo que sigue, pero Mark empieza a buscar algo en su blazer. Saca el móvil y lo lleva a su oreja.

—Hola, Sam... ¿Qué? ¿Estás bien?... ¿Dónde?... Voy para allá —Cuelga y voltea a verme. No puedo evitar observarlo con recelo—. Samantha tuvo un accidente, debo irme.

—¿Ella está bien? ¿Puedo ir contigo? Mi madre... Me enseñó algo de primeros auxilios y eso podría ser de ayuda —le digo alarmada y siento un dolor profundo al mencionar a mi extraña. Mark asiente, pagamos la cuenta y salimos del café.

Aunque su ex no sea de mis personas favoritas en el mundo, no deseo nada malo para ella y espero que lo poco que aprendí de mamá pueda servir. Cruzamos un par de calles y nos encontramos con Samantha sentada en una de las bancas ubicadas en la acera. Su rostro luce pálido y llora desconsolada.

En la avenida hay dos autos estrellados y una mujer de unos treinta años en el suelo. Acelero el paso hacia ella.

—No, no la mueva —le pido a uno de los hombres que intentan ayudarla. Varias personas informan que la ambulancia debe estar en camino por lo que mis nervios disminuyen. Me agacho junto a la mujer y, aunque hay pequeños rastros de sangre, no parece ser algo muy grave—. Tranquila, todo estará bien —le aseguro, pero ella continúa alterada.

—Mami, mami, ven conmigo —Oigo gritar a una niña de unos cinco años a quien algunos de los presentes tratan de calmar a unos pasos de allí.

—Por favor, dígame que mi hija está bien.

—Lo está. Por favor, intente no moverse mientras viene la ambulancia —le digo y me acerco a la niña—. ¿Quieres ir con mami? —Le ofrezco mi mano y, aunque parece dudar, acepta. En cuanto llegamos a donde yace su madre, la pequeña le habla.

—¿Te duele mucho? —pregunta y la señora le dedica una sonrisa cálida —. Mami tiene sangre —Esta vez me habla a mí y noto su tristeza.

—Se ha golpeado un poquito, pero ya vamos a ir al hospital. ¿Te parece?

—Sí —Asiente repetidas veces y parece un poco más calmada hasta que la sirena de la ambulancia se hace escuchar con fuerza.

—Yo me encargaré de llevar a la niña al hospital si usted está de acuerdo —le propongo a la mujer y ella me mira con agradecimiento.

Los paramédicos la atienden y la policía hace los procedimientos del caso. Tomo de la mano a la pequeña y Mark se une a nosotras. Un agente se acerca para tomar las declaraciones del caso y logramos convencerlo de que es mejor que primero evalúen a la niña y a Samantha para descartar que no les haya pasado nada y luego sí hacer las preguntas que sean necesarias.

El policía se ofrece a llevarnos a mí y a la niña, y casi que me arrastra hacia la patrulla, mientras Samantha se sube al auto de Mark.

A medida que avanzamos, los nervios se apoderan de mí. No puedo creer que estemos yendo hacia el mismo hospital en que trabajaba mamá. Llegar allí es revivir cada una de mis heridas, siento una pesadez abrumadora. Me ocupo en la pequeña para tranquilizarla y, en parte, también para controlar mi angustia.

Nos encontramos de nuevo los cuatro frente a la recepción mientras el policía habla con una de las enfermeras

—Mi nombre es Rachel —le digo—, ¿y el tuyo?

—Me llamo Karla Spina y tengo seis años —Me lleno de alegría y recuerdos con esta bonita coincidencia.

—¿Karla? Qué nombre tan lindo —comenta Mark y me mira. Noto que una de sus manos está en la espalda de Samantha.

Un rato después, el padre de la pequeña aparece y se hace cargo de ella. Le digo a la niña que estaré ahí hasta que tengamos noticias de su mamá y recibo un abrazo como respuesta.

Tomo asiento y veo caras que reconozco. Enfermeras, enfermeros y doctores que trabajaban con mi extraña me observan con detenimiento. ¿Ella no es la hija de Karla? No puedo creer que se haya ido sin despedirse de nosotros. La extrañamos. Esas son algunas de las cosas que murmuran.

Samantha habla con un policía y Mark está a dos sillas de mí. Sé que también ha escuchado lo que la gente del hospital ha dicho, pero este no es

momento para contarle nada.

Hay algo que me inquieta y es pensar en que mi madre le ocultó su enfermedad a todo el mundo. ¿Katty tampoco lo sabía? Ella era su amiga y, por lo que he podido conocerla, sé que jamás hubiese permitido que mi extraña luchara sola contra lo que estaba enfrentando.

Pasados algunos minutos, el policía se despide de Samantha y ella se acerca a nosotros. Nos cuenta que iba en su coche y que tuvo que hacer un giro imprevisto pues otro auto se saltó el semáforo en rojo y ahí fue que golpeó a la mujer, quien logró empujar a su hija para salvarla.

Un médico sale y nos da un parte de tranquilidad sobre el estado de la señora. Con esa noticia, voy a donde está la pequeña y me despido. Su padre me agradece por lo que hice por las dos mujeres más importantes de su vida. Salimos de allí y vamos al estacionamiento.

—Mark, gracias por estar conmigo —dice Samantha ocupando el puesto del copiloto—. Y a ti también, Rachel. Muchas gracias.

—De nada. Me alegra que estés bien —respondo—. Mark, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Lo haremos camino a tu casa.

—Por favor —insisto.

—Está bien —accede—. Sam, no tardo.

—No se preocupen, esperaré aquí —responde amable y cada vez comprendo más por qué le agrada a Amy.

Mark avanza unos cuantos pasos y lo sigo. Cuando estamos lo bastante lejos del auto para tener algo de privacidad, vuelvo a hablarle.

—Gracias por escucharme en la cafetería. No voy a molestarte más en este momento porque quiero respetar tu espacio, pero te pido que, cuando estés listo para escuchar el resto de mi historia, me avises. Me gustaría contártelo todo, por favor.

—No sé qué decir.

—No digas nada —tomo aire—. Ve con Samantha, se ve que es una mujer increíble y necesita descansar.

—Es una amiga —comenta arrancándome una sonrisa.

—Espero algún día también volver a serlo —confieso porque me niego a perderlo por completo en mi vida.

—Adiós, Rachel —su tono es apagado.

¿Por qué esto se siente como una despedida?

Porque lo es, dice la vocecita en mi cabeza. No tiene muchas esperanzas de que Mark quiera seguir escuchando mis explicaciones y quizá tenga razón.

OceanofPDF.com

EL MURO QUE NOS SEPARA

No. Detente, Rachel. No sé cómo o cuánto tiempo nos tomará, pero lo arreglaremos. Quédate conmigo...

Si tan solo él hubiese dicho una de esas cosas, ahora todo sería diferente. Llevo dos semanas esperando su llamada y parece una eternidad.

—Concéntrate —me riño al darme cuenta de que he detenido mis actividades en el trabajo por dar rienda suelta a tormentosos pensamientos—. Cita de Steven con el abogado Henry Samuelson: Agendada.

Cierro el documento y me esfuerzo en poner mi atención a lo que debo hacer, pero el aroma tan suave y agradable que ronda en el ambiente desde que llegué del departamento de recursos humanos vuelve a desconcentrarme. ¿Por qué todo me lo recuerda? ¿Este perfume será producto de mi imaginación? ¿Estaré enloqueciendo?

—Rachel —Levanto la mirada y me encuentro con su rostro. Es una alucinación, por supuesto que lo es. Cierro los ojos unos segundos y respiro profundo, pero vuelvo a ver a Mark frente a mí. Debe ser porque he dormido muy poco que estoy imaginándome cosas.

—Sí, es eso. Necesito un café —susurro y camino hacia la cafetería.

—¿Ahora vas a ignorarme? —inquieta él sujetándome del brazo.

—Perdóname, no sé qué me pasa —me disculpo confundida—. ¿Buscas a Steven?

—Él me pidió que le trajera unos papeles y que le ayudara con algo porque hoy ibas a estar todo el día con Müller conociendo las oficinas —Me suelta e intenta mantener el tono sereno de su voz. Algo le incomoda, lo conozco.

—No estaba con él, sino en recursos humanos entregando una documentación que tenía pendiente.

—Steven es un idiota —susurra mientras niega con la cabeza. Entonces lo entiendo, o eso creo: Su gemelo quiso ponerlo celoso—. ¿Cómo has estado?

—Bien —Atándome de pies y manos para no buscarte o llamarte—. ¿Y tú?

—Bien —responde cortante.

—Ya que estamos aquí, quisiera hablarte de Dory. Me gustaría llevarla conmigo.

—Está en casa de mi hermana, con mis sobrinos.

Sé que ellos la cuidan bien, pero ¿era necesario deshacerse de Dory? Sonríe con ironía y tristeza.

—¿La regalaste?

—No, está con ellos temporalmente. Sigue siendo tuya —traga saliva—. Es solo que ya no podía seguir teniéndola conmigo.

—¿Cuándo puedo pasar a recogerla?

—Le diré a Romina que la lleve hoy a mi departamento. Puedes ir después de que salgas del trabajo.

—Está bien, gracias —comento y el silencio que se forma es incómodo.

—Rachel, te estaba buscando —El abogado Müller aparece sonriendo, pero su gesto se borra al ver sobre mis hombros—. Harvet —dice de manera más formal.

—Müller —Mark le devuelve el saludo con tono adusto.

Miro al abogado y, por un momento, pienso que hablará sobre mi madre, su testamento o las pertenencias que aún no me he atrevido a recoger.

—Rachel, ¿puedes darme el teléfono del Dr. Samuelson, por favor? —Su pregunta me tranquiliza.

—Sí, un momento —Voy por mi agenda, apunto la información en un papel y se lo entrego—. Aquí tiene.

La mirada de ambos está sobre mí, la única diferencia es que Mark me observa con el ceño fruncido, mientras que Müller no tiene pudor de verme con descaro.

—Gracias, preciosa. Eres un encanto. Nos vemos luego —dice y se retira.

Mark continúa observándome sin decir una sola palabra, me intimida, por lo que busco una distracción acomodando mi uniforme que, a decir verdad, no es tan ridículo como el de mi anterior trabajo. De hecho, me gusta. Ahora sus ojos siguen la dirección de mis manos.

—¿Algo más que desee, señor Harvet? —Mi tono es bajo y, espero, seductor—. Debo ir a la cafetería.

Él se pone tenso y percibo el deseo en su expresión. Disfruto ver su lucha interna por apaciguar el fuego que, evidentemente, se está avivando. Compruebo que los pasillos están vacíos y, esta vez con un poco más de dedicación, arreglo mi falda.

—¿Me estás provocando? —Su voz gruesa se siente diferente ahora y causa cosquilleos entre mis muslos.

—¿Lo hago? —pregunto con inocencia.

Nuestros días y noches de pasión vienen a mi mente e incrementan las ansias de mi cuerpo. Me fijo en su pantalón y sonrío al confirmar que no soy la única a la que el pasado entre ambos está torturando de manera inoportuna y dolorosa. Recuerdo tenerlo encima de mí, el deleite de recorrer su piel con mis labios...

—Rachel, no pasará nada entre nosotros —suelta y ahí sigue aquel muro. Intacto e invencible.

—Ten un buen día —agrego y emprendo mi camino. De nuevo somos dos desconocidos.

Parece una locura, pero creo que lo escucho suspirar y siento que vendrá detrás de mí. Soy una ilusa. Cambio mi dirección y decido ir primero al baño. Apenas entro, veo en el espejo mis mejillas sonrojadas. ¿Desde cuándo están así? ¿He sido tan obvia frente a él?

«Rachel, no pasará nada entre nosotros». Recordar sus palabras me llena de vergüenza. Por supuesto que notó lo mucho que su presencia me afecta, pero ¿quién puede culparme por desear al hombre que me enseñó a amar, que sabe cómo hacer que mi cuerpo arda hasta quemarme viva?

«Eso es cariño, disfruta», susurró en mi oído y yo jadeé ante sus dedos que viajaban a lo largo de mi vagina, rozando mi clítoris y haciendo que un escalofrío me recorriera. Los gemidos aumentaron cuando, con movimientos suaves y circulares, él estimuló el centro de mis deseos. El placer se disparó por cada rincón de mi ser. «Amo hacerte gozar con mi lengua, mis dedos y todo mi cuerpo».

«Mark», jadeé y él llevó su boca a la mía. Sentí su erección en mi muslo al tiempo que su dedo medio se deslizaba por mi sexo hasta introducirse por completo.

«Siempre lista para mí, cariño», musitó complacido. Continúe sumergida en el placer que me brindaba su tacto. Una nueva oleada de satisfacción me consumió cuando Mark empujó un segundo dedo dentro y fuera de mí, como si fuese su pene el que estuviera penetrándome.

Cierro los ojos al revivir ese momento. Mi respiración se agita cuando siento una mano posarse en mis caderas y, al encontrarme con el espejo, su mirada cala de inmediato en mi alma. Ese color verde que tanto me fascina.

—Mi mente no deja de imaginarte —digo creyendo que, otra vez, se trata de una alucinación. Él se acerca más y pega su cuerpo al mío, me esfuerzo por recuperar el aliento. No pienso con claridad con el palpar de su corazón en mi espalda. Todo esto es real.

—¿Por qué me provocas? ¿Por qué insistes en clavarte en mi piel? No deberíamos hacernos esto.

Seguimos viéndonos en el reflejo. Sus manos acarician mis caderas con mayor entusiasmo.

—Te he extrañado, Mark —digo en tono bajo y nuestros cuerpos se encuentran con avidez. Siento su erección y eso me excita sobremanera—, en todos los sentidos.

Él me sujeta con fuerza y me gira para quedar frente a frente.

—Cállate, Rachel.

—Cállame —lo desafío y él accede. Gimo cuando su boca domina la mía y pone una mano en mi cuello y otra en uno de mis muslos con brusquedad. Alza mi culo y me acomoda sobre la mesa del lavamanos. Abro las piernas para que su cuerpo encaje a la perfección con el mío. Como siempre. Volvemos a ser uno.

—Maldita sea, ¿por qué haces esto?

—Porque te amo y quiero estar contigo.

Agarra mi cabello con empeño y nos envolvemos en un beso lleno de pasión. Sus manos bajan por mis hombros y se detienen en mi cintura. Me toca sin dejar de besarme, su respiración se acelera cuando sube poco a poco mi falda.

—Dime que deseas esto tanto como yo —pide casi en una súplica.

—Sí, lo quiero. Te deseo, profesor Harvet —Mi respuesta lo hace explotar. Acomoda mi braga y desliza despacio un dedo por mi sexo. Aumenta el ritmo logrando que me moje. Muerdo mi labio inferior para no gemir fuerte y muevo mis caderas mostrando la necesidad que tengo de que siga dentro de mí. Introduce dos dedos más y juega con mi clítoris hasta que siento que estoy a punto de terminar, por lo que me agarro de su brazo y disfruto del temblor que su tacto me genera. Siento mi piel arder y me dejo llevar hasta que él retira su mano. Cierro las piernas en cuanto escucho voces acercándose. Miro la puerta con temor de que sea abierta y nos descubran.

—Puse seguro. Pensarán que está en mantenimiento —dice y sonríe complacido. Oigo que tratan de abrir y, unos segundos después, el sonido de pasos alejándose. Rodeo mis brazos en su cuello y mis piernas en su cintura. Mark deja escapar un tórrido gemido cuando su sexo, aún debajo de la ropa, se encuentra con el mío.

—Ambos lo queremos. No te cierres a nuestro amor —le pido y, sin más, él busca mi boca. Escucho la cremallera de su pantalón y llevo mi mano hacia su pene.

—Rachel —Su respiración se acelera mientras lo masturbo—, maldito sea el poder que tienes sobre mí.

Echa la cabeza hacia atrás mientras sigo deslizado mi mano, bombeándola de arriba y abajo en su grosor. Su cuerpo se tensa, pero no me detengo, quiero llevarlo al límite como él mismo me enseñó. Mientras jadea y disfruta del placer que le doy, saca de su blazer un paquete plateado. Sé lo que desea y yo necesito lo mismo. Me pongo de pie, extraigo el preservativo y se lo coloco con torpeza y nerviosismo.

Muerdo su hombro para ahogar un grito de dolor y placer cuando me penetra. Disfruto al sentirlo en mi interior con una delicadeza que derrite cada fibra de mi ser.

—No te detengas —le susurro—. Quiero que me hagas tuya.

—No sabes cuándo deseaba esto —Me embiste más fuerte. Mark me llena, lo hace por completo. Sus movimientos se vuelven lentos, aunque siguen siendo profundos. Me acomodo para tomar el control y me deleito cuando se estremece.

—Vas a hacer que me venga —Ignoro su comentario y continúo moviéndome bajo mis propias reglas, quiero complacerlo al máximo como él lo está haciendo conmigo.

Sus músculos se contraen y posa las manos en mis caderas, sosteniéndolas. Se hunde en mí y cierro mis labios para evitar que los gemidos de placer que ruegan por salir lo hagan. Mark me carga hasta una de las paredes del baño y me penetra con más deseo que antes. Me hace el amor de manera frenética y desesperada. Ver el sudor en su frente me prende demasiado.

Siento mi vagina apretarse en torno a él, gustosa en la red de lujuria en la que estamos atrapados; mis uñas se clavan en sus hombros al sentir su cuerpo entrar y salir del mío una y otra vez.

—Mark...

—Córrete para mí —pide y sus palabras surgen efecto. En unas pocas embestidas más, me sujeto temblorosa a su cuello. Terminamos al mismo tiempo y nos quedamos por un momento así, abrazados y sin decir nada. Eso me asusta.

Mark sale de mí y me reincorporo. Estoy nerviosa y quiero que este instante de incomodidad termine.

—Debo irme —anuncia serio. Entra a uno de los baños y sale un rato después con la ropa en su lugar. Se ve al espejo y trata de arreglarse el cabello—. Nos vemos más tarde cuando pases a recoger lo que necesitas.

Ni siquiera es capaz de verme a la cara cuando lo dice. Parece que lo que acabamos de hacer no hubiera importado. Mi corazón se rompe en mil pedazos. Todo cambió y temo que nunca volverá a ser igual.

Voy hacia uno de los cubículos y lo escucho suspirar antes de retirarse. Él se aleja del lugar y, entiendo, también lo está haciendo de mi vida.



Después de ese encuentro, la poca concentración que tenía en el trabajo se pierde. Me siento contrariada al confirmar que sus sentimientos por mí siguen intactos, al igual que el muro entre los dos.

Nuestro momento en el baño fue maravilloso. No me arrepiento de nada, aunque me hubiese gustado que su boca dijera lo que sus caricias me confesaban.

Retomar mis actividades es complicado, pero logro finalizar la jornada. Al regresar a casa, me ducho para tratar de evitar los cuestionamientos que hace mi mente. Me quedo varios minutos eligiendo la ropa que me pondré. Me decido por unos vaqueros negros, un crop top blanco y una chaqueta del mismo color del pantalón.

Espero el taxi sin dejar de preguntarme por cuál es nuestra situación actual. ¿Qué somos? ¿Ha sido solo sexo para él? Me duele pensar en las respuestas que surgen cuando el móvil notifica un mensaje.

El hámster ya está en mi departamento.

Avísame cuando vayas llegando.

Aunque me entristece la frialdad de lo que acabo de leer, sonrío al pensar que volveré a ver a Dory y decido quedarme con eso porque la

extraño. Apenas me subo al vehículo, le escribo que voy en camino y, cuando llego al destino, le envío otro mensaje para avisarle.

Estoy cerca, puedes esperarme o decirle a Julián que te dé las llaves. Como desees.

Su respuesta me irrita. ¿En serio tiene tantas ganas de evitarme? Con pedir que lo esperara hubiese sido suficiente.

Que te den.

Río por lo que acabo de escribirle de manera impulsiva y tecleo algo más.

Recogeré a Dory y me iré, no te preocupes.

Adiós, Mark.

Me acerco a Julián, quien me mira con su gesto de amabilidad característico.

—Señorita, me alegra verla. ¿Cómo está?

—Hola. A mí también. Mark me dijo que dejó las llaves de su departamento aquí.

—Sí, claro —Él las busca en una de las gavetas y me las entrega.

Le agradezco antes de dirigirme al elevador, pero me detengo al sentir la vibración en mi teléfono. Los latidos de mi corazón se aceleran al ver su nombre en el identificador.

—Mark —respondo sin importancia.

—En dos minutos estoy allí. ¿Puedes esperarme?

—Está bien, aquí nos vemos —Cuelgo y voy de regreso a la recepción. Los nervios me sofocan y la ansiedad que tengo desde lo que pasó en el baño del bufete aumenta. ¿Qué ocurrirá cuando volvamos a vernos? Estoy confundida porque él ha sido muy certero en su posición de no querer hablar sobre lo nuestro, pero la manera en que hicimos el amor...

Pasan más de dos minutos y empiezo a crear teorías. ¿No vendrá? ¿Prefiere ahorrarse esta conversación? Una llamada entra y la contesto de inmediato al ver que es suya.

—Ya estoy afuera. Si quieres, ven al auto y me acompañas hasta el estacionamiento.

—Voy en camino.

Salgo de la recepción y ahí está su carro. Puedo ver su figura a través del espejo, me acerco y musito unas cuantas plegarias antes de abrir la

puerta. Su mirada se vuelve hacia mí. Julián nos da acceso y Mark conduce hasta la zona de parqueo en completo silencio.

—Rachel —habla al fin y me confunde la forma en que me ve, aunque no tanto como el acercamiento de sus labios a los míos.

—¿Me dejas sola en ese baño y ahora quieres saludarme con un beso?
—Lo esquivo y le reprocho, soltando mi enojo por primera vez desde lo sucedido. La furia hace que la sangre en mis venas se caliente más a cada segundo—. ¡Qué huevos los tuyos, Harvet!

—Necesitaba pensar las cosas —comenta, intenta besarme de nuevo y esta vez cedo, derretida ante él. Su boca reclama la mía y, aunque siempre pone pasión en lo que hace, ahora se siente distinto. Toma mi cabello entre sus dedos y genera más intensidad en nuestro beso. Creo que está tan excitado como enojado.

—No —digo y me alejo—. Odio que vengas y, con solo tocarme, yo ya no pueda siquiera pensar. ¡Odio eso!

—Está bien —se acomoda en el asiento. Sus ojos miran hacia el frente y sujeta el volante, en un esfuerzo por tranquilizarse. Mi cuerpo y mi corazón no obedecen a mi cerebro, por lo que vuelvo a hablar.

—No me arrepiento de lo que sucedió en el bufete, pero...

—Yo tampoco lo hago.

—¿Dónde nos deja eso, Mark? —pregunto y él y guarda silencio—. ¿Acaso solo soy una mujer a la que te cogerás cuando quieras y ya? ¿Eso significa para ti? —lo cuestiono incrédula—. Estás muy equivocado si piensas eso, Mark. Muy equivocado.

—No te refieras a ti de esa manera.

—Entonces, ¿qué quieres? —Estoy confundida y frustrada.

—Basta.

—Te gusta esto, ¿no? —Siento un par de lágrimas caer por mi rostro—. Te gusta verme sufrir, ¿es eso?

Su expresión se endurece y sé que está enojado. Sale del carro, da la vuelta para abrirme la puerta y yo salgo igual de furiosa que él. ¿En serio me está echando de su auto?

—No es necesario que —Me sorprende cuando se acerca y se inclina ante mí. Me toma de los muslos y, de repente, me encuentro colgando en su hombro derecho. Cierra la puerta del carro y me carga hacia el elevador —... ¿Qué haces? ¿Enloqueciste?

—Puede ser —Da una pequeña palmada a mi culo y río nerviosa. Por favor, que no nos encontremos con nadie. Por favor, ruego en mi mente mientras caminamos.

—Alguien puede vernos, Mark.

—No me importa —advierde y sé que está hablando en serio.

—Pero a mí sí me importa —le reclamo y él sonríe. ¿No que estaba enojado? ¡Qué volátil es!

—Entonces empieza a rogar que nadie nos vea, ‘encanto’ —dice irónico esa última palabra, imitando con exageración el tono coqueto de Müller.

Aunque sigo turbada, su actitud me divierte.

—Parece que te salvaste. Nadie nos vio —dice serio cuando llegamos frente al ascensor. Escucho las puertas abrirse—. O puede que sí... Señora Benson, ¿cómo está?

—¿Qué? —¿Es broma? Tiene que estar bromeando.

—Hola, Mark —responde una voz femenina en tono despreocupado—. Señorita...

Mierda.

—Hola —hablo nerviosa y la veo sonreír mientras sigue su camino y se despide moviendo la mano—. Adiós.

Entramos al elevador y el reflejo muestra que mi rostro está rojo de la vergüenza. Mark suelta una carcajada.

—¡Bájame!

—Te bajaré en un momento —Empiezo a darle golpes a sus glúteos, pero no hay ningún efecto. Él sigue inmóvil y riéndose.

—Tregua —pido.

—No.

—¿Por qué?

—Porque aún sigo enojado.

—Volátil y descarado. La enojada debería ser yo —reclamo—. Tú me dejaste en ese baño sola.

Da una palmada aún más fuerte a mi trasero y hace que mi cuerpo se estremezca. La puerta se abre y él camina como si nada hacia el departamento. Entra y sigue andando hasta que llegamos a su habitación, se detiene junto a la cama y cierro los ojos, pienso que pueda tirarme de manera brusca sobre ella, pero me acomoda con suavidad. Tan inesperado, tan él.

Me mira y en sus ojos hay tristeza. Tomo su brazo y halo de él. Sí, he faltado a mi palabra de no volver a ceder. Sin embargo, creo que vale la pena porque me envuelve en un gesto tierno. Mi viejo Mark está de vuelta, al menos en este momento. ¿Cómo puede ser tan cambiante? Lo amo.

Él atrapa mi labio inferior y empieza su juego de morder y chupar, haciéndome gemir.

—Esta es —Baja a mi cuello y lo muerde—. La única. Manera. En que. Me gusta. Verte. Sufrir —dice entre besos—. De placer.

Sus palabras encienden mi piel y alimentan mi ser.

—Mark...

—Al principio quería que sintieras lo que yo sentí, pero me di cuenta de que eso no es lo que deseo. Que estés mal también me lastima a mí. No vuelvas a decir que me gusta verte sufrir.

—Lo siento, pero estoy muy confundida —le digo con amargura—. Ya no sé qué pensar o esperar.

—Rompiste mi corazón, Rachel —confiesa con nostalgia—. Y puede parecer irónico, pero también eres la única que sabe cómo repararlo. Eres la única que puede hacerlo.

—Lo siento. En serio, lo lamento mucho. Sé queirme así no estuvo bien. Necesitamos hablar de muchas cosas.

Él asiente y me besa con dulzura.

—Lo sé y te prometo que hablaremos —Su tono de voz es profundo—, pero después de hacer el amor.

Llevaba mucho tiempo sin escucharlo hablar de amor, quizá desde que me fui. Mark ha tratado de usar términos fríos y distantes estas semanas para blindarse por lo que estaba sintiendo.

—Tengo mucho que contarte —digo y empiezo a llenarme de recuerdos.

—No digas nada, no ahora —suplica—. Solo quiero tenerte como antes, pensar que nada ha cambiado. Quiero sentirte mía.

—Soy tuya, siempre lo he sido —suspiro—. Llegué a creer que no te recuperaría.

—¿Recuperarme? —Se ríe y eso me asusta—. Rachel, nunca me has perdido. Aunque quise alejarme de ti, no he podido ni he querido.

—En todos estos meses, no dejé de pensar en ti ni un solo día —admito y él me acaricia la mejilla.

—Por favor, no vuelvas a alejarte —Su voz está rota y me duele.

—No lo haré, Mark —le prometo—. Te amo, te amo tanto.

OceanofPDF.com

TODO ARDE

Nuestro encuentro es el más grande de los incendios. La tarde es testigo de cómo nuestra unión es capaz de desaparecer los reproches, la desconfianza y el dolor. Nos amamos al ritmo del calor de su promesa: «Te haré mía».

Jadeo al sentir el miembro de Mark deslizándose por completo dentro de mí. Su hombría se humedece cada vez más con mis flujos.

—Por favor —gimo mientras me aferro a las sábanas. La necesidad de él y el placer que me brinda se elevan tanto que me aturden.

—Pídeme lo que necesitas —Su voz me excita aún más. Mueve sus caderas a un ritmo infernal mientras masajea mis pechos.

—Esto es lo que necesitaba —articulo entre jadeos—. A ti dentro de mí.

La sensación me lleva al límite. Él se inclina para buscar mi boca y lo recibo saboreando sus labios con dedicación. Sale de mí, se quita el condón y lleva mi mano a su pene. Me deleito al sentir sus venas palpar y mi mente se llena de lascivos pensamientos.

—¿Ves cómo me pones? —comenta y su respiración se agita cuando comienzo a masturbarlo. Disfruto los sonidos que él comienza a soltar. Gozamos con la manera en que nos entregamos el uno al otro.

—Siéntate acá, sobre mí —dice con autoridad. Se acomoda para poner las manos en mi cadera y guiarme hasta que sus labios se encuentran con mi vagina. La experticia y delicadeza con la que mueve su lengua y me saborea es embriagadora. Aprieta mis muslos y recibe complacido todo mi calor y mi humedad.

Paseo mis dedos por mi cuerpo y Mark empieza a masturbarse mientras me lame con más ganas. Pierdo el control y me olvido del mundo, de lo que nos separa, de los conflictos que me invaden. Me dejo llevar por el placer y gimo con su tacto, con la intensidad con que me hace suya. Envío mi cabeza hacia atrás y llego al clímax. Noto que el ritmo de su mano aumenta. Escuchar sus jadeos al venirse es el cielo para mí. Sonrío tontamente, mientras grabo por completo en mi piel nuestro apasionado encuentro.

Llevo varios minutos descansando a su lado, pero la felicidad no es completa porque el silencio está instalado entre nosotros.

—Te busqué en todas partes, Rachel. En tu casa, en la de tu abuela, en hospitales, estaciones de policía... Morgues —habla al fin—. Ese era el

lugar al que más temía entrar. Fue el sitio que me enseñó a pronunciar tu nombre con dolor y miedo. Pensar que algo te había sucedido me mataba por dentro.

Me lleno de enojo y melancolía. No soy capaz de mirarlo a la cara y lo abrazo con fuerza.

—Vi los videos de las cámaras de seguridad del edificio. Saliste rápido del departamento y eso me indicó que las cosas no estaban bien. Intenté encontrar las razones por las que te marchaste y, al no tener respuestas, me culpé. Las dudas me consumieron y me llené de temor y de rencor —Respira profundo y continúa—. Luego llegó Jackson. Aunque me dolió verte en la foto que me envió, también me llenó de alivio porque volvía a tener noticias sobre ti. Te juro que luché por no creer en sus palabras, pero la angustia mutó en rabia cuando hablé con Danes y —Se interrumpe y niega con la cabeza—... Eso ya no tiene importancia.

Me aparto y tomo asiento para verlo a los ojos, su aflicción es evidente. Pienso en la razón por la que mencionó al padre de Amy, pero continúa hablando.

—Rachel, en serio deseé que sufieras como yo lo hice, pero ser frío e indiferente contigo lo único que hace es lastimarme. Me duele saber que te estoy haciendo daño —confiesa y lo comprendo. ¿Cómo podría culparlo por ello? También llegué a odiarme por hacerlo sufrir.

—Lamento haberte dejado así. Fui egoísta con los que quiero, otra vez —Mark acaricia mi mano y sollozo mientras termino de contarle cómo Jackson apareció en mi trabajo para obtener la foto que le mostró.

Limpio la humedad en mis mejillas, miro hacia el techo y me lleno de seguridad. Creo que ha llegado el momento de sacar todo este dolor.

—Mark, el tiempo se detuvo ese día para mí —trago saliva y continúo—. No sabes lo sola que me sentí. Sé que fue mi decisión alejarme, pero no imaginas cuánto sufrí por saberme sin ti, sin Amy, sin ella...

—¿De quién hablas? —cuestiona confundido. La nostalgia se apodera de mí y lloro con más intensidad. No seré capaz de decirle la verdad. Él me estrecha entre sus brazos y el calor de su cuerpo reconforta mi ser.

—Te amo, Mark, no lo dudes ni un segundo. Quiero que me perdones por haberte lastimado, quiero volver a intentarlo contigo si crees que es posible.

—No voy a negar que tu regreso me dolió incluso más que tu partida y que esos cinco meses sin ti. Por eso necesito que me ayudes a entenderlo todo.

Busco la manera de hablarle sobre la muerte de mi madre, pero no la encuentro. El pavor por dejar escapar los demonios que aún me atormentan y me acusan, se alza triunfante y me invita al silencio. Tiemblo y me aferro de nuevo a él, a lo bien que me hace sentir su compañía.

Recordar a mamá solo me convence de que la necesito a pesar de que se haya ido hace meses. La necesito tanto que aún guardo una pequeña esperanza por despertar un día y que todo haya sido una pesadilla.

—Descansa un poco, luego hablaremos. ¿De acuerdo? —Asiento y tomo aire.

—¿Podrías acompañarme mañana a un lugar, por favor? —Me gustaría que habláramos ahí, en el sitio donde yace el cuerpo mi extraña.

—Iré contigo. Todo estará bien, Rachel —asegura—. Quiero que sepas que nada cambiará esta oportunidad que quiero que nos demos, si estás de acuerdo. Pudimos antes, podemos ahora y podremos juntos con todo lo que venga.

—Juntos —repito y sonrío por lo que eso representa.

—Me alegra haberte encontrado en la oficina de Steven —Cambia el tema para subirme el ánimo.

—¿Cómo es que tenías un preservativo?

—Él me lo dio esa mañana antes de salir de su casa. Me dijo que nunca se sabe cuándo vas a necesitarlo y tuvo razón.

—Estábamos en su bufete y en horas de trabajo. Va a matarme si se entera.

—Va a matarnos si se entera —Suelta una carcajada y me da un beso tierno en la mejilla.

Nos duchamos antes de que caiga la noche. Mark se ofrece a cocinar y me entrega su celular para que busque la playlist que solíamos escuchar algunas veces en su auto. Hay una lista nueva en su cuenta y me llama la atención. «De Sam, con cariño». Curiosa, reproduzco la canción inicial y suenan las primeras estrofas en español de una melodía dulce y melancólica.

Lo siento, pero ya es muy tarde para arrepentirse. Hay alguien que vino a sanarme después que te fuiste y pudo curar las heridas que, con tus

mentiras, dejaste en mi ser. Perdón, pero aquí, tú ya no tienes nada que hacer².

—Rachel, dame el móvil —pide acercándose. Pongo mi mano en su pecho para detenerlo. Presto atención a cada frase de la canción.

Mi vida sigue, aunque te fuiste y ni siquiera estoy triste.

El desconcierto se transforma en carcajadas. Lo que menos estoy es contenta, pero no puedo controlarlo.

—Rachel, por favor —Mark toma el móvil y pausa la música. Lo agradezco porque, pese a que la balada es preciosa, su letra me agobia. Es una declaración evidente—. Samantha me compartió esa lista hace unos días. Me identifico con ciertas líneas de esa canción, pero mi realidad es otra.

—¿Ella sabe de lo nuestro? —le pregunto con tristeza.

—Le conté que estaba enamorado, pero no sabe que tú eres la mujer de la que le hablé. Nunca le mencioné tu nombre.

—Y pensar que Samantha empezaba a agradarme —bromeo para sacarme eso de la mente.

—Sam es una persona maravillosa, pero no tengo nada con ella. Olvídalo —Se acerca y me rodea con sus brazos, haciendo que me relaje.

—Tenías todo el derecho de seguir con tu vida. Es duro darme cuenta de que ella pudo ocupar mi lugar.

—No hay nadie que ocupe el lugar que tienes en mi vida, Rachel.

—¿Ni siquiera una ex de metro ochenta que se muere por ti y es un amor?

—Nadie. Solo tú, siempre.

El citófono suena y él se disculpa para atender.

—Sí, Julián, puede pasar. Gracias —Cuelga y voltea a verme—. Es la metro ochenta.

—Iré con Dory para que puedan hablar tranquilos —Aunque siento un poco de celos, confío en él—. ¿Está en el estudio?

Mark asiente y me da un beso en la frente.

Justo cuando veo a Dory en su jaula, escucho el timbre.

—Soy yo, preciosa. Estoy de nuevo contigo —le hablo cariñosa y la consiento con más confianza que nunca. Tomo asiento y la veo jugar en su rueda. El tiempo pasa y, aunque no quiera, me siento intranquila.

Unos quince minutos después, la puerta principal se cierra y los pasos de Mark se acercan hacia donde estoy.

—¿Cómo ves a Dory? —me pregunta y sonrío.

—Está más juguetona que nunca y pude consentirla. Creo que ya le perdí el miedo —digo tratando de mantenerme calmada. Me muero por saber de qué conversó con su ex.

—Samantha volverá a Canadá la próxima semana —suelta de repente—. Vino a contarme que le ofrecieron un cargo muy importante y que quiere hacer su vida allí. Le hablé de ti y me dijo que sospechaba que tú eras la mujer de la que estoy enamorado por la forma en que me ponía con tu presencia —confiesa y se sonroja.

Lo invito a que se acomode a mi lado y no digo nada más. Estar ahí, junto a él y Dory, es lo único importante.

[2](#) Te fuiste de Jary Franco.

PENSAMIENTOS Y MOMENTOS

La fría noche se cierne sobre mí y la necesidad de tenerla conmigo se agudiza.

«¿Te abracé, te dije que te amaba lo suficiente, extraña?», susurro siguiendo con las yemas de los dedos cada pequeña gota que se desliza por la ventana nublando la vista a la ciudad.

Escucho leves quejidos que ponen en pausa el hilo de mis pensamientos. Volteo hacia Mark, quien sigue dormido. Regreso a la cama y él se remueve inquieto. Beso su frente y le acaricio un hombro. Sus ojos se abren y frunce el ceño, me observa atento como si dudara de mi presencia.

—Estás aquí —Lleva su mano a mi mejilla—. Pensé que todo había sido un sueño y que me despertaría en el infierno que he vivido sin ti durante estos meses.

—¿Qué nos hice, Mark? ¿Qué te hice? —pregunto meditando en las consecuencias de mis decisiones.

—Ven —dice con ternura y me guía para que me recueste en su pecho. Me abraza y me hace sentir viva, segura—. No podemos retroceder el tiempo, pero sí pensar en el presente y en el futuro. Así que basta de disculpas, hagamos que esto merezca la pena.

—No dudes que eso es lo que más deseo.

—No lo hago —su tono es firme—. Ya no —Su respuesta me hincha el pecho de emoción.

—Te amo —pronuncio con convicción.

—Y yo a ti, Rachel.

Te amo más, siempre más. Recuerdo lo que solía decirme y experimento una alegría enorme al ser consciente de que Mark está expresando sus sentimientos. Sé que ya no es el mismo y que ha cambiado, pero lo está intentando.

—¿Qué haces despierta?

—He estado pensando en el viaje que haremos en unas horas —le confieso.

—Una preocupación a la vez. Trata de descansar —pide y cierro los ojos para disfrutar de su calor y de la manera en que me consiente. Tenerlo me reconforta. Me aterra la necesidad tan adictiva que siento por él, pero su

cercanía me hace bien. Suspiro y me dejo llevar por el cansancio acumulado.

—Qué curioso, ¿no? En mi búsqueda de razones para olvidarte encontré más motivos para seguirme enamorando de ti —Lo escucho decirme, o eso creo. Ni siquiera estoy segura si sus palabras son reales o parte de mi imaginación. Lo único que sé es que hacen que mi corazón lata con fuerza antes de rendirme y ganarle, al menos por hoy, la batalla al insomnio.



Siento que la alarma suena más fuerte y temprano de lo habitual, o al menos eso parece cuando abro los ojos desorientada. Con el cabello cubriéndome parte del rostro, ruedo sobre el colchón en busca del móvil y me doy cuenta de que estoy en la habitación de Mark. Incluso llevo puesta una de sus camisas y el celular que tomé es el suyo. No es un sueño.

—Olvidé dejar el celular en silencio —El hombre que me acelera el corazón sale recién duchado del baño—. Lamento que te despertara. Buenas tardes, Rachel —Se acerca y me da un beso. Huele y luce tan bien que no dejo de reprender mi aspecto desaliñado, pero no me detengo mucho en ello porque ahí cobra sentido lo que él acaba de decirme.

—¿Tardes? ¿Qué hora es?

—Casi la una.

—Dios, hace mucho no dormía tanto —le confieso. ¿Cómo es posible que haya descansado por casi nueve horas? Dejo atrás mi consternación al escuchar una risa discreta por su parte. Levanto la mirada hacia él.

—Me pasaba igual hasta ayer —Sus ojos verdes se fijan en mí y me encanta lo que percibo en ellos—. Supongo que los estudios sobre el insomnio son acertados: El ejercicio físico mejora la calidad del sueño.

—El buen cardio, ¿eh? Creo que necesitaré otra dosis —replico entrando en su juego. Él sonríe de manera tan provocativa que una ola de calor sube hasta mi rostro y termina por estallar cuando posa su mano en mi mandíbula. Su piel arde contra la mía. Muerdo mi labio ante las sensaciones. No deja de sorprenderme el poder que tiene sobre mí con solo tocarme. Sus caricias se detienen en mis labios.

—Extraño tanto esta boca —dice.

Respiro profundo para recuperar el oxígeno que me ha robado su confesión. Estoy a punto de hablar, de mencionar lo mucho que quiero hacerlo, pero su móvil vuelve a sonar.

—Es Steven —informa al observar la pantalla del celular que está sobre la cama. Ni siquiera sé en qué momento lo solté.

—Contesta tranquilo. Iré a ducharme.

Él asiente y responde la llamada. Cuando salgo del baño, Mark ya está vestido y más guapo que nunca; peina su cabello ante el enorme espejo de su closet.

—Mientras te arreglas, voy a dejarle comida a Dory. La maleta con tus cosas está en el armario —Se acerca y toca mis mejillas con delicadeza—. Y no te preocupes, porque me queda toda una vida para hacerte el amor todas las veces que queramos —recuerda lo que estábamos a punto de empezar un rato atrás y no puedo evitar empinarme para besarlo.

Mark sale y me invaden emociones contradictorias al darme cuenta de que iré con él al lugar donde yace mi madre. Al fin tendré que decirle la verdad.

Saco del armario el equipaje que dejé aquí el día que ocurrió todo. Me pongo un vestido blanco semiformal y no me toma mucho tiempo estar lista para reunirme con él.

—Te hice un sándwich para que almuerces —Señala la mesa y siento arcadas. El solo hecho de pensar en comer me asquea.

—Prefiero esto para el camino —le digo y agarro una manzana de la frutera sobre el comedor.

—Eso no es suficiente para un almuerzo —me regaña. Aunque insiste, termino por convencerlo de que no es una buena idea que coma tanto antes de un viaje.

Vamos hasta el estudio para despedirnos de Dory y me enternece mucho verla, en verdad la extrañaba. Decidimos no retrasarnos más y salimos de allí. Llegamos al estacionamiento y, mientras más cerca estamos de su auto, más nerviosa me siento.

Él arranca y enciendo el estéreo. Comienza a sonar Love me again de Katelyn Tarver.

There'll be times we fight, they'll be tears we cry, but it's just you and I on this road. So will you know when to hold me and not let me be lonely when I won't let you in?[3](#)

—And sometimes when I'm angry will you know how to face me, put me together again, and even when I need space and don't mean the words that I say, please don't go too far away⁴ —Con la mirada puesta en la carretera, Mark sigue la canción y la mezcla de su voz con la música es un verdadero deleite.

So when it feels like we're breaking, will you know how to hate me and love me again?⁵

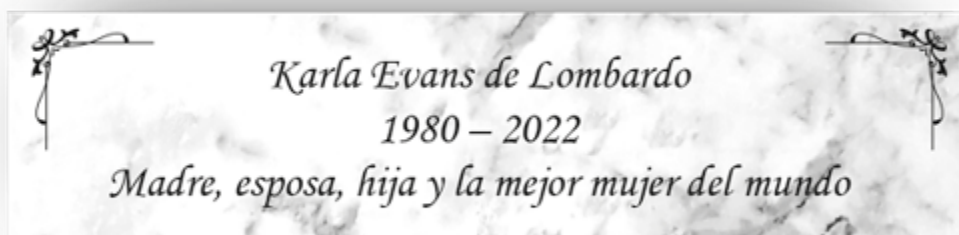
—¿Te la recomendó Samantha, tal vez? —bromeo para molestarlo y que no se dé cuenta de todo lo que oí me provocó.

—No. Hace parte de una playlist que he escuchado todo este tiempo porque me recordaba a ti.

Sonríó ilusionada. Las canciones continúan y cada una habla por completo de nosotros. Son adecuadas y precisas. Disfruto del momento, del viaje y de tenerlo a mi lado.

Mi pie derecho empieza a moverse cuando veo un letrero que anuncia que hemos llegado al pueblo. Le doy indicaciones a Mark de hacia dónde debe dirigirse, hasta que arribamos a nuestro destino. Estacionamos el auto y él me toma con fuerza de la mano mientras caminamos hacia la entrada del cementerio, como si tuviera un presentimiento.

—Hay alguien aquí que —Siento un nudo en la garganta que no me deja respirar—... Ese día en tu departamento recibí una llamada de mi abuela informándome que mamá estaba mal —le confieso mientras avanzamos y no puedo hablar más. Me aferro a él para seguir adelante hasta que estamos frente a la tumba de mi extraña.



Ese nombre que tanto amaba pronunciar ahora duele. Me hiere verlo escrito en el frío mármol. Mark llora y yo acompaño su llanto en silencio, con el sosiego de un alma resignada al dolor y la ausencia.

—Se fue, Mark —digo y él no aparta su mirada de la tumba de mi madre. Su pecho sube y baja a un ritmo acelerado—. Ese día sus latidos se detuvieron y los míos dejaron de tener sentido.

—Lamento no haber estado contigo, Rachel. Lo siento mucho —logra articular. Su expresión es la más triste que le he visto.

—Quise morir cuando la perdí —hablo por primera vez de mis deseos en estos meses. Siento miedo de liberar esos pensamientos que tantas noches me convencieron de que mi vida no valía nada, de lo inútil que era intentarlo. Volver a esos instantes de oscuridad me quiebra.

Él me abraza con fuerza. El corazón me duele como el primer día que empezó esta pesadilla.

—La jodida vida me enseñó lo cruel que puede ser. Me convertí en una persona cobarde y egoísta. Me odié por meses.

—Lo siento, cariño —habla entre lágrimas—. Lo siento tanto... Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte —digo y Mark me acuna el rostro con sus manos e intenta secar la humedad en mis mejillas.

—Te juzgué y te empujé a decirme cosas para las que no estabas preparada —Esto lo desborda y yo no puedo decir nada para reconfortarlo—. Fui un miserable y te traté de la peor manera posible.

—No, Mark. Tú no sabías nada de lo que había pasado y luego estuvo la foto que te envió Jackson. La que tiene que pedir perdón soy yo por no haberte contado esto antes.

Él suelta un suspiro lleno de rabia e impotencia y vuelve a abrazarme.

—Entiendo tu decisión —Respira profundo y se aparta un poco para que pueda verlo a los ojos—. Rachel, estoy dispuesto a juntar cada pedazo de tu corazón, a sanar tus heridas. Prometo que, cada día de mi vida, estaré ahí para recordarte que vales toda la pena. Tu madre me habló muchas veces de lo orgullosa que estaba de ti y estoy seguro de que se fue en paz sabiendo el gran trabajo que hizo contigo.

—Pero no me di cuenta de su enfermedad, de lo que estaba sufriendo sola y en silencio.

—Escúchame, por favor. Esa fue la elección de Karla y no hay nada que pudieras hacer. Sé que no es fácil de entender, pero así es la vida —Toma mis manos y continúa—. Tu mundo se derrumbó y aquí estás, tratando de

reconstruirlo y de seguir adelante. Tu madre, donde quiera que esté, debe sentirse complacida de ver la mujer fuerte que eres.

—¿En verdad lo crees, Mark?

—Estoy seguro. Yo también me siento feliz por eso. Estoy muy orgulloso de ti.

Nos agachamos para estar más cerca del lugar en el que mi extraña descansa y me permito sentir. Aunque temo estarme acercando de nuevo a un precipicio en el que no quiero volver a caer, lloro sin restricciones o miedos porque sé que ahora soy capaz de estar en pie y seguir adelante, y porque Mark está mi lado para sostenerme y ser mi compañía en este proceso.

—A pesar de lo que he avanzado, creo que necesito ayuda de alguien profesional para poder sanar por completo y entender todo lo que estoy pasando —Hablo con sinceridad porque mis problemas con el sueño, el apetito y la mente me superan a veces. Quiero seguir trabajando en ser la mujer que siempre he querido y sé que, en este momento, no puedo hacerlo sola.

—Eso haremos en cuanto regresemos a la ciudad. Cuando estés preparada, buscaremos a alguien, ¿te parece?

—Gracias por estar aquí, por escucharme. No imaginas la cantidad de veces que pensé que ni siquiera eso merecía.

—Y tú no imaginas cuánto te admiro —Lleva sus suaves labios a mi frente—. Gracias a ti por apostar por lo nuestro y por permitirme acompañarte en el camino. Te amo, Rachel Lombardo.

—Te amo, Mark Harvet. Mucho.

La tarde se torna fría y gris y una suave llovizna empieza a caer sobre nosotros.

—Mi madre decía que la lluvia nos obliga a ver que hay algo más allá del sol. Quiero pensar que hablaba de una eternidad donde volveremos a encontrarnos en algún momento —Sonrío ante ese pensamiento.

—Así será, mi amor —Se pone de pie y me ayuda a levantarme cuando el agua empieza a caer con más fuerza—. ¿Te parece bien que vayamos al auto? No quiero que te resfríes.

Tomamos la mejor decisión porque la tormenta no tarda en arreciar sobre el pueblo. Nos dirigimos hacia la casa donde pasé tanto tiempo junto a mi abuela y en la que me sentí perdida por completo. Estoy aterrada de

tener que reencontrarme con el lugar en el que me torturé durante estos meses.

Mark me toma de la mano y me invita a correr hacia la entrada. Allí, resguardados de la lluvia, me besa con un amor inmenso y que me aleja de la oscuridad. Ese gesto es una promesa: Él estará conmigo, aun cuando las cosas vayan mal.

—Creo que dejé un par de toallas en el baño, iré por ellas —digo y Mark niega.

—Iré yo —me detiene—. Sé que puedes cuidarte sola, pero déjame hacerlo por ti esta vez.

Su confianza en mí me regocija.

—Es al fondo a la derecha —Sonríó al indicarle. Él regresa unos segundos después y lo primero que seco es la humedad en mi móvil, en el cuál veo algunos mensajes sin revisar.

Sabes que te amo, ¿no?

Eres mi hermana y tu dolor es mío.

Estoy aquí, Rach, como Joey y Chandler,
siempre la una para la otra.

Te amo, ¿ya te lo dije?

Me siento feliz cuando termino de leer lo que mi amiga me escribió.

—¿Quién hace que la novia más preciosa del mundo sonría de esa manera? —cuestiona Mark con dulzura. Solo lleva el bóxer puesto y tiritita por el frío. Aunque está un poco más delgado, su cuerpo sigue conservando aquella contextura musculosa y fascinante.

—Amy —le informo y él se acerca a mí.

—¿Te parece si tomamos un baño caliente?

—Sí, porque me estoy congelando.

Él me alza y un gesto de diversión se dibuja en su rostro al ver mi sorpresa. Cuando estamos en el baño, comienza a desvestirme lento y entramos juntos a la ducha. El agua tibia nos reconforta. Mark pasa con dedicación el jabón por mi cuerpo, recorre mi cuello, mis senos y baja con suavidad hacia mis piernas. No puedo evitar estremecerme y el calor en la entrepierna me sofoca tanto que dirijo una mano hacia ella y veo cómo su erección comienza a crecer. Jadeo al sentir su miembro en mi entrada. Sus ojos verdes se fijan en los míos mientras me acaricia la cintura. Me doy la vuelta y me apoyo en una de las paredes de la ducha, invitándolo.

—Oh, cariño —Se pega a mí y gruñe cuando su sexo se introduce poco a poco en el mío. La sensación de nuestros cuerpos acoplándose de forma tan natural, con su calor invadiendo mi intimidad, piel a piel, es insuperable.

De mi boca solo salen gemidos que llevan su nombre. Recibo las estocadas lentas y profundas que me da junto con su respiración acelerada en mi cuello, disfruto la manera en que me hace suya. Mark me muerde el lóbulo de la oreja y me permite disfrutar en pleno de sus jadeos ligeros y roncacos que son el acompañamiento perfecto al sonido de nuestra unión. El deseo nos consume.

—Eso es. Disfruta conmigo y para mí —pide aumentando el ritmo de sus embestidas y lo hago, gozo cada uno de sus movimientos. La intensa oleada de placer que me invade me deja sin aliento mientras él se hunde en mí una y otra vez. Nos hacemos el amor con el cuerpo y con el alma.

Mark acuna mis pechos con sus manos y los aprieta mientras se desliza en mi interior. Balanceo las caderas cuando toma el control y termino. Él sale de mí y se masturba observándome con morbo hasta que llega al orgasmo.

Nos lavamos sin dejar de sonreír como un par de tontos y nos secamos con la toalla que él me había llevado antes, la única que sigue seca.

—¿Recuerdas cuando te hablé de que siempre hay espinas en el camino? —Su voz es cálida—. Pues quitarlas sigue siendo una misión en mi vida.

—Te amo —Ese par de palabras van cargadas de todo lo que siento por él.

—Nunca dudes que fuiste, eres y serás lo mejor que ha llegado a mi existencia —Me envuelve en sus brazos—. Te amo más, cariño, y no está en mis planes dejar de hacerlo... Nunca.

3 Habrá momentos en que peleemos, lágrimas que lloraremos, pero somos solo tú y yo en este camino. Entonces, ¿sabrás cuándo abrazarme y no dejarme sola aunque no te deje entrar?

4 A veces me enfadaré, ¿sabrás cómo enfrentarme y ponerme de nuevo junto a ti? E incluso, cuando necesite mi espacio y te diga cosas que no quiero, por favor, no te vayas demasiado lejos.

5 Así que, cuando se sienta como si estuviéramos rompiendo, ¿sabrás cómo odiarme y amarme otra vez?

OceanofPDF.com

La lluvia al fin ha desaparecido y las persianas dejan entrar algunos rayos de sol. No hago más que disfrutar del silencio que reina en el dormitorio ahora un poco más iluminado, de la calma que me brindan el lugar y la mujer a mi lado. Una mujer de la que soy fiel adicto. Observo la silueta de su cuerpo apenas cubierto por la sábana blanca que nos rodea desde los muslos hasta la cintura, con su espalda ligeramente pegada a mi pecho. Me deleito con la manera en que su piel corrompe mis pensamientos y mis sentidos. El recuerdo de lo que hicimos en el baño no ayuda a mi autocontrol.

De pronto, todo en mí se paraliza.

—Mierda —susurro e inhalo profundo, al borde de una crisis nerviosa. No nos cuidamos.

«Más vale condón en mano que bendición el próximo año», me dice siempre Steven. «Hijo, me alegra que Rachel y tú hayan decidido intentarlo, pero espero que tomen las cosas con calma y cuidado», fue algo que me comentó mi madre cuando le conté que vendría al pueblo con ella.

—Basta, Harvet —digo bajo y salgo despacio de la cama—. Más tarde hablaré con Rachel y veremos qué hacer.

Decido que lo mejor es ir por algo de comida para ella, durante el viaje apenas probó una fruta. Camino al otro lado de la habitación donde dejamos la ropa húmeda. Agradezco que la desgastada lavadora haya hecho su trabajo de secarlas bien.

Me acerco a la mesa de noche para buscar un bolígrafo y un papel y dejarle una nota. Cajas vacías de ansiolíticos y sedantes es lo primero que encuentro. Mi corazón se encoge al pensar en lo que tuvo que vivir Rachel los últimos meses, en la soledad con la que afrontó su dolor. Me duelen ella, su madre, los planes que tenían y que no podrán cumplir. Daría todo por haber estado a su lado, pero no la juzgo. Desde que la escuché culparse por ser una mala hija, supe que se alejó porque quería castigarse. Se sentía responsable de lo ocurrido, aunque no lo fuera.

¿Cómo pude caer en el juego de Kozlov? Fui un imbécil. Yo no merecía su distanciamiento, pero ella tampoco mi desconfianza. Ambos fuimos culpables e inocentes a la vez.

Sigo hurgando y hayo lo que necesito.

Las personas que se aman, aún en la distancia, siempre estarán juntas. Tú me acompañaste durante estos meses y sé que ella nos acompañará por la eternidad. No hago más que adorarte, me siento orgulloso de la mujer valiente que eres. No juzgo las decisiones que tomaste, entiendo que quisieras reparar a tu manera lo que la vida rompió sin consideración. Te amo tanto, te amo ahora por los dos.

Pd: Saldré a comprar algo para preparar comida, no tardo.

*Pd2: Que bonito es el despertar cuando tiene tu rostro...
Cuando estás tú.*

*Tuyo siempre,
Mark Harvet.*

Dejo la nota encima del cajón. Miro una última vez los medicamentos y el miedo me consume. Hay heridas por sanar, quizás aún no estamos listos para muchas cosas, pero lo lograremos, esta vez juntos, de eso es lo único de lo que estoy seguro.

Salgo de la casa y voy hacia la tienda que vi cuando llegamos. Al acercarme a la entrada, no puedo evitar sonreír por la fila de ramos de peonías —las favoritas de Rachel y de su madre— a los que una anciana dedica su total atención antes de recibirme.

—Buen día, muchacho. Adelante —me invita a seguir. Tomo una bolsa y pongo en ella los ingredientes que usaré. El hombre que está en la caja saca las cuentas mientras yo no dejo de observar las peonías.

—¿Quién entiende a las mujeres? —pregunta él y su mirada sigue a la mía—. Creo que le gustan más las flores que yo. Y eso que me ama —Su comentario me hace reír, aunque por alguna razón también me causa ternura. El anciano continúa hablando mientras recibe el dinero que le doy por las compras.

—¿Podría venderme dos ramos de peonías, por favor? —le pido a la señora cuando se acerca a nosotros.

—¿Ves, viejo? Te dije que algún día una persona de este lugar iba a apreciar la belleza de estas flores —dice con evidente emoción— ¿Dos ramos? Déjeme adivinar. ¿Para su esposa y su hija?

Esposa e hija. Su comentario me hace tragar saliva y mi respiración se corta.

—No seas curiosa, mujer. Ya hasta pálido lo has puesto —interrumpe el hombre—. Bien podrían ser para su esposa y su amante —bromea, alejando un poco mi tensión.

—Uno es para mi esposa —El corazón se me acelera al pronunciar esas palabras—. El otro es para su madre, mi suegra —Decido acabar con las deducciones de la indiscreta pareja.

—Venga —La señora me pide que la siga hasta el lugar donde están los ramos—. Ese cascarrabias odia las plantas, flores, rosas y demás, pero cada día desde que nos casamos me ha traído peonías, tantas que no caben en casa y debemos venderlas.

Admiro el amor con el que ella habla y la manera en la que él la mira.

—Ya debes tener cansado al caballero. Vende rápido esas flores —comenta el sujeto.

—Señor Ross, ya te he dicho que la paciencia es la mejor arma para tratar con una mujer —ríe ella—. ¿Qué colores desea, joven?

—Blancas, por favor.

Mientras la anciana alista el pedido, quien deduzco es su esposo inicia una plática amena sobre lo importante que son las mujeres en nuestras vidas, seguido de preguntas sobre mi estadía en el pueblo y sobre mi esposa.

—¿Y ya tienen hijos?

—No. Aún no —menciono sin soltar el aire de mis pulmones.

—Pareces asustado —agrega con calma, dando palmadas a mi hombro—. Tranquilo, veo que aun estás muy joven para hijos y es comprensible

que no quieras...

—Los quiero —lo interrumpo con mi confesión efusiva, una de la cual me sorprende. ¿Deseo hijos con Rachel? Sí, mierda, me hace ilusión tener una pequeña o un pequeño con ella. Quizás este no sea el mejor momento, pero si llegan los querré de la misma forma como si llegaran dentro de varios años. Porque me planteo una vida con Rachel y formar una familia a su lado si es lo que ella quiere. No hemos hablado del tema todavía, pero es una conversación que debemos tener pronto.

—Ellos llegarán en el momento adecuado. Tenlo por seguro.

—Que así sea —agrego animado. El sonido de mi móvil nos interrumpe y me alejo para atender la llamada—. Cariño.

—Hola —contesta con timidez o al menos eso percibo en su tono—. Acabo de ver tu nota. Me preguntaba hace cuánto tiempo la dejaste, quería saber si estabas bien.

—Estoy bien —respondo con los latidos del corazón retumbando en mi pecho—. ¿Necesitas algo de la tienda?

—Solo a ti y, Mark...

—¿Sí?

—¿Puedes traer unas galletas saladas con manjar?

Frunzo el ceño por la combinación tan extraña. Pienso en su petición como un antojo. Aunque sé que no tiene ninguna lógica, la conversación con el anciano me ha hecho pensar en el tema.

—¿Deseas algo más? —hablo rápido y exhalo con fuerza. Siento mi estómago revolverse.

—¿Seguro estás bien? Te escucho extraño.

—Sí, todo en orden. Nos vemos en un rato, cariño.

—Aquí te espero, amor —Ella cuelga la llamada y veo a la señora acercarse a mí.

—Me ha dicho mi marido que no tienen hijos, así que vaya preparándose para tenerlos porque su esposa va a quedar feliz con este regalo —suelta con picardía y me entrega los ramos.

—Deja de ser tan imprudente, cielo —la regaña el señor Ross, a quien le pido las galletas y el manjar para Rachel. Nos despedimos con amabilidad y salgo sonriente del lugar por la ocurrente situación que acabo de vivir.

Camino durante unos minutos hasta llegar a mi destino.

—Karla —Me inclino cerca de su tumba y dejo uno de los ramos allí. Observo su nombre grabado en la lápida. Me duele pensar que se ha ido para siempre—. No estuve con usted, no pude despedirme, pero sé que sus últimos pensamientos fueron dirigidos a su hija. Lo único que puedo hacer es prometerle que cuidaré a Rachel, como lo hice la última vez que nos vimos. La amaré y protegeré por los dos.

Me toma un rato calmar la presión en mi pecho antes de irme del cementerio. El recorrido a la casa es corto y, cuando llego, la mujer que me recibe aleja todo sentimiento de tristeza y nostalgia.

—Mark —Se lanza a mis brazos y le rodeo la cintura con cuidado para no golpearla con la bolsa de las compras.

—Qué bonito recibimiento, señorita Lombardo —Junto nuestros labios.

—Has traído peonías —habla alegre entre besos.

—Te compraría tantas que tendrías que venderlas porque no cabrían en nuestra casa —recuerdo a la pareja encantadora con la que me encontré.

—¿Qué dices? —ella sonríe y me invita a que entremos juntos.

—Que haría lo que fuera por verte siempre feliz.

—Tú me haces feliz —Rachel toma el ramo y la sonrisa que dibuja en su rostro me cala en el alma.

—Hay un tema del que me gustaría hablar —digo con seriedad.

—Me estás asustando. ¿Es algo grave?

—Ayer no nos cuidamos. Creo que ambos queremos un futuro juntos, pero no sé si en tus planes esté tener hijos.

—¿Y qué quieres tú? —Rachel ladea el rostro y no logro descifrar su expresión.

—Siempre he querido ser padre, no puedo negártelo. Sin embargo, esa es mi posición y entenderé la tuya, sea cual sea.

—Yo también quiero ser madre, Mark. Es algo que tengo en mi plan de vida y, ahora que te conocí, estoy más que convencida de que sería increíble compartir esta experiencia a tu lado. No sé qué nos depare el destino, pero quisiera seguir escribiéndolo contigo.

Todo el temor por lo que pudiera decirme se borra en un instante. Habría comprendido si Rachel no quisiera tener hijos, pero saber que en esto también coincidimos me llena de emoción.

—Así será, amor —Tomo su mano.

—¿Te imaginas unos gemelos? —comenta y suelto una risa.

—Yo nervioso por conocer sus planes y usted, señorita Lombardo, pensando en dos hijos.

—Así que ya sabe, señor Harvet, espero que sean gemelos —suelta en tono bromista.

—Me esforzaré —aseguro y ambos sonreímos tontamente.

Pronto guardamos silencio y damos paso a la seriedad que el tema amerita.

—No voy a mentirte, Mark, me gustaría que los hijos llegaran en unos años, cuando culmine mi carrera y un posgrado —Se encoje de hombros—. Ahora es muy pronto, hay muchas cosas que quiero hacer antes de formar una familia: ir a terapia, estar bien conmigo por completo, incluso prepararme para todo lo que implica la maternidad.

—Estoy de acuerdo y apoyo lo que decidas.

—Gracias —Suspira profundo—. Mark, sé que viste las cajas en mi mesa de noche.

—No voy a reprocharte nada, cariño. Buscaremos la ayuda que sea necesaria cuando estés lista. Soy afortunado de que tú, una mujer fuerte y capaz de encontrar el camino sola, me haya elegido como su compañero.

—Siempre te elegiría, señor Harvet, entre millones. Quiero que seas el padre de mis gemelos —Se aleja un poco para mirarme—. ... ¡Y de mi hija!

—¿Entonces tendremos tres hijos? —hablo ilusionado.

—Y tres hámsteres.

—Tres hijos, tres hámsteres y una vida a tu lado. Eso suena como un final feliz.

—Lo es.

COMPARACIONES

Rachel

Cuatro semanas después

PRUEBA

HCG SUB-BETA EN SANGRE

RESULTADO: NEGATIVO

Seremos solo tú y yo, por unos años más —besa mi frente mientras vemos el correo del laboratorio, ambos estamos más relajados. Dejo el móvil encima del sofá y busco sus labios. Segundos después el timbre de mi casa nos interrumpe.

—Debe ser Amy —informo. Apenas me llegó el resultado, se los reenvié a ella y a Steven. Mi amiga me dijo que vendría a casa, pero no imaginé que tan pronto.

—Iré a ver —Mark camina hacia la puerta y la abre.

—Hola hola. Estaba cerca y creí oportuno venir a celebrar con ustedes —Amy aparece con una botella de champán. Se acerca para abrazarme y su emoción me confunde—. Me alegro tanto, Rach.

—Amy, el resultado fue negativo, Rachel no está embarazada —aclara Mark y mi amiga me suelta y lo mira.

—Lo sé, por eso los felicito —Su comentario me hace reír.

—¿Dónde dejaste a Steven? —pregunta Mark y Amy entorna los ojos. Que no estén juntos es extraño y su actitud al escuchar el nombre de mi cuñado confirma que las cosas no están bien entre ellos.

—¿Stev...? ¿Qué es eso?, ¿se come o qué? —inquire sarcástica mientras abre la botella de champán con una habilidad que me sorprende. Mark va en busca de dos copas vacías y de un vaso con agua para mí, tal como la doctora que está atendiendo mis problemas de insomnio lo ha recomendado. Nada de bebidas alcohólicas por el momento. Amy le sirve a mi novio y luego lleva la botella a su boca y da un buen trago—. Salud, salud —Abro los ojos con preocupación.

—¿Discutieron? —le pregunto en voz baja, aunque la respuesta es obvia.

—Conversaremos sobre eso después. Mark sigue siendo su hermano y es imprudente de mi parte hablar aquí de lo idiota —me susurra y bebe otro trago de la botella—, muy idiota que es su gemelo.

Sin hacer más comentarios al respecto, brindamos por estar juntos y por la buena calificación que obtuve en los exámenes de fin de semestre que rendí hace unos días. La vida parece marchar mejor.

—Otro brindis —Amy levanta la botella y presiento lo peor—. Por lo cabrones que pueden ser los gemelos Harvet... Lo siento, Mark, no era para ti, es solo que tienen la misma cara. Mierda, es inevitable no querer golpearte.

Soltamos una carcajada que se interrumpe cuando escuchamos el timbre de nuevo. Mi amiga emite un bufido al ver que Mark se levanta del sofá para abrir.

—Debe ser mi abuela —le digo a Amy—. Fue a comprar unas cosas.

—¡Felicitaciones para ambos! —exclama Steven y su expresión se hace seria al ver a mi amiga.

—Es hora de irme —dice ella y se pone de pie.

—Am, no es necesario que te vayas.

—Es muy necesario, Rach —comenta viendo a Steven con fastidio, quien se acerca y le dedica una corta e intensa mirada.

—Los veo luego —Amy camina hacia la puerta.

—¿Llegas tarde al kínder, Martins? —dice Steven con ironía. Mark y yo nos quedamos al margen de la situación, observo cómo mi mejor amiga voltea a ver a mi cuñado.

—Al kínder no, pero sí a la cárcel —le responde al tiempo que estira su brazo en dirección a él, simula una pistola con sus dedos y le dispara con un gesto de sarcasmo. Todos reímos, incluido Steven, quien niega con la cabeza. Es Amy, no podemos esperar menos de ella.

—Eso significa que necesitarás al mejor abogado de esta ciudad, es decir, a mí. No pensé que requirieras mis servicios tan pronto, nena —Steven se acerca a ella y todo pasa tan rápido que, cuando nos damos cuenta, Amy está colgando en la espalda de él.

—Bájame, grandísimo idiota —Ella lo golpea repetidas ocasiones, haciendo que Steven se queje.

—Cálmate, mono. Resolveremos esto ahora mismo.

—Ve y resuelve todo con tus gemelas fuego, no conmigo —señala mientras lo sigue golpeando, pero a Steven no parecen afectarle sus pataletas.

—Hermano, Rach, lamento el espectáculo, debo solucionar un pequeño asunto. Nos vemos luego —murmura mi cuñado antes de abrir la puerta y salir de la casa cargando a Amy.

—¿Esa es una afición de los Harvet? —le pregunto a Mark apenas nos quedamos solos.

—¿Tratar de domar fieras? —se burla.

—Señor Harvet, ¿insinúa algo? —chisto con diversión, él asiente y me rodea la cintura. Antes de distraerme por completo, le pregunto sobre el comentario de Amy—. ¿Sabes de cuáles gemelas hablaba Steven?

—¿De las que tendremos tú y yo en un futuro, quizá?

—Muy buena respuesta, pero esa evasiva solo aumenta mi curiosidad. ¿Quiénes son las gemelas fuego?

—Salíamos con ellas —confiesa finalmente.

—Vale. Ni siquiera preguntaré por qué Amy las llama así —digo y Mark se echa a reír.

—No lo sé, supongo que por su apellido: Feuer. No tiene importancia, cariño.

Y tiene razón, eso es parte del pasado. Me pongo de puntitas y le doy un beso.



Aunque las ganas de quedarnos en casa son tentadoras, nos obligamos a continuar con nuestros planes e ir por las pertenencias que dejó mamá, aunque no estoy del todo segura aún. La melancolía pesa y me oprime el pecho. He estado evitando el momento, pero sé que el día ha llegado.

Durante el camino en el auto, dejamos que la música nos acompañe hasta que recibo un mensaje de un número desconocido.

Cada vez que respires, estaré ahí, observándote.

Con amor, J.K.

¿Qué demonios? Enojo, desconcierto e indignación es lo que siento al leer eso. Apago el móvil y respiro profundo. No voy a dejar que me afecte. No quiero saber más de esa persona que logró jodernos tanto, no más del Jackson manipulador y siniestro.

Mark no pregunta nada y me toma de la mano, haciendo que la calma regrese a mí. Qué diferencia hay entre ellos, siempre la hubo y hoy no hago

más que confirmarlo.

Una caja amarilla y miles de recuerdos dentro de ella es lo que mamá dejó para mí. Llegamos al departamento de Mark, nos sentamos en el suelo de la sala y abro la caja de madera con torpeza. Imagino su dolor al preparar esto.

—Estoy aquí, Rachel. No te dejaré caer —Él toma una de mis manos, su gesto tierno me impulsa a continuar.

Hay un sobre blanco etiquetado con un dos y, escritas con perfecta caligrafía, las siguientes palabras: «Para mi querida extraña, mi pequeña Rachel». Debajo de este hay una fotografía de mi quinto cumpleaños en la que ambas sonreímos con efusividad mientras ella me carga en sus brazos. Tomo la imagen y la volteo para inspeccionar el reverso: «Rachel y mami contra el mundo». Mis ojos se llenan de lágrimas. Él me acaricia la rodilla y eso me da la fuerza para seguir revisando el contenido de la caja. Ahora hay un sobre amarillo marcado con el número uno y con la siguiente dedicatoria: «Para nuestro querido extraño». Viene acompañado de una fotografía más reciente en la que estamos Mark, mi madre y yo. La tomamos durante su último cumpleaños.

—Bueno, creo que tu madre ha dejado algo para mí —menciona Mark sorprendido.

—Así es, extraño. Tiene el número uno. Parece que ella sabía que estaríamos juntos para abrir esta caja y quería que leyeras tu mensaje primero —comento y me alegra que sea así. Él abre con cuidado el sobre y extrae la carta que mamá le dejó. Me mira y asiento como señal de que estoy lista. No hay mucho texto en ella.

Mark:

Tuve mis reservas cuando Rachel me habló de ti, pero en el momento en el que me miraste a los ojos y me prometiste que cuidarías de ella, sentí que tus palabras eran sinceras y que no debía temer, por eso he escrito esto para ti, porque me gustaría que seas el hombre que sostenga la mano de mi hija en el camino y la voz de mis letras. No hay nadie más que tú que pueda expresar el amor que hay en ellas, no hay nadie más en este planeta que entienda cuánto se puede amar a Rachel.

*Con amor,
Karla Evans de Lombardo*

Mark lee en voz alta y derramo algunas lágrimas al ver la confianza que mi madre tenía en lo nuestro. Él lleva su mano a mi rostro para secarlas. En sus ojos verdes hay tristeza y dolor, pero también una alegría que contagia.

—Ella creía en nosotros, en lo que estamos construyendo —le digo.

—Y no se equivocó. Hemos tenido que enfrentar muchas cosas, pero confío ciegamente en lo nuestro, de la misma manera en la que tu madre, nuestra extraña, lo hacía.

Lo abrazo por varios minutos, ambos nos tomamos el tiempo para asimilar todo y, cuando creo sentirme lista, tomo el otro sobre. Tiemblo mientras lo abro y sé que no seré capaz de leer la carta sin derrumbarme. Mark nota esto y se ofrece a hacerlo por mí.

—Cuando tú digas —me dice con ternura.

—Estoy preparada —Exhalo lentamente y entrelazo los dedos de mis manos para llenarme de fuerza.

—Hola, extraña —Mark empieza a hablar y mi corazón se detiene unos segundos—. Me escucho algo masculina, ¿no? —Su comentario distiende la situación. Amo que, incluso en los momentos más difíciles, quiera hacerlo todo más llevadero.

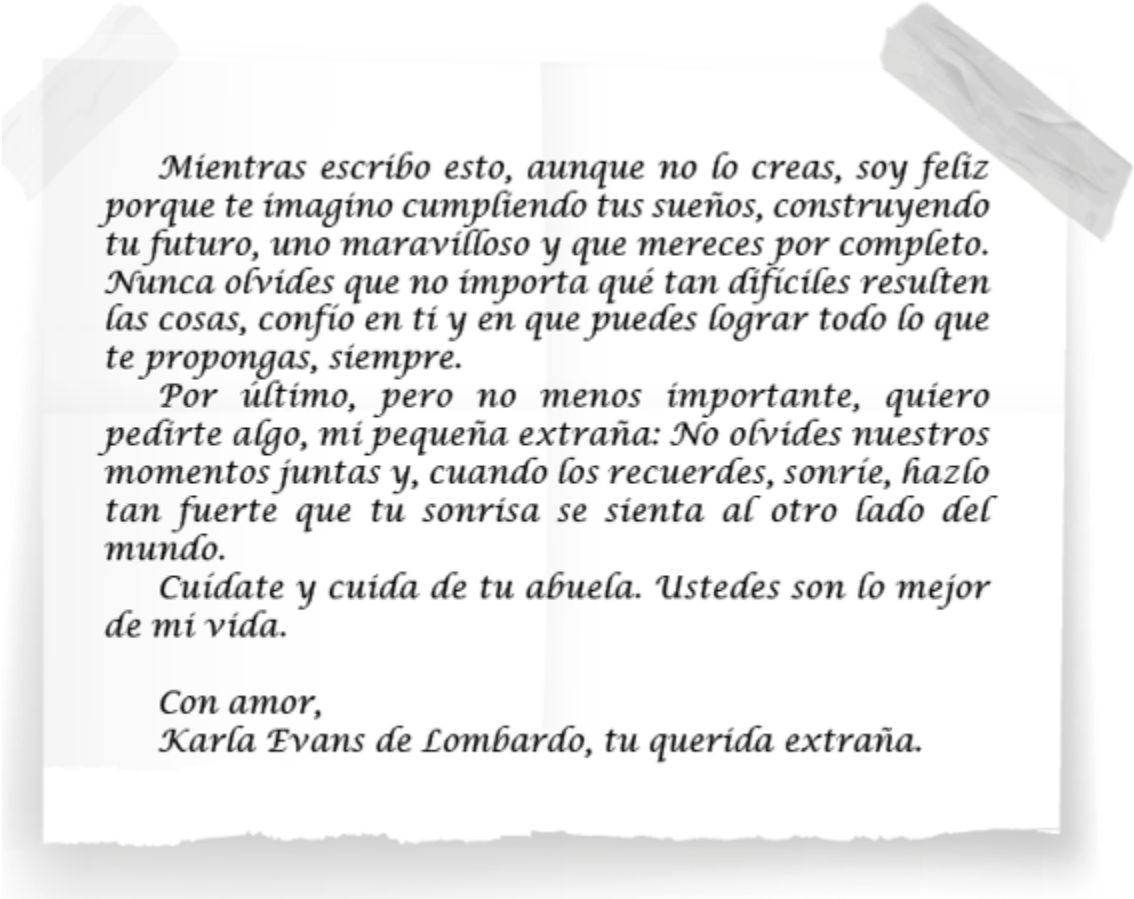
Hola, extraña.

Tengo fe, mi amor, fe de que nunca leerás esto y de que, en su lugar, podré hablarte muy pronto de la enfermedad que logré superar. Sin embargo, debo ser realista y por eso escribiré esta carta con todo lo que tengo por decirte, porque la vida es indescifrable y no sabemos lo que venga el día de mañana, ¿verdad?

Desde que naciste, toda mi existencia se transformó y se llenó de luz. Llevo tu sonrisa grabada en mi mente y sé que así será hasta mi último respiro. Siempre estarán conmigo tus ojos llenos de alegría, esos abrazos que me recargaban y los sueños compartidos que espero no abandones.

Quiero darte las gracias por enseñarme lo maravilloso que es ser madre, por ser la mejor hija del mundo, por acompañarme en los momentos más duros, por ser mi cómplice y mi confidente, por hacer que mi rostro se llenara de arrugas con todas las carcajadas que me robaste, por sostenerme cuando tu padre ya no estaba, por esperarme despierta tantas noches y por tus sonrisas al despedirte cada mañana. Gracias por mostrarme el significado del amor, ese sentimiento tan puro e inmenso que me entregaste y que quiero que se quede contigo y también con la rebelde e incontrolable Amy, con Mark y con mi mamá, a quien no tengo el valor de escribirle. Espero que el amor tan fuerte que existió entre las dos se instale en tu vida y se quede allí para siempre, en lo profundo de tu corazón, ese que ahora late y vive por las dos.

Mark hace una corta pausa, admiro su valentía de seguir leyendo aun cuando su voz se rompe con cada palabra.



Mientras escribo esto, aunque no lo creas, soy feliz porque te imagino cumpliendo tus sueños, construyendo tu futuro, uno maravilloso y que mereces por completo. Nunca olvides que no importa qué tan difíciles resulten las cosas, confío en ti y en que puedes lograr todo lo que te propongas, siempre.

Por último, pero no menos importante, quiero pedirte algo, mi pequeña extraña: No olvides nuestros momentos juntas y, cuando los recuerdes, sonríe, hazlo tan fuerte que tu sonrisa se sienta al otro lado del mundo.

Cuídate y cuida de tu abuela. Ustedes son lo mejor de mi vida.

Con amor,

Karla Evans de Lombardo, tu querida extraña.

Mark termina de leer la carta y, de inmediato, me abraza con delicadeza, como si tuviese miedo de lastimarme. Me aferro a él y libero mis sentimientos. Las palabras de mamá quedan impresas en mi mente. Me duele no haberme despedido de ella como hubiese querido. No será fácil seguir adelante, pero su carta me reconforta y, ahora más que nunca, sé que ella está y estará conmigo en todo momento.

POR CADA SEGUNDO

Amy

Hakuna matata, una forma de ser, hakuna matata, nada que temer. Sin preocuparse es como hay queeee viviir, a vivir así, yo aquí aprendí. Hakuna matataaa.

Mientras espero que Rachel termine su entrevista con el director de la universidad a la que ha decidido cambiarse, tarareo la canción de mi película favorita. Es una manera de alejarme de toda la tristeza que vino con la muerte de la Karla. Mi padre también la ha sentido, pues ella era su mejor amiga. La vida ha dado giros inesperados y entiendo que Rach quiera empezar de cero, incluso en lo académico. Es bueno saber que Mark y ella estarán lejos de todo lo que un día quiso dañarlos.

Saco mi móvil para entretenerme, pero no puedo evitar comprobar si tengo mensajes de Steven, hace horas que no sé de él. Decido llamarlo.

—Mono —responde con dulzura—. Siento no responder antes, estaba algo ocupado.

—No te preocupes, solo quería saber si estabas bien.

—Sí, amor. Me desocupo y voy a verte. ¿Te parece si almorzamos juntos? ¿Sigues con Rachel? Puedes invitarla.

—Sí, estamos en la universidad.

—Steven, concéntrate en nosotras —Escucho la voz de una de las gemelas.

—Steven Harvet, puedes irte con pasos de merengue a la mierda —espeto y corto la llamada. Pensé que habíamos superado todo el tema de sus ex. Cuando guardo el móvil en mi bolsillo, me doy cuenta de que las personas que pasaban por allí me miran fijo. No puedo evitar sonrojarme.

—Amy, me aceptaron —La voz emocionada de Rach me obliga a pensar en otra cosa.

—¡Felicidades, amiga! —Me acerco para abrazarla—. Estoy tan orgullosa de ti. Esto hay que celebrarlo.

—Gracias, Am. ¿Vamos a la heladería que queda cerca de aquí? —Niego con la cabeza.

—¿Por qué mejor no vamos al bar por una cerveza? En la cita de ayer, la doctora te dio luz verde para beber de vez en cuando —Rach desaprueba mi

comentario—. Vamos, solo quiero que me acompañes. Te prometo que no voy a burlarme cuando pidas tus juguitos de colores.

Ambas sonreímos y ella acepta. Mientras vamos al lugar, mi amiga llama a Mark para avisarle que tardará un poco más. No puedo con el exceso de ternura con que ese par habla.

—Hola, Steven —Ruedo los ojos al oír ese nombre, aunque debo admitir que saber que está con su hermano disminuye mi enojo. Me acerco a Rach para escuchar la conversación.

—Hola, cuñada. Felicidades por tu ingreso a la universidad.

—Muchas gracias.

—Steven, Mark y yo te necesitamos —Ambas escuchamos esa voz al otro lado de la línea. La llamada se cuelga y nuestra sorpresa es aún mayor.

—Voy a marcar de nuevo —anuncia Rach. Niego, tomo su móvil y lo apago, al igual que el mío.

—Que se jodan. No más llamadas, tenemos que celebrar —insisto—. Por cierto, ¿sabías que Mark se reuniría con Steven y las gemelas?

—No, pero debe haber una explicación. Tranquila.

Es probable que tenga razón. Aun así, necesito un trago. Mi amiga no protesta a mi sugerencia de seguir con nuestros planes de ir al bar. Y sé que, aunque intenta mantener el control, sus celos están jugando en la misma liga que los míos.

Olvidamos el tema de los Harvet y centramos la conversación en nosotras y el día de chicas que hace mucho no teníamos. Llegamos al bar y de fondo suena Play with fire de Sam Tinnesz. Como es día entre semana y es temprano, no hay muchas personas allí y la barra está libre. El barman nos da la bienvenida y pregunta lo que deseamos beber.

—Dos martinis y un jugo de menta, por favor —pido por ambas y él prepara las bebidas frente a nosotras.

—Cortesía de la casa —sonríe mientras nos entrega lo que ordenamos y dos cócteles adicionales. Dejo el vaso con jugo del lado de Rach y las cuatro copas junto a mí.

—Brindo por tu ingreso a esta nueva universidad y porque, cada vez que te visite, habrá un bar cerca.

—Yo brindo por nosotras y por nuestra amistad.

Bebemos y hablamos por un buen rato. Ella termina su jugo y yo ya he acabado con dos de los cócteles. Parece que no tienen tanto alcohol, por lo

que le ofrezco a Rachel probar el martini que, a decir verdad, está delicioso.

—Vamos a ver —comenta y lleva la copa a su boca—. Esto sabe horrible —Su queja hace que el barman la mire con las cejas levantadas—. Eh, perdón. Lo que quise decir es que está muy bueno.

En un intento por disculparse y rectificar sus palabras, mi amiga vuelve a beber, yo solo puedo reírme y el hombre eleva sus pulgares. Rach se sonroja y no sé si es por la situación o por su poca tolerancia al licor.

—La primera vez siempre es rara, pero después... —comento.

—Ahora que lo mencionas —Se echa a reír y me uno a su carcajada mientras ella da otra probada a la bebida—, ¿qué estarán haciendo Mark y Steven?

—Seguro divirtiéndose más que nosotras.

Pido dos martinis adicionales y me tomo uno sin espera mientras Rach da las gracias. Me sorprende que ella empiece a beber con menos dificultad, sin gestos en su rostro por el sabor de la bebida. Pido uno más para mí y Rachel le indica que otro para ella.

—Voy a llamarlo —anuncia mi amiga. Saca el móvil y, cuando lo enciende, su tono relajado cambia—. ¿No se cansará nunca?

Intentando explicarme, me muestra el teléfono. Es un mensaje de Jackson.

Dicen que, donde hubo fuego, cenizas quedan.

Aunque sea por el poco cariño que aún me tengas,
necesito que hablemos, por favor.

En verdad lo necesito. Te amo.

—Qué hijo de puta tan cínico —digo y Rach da un sorbo largo hasta que termina su martini.

—Sí, es un hijo de puta descarado —habla con una rabia que la consume, pero de pronto hace un mohín—. Ay, no. Pobre Ana, ella no tiene la culpa del idiota que tiene como hijo y no merece que la llame así.

Me siento enojada por el mensaje de Jackson, pero el comentario ingenuo y por completo alcoholizado de Rachel me hace reír.

—No es literal, amiga. Yo también aprecio a Ana, aunque su hijo sea un imbécil. Pero vamos a olvidarnos de eso —La animo a dejar el móvil y continuar con nuestro martini número... ¿Qué número era?

—¿Donde hubo fuego cenizas quedan, dice? —Rach se ríe a carcajadas, arrastra sus palabras y me doy cuenta de que está muy tomada. Mierda, creo

que se nos ha ido un poco la mano con la celebración— ¿Acaso sabe si quiera lo que es el fuego? Por supuesto que no, pero Mark sí que lo sabe. Fuego podría ser su segundo nombre: Mark Fire Harvet. Me gusta.

Me echo a reír por sus ocurrencias y la forma tan liberal con la que habla, muy poco común en ella.

—Estás borracha —digo y me doy cuenta de que también se me están enredando las palabras y de que pronto mi estado será el mismo que el suyo.

—¿Borracha quién? Yo estoy bien —aclara y se toma el último martini que queda en la mesa—. Salud.

—Salud —replico, recordándome que ya deberíamos irnos. Levanto una mano y llamo al barman. Mientras pago la cuenta, Rachel se pone de pie y sus ojos se abren por completo.

—Shhh. Todo se mueve —Él y yo soltamos una carcajada ante el comentario de mi amiga.

—¿Quieren que les pida un taxi? Ella no se ve muy bien —ofrece el barman.

—Yo no estoy borracha —Rach coloca un dedo índice en sus propios labios— Escuchen, escuchen, sientan, algo se mueve.

—No escucho nada, Rach. Debemos irnos ya.

—¡Es mi móvil! —grita ella.

Bajo la vista al celular que se encuentra en la barra y veo que tiene muchísimas notificaciones de mensajes y llamadas de Mark.

—Hola, amor —contesta Rach con el ceño fruncido—... No me gustan tus ex... Pues porque los borrachos y niños son con sinceridad.

Arrugo la nariz. ¿Acaso está citando dos refranes en uno? El barman se ríe con timidez y me uno a su gesto.

—Estoy con Amy —arrastra las palabras—... Sí, en un bar.

Rach activa el altavoz y, atentos, escuchamos la conversación.

—¿Cómo se llama? —pregunta Mark.

—¿El mesero? —ella cuestiona con inocencia.

—¿Mesero? —gruñe Mark.

—¿Cómo te llamas? —mi amiga le pregunta al barman.

—Nath.

—Rach, creo que Mark quiere el nombre del bar —le digo en un intento de orientarla.

—Ah —murmura ella.

—Por favor, Rachel —Su novio empieza a desesperarse.

—¿Rachel? ¿Por qué no me dices cariño? ¿Estás enojado?

—No estoy enojado, cariño —Mark cambia su tono—. ¿Dónde estás?

—Hola, Mark —tomo la palabra—. Estamos bien, vamos para tu departamento.

—Mierda, ¿también estás borracha, mono? —Ahora es Steven quien habla y Rach ríe estruendosamente al ver mi reacción.

—¿Mono? —comenta el barman y lo asesino con la mirada.

—Llamando a la operadora, el número que marcó no está disponible —le respondo a Steven y cuelgo.

Tambaleándome, me levanto y ayudo a mi amiga, Nath nos entrega la cuenta y Rachel se despide efusiva luego de que pago lo que bebimos.

—Todo se mueve —exclama ella cuando estamos afuera. Es difícil mantenerme de pie, pero debo ser fuerte para sostener a Rach, quien recuesta su cabeza en mi hombro mientras esperamos que llegue el taxi que pedí.

—Vamos, no te vayas a dormir —suplico al ver sus intenciones. Ella se reincorpora y me zarandea el brazo.

—Ese señor de ahí, lo conozco —Señala al hombre que sale de la óptica al otro lado de la calle. Ethan, el papá de Steven y Mark.

—Rach, no te muevas, no respires, no nos ha visto aún.

—¡Suegro! —grita para llamar su atención y este se gira hacia nosotras.

—¿Qué hiciste? —la regaña.

—Am, hace mucho no lo veía, tengo que saludarlo.

Con su rostro ceñudo, el señor Harvet cruza la calle. Hay cosas que mi amiga no sabe. Pese a que Mark nunca se atrevió a mencionárselo a su familia, sus padres dedujeron que ella le había roto el corazón a su hijo. Eleanor estaba apenada por la separación, pero mi suegro se mostró incrédulo. Estoy segura de que siempre creyó que Rachel no era suficiente para Mark.

—¿Qué hacen aquí? Y así —dice cascarrabias y nos observa de manera despectiva.

—Primero que nada, buenos días, suegro —dice Rach. Admiro su valentía, aunque sé que luego se arrepentirá.

—Buenos tardes, querrá decir —replica él con molestia. Sí, ya no son días.

—Suegro, suegro —Rachel se suelta de mi agarre y se acerca al señor Harvet—. Ya sé que nos odia, pero dígame por qué.

Definitivamente, está muy borracha. La sangre se me sube a la cabeza ante la incoherencia que acaba de decir y al caos que habrá. Estoy inquieta y nerviosa, no estamos en las mejores condiciones para enfrentarnos a esto.

—Amiga, debemos irnos. El taxi ya llegó —llamo la atención de Rach y le sonrío al padre de mi novio.

—Yo puedo llevarlas —ofrece él.

—No, no —titubeo por la sorpresa—. No se preocupe.

—Por el contrario, aceptamos su oferta —comenta Rachel emocionada—. Señor conductor, tome esta propina y discúlpenos, pero ya tenemos chofer —Se acerca al taxi, le da un billete al hombre y yo no puedo hacer más que pedir que la tierra se abra y nos trague. Nuestro suegro nos pide que lo sigamos al otro lado de la calle para subir a su coche. Mientras caminamos detrás de él, mi amiga se tambalea todo el tiempo y yo me siento más mareada e inestable que antes. Al llegar al auto, Rach abre la puerta del copiloto y entra, yo ocupo la parte trasera. Me siento como una niña a la cual han regañado y castigado y lo peor de todo es que el padre de Steven apenas ha mencionado unas palabras. Respiro hondo, en un débil intento por ocultar lo borracha que estoy.

—Señor Ethan, ella es mi mejor amiga, es un tesoro —Rach interrumpe el silencio en el camino.

—También te quiero, Rach —replico nerviosa. Aunque me cueste un poco, no la dejaré sola en esto. Incluso, puede que sea el momento de hablar con él y aclarar las cosas—. Eres una mujer increíble y estoy segura de que Mark no puede tener una novia mejor.

Nuestro suegro carraspea y mantiene la vista fija hacia adelante.

—Yo sé que usted quería otras mujeres para ellos; doctoras, ingenieras, abogadas, pero le tengo una mala noticia —añade Rachel y los efectos del alcohol se marcan cada vez más en su voz. Se echa a reír con fuerza—: No es usted el que elige, por fortuna.

—¿Por qué quieren tener esta conversación? —habla entre dientes el cascarrabias.

—Como diría Magic: Why you got to be so rude? I'm going to marry her anyway⁶ —Rach se pone a cantar y creo que voy a desmayarme—. Usted, señor Ethan, no debería odiarnos.

¡Carajo! ¿Ella acaba de decir eso?

—Si desean hablar, lo haremos cuando estén sobrias —él responde firme.

—Su hijo es taaan lindo —Rach vuelve al ataque, mirando su móvil con detenimiento— ¿Quieren que les lea lo que me escribió?

—Amiga, no creo que sea una buena idea —trato de detenerla.

—No, no, no. Déjame, Amy. No me interrumpas —habla en voz alta mientras niega con la cabeza—. Miren este: «Cariño, voy a quedarme con Steven un rato más, me pidió que lo acompañara a una reunión. ¿Nos vemos en mi departamento más tarde? Termina de pasar un buen rato con Amy». ¡Ay, este está mejor!: «Amor, ya estoy en casa. ¿Estás bien? Me tienes muy preocupado, así que creo que voy a tener que darte unas cuantas nalgadas cuando...»

—Qué romántico —digo sin poder ocultar la gracia que me hace, pero tratando de detener la situación.

Para nuestra suerte, el edificio donde vive Mark está frente a nosotros. El portero se da cuenta del estado en el que estamos y nos saluda risueño.

Bajo del coche como puedo mientras mi suegro sostiene a Rach. Él nos guía hacia el ascensor y, una vez estamos dentro de este, los ojos de mi amiga se cierran y los míos amenazan con hacer lo mismo. El alcohol y cansancio nos pasan factura.

—¡Vamos, despierten! —grita el señor Harvet haciendo que me ponga firme del susto. El elevador anuncia su llegada.

—Shhh. No hable tan fuerte que me duele la cabeza —ríe Rach— Yo sé que usted es un amor, pero quiere hacerse el malo.

Esta mujer querrá morir mañana mismo. Tomo una bocanada de aire al salir del ascensor y pierdo la calma cuando veo la puerta del departamento abierta. Mark no está solo.

—Nosotros aquí, preocupados, y ustedes de fiesta. ¿Por qué no nos invitaron? —Steven camina hacia mí.

—Rachel, me tenías preocupado —Mark la abraza con ternura y todos miramos en su dirección, incluido su padre.

—Mono, hay algo que quiero decirte —habla Steven y yo me cruzo de brazos—. He tenido que verlas para anular el contrato que tienen con el bufete.

—¿En serio? —pregunto incrédula.

—Te quiero y prefiero evitar cualquier cosa que entorpezca nuestra relación. Además, ese par es insoportable.

No sabía cuánto necesitaba aquellas palabras hasta que sus labios las pronunciaron.

—Ahg, odio las escenas melodramáticas —interrumpe mi suegro.

—Gracias por traerlas, papá —dice Mark mientras deja a Rachel en el sofá. Luego se acerca al señor Harvet para abrazarlo—. Sabes lo importantes que son ellas para nosotros.

Los demás nos quedamos impresionados, incluso mi suegro, quien corresponde el gesto.

—Gracias, papá —Steven se aleja de mí, va hacia su padre y repite la acción de Mark—. Ya, admite que las aceptas y que te agradan.

—¿Ves, Amy? Steven también sabe que esa seriedad solo es una fachada. El señor Ethan es un amor —Parece que Rach no puede guardar silencio cuando está borracha.

—Niñas inmaduras —responde él sin una pizca de humor.

—Suegro, suegro —Mi amiga se levanta y camina hacia el señor Harvet. Siento pena por la Rachel sobria que mañana despertará con un cargo de consciencia más grande que la resaca. La situación se pone peor cuando ella se abalanza sobre él y lo abraza. Mark y Steven miran sorprendidos la escena—. Yo también lo quiero, señor Ethan —Todos reímos, incluido mi suegro.

—Bueno, es suficiente —dice él y suelta a Rachel—. Mañana que estas señoritas estén sobrias, recuérdenles que tenemos una reunión pendiente. Espero estén igual de parlanchinas que hoy, en especial usted, Lombardo —Hace un gesto de despedida y se lleva mi calma con él.

—Creo que es mejor dejarlos solos, mono —me dice Steven al oído y asiento a su petición.

—Rach, me iré ya. Te quiero. Mark, perdóname por emborracharla.

—Pero si yo no estoy borracha, yo estoy feliz. Es más, hasta podría cantarles una canción que me enseñó mi abuelo cuando era niña y que les queda perfecta a los papuchos Harvet... Qué bonitos ojos tienen, debajo de

esas dos cejas —Rach señala a Mark y a Steven, quienes se lo toman con buen humor—. No me acuerdo qué sigue, pero se las dedico a los dos.

Al escuchar esto último, no podemos evitar reírnos muy fuerte. Amo a mi amiga, borracha o sobria. Amo verla feliz y quiero que esté así por siempre.

[6](#) Extracto de la canción Rude de Magic! «¿Por qué tienes que ser tan grosero? Me casaré con ella de todos modos».

OceanofPDF.com

RAZONES

Rachel

Why you got to be so rude? I'm going to marry her anyway ¿En serio le canté esa canción? Me siento de golpe en la cama. La cabeza me duele, todo da vueltas y creo que voy a desmayarme en cualquier momento.

—Fue solo un sueño, Rachel —me digo—. Sí, fue eso. Solo una pesadilla.

Tampoco estaba tan borracha, apenas bebí unos cócteles. ¡Eso no era suficiente para que fuera capaz de hablarle de esa manera a mi suegro! Ni mil copas bastarían para siquiera hablarle a Ethan Harvet. ¿O sí? No, claro que no.

¿Estás bien? Me tienes muy preocupado, así que creo que voy a tener que darte unas cuantas nalgadas cuando... Más voces e imágenes llegan a mi cabeza y me empiezo a sofocar.

—Buenos días, mi amor —La voz de Mark provoca que más escenas aparezcan. Elevo la mirada hacia él, quien está a los pies de la cama con un traje negro, camisa de cuello alto y su cabello castaño húmedo y desordenado hacia atrás. Me mira con expresión divertida—. ¿Dolor de cabeza? ¿Algunos recuerdos?

Y remordimientos, añado mentalmente.

—¡Le dije a tu padre que me darías nalgadas! —exclamo horrorizada, tumbándome de nuevo en el colchón. Mark se sienta en la cama con el ceño fruncido y estoy segura de que intenta ocultar lo divertido que esto le parece—. No son buenos días.

Me cubro el rostro con las manos. Siento los labios de Mark en mi hombro, deja pequeños besos en él, al tiempo que sus dedos acarician mi cadera por encima de la tela de su camisa gris que llevo puesta. En otra ocasión lo hubiese disfrutado, pero hoy estoy dándome golpes de pecho y, además, siento que mi cabeza está a punto de estallar. Soy más alcohol y vergüenza que persona.

—Serán mejores si puedo cumplir con lo que dije —bromea en tono seductor y lo miro con falso enojo. No era necesario que mi suegro supiera que su hijo quería darme un par de nalgadas—. Venga, cariño, no pasa nada. Ebria o no, eres una mujer encantadora.

Yo también lo quiero, señor Ethan. La sangre vuelve a bullir con fuerza y opto por cambiar el tema de mi penosa borrachera.

—¿Tus padres saben lo qué pasó? ¿Nuestra separación? —pregunto entre dientes. Solo hay silencio por parte de él y me intriga.

—Volvieron de un viaje cuando tú tenías tres meses lejos, no les comenté qué pasó, por lo que dedujeron que habíamos terminado. Mi madre estaba apenada y se alegró mucho cuando le dije que regresamos, y esta mañana llamó para saber cómo estabas. Aproveché para contarle todo. Por su lado, mi padre no tomó muy bien la ruptura... Por eso me sorprendió que accediera a traerlas aquí.

Me quejo otra vez y él comienza a hablar de café amargo y sopas calientes para alejar el malestar cuando yo solo puedo pensar en ducharme. No sé cuántas horas he dormido, pero sé que son muchas —aunque no las suficientes—. Mark debe ir al trabajo y yo a casa de mi abuela. Con ese recordatorio, me obligo a levantarme de la cama, él informa que irá a preparar nuestro desayuno. Aprovecho para bañarme y cepillar mis dientes. La refrescante ducha mejora mi estado de ánimo, pese a que también me recuerda que soy un desastre con el alcohol. ¡No volveré a beber jamás!, me repito cada vez que la jaqueca aumenta con la claridad de mis acciones.

—Hola —saludo avergonzada cuando me reúno con Mark en la cocina. Le doy un beso antes de sentarme a su lado—. Lamento lo que pasó y entenderé si estás molesto.

—Más que molesto estaba preocupado, Rachel —deja su desayuno para concentrarse en mí, me toma de la mano—. No saber de ti, que estuvieras bebiendo...

—No estuvo bien —lo interrumpo y suspiro profundo. Aunque la doctora me ha animado a llevar una vida normal y me dijo que podía ingerir licor en cantidades equilibradas, no ha sido correcto.

—Al menos sé que te divertiste —sonríe.

—Me divertí mucho, la verdad.

—Y me encantaría que pudiéramos divertirnos juntos ahora mismo, pero debo ir al trabajo.

Es su primer día de clases en una nueva universidad. Hace poco me contó todo sobre su renuncia al lugar en el que nos conocimos por varios motivos, entre los que estaba el dilema ético que lo nuestro representaba

para él. Eso me hace admirarlo muchísimo más como hombre y como profesional.

—Profesor Harvet, nuevo semestre, nuevos corazones ilusionados al verte —Mark suelta una destemplada carcajada.

—Y este mismo corazón latiendo únicamente por usted, señorita Lombardo —afirma con seriedad y me lanzo para abrazarlo. Amo a este hombre, amo la confianza que me transmite y me brinda—. Te amo, cariño, siempre más.

Termino mi desayuno y me bebo el café amargo y caliente que Mark preparó para mí, está delicioso y seguro ayudará con mi jaqueca, la misma que toma fuerza al escucharlo hablar sobre la reunión que tenemos Amy y yo con su padre.

—No tienes que ir si no quieres —me recuerda.

¿Negarme es una opción después del desastre que ocasioné?

—Le debo una disculpa —afirmo y, aunque no parece convencido, deja la decisión en mis manos. El resto del tiempo que nos queda lo aprovechamos para hablar de su cumpleaños, del trabajo, de mi próximo ingreso a clases y de lo mucho que me gusta que mi nuevo horario se adapte al trabajo en el bufete con Steven. Es el inicio de una nueva vida y me anima ver cómo las cosas se van acomodando.

Me despido de Mark con un beso antes de tomar aire y entrar a casa. Estoy nerviosa porque es la tercera ocasión que duermo fuera desde que volví a la ciudad.

—Nana, siento no haber pasado la noche contigo —le digo apenas la veo en el sofá de la sala.

—Sí que estabas pasada de tragos —exclama con un tono fingido de horror y suelta una carcajada—. Estás repitiendo lo mismo que me dijiste ayer, cielo.

Ay, no. ¿Hablé borracha con ella?

—Lamento lo que sea que dije, nana.

—¿Sientes haberme dicho cincuenta veces seguidas que me quieres? —Lleva las manos a sus caderas, su buen humor me hace olvidar todo.

—No, eso no. Porque es real, te quiero mucho —La estrecho entre mis brazos—. Admiro tu fortaleza y te agradezco lo que haces por mí.

No hacen falta las palabras para expresar todo lo que siento por ella, basta con nuestro abrazo lleno de gratitud y un millón de recuerdos, de

memorias de la mujer que extrañamos y que nos ha unido como nunca.

—Y yo a ti, mi pequeña. Estaba pensando que podríamos preparar un almuerzo para todos: Amy, Mark, el encantador Steven —Me alejo un poco para verla, sé que adora a mi cuñado luego de todo lo que le he contado sobre él—. A la familia Harvet, en conclusión. Creo que es tiempo de conocerlos.

—¡Eso es! —apruebo su idea. ¿Qué mejor manera para escapar del almuerzo a solas con mi suegro?—. Tenía una cita con Amy y el señor Harvet, pero creo que tu idea es sensacional.

¿Será correcto cambiar los planes del padre de Mark así? Para mi salud mental y la de Am, lo es.

—He quedado con Karina, la vecina, en ir al mercado —me dice—. Aprovecharé para comprar lo que necesitamos para el almuerzo. ¿Algún menú que desees, hija?

—Lo que decidas está bien, nana. Iré a cambiarme y las acompaño —Mi abuela niega.

—Mejor descansa. Aunque no lo creas, en mis tiempos me gustaban las fiestas, las buenas fiestas —habla con gracia—. Sé lo terrible que debes sentirte ahora, así que no te preocupes. Además, también irá el hijo de Karina. Él nos llevará en su coche.

Mi abuela no se equivoca. Todavía me siento extraña y, aunque el dolor de cabeza se ha ido, el malestar en mi estómago continúa. Decido tomar otra ducha.

Salgo del baño veinte minutos después, elijo una camisa holgada y un pantalón corto. Les escribo a Mark y a Amy para informarles sobre la reunión de hoy, no tardan en aprobar la idea. Mientras me peino, pienso en lo que le diré a mi suegro y también en lo que le dije mientras estaba borracha. No puedo evitar sentir vergüenza de nuevo.

Miro el reloj. No he escuchado la voz de la abuela y me preocupa que aún no haya llegado pues el mercado no está lejos. Estoy a punto de llamarla cuando el timbre suena y voy rápido hacia la puerta.

—Justo iba a marcarte, nana —comento mientras abro y mi buen humor se esfuma al ver a la persona frente a mí.

—Hola, mi amor —dice. En su rostro se dibuja una sonrisa irónica.

—Jackson —hablo consternada y trato de ocultar la impresión que me causa su presencia. Hay algo en la forma en la que me mira que me

aterroza y, por impulso, trato de cerrar la puerta de golpe.

—Qué mal educada te has vuelto —añade y logra entrar. Escucho cuando pone el seguro.

—¡Ayuda! —grito. Él me toma del brazo y me lleva hacia la sala. Trato de que me suelte, pero mi fuerza no se compara con la suya—. Suéltame —exijo.

—¿Me tienes miedo, Rach? No entiendo por qué, si sabes cuánto te amo y que nunca te lastimaría —Hace un puchero.

—Vete de aquí. Déjame.

—¿Dejarte? ¡¿Para qué?! —vocifera—. ¿Para qué te vayas con ese cabrón de Harvet? ¿Cómo te explico que eso no pasará? —Me pega a su cuerpo y yo elevo mi rodilla intentando golpearlo. Por evitar el impacto, Jackson retrocede y me suelta.

—Es mejor que te vayas, en cualquier momento llegarán mi abuela y Mark —le imploro tratando de suavizar mi voz para calmarlo. Él suelta una carcajada.

—¿Por qué mientes? —Arruga su rostro y se acerca—. Sabes que tu ‘querido’ profesor está en la universidad, seguro escogiéndote a la próxima alumna a la que se llevará a la cama. Una zorra más que se dejará envolver con sus palabras.

Lo que dice me da igual, lo único que hago es pensar en cómo escapar y no encuentro mejor idea que correr hasta la cocina. Intento cerrar la puerta a mi paso, pero Jackson no me lo permite.

—Ayuda. ¡Ayuda! —grito de nuevo esperando que algún vecino pueda escucharme. De repente, siento un empujón inesperado y la puerta me empuja, haciéndome caer al suelo y mi espalda impacta con fuerza en el mesón de la cocina.

—Ven —Me obliga a ponerme de pie. El dolor empeora cuando me acorrala contra la pared—. ¿Por qué haces que te lastime? ¿No entiendes? ¡No quiero hacerte daño, maldita sea!

—Ya lo has hecho, lo sigues haciendo —le recuerdo entre quejidos, la molestia en mi espalda es insoportable—. ¿Qué quieres? —La furia se apodera de mí y lo empujo con toda la fuerza que puedo, pero Jackson se resiste y consigue pegar de nuevo nuestros cuerpos.

—Todo. Quiero todo —Una de sus manos va hasta mi cuello, lo siento más cerca, respira con pesadez. La escena lo excita y eso me asquea.

Vuelvo a forcejear y su expresión se hace más agresiva. Rodea con más firmeza mi cuello y me quita el aliento por unos segundos. Le suplico entre sollozos que me suelte.

—Maldición, Rachel. No quiero lastimarte, pero me obligas —repite como si intentara convencerse de ello—. Amor, yo te necesito, quiero todo de ti. Todo lo que merezco y por estos malditos seis años que estuve esperando.

—Fuiste tú quien terminó con lo nuestro, ¿y ahora quieres obligarme a que te acepte de vuelta en mi vida? ¿Después de todo lo que hiciste? Inventaste rumores y no te importó lo que los demás pensaran de mí, me engañaste, jugaste conmigo y, lo peor, le mentiste a Mark sobre el motivo por el que me alejé cuando tú sabías muy bien la razón real por la que lo hice. Mi madre murió y eso no te importó.

—Lo hice porque te amo —Río consternada ante su cinismo.

—¿Me amas? Mírate ahora, convirtiéndome en tu presa.

—Rach, ¿hasta cuándo tendré que repetirte que no quería alejarte? Terminé contigo porque sabía que igual tú ibas a hacerlo cuando vieras esas fotos, pero esperaba que volvieras —Se inclina un poco, lleva sus labios cerca de los míos y giro el rostro para evitarlo. Temo por sus acciones—. Amor, por favor...

Siento su aliento y, aunque trato de alejarme, él me acorrala con más vigor. Sigue moviendo ligeramente la pelvis contra mí y me lleno de pánico.

—¿Con qué clase de persona estuve tantos años? —hablo desconcertada y con el miedo a flor de piel.

—No voy a obligarte, necesito que tú lo quieras —pide en casi una súplica—. ¿Tienes idea de las veces que me toqué imaginándote encima mío? —habla con frustración—. ¿Tienes idea de las veces que te imaginaba a ti mientras me cogía a otras? Te esperé. ¡A mi maldita manera, te esperé! Porque jamás quise obligarte.

«Si prefieres, podemos ver otra película», le dije al ver su mal humor apenas el video se reprodujo.

«Me da igual la película», vociferó antes de subirse encima de mí. «Rach, ya llevamos dos años». Me besó y abrió mis piernas con las suyas. Sus labios recorrieron mi cuello. Me sentía extraña, las sensaciones que experimenté cada vez que él movía sus caderas contra las mías me ponían

nerviosa, pero se sentían bien. Enredé mis dedos en su cabello, tiré de él cada vez que nuestros cuerpos se encontraban por encima de la ropa. «Rachel», se quejó al tiempo que me tomó del brazo y lo alejó de su cabello. «Estás halando muy fuerte».

«Lo siento», le contesté avergonzada, no quería lastimarlo. Él no dio mucha importancia a mis palabras. Me quedé ahí, recibiendo sus besos, sus caricias. El miedo por volver a hacer algo mal a causa de mi inexperiencia me mantuvo paralizada.

«Ahg, muévete un poco, por lo menos», se quejó mal humorado. Llevé mi mano a su pecho y lo alejé. «Déjame adivinar, no quieres, no estás lista, bla bla bla».

«Será mejor que me vaya», dije y él chistó: «Está bien, Rachel. Esperaré hasta que estés lista. Vamos a ver la película y te llevo a tu casa, ¿de acuerdo?»

—¿Sabes lo bonito que era para mí escucharte decir que esperarías hasta que estuviera preparada? Cada vez que me lo decías, me enamoraba más de ti —Niego con la cabeza—. Ahora sé quién eres en verdad, cómo jugaste conmigo y me manipulaste.

—Soy un hombre y tengo necesidades —habla con desespero y es la excusa más estúpida que he oído—. Yo debía ser el primero, no él. ¿Por qué fue tan fácil entregarte a un hombre que recién conocías y no a mí, que estuve tantos años esperándote? Dame una maldita explicación.

Porque, a pesar de que te quería tanto y tenía miedo a perderte si no lo hacía contigo, no me sentía segura. Insinuaste muchísimas veces que el sexo era lo más importante en una relación y tuviste tantas quejas sobre mí durante el tiempo que estuvimos, que me llené de miedos y no pude dejar de imaginar que no te gustaría cuando hiciéramos el amor e ibas a dejarme. Quiero decírselo, pero él ya no me importa. Mis sentimientos han cambiado, yo he cambiado y entiendo que no merece la pena tener esa conversación. Mi amor por Jackson fue inmenso y él no supo valorarlo.

—No, tú no me esperaste. Solo seguías conmigo porque, a escondidas, podías hacer lo que se te daba la gana —respondo y estiro mi brazo para apartarlo—. ¿Qué te duele? ¿Te hiere tanto que mi primera vez no haya sido contigo? ¿Lo que te jode es no haber podido cumplir con lo que te propusiste? ¿Tan grande es tu ego?

Rach, quiero ser tu primer hombre, tu único y primer amor. Por favor, acepta ser mi novia, recuerdo lo que me dijo aquel día. Jackson da un paso hacia atrás, aprieta los puños y veo cómo su respiración se acelera.

—Sé que fuiste sincero cuando me pediste que fuera tu novia. Me dijiste que querías ser mi todo, mi único amor, pero jamás pensaste en mí de la misma manera, jamás creíste que yo fuera suficiente para ti —Suspiro y tomo fuerzas para continuar—. ¿Sabes por qué me entregué a Mark y no a ti? Porque mientras tú me enseñabas a amarte, él me enseñó a amarme; mientras tú me hacías pensar en lo inexperta que era, Mark se preocupaba por mí y me hacía olvidar hasta de mi jodido nombre. Mientras tú estás aquí, lastimándome, yo solo puedo pensar en lo feliz que él me hace.

—Cállate —grita totalmente histérico. Mis palabras lo han alterado. Me aprieta de nuevo el cuello, busca lastimarme y lo logra—. Repítelo, vamos. ¡Repite que prefieres a ese hijo de puta antes que a mí! O pídemme perdón y te soltaré —Ríe tan cínico e hipócrita que me niego a caer en su juego.

—Elegiría a Mark una y mil veces.

Jackson bufa y se aleja. Se pone de espaldas a mí y, por un instante, pienso que se va a marchar. Sin embargo, voltea para encararme, alza su mano y me da una cachetada.

—¡Golpéame de nuevo si quieres! —le grito, devolviéndole las palabras que Mark me dijo que Jackson le había dicho—. ¿Sabes quién estará para curarme las heridas? El mismo hombre que ha estado siempre. Mi primer y único amor.

Me da otra bofetada y, esta vez, siento el sabor de la sangre que empieza a salir por la comisura de mi labio.

—Mierda —Se acerca y toma mi rostro entre sus manos—. ¿Por qué me obligas a hacerte daño? No es lo que quiero, pero me provocas.

—A mi madre nunca le gustaste y ahora veo muy bien por qué —comento y él se aleja furioso.

—¿Dónde está ‘mami Karla’ ahora? —inquire, me hala del brazo y, a pesar del dolor en mi espalda y en mi rostro, me muevo y logro soltarme. Reúno la fuerza que me queda y hundo mi puño en su rostro.

—¡No la menciones! —le grito y vuelvo a golpearlo. La rabia me consume—. ¡Saca su nombre de tu maldita boca! —Jackson logra contenerme y me hala fuerte del cabello.

—Vas a pagarlo, Rachel. Tú y ese cabrón se arrepentirán —Me toma del mentón con brusquedad—. Esto solo es una pequeña advertencia: Sigue con él y no será a tu madre a la única que visitarás en el cementerio.

Me empuja contra la pared y sale de la cocina. Las manos me tiemblan y me es imposible no romper en llanto a causa de la situación y de su amenaza.

OceanofPDF.com

LA FAMILIA

Es que es un poco hombre —Por milésima vez, Amy empieza su ronda de insultos hacia Jackson. Pese a que sus palabras son brascas, sus acciones son todo lo contrario. Sostiene mi mano con delicadeza—. No puedo creer que se atreviera a golpearte.

—Estoy bien —intento convencerlas a ella y a mi abuela, quienes están sentadas a mi lado, mientras Steven no deja de caminar por el salón sin hacer ningún tipo de comentario, aunque puedo ver el enojo y la indignación en sus ojos. No es mi cuerpo lo que más duele, sino saber que ellos sufren por mí. Mi nana fue la primera en llegar y darse cuenta de lo que pasó. Me entristece recordar la expresión de horror en su rostro al verme. Aunque me limpié la sangre, fue imposible ocultar el moretón en la mejilla, las garras de Jackson marcadas en el mi cuello, así como la hinchazón en mi labio inferior y mis nudillos.

—¿Y Mark por qué no ha llegado? —indaga Amy. Él fue la primera persona a la que llamó mi abuela—. Ya debería estar aquí.

Steven detiene sus pasos e inspecciona el reloj en su muñeca.

—Jackson dijo que lo lastimaría —comento con la tensión instalándose en mi voz. Sin dudarlo, tomo el móvil y lo llamo. No responde.

—Mi hermano está bien —asegura Steven—. Para ser sincero, me preocupa más lo que él pueda hacerle a Jackson —Me lleno de temor al pensar que Mark está cerca de una persona tan enferma como mi exnovio. Eso me angustia.

—Y lo que yo le haría —brama mi abuela enojada. Tomo su mano para calmarla. Ha estado hecha una fiera desde que llegó a casa.

Alguien toca la puerta y Steven la abre. Mi corazón late con fuerza al ver a Mark. Se acerca con pasos largos y noto la furia en sus facciones.

—Rachel —musita y se arrodilla frente a mí. Nuestras miradas se encuentran y él acaricia mi mejilla con suavidad. Inspecciona cada parte visible de mi cuerpo, su acción se vuelve más intensa al detenerse en mis manos y descubrir que los nudillos están rojos y con pequeñas grietas en ellos.

—Lo golpeé. Duro —le comento con exagerado orgullo y rompo ese silencio indescriptible que envuelve el lugar. Mark me dedica una sonrisa,

cuya forma es más cercana a una mueca. Eleva la mirada y nuestros ojos vuelven a encontrarse—. Estoy bien.

—Ese miserable va a arrepentirse de esto, lo prometo —murmura iracundo.

—Pratt ya está tramitando la demanda y la solicitud de alejamiento —comenta Steven con afán de mejorar el estado de ánimo en su gemelo—. Seguro que hoy mismo lo detendrán.

—¿Detenerlo? ¿Cómo? Ni siquiera está en su casa y seguro no volverá ahí —gruñe Mark y todos nos quedamos callados ante su confesión implícita de haber ido a buscarlo.

Tomo su mano para tranquilizarlo. Amy y mi abuela se levantan del sofá para ir por algo para beber y Steven no duda en unirse a ellas.

—No debiste ir, Jackson puede ser peligroso —hablo apenas nos quedamos solos.

—¿Ya tomaste algún medicamento? —Ignora mi comentario y se levanta para sentarse a mi lado sin dejar de sostenerme la mano— ¿Te duele mucho? ¿Quieres que vayamos al hospital?

—Hablo en serio, Mark. Jackson está loco, hizo esto como una advertencia —Señalo mi rostro y mi cuello—. Prométeme que no lo buscarás, me aterra que pueda hacerte daño. Él sabe lo mucho que eso me lastimaría.

—Lo siento —replica con seriedad—. No voy a hacerte promesas que no podré cumplir, no cuando se atreven a dañar lo que más quiero.

—Amor, por favor —Le tomo el rostro—. Steven dijo que se estaban encargando. Tú eres bueno, no dejes que Jackson dañe tu mente con esos pensamientos —Le pido. En los ojos verdes de Mark brilla una sed de venganza que no es propia en él.

—Lo único bueno que hay en mi corazón en este momento eres tú, Rachel —Confiesa impulsado por la situación—, pero...

—Promete que no te acercarás a él.

—Prometo que no haré nada que perjudique lo nuestro, nada que afecte nuestro futuro, nuestra familia —comenta en un tono más calmado.

—Mark, por favor. No quiero que las cosas terminen peor —le suplico mientras llevo una mano a mi cuello para acariciarlo.

—Rachel, ¿ese cretino intentó... —La rabia vuelve a él y sé a lo que se refiere.

—No. Dijo que no quería obligarme —repito las palabras absurdas de Jackson y Mark frunce el ceño, incrédulo—. Lo sé, después de todo lo que ha hecho... ¡Es un hipócrita! Pero no vale la pena seguir hablando de él.

Me acerco para besarlo; aunque mis labios aún están hinchados y duelen un poco, disfruto de nuestro contacto que aleja todo lo malo que he vivido en las últimas horas.

—Ahg, ya entiendo por qué las hormigas nos están invadiendo —Steven aparece y nos giramos divertidos hacia él—. Lamento interrumpir su momento empalagoso, pero quiero informarles que mamá me llamó, le dije que el almuerzo se aplazaba, le hablé de lo que pasó, pero insistió en venir.

—Está bien —hablo no muy segura. Me apena que me vean así.

—Si prefieres cancelar la reunión, puedo llamarlos para decirles que no vengan —Mark ofrece y yo niego con la cabeza.

—No tenemos que cambiar nuestros planes por culpa de Jackson. Con un poco más de hielo y algo de maquillaje, todo puede mejorar.

—Rach, eres un poco suicida, ¿no? Mira que, teniendo oportunidad de escapar a una reunión con mi padre y no hacerlo... —Steven comenta divertido y se sienta a mi lado—. ¿Estás mejor? —No dejo de sentirme afortunada de tener a los Harvet en mi vida, incluido a su padre, aunque no haya sido del todo amigable conmigo ni con Amy.

—Sí, ya estoy mejor, Steven. Gracias por estar aquí.

—De nada, mi superwoman —Me pasa una mano por el cabello y lo revuelve de forma lenta y dulce—. La familia se ama, protege y defiende, y tú eres nuestra familia, Rachel, no lo olvides —Lo que dice me entenece y la forma en que Mark asiente me da a entender que está de acuerdo con su hermano. Ellos me hacen sentir segura y, sobre todo, feliz de tenerlos.

Dejando atrás todo lo malo de esta mañana, disfrutamos de nuestro tiempo juntos. Amy, mi abuela y Mark ayudan en la cocina; Steven y yo simplemente nos dedicamos a observarlos, envidiando las habilidades culinarias que ellos tienen y nosotros no.

—Mírala —susurra Steven al ver que Amy está salteando unas cebollas en la sartén, el orgullo en su voz me roba pequeñas sonrisas—. Hasta cocinando unas verduras se ve tan sexy.

Los ojos de mi cuñado brillan y me pregunto si ese también es mi aspecto cuando veo a su hermano. Centro la mirada en Mark y en su manera tan hábil de manejar el cuchillo, cortando en perfecta proporción el lomo de

cerdo que mi abuela le indicó. De vez en cuando él me explica sobre cortes y, aunque no entiendo del todo, lo escucho encantada.

—Estamos mal, nos tienen mal —le confieso a Steven y él asiente en complicidad.

—Cuñada, ¿sabías que a Amy no le gusta la carne? —comenta entre risas.

—Claro, soy su amiga hace años.

—Pero hay una excepción a la regla. ¿Te lo contó? —suelta una carcajada y, al segundo, lo imito. Su comentario lleno de doble sentido hace que me ría más fuerte y todos dejan sus actividades para mirarnos.

—¿Ustedes dos que traman? —indaga mi amiga.

—Hablabamos del cincuenta-cincuenta qué hay en esta relación —Steven responde de forma amorosa—. Ustedes cocinan y nosotros comemos.

—Al paso que vamos, la comida salada se volverá dulce y tendremos un colapso de azúcar —bromea mi abuela y mi cuñado celebra su comentario, muy similar al que él suele hacer.

—Grace, la amamos —Steven se acerca a ella para abrazarla.

La alegría se adueña de la cocina y parece que han pasado años desde lo ocurrido con Jackson.

La familia es el mayor refugio, la brújula que nos guía, un equipo con amor infinito. Las palabras de mamá llegan a mi mente y se instalan en mi corazón. Cuánta razón tenía.

Mientras el resto termina lo suyo, Steven y yo organizamos la mesa porque sus padres, hermana y sobrinos no tardarán en llegar. Termino la tarea y voy a mi habitación a cambiarme. Los recuerdos de Jackson y sus manos sobre mi cuerpo me provocan arcadas, por lo que primero tomo una nueva ducha y tomaría miles si con eso pudiera borrarlo no solo de mi cabeza, sino también de mi piel. El agua me recorre y me da algo de paz. Salgo de prisa del baño para concentrarme en estar lista para cuando llegue la familia Harvet.

—Amor, ¿hace cuánto estás aquí? —Le pregunto a Mark, quien está sentado en la cama.

—Hace poco. Tu abuela decidió ir a arreglarse, Amy y Steven se apropiaron de las hormigas en esta casa y yo ya te extrañaba —Se acerca, pone sus manos en mi cintura y yo las mías sobre sus hombros—. Quédate

hoy en mi departamento, no estaré tranquilo sabiendo que estás aquí, sola con tu abuela. Ella también es bienvenida. Permíteme cuidar de ustedes, asegurarme de que nadie pueda hacerles daño —pide no solo con la voz, sino también con su mirada sobre mí.

—Qué bonito que la incluyas en esto —le digo pegando mi rostro a su pecho.

—Tu familia es la mía, Rachel —puntualiza mientras sube las manos hasta mi espalda y me estremezco con su contacto y ante el recuerdo del golpe que me di contra el mesón de la cocina por culpa de mi ex —. ¿Qué sucede? —pregunta al darse cuenta de mi cambio de actitud.

—No es nada —aseguro y veo la intriga en sus ojos. Quiero evitar el tema, pero sé que es inútil.

—Rachel —pronuncia mi nombre casi en una súplica. Lo conozco tanto que comprendo lo que hay detrás de esa petición. Le doy la espalda y un silencio arrollador se apodera de la habitación. En un gesto delicado, delinea mis hombros con las yemas de sus dedos. Sus labios repasan las zonas que hace unas horas estuvieron llenas de dolor y que ahora sus besos y una serenata de caricias ayudan a sanar. Confirmando lo que le dije a Jackson: Elegiría a Mark una mil veces.



—Llegas tarde otra vez —canta Steven con diversión cuando su padre entra a la casa. El señor Ethan enarca una ceja por la burla de su hijo.

—Te ves perfecta, amiga. No te preocupes —me susurra Amy al oído y asiento en señal de agradecimiento pues ella fue quien me ayudó con el maquillaje para ocultar los moretones en mi mejilla, boca y cuello. Mark sostiene mi mano y me brinda seguridad.

—Buenas tardes —les digo y Eleanor se acerca y me envuelve en un abrazo. Hago todo lo posible para que no note que mi espalda está resentida.

—Rach, qué hermosa. El cabello corto se te ve espectacular —Ella responde a mi saludo y luego respira profundo—. Siento muchísimo no haber estado contigo en esos momentos difíciles.

—Gracias, Eleanor.

Los siguientes en saludarme son Romina y sus hijos, me contagian de su energía y buen humor.

—Te admiro, Rachel. Para ser sincera, yo no sé qué habría hecho en tu lugar. Sabes que puedes contar con nosotros en todo momento —comenta Romina.

El último en acercarse es el padre de Mark. No sé qué decirle, me siento cohibida.

—Creo que usted y yo tenemos una conversación pendiente, ¿verdad? —habla con seriedad. Pese a su actitud agria, me sorprende cuando extiende la mano para saludarme—. Me alegra que esté bien.

—Buenas tardes, señor —hablo nerviosa—. Le debo una disculpa.

—Charlaremos luego —aclara antes de reunirse con su esposa.

—Ella es Grace, la abuela de Rachel —dice Mark.

—Un gusto conocerla, Grace —Eleanor la saluda amable y el resto la imita.

—El gusto es mío. Todos los que quieran a mi nieta siempre serán bienvenidos en casa. Es un placer tenerlos aquí —El tono hospitalario de mi nana me entenece. De pronto, una pequeña risita en el fondo me distrae de su emotivo discurso. Es Amy, quien arruga la frente y aprieta los labios tratando de ocultar su diversión. Ella me mira un milisegundo y gesticula algo que logro entender: Que el señor Harvet no es bienvenido, dice. Me llevo una mano a la boca, pero no logro reprimir la risa que sale como un chillido de mi garganta. La abuela me pregunta si estoy bien y yo me limito a asentir, invitándolos a ocupar un lugar en la mesa familiar.

Aunque parezca increíble, la reunión es cómoda, todos hablamos animados a excepción del señor Ethan, quien no dice mucho, pero tampoco hace comentarios fuera de lugar como cuando lo conocí. Me alegra que, pese a los acontecimientos de esta mañana, las cosas estén saliendo bien.

Mark y Steven se ofrecen a llevar los platos y lavarlos. Mi abuela guía a Eleanor, Romina y sus hijos hacia la sala.

—Ya es hora de que hablemos, señoritas —dice mi suegro y la sonrisa que Amy y yo teníamos se evapora. Me pongo de pie y los invito a él y a mi amiga al porche de la casa—. ¿Creen que lo que hicieron ayer estuvo bien? —Los nervios se salen de control al escucharlo.

—Señor Harvet, nosotras no... —Intento hablar, pero él me interrumpe.

—¿Qué creen que hubiese sucedido si no las encuentro? ¿No ven que la calle está llena de peligros? —La mirada fija de nuestro suegro hace que Amy tome la sabia decisión de dejarlo hablar—. Con tantos desalmados como el canalla que le hizo eso —Señala mi mejilla—. ¿Saben lo que pudieron sentir mis hijos al no saber dónde estaban ustedes?

—Espero que se sintieran mal —responde Amy.

—Jovencita.

—Vale, lo sentimos mucho —ella continúa—. La situación se nos fue de las manos, no pensamos...

—Claramente no pensaron.

—Tampoco es para tanto —replica Am y yo le doy un codazo para que se calle.

—¿No lo es? ¿Creen que es bonito imaginar lo que les pudo pasar?

—Entonces sí nos quiere —Mi amiga vuelve a hablar.

—¿Por lo menos un poquito? —comento con timidez y ellos se sorprenden.

—Que quede claro algo, señoritas: Al principio no me gustaban, pero...

—Dijo al principio, ¡vamos bien! —lo interrumpe Amy mostrando sus dientes y mi suegro la mira mal—. Perdón, continúe.

—El amor que mis hijos les tienen es muy grande. Steven, quien nunca ha tomado nada en serio, hoy parece tener todo claro. Lo mismo pasa con Mark, quien hace unos meses no quería conocer a nadie —sus palabras me emocionan—. No las odio, no podría odiar la felicidad de mis hijos.

Aunque es claro que a nuestro suegro poco le gustan las personas afectuosas, nos dejamos llevar por el momentáneo estado de seguridad y lo abrazamos.

—Por favor, la próxima vez que beban...

—¡Lo invitamos! —Amy y yo bromeamos al unísono.

—Nada de eso —habla horrorizado y se aparta—. Sean responsables, su bienestar es el bienestar de mis hijos. Si ellos sufren, también lo hago yo.

—Qué bonito lo que dices de nuestros hijos —Eleanor está en la puerta y su voz sale cargada de ternura—. Lamento interrumpir, pero venía a asegurarme de que todo marchara bien y veo que así es. Sé que han pasado muchas cosas complejas en estos meses y que vendrán otras más, pero estoy convencida de que sabrán cómo superarlas. Además, el que Ethan haya

dicho lo que acabo de escuchar no hace más sino llenarme de felicidad por el futuro.

Entramos a la casa y todos están en la sala conversando. Amy insiste en ir por el postre y me pide que la acompañe por uno a la pastelería que queda cerca. Mi abuela se ofrece a atender a la visita.

En el camino pienso en lo sucedido esta mañana. Compramos un pastel y, cuando volvemos a casa, notamos que el auto de mi cuñado no está.

—¿Y Steven y Mark? —nos pregunta Romina apenas nos ve.

—¿Qué sucede con ellos? Estaban aquí cuando salimos —respondo.

—Salieron al poco tiempo que ustedes. Dijeron que iban a alcanzarlas. Mierda.

GEMELOS EN ACCIÓN

Mark

Hermano, el más sensato de los dos eres tú, por eso decidí contarte que Jackson está en casa de su mejor amigo. Recuerda, vamos a llegar antes para que le digas lo que tengas que decirle, pero llamaré a la policía en cuanto estemos allí para que se encarguen de todo. ¿Prometido? —Asiento ante la pregunta de Steven y continúo con la vista hacia el frente—. Debemos regresar pronto porque seguro Rachel sospechará algo —dice y luego me da las indicaciones finales para llegar a donde está Kozlov.



—¿Lo has entendido de una maldita vez? —grito y lo tomo del cuello de la camisa, obligándolo a levantarse del suelo. Le doy un golpe en el mentón y lo veo chocar con la pared—. Si vuelves a ponerle un puto dedo encima a Rachel o tan solo acercarte a ella, me encargaré de arrancarte la cabeza con mis propias manos.

—Y la usaremos como pelota de fútbol —añade Steven con diversión, sentado en un sofá junto al amigo de Kozlov—. Aunque ese deporte no me gusta, prefiero el baloncesto. Ni para eso sirve este imbécil.

—Me las van a pagar, tú y tu copia barata —Jackson gruñe entre dientes, le cuesta cada palabra—. Rachel...

—¿No lo entendiste? —Lleno de indignación, pongo una mano en su cuello y lo llevo de vuelta contra la pared.

Jadeante y desesperado por la falta de oxígeno, él suplica porque lo suelte.

—¿Solo te sientes fuerte intimidando a una mujer? —bufo con más enojo al recordar lo que le hizo a mi novia. Deseo hacerle pagar todo el daño que le causo a Rachel con sus rumores, sus palabras y sus maltratos.

—Suéltame —insiste con dificultad. Intenta apartarme y disfruto del pánico en sus ojos.

—Mark —habla Steven y hay una advertencia clara en su mirada. Es suficiente.

Suelto despacio a Jackson y este se derrumba en el suelo. Veo que está pálido.

—¿Ahora sí lo entendiste? —hablo mientras él se esfuerza por recuperar el aliento—. No mencionarás su nombre, no la tocarás ni te acercarás a ella de nuevo si realmente aprecias tu miserable vida.

—Eso sería como un mandamiento: El mandamiento Harvet. Suena bien, ¿verdad, Kozlov? —comenta con gracia mi gemelo y se pone de pie junto a mí. El otro sujeto continúa impávido en el sillón—. ¿Necesitas ayuda? —inquieta y lo miro incrédulo—. Se lo estoy preguntando a él, eh —aclara señalando a quien sigue en el suelo.

—Los voy a demandar —susurra Jackson y, con ironía, nosotros sonreímos.

—Qué casualidad —dice mi hermano y se pone en cuclillas para quedar a la altura de Kozlov—, porque justo era eso lo que veníamos a informarte: Tienes una demanda en proceso, una orden de alejamiento y, ahora, un diente menos. Espero que le hagas caso a Mark porque, la próxima vez, no me quedará sentado. Y créeme cuando te digo que mi hermano es el más razonable de los dos.

—Lárguense de aquí y sigan con sus malditas vidas. Rachel ni siquiera vale tanto —Jackson replica entre risas, llevándose las manos a las costillas. Esas palabras reactivan mi odio y quisiera volver a golpearlo, pero Steven se interpone.

—Basta, Mark. Fue suficiente. Es momento de irnos —exige y me guía hacia la salida—. Amigo, perdón por desordenar todo. No fue nuestra intención —le habla al dueño del lugar, quien asiente aterrado.

—¿Lo disfrutaste? ¿Disfrutaste golpeándolo? —Steven habla mientras conduce.

—Sí —respondo sin reparos.

—¿Y te sientes mejor? —Frunzo el ceño, un poco perplejo por su pregunta. Quisiera responderla de manera positiva como la anterior, sin embargo, una duda llega. Sé lo que intenta y lo logra. Steven consigue involucrarse en mis pensamientos. ¿Que si disfruté golpearlo y ver su rostro lleno de sangre? Sí, muchísimo. Pero ¿eso me hizo sentir mejor?

—No —admito.

—Porque tú no eres así, Mark. Cuando llegaste a casa de Rachel, vi el odio en tus ojos, el deseo de acabar con Jackson y lo entiendo porque también quiero a esa chica y, si me pongo en tu lugar, pensaría en hacer lo mismo si alguien lastima a Amy —hace una corta pausa—. Sé que ganas de

matarlo no faltarían, pero ¿sabes lo qué hay detrás de eso? Ser el causante de que una vida termine es jodido. Mucho más si hay personas que amas, personas a las que tus actos pueden herir. La vida real no es como en los libros o las películas, en la vida real las malas decisiones no duran horas o minutos, sino que tienen consecuencias que pueden acompañarnos para siempre.

El fervor de sus palabras me desconcierta, habla desde lo profundo de sus sentimientos y eso me inquieta. ¿Por qué parece que lo que dice no fuera un simple comentario?

—¿Hay algo que quieras contarme, hermano? —cuestiono.

—No —responde y sé que está mintiendo. Lo conozco—. Solo intento recordarte la persona que eres y la que no quieres ser. Mark, todos somos potenciales asesinos, llámalo instinto primario o de supervivencia, pero lo somos. La diferencia radica en la capacidad de controlar nuestras emociones. Pudiste ceder a tus instintos y me alegra que me hayas hecho caso de no hacerlo y de detenerte. No me equivoco cuando digo que eres mejor que yo y espero que nunca más vuelvas a pensar en acabar con alguien por más grave que sea la situación. Esa persona no eres tú, hermano.

Su sermón me toma por sorpresa, por primera vez los papeles se intercambian.

—Tienes razón en todo, Steven, excepto en algo —Pongo una mano en su hombro, él detiene el auto en una zona de parqueo y voltea a verme—: No soy mejor que tú. De hecho, para mí eres el mejor. Estoy muy orgulloso de ti, de todo lo que has madurado.

Él baja la mirada y su gesto carga un poco de melancolía.

—Intento ser una mejor persona para ella. Amo tanto a Amy, ¿sabes? Amo la persona que soy a su lado. Y te debo una disculpa por las veces que me burlé de ti, de tu creencia en el amor. Ahora yo mismo tengo mi propia religión: Amy Martins.

Sus palabras llenas de ilusión y buen ánimo no hacen más que recordarme al Steven de hace años, un hombre que escondía sus sentimientos.

—Me alegra que así sea, hermano —le digo con sinceridad—. Amo verte feliz.

—Vale, basta de cursilerías o voy a decepcionar a mi familia y a mi novia, ellos piensan que soy una guillotina y no un sentimental que está a punto de echarse a llorar —respira profundo—. ¿Será que nos han escrito? Estoy convencido de que sospechan que estuvimos buscando a Jackson.

Saco el teléfono para comprobarlo y encuentro algunos mensajes de Rachel:

Mark, no hagas ninguna locura. No vale la pena.

Le dije a tus papás y a tu hermana que me habías escrito para decirme que se vararon y que luego los llamarían.

Ellos se fueron tranquilos hace unos minutos.

Regresa pronto, por favor.

Mi corazón se encoge al pensar en ella y en lo preocupada que debe estar. La carcajada de Steven me distrae y volteo a verlo. Pone la pantalla de su móvil frente a mí:

Mono sexy de manicomio ❤️🐒

Como te he enseñado a pelear, mi amor.

¡Denle duro a ese miserable!

Pd: Más vale que tú y tu hermano regresen completos a casa.

Ten cuidado.

—¿Así guardas el contacto de tu novia? ¿Ella sabía que vendríamos?

—Está loca, ¿verdad? —finge indignación—. Ella no me enseñó a pelear.

Niego con la cabeza y sonrío. Ellos son iguales, se complementan de maravilla.

Decidimos no responder los mensajes y seguir nuestro camino hasta la casa de Rachel. Ambos sabemos a lo que voy a enfrentarme, porque estoy seguro de que Amy estará más que complacida cuando le contemos lo ocurrido. Llegamos minutos después. Tocamos la puerta y Steven me da un par de palmadas en la espalda.

—Tranquilo, hermano. Lo peor que puede pasar es que Rachel te dé una golpiza más fuerte que la que recibió el idiota de Jackson —se burla y yo lo miro serio.

La abuela de Rachel es quien abre y nos deja seguir.

—Oh, hijo —exclama preocupada—, ¿y esa sangre? ¿Qué te ha pasado? Iré a buscar algo para curarte.

—No hay problema, señora Grace. No me duele nada —termino de hablar y veo a Rachel y Amy acercándose. La preocupación y el enojo en el rostro de mi novia es evidente.

—Abuela, tal como lo hablamos, creo que lo mejor es que pasemos unos días en casa de Mark, al menos hasta que sepamos qué pasó con Jackson — Rachel habla y, si las miradas mataran, yo ya no estaría en este planeta.

—No, Rach, es mejor quedarnos aquí, no quiero ser una molestia para tu novio —dice la señora Grace.

—Usted siempre será bienvenida en mi casa. Somos familia y ese también es su hogar —Le sonrío y ella asiente.

—Steven, Amy, ¿podrían llevar a mi abuela mientras Mark y yo preparamos algo de ropa? Los alcanzaremos en un rato.

—Por supuesto, cuñada —Mi gemelo pasa sus brazos por los hombros de la señora Grace y de su novia y las guía hacia la puerta.

—Hija, ¿todo está bien? —pregunta la abuela con inocencia y Rachel asiente para no preocuparla—. No olvides mis medicamentos.

Ellos se despiden y sé que ha llegado la hora de hablar. Vamos hacia la sala y, cuando intento decir algo, ella toma la palabra.

—Espera aquí. Iré por algo para curarte —No me da tiempo a negarme o aceptar su ofrecimiento. Aprovecho para ir hasta la cocina a lavarme las manos. La sangre desaparece poco a poco con el agua y el ardor en mi piel se hace presente al igual que mi encuentro con Jackson.

«Abre de una vez, maldito cobarde», grité golpeando la puerta. En cuanto la abrió, descargué toda mi ira en él, impactando mi puño en su nariz primero y luego en su estómago. El golpe fue tan fuerte que lo mandó hacia el suelo.

«Déjame adivinar, ya Rachel te puso los cuernos y vienes por un consejo». Sus palabras encendieron la llama y lo castigué una y otra vez hasta cubrir cada parte de su cuerpo con mis puñetazos.

Tal como dijo Steven, ese no soy yo y no puedo dejarme llevar así nunca más.

—¿Mark? —La voz de Rachel me regresa a la realidad.

—Siento mucho haberte preocupado y haber actuado como lo hice —le digo y ella cierra el grifo. Miro su rostro que está tenso y con los ojos fijos en mis manos empuñadas. Tomo una toalla de cocina para secarlas y me

ubico a su lado—. Has llorado, mi amor —Toco su mejilla y desvío la conversación a lo que de verdad importa: Ella.

—Estaba asustada. Vivo con el miedo de tener que despedirme de otra persona que amo y sé que eso no es vida, pero no puedo evitarlo —Su voz se corta. La estrecho entre mis brazos—. Un día desperté y ya no la tenía conmigo. La terapia con la psicóloga me está ayudando a procesar todo de mejor manera, pero sé que jamás voy a estar preparada para perderte a ti también. Él lo prometió, prometió que iba a lastimarte.

—Cariño —La abrazo más fuerte, deseo absorber su dolor y sus miedos, los cuales también son míos. La entiendo por completo porque no concibo una vida sin ella—. Nadie nos va a separar, ¿de acuerdo? Hemos hecho muchos planes y tenemos que cumplirlos.

—¿Me lo prometes? —Pega su mejilla a mi pecho y la escucho sollozar.

—Como que me llamo Mark Harvet y estoy completamente enamorado de ti.

—Es una promesa, Mark —Su gesto se calma un poco—. Regresemos a la sala, dejé el botiquín de primeros auxilios allí.

Cuando ocupamos uno de los sofás, Rachel toma mi mano y empieza a limpiar los rastros de sangre en ella.

—¿Por qué fuiste a buscar a Jackson?

—Él te lastimó y sentí que debía hacer algo al respecto. Lo siento mucho.

—Ya había una orden de alejamiento y una denuncia en su contra. Jackson puede ser muy peligroso y no sabes lo horrible que fue no saber nada de ti, no tener claro si él te había lastimado. Además, la violencia no es la solución en ningún caso —Me destroza ver la manera en que me mira.

—Tienes razón, Rachel.

—Mark, eres un hombre inteligente y te admiro por eso. Deja que sea la justicia la que solucione las cosas.

—No volverá a pasar. Tuve una conversación al respecto con mi hermano y él me hizo entrar en razón sobre muchas cosas —le confieso.

—¿Steven te hizo entrar en razón?

Ambos sonreímos y el silencio se vuelve a instalar entre nosotros mientras ella continúa limpiando mi mano. Me concentro en su rostro y veo que su labio y su mejilla están menos hinchados.

—¿Cómo sigue tu espalda? —le pregunto.

—Mejor. La abuela me dio una pastilla y el efecto ha sido increíble.

—Eso me alegra, pero creo que falta mi medicina —comento y me emociona ver la forma en que me mira. Busco su boca y me pierdo en ella. No deja de sorprenderme cómo hace que me sienta. Rachel me eleva a lo más alto, donde el tiempo se detiene y solo existimos los dos. La amo y la deseo tanto...

—Las manos —susurra en medio de nuestro beso. Con un poco de esfuerzo, dirijo mis palmas a su trasero, recorro sus nalgas con movimientos suaves y circulares sobre su vestido. Rachel ríe—. Hablo de que hay que vendarlas.

—No hay mejor medicina que tus labios, tu piel... Tú —le digo. Ella niega y se aleja un poco. Me quejo, Rachel suelta una pequeña risita y me empuja sobre el sofá para luego ponerse sobre mí. El calor que emana su cuerpo me quema.

Sus labios se acercan a mi cuello. Me siento y le quito el vestido con delicadeza. Paso mis manos por su espalda y confirmo que soy adicto a ella. Mi pasión lleva su nombre. No hay palabras de amor, pero hay acciones. Rachel busca mi boca y la ambrosía de sus labios hipnotiza mis sentidos. Retomo el camino por su delicado cuello y me pierdo en su aroma.

—Mark —gime cuando bajo la mano hasta su sexo, cubierto aún por su braga. Froto y acaricio sus pliegues por encima de la tela. Me calienta ver lo mucho que la situación la enciende, tanto como a mí. Está húmeda y excitada.

Ella me baja el cierre y me inclino hacia adelante para que sea más fácil que me ayude a deshacerme del pantalón.

—Hazme el amor, Rachel —susurro y su respuesta es un nuevo gemido muy cerca de mi oído y eso me vuelve loco. Poso mis manos en sus nalgas y nos acerco. Respiro pesadamente cada que ella se mueve hacia adelante y atrás, frotándose contra mí y siento que voy a venirme, pero necesito más. Deslizo los tirantes de su vestido hacia abajo para dejar expuestos sus pechos perfectos, los recorro con mis dedos y luego los saboreo con avidez.

—Te necesito —dice entre súplicas.

—Entonces toma todo lo que quieras, cariño. Soy todo tuyo —le recuerdo volviendo a poseer su boca—. Te necesito de la misma manera que tú a mí.

Sin titubear, Rachel mete una mano en mi bóxer y la beso hambriento mientras ella me toca. La respiración se me corta y echo la cabeza hacia atrás disfrutándolo, perdiéndome en sus caricias.

Se pone de rodillas frente a mí. Y aquí está, mi diosa de ojos marrones recorriéndome con su lengua. La miro y es todo lo que necesito para caer al abismo, pero respiro profundo porque deseo seguir disfrutando del placer que me da. Ella chupa y succiona cada vez con más ganas al escuchar mis jadeos, tan buena y hábil como siempre. Sabe cómo volverme loco.

—Dios, Rachel —murmuro y le acomodo el cabello que se le ha deslizado sobre el rostro para no perderme un solo detalle de su boca follándome. Su mamada es jodidamente buena. Trata de metérsela toda en su pequeña y dulce boca y eso me encanta.

—Quiero estar dentro de ti cuando me corra —le digo. Ella se acomoda sobre mí. Con una mano hace a un lado su braga y con la otra guía mi miembro a su entrada. Jadeo al sentir su intimidad envolviéndome. Ella me monta, amo el contacto natural de nuestros cuerpos. Rachel ha tenido el control desde el comienzo y eso se siente increíble.

—Oh, Mark —grita aumentando el ritmo progresivamente. Llevo mi boca a uno de sus pezones, ella se agarra de mis hombros y acelera los movimientos a lo cuales me acoplo, embistiéndola cada vez más fuerte—. Sí... Así, por favor.

Su petición es una orden que complazco encantado. Conozco su cuerpo a la perfección, la manera en la que le exige al mío. Tomo sus nalgas entre mis manos y empiezo a mover mis caderas contra ella con celeridad, haciéndola gemir más mientras entro y salgo de su cuerpo. Rachel se tensa cuando me hundo profundo en ella y disfruto de su orgasmo al máximo, el cuál viene seguido del mío. Nos rendimos uno al lado del otro y sentirla recostada en mi pecho es todo lo que puedo desear.

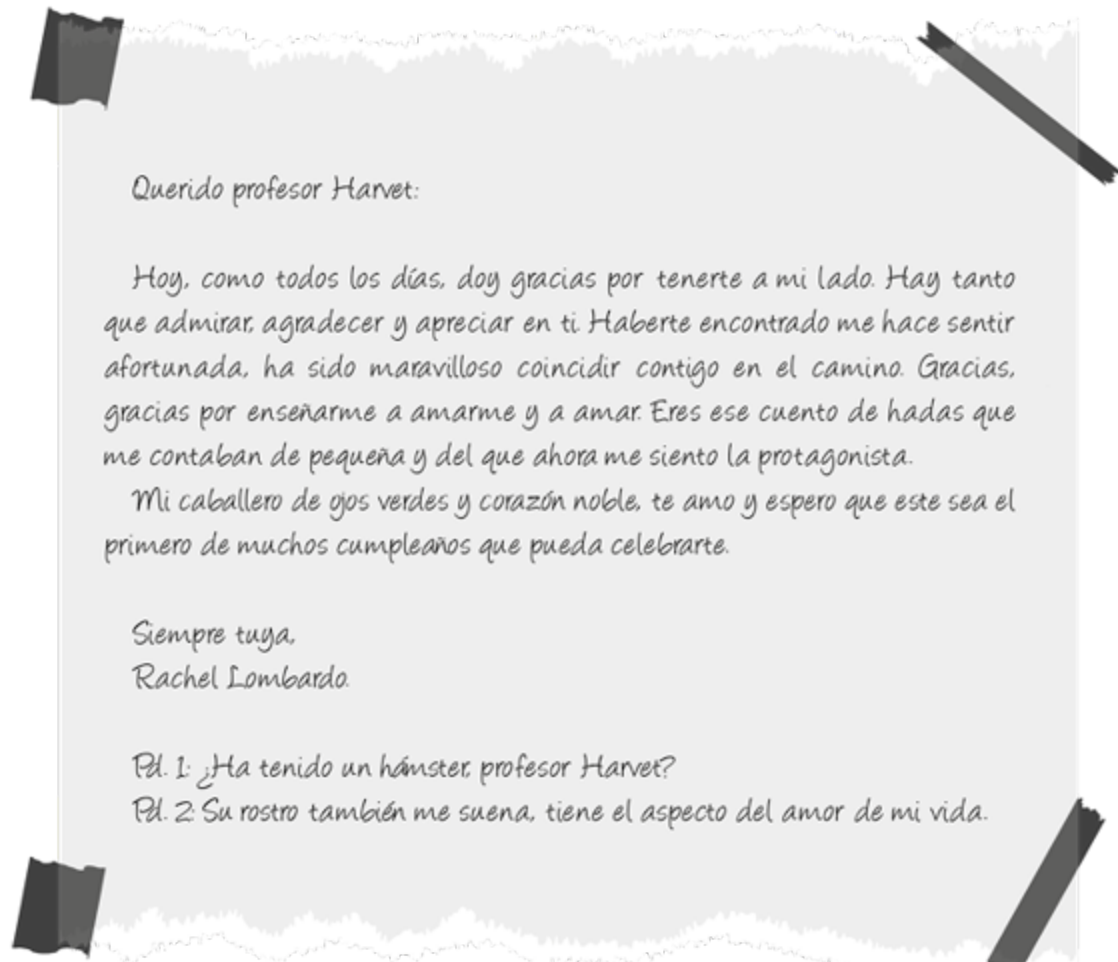
—No importa cuánto intenten quitarnos la tranquilidad porque hay algo que jamás podrán tocar —comenta apenas recupera el aliento—. Esto que solo tú y yo entendemos y sobre lo que tenemos el control: Nuestro amor.

CULPABLE

Rachel

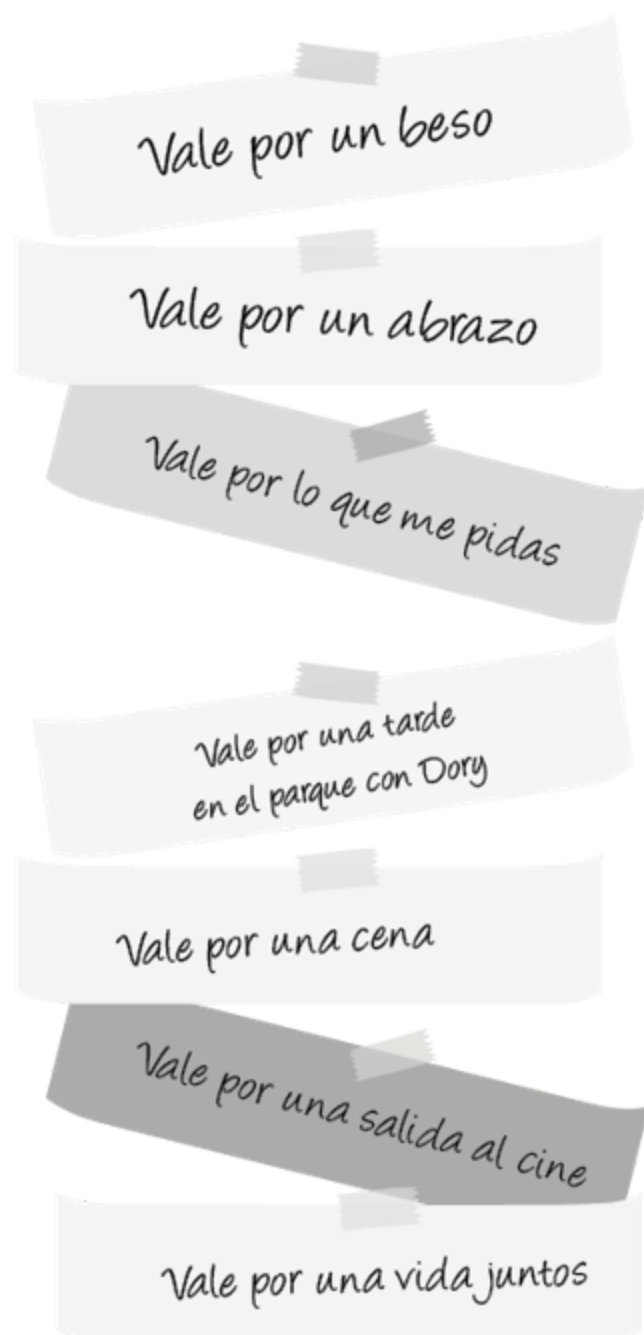
Dos meses después

Hoy es 22 de julio, cumpleaños de los gemelos Harvet o el día del dilema de Steven sobre quién es el mayor entre los dos. Estoy en mi habitación tratando de escribir con letra impecable la tarjeta que acompañará el regalo que le daré a Mark. Mi mente reproduce una y otra vez la película más bonita de todas: La nuestra.



Ansiosa, observo el reloj: Nueve de la mañana. Mark no tardará en pasar por mí para ir a su departamento. Me emociona poder estar toda la tarde con él y ayudarlo a organizar los últimos detalles de la reunión con nuestras familias. Vuelvo a concentrarme en el regalo para mi novio. Guardo en la pequeña y rectangular caja negra su libro favorito. Lo pedí hace semanas y llegó hasta ayer, pero la espera valió la pena. Es una maravillosa edición en

su idioma original y en tapa dura de Les misérables. Meto la novela en la caja y pongo encima de ella un sobre con notitas que sirven como vales por cobrar de los que Mark podrá hacer uso en el momento que quiera. Sonrío mientras repaso la lista en mi mente:



El corazón me late frenético, no puedo sentirme más a gusto y plena en este momento, la tranquilidad durante estas semanas no sé compara con

nada. Por primera vez, después de mucho tiempo, parece que la vida me vuelve a sonreír. Amo ver a Mark e imaginarnos cumpliendo cada uno de nuestros planes. Lo amo a él y a la manera en la que me hace creer en un «para la eternidad».

Estar sumergida en mis pensamientos causa que el sonido del móvil, con una llamada entrante suya, ponga en alerta mis nervios.

—¡Feliz cumpleaños! —respondo felicitándolo por tercera vez en lo que va del día.

—Gracias, cariño, pero ¿por qué no vienes a decírmelo mientras me besas? —Su tono es cálido y alegre—. Estoy afuera de tu casa.

—Dame un minuto —Cuelgo y me apresuro a terminar de organizar su regalo, poniendo la tapa de la caja en su lugar. La aseguro con una cinta roja para luego poner sobre ella la pequeña tarjeta que le escribí.

Antes de salir, me miro por última vez en el espejo: Llevo el cabello suelto con ondas que caen con prolijidad natural, un maquillaje sutil y mi vestido rosa favorito, cuyo escote barco se aferra a mi silueta. Me gusta lo que veo, pero no se trata de lo físico, sino de mí, de la seguridad y felicidad que observo.

Tomo el regalo de Mark y la bolsa que lleva el detalle para Steven y me dirijo a la salida. Al abrir la puerta, lo veo apoyado sobre el capó de su coche, luce tan bien con esa camisa blanca semiabierto y el pantalón negro que definen su torso y sus piernas. Este hombre me hace tener malos pensamientos cada vez que lo veo.

—¡Qué preciosa estás! —dice acercándose a mí.

—Tú estás hermoso —Extiendo el brazo en el que sostengo su regalo al tiempo que me empino para darle un beso—. Feliz cumpleaños, profesor Harvet.

—Señorita Lombardo, debo decir que me fascina la envoltura rosada que eligió para mi regalo —bromea y baja la vista por mi vestido.

—Este también es tu regalo —lo miro con picardía y le entrego la caja—. Espero te guste.

Él lo toma y empieza a leer la dedicatoria con seriedad y atención. Mis nervios aumentan cuando suelta un suspiro y voltea a verme.

—Siempre mía, Rachel Lombardo.

—Siempre —susurro en tono dulce y recupero el aliento.

—Soy el hombre más afortunado por tenerte.

—Somos, Mark, somos afortunados de tenernos.

Caminamos hacia su coche y emprendemos el camino.

—Amy invitó a mi abuela a hacerse manicura y esas cosas —le informo —, irán al departamento junto a Steven en la tarde.

—Que oportuna es Martins —habla en aquel tono bromista y seductor que me hace sonreír—. Amo a tu abuela y respeto su decisión de que regresaran a su casa, pero extraño el buen despertar a tu lado. Mucho.

Su énfasis en el ‘buen despertar’ me arranca una carcajada.

—Yo también lo extraño —Estuvimos durante dos meses viviendo con él luego del incidente con mi ex. Aunque los primeros días Mark durmió en la sala para no incomodar a mi abuela, ella misma nos pidió que nos dejáramos de tonterías.

Volvimos a casa hace una semana ya que no tuvimos nuevas noticias de Jackson. Al parecer, está cumpliendo con la orden de alejamiento. Sin embargo, extraño sobremanera amanecer junto a Mark. Me acostumbé a su calor, a la cotidianidad que se fue formando entre ambos y a lo protegida que me siento a su lado.

—¿Qué hay en la caja? —Su pregunta detiene mis pensamientos y me doy cuenta de que estamos frente a la caseta de su edificio.

—Descúbrelo por ti mismo —le digo con emoción en cuando llegamos a la zona de parqueo. Ansío ver su reacción ya que sé lo mucho que ama leer libros en los idiomas que está aprendiendo. Con especial cuidado, abre su regalo.

—Les misérables —pronuncia en un encantador acento francés y se detiene en los detalles del libro. Luego abre el sobre de las notitas y lee cada uno de los vales, los sostiene como si fuesen objetos frágiles y preciados. Noto la fascinación y el agrado en sus facciones—. Creo que usaré esta.

Leo «Vale por un beso» y me acerco para cumplir su deseo.

—Ese beso me encantó, pero el de «Vale por una vida juntos», es mi favorito. Gracias por hacer de este cumpleaños el mejor. ¡Te amo tanto! —Sus palabras vuelan con fervor entre nosotros—. Rachel, ce que je ressens pour toi, les lèvres humaines ne peuvent pas l’exprimer.

—Y yo a ti, por si acaso —bromeo al no entender lo que dice.

—Significa: «Lo que siento por ti, unos labios humanos no pueden expresarlo» —menciona y me da un beso tierno—. Es que estoy jodido, en

el buen sentido de la palabra. Te veo, leo y suspiro en todo momento de mi vida.

—Creo que estoy enamorada de ese idioma —sonrío con timidez.

—¿Sabes? Esta novela me gusta más después de conocerte porque he podido vivirla de otro modo. Lo que sintió Marius al volver a ver a Úrsula después de tanto buscarla es lo mismo que experimenté cuando te vi ese día en el bufete de Steven. Recobré el alma —Toma aire y continúa—. Víctor Hugo decía en el libro algo como que cualquiera que haya estado enamorado entenderá todo lo que significa la persona que amas, como Úrsula lo era para Marius. Ella eres tú para mí. Tú regresando a mi vida.

De repente, saca su teléfono y comienza a buscar algo en él.

—Suelo tomar fotos a las frases que más me gustan de los libros que leo y de este tengo muchas, pero hay una cita en especial que me recuerda a ti. ¡Al fin la encontré! —Me muestra la pantalla por un momento y luego comienza a leer para mí—: «El amor es una parte del alma misma, es de la misma naturaleza que ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal a infinita, a la cual nada puede limitar, ni amortiguar».

—¿Me puedo enamorar más de ti? Todo lo que dices... Mark, yo quería darte un buen regalo, pero siento que has sido tú el que me lo ha dado —Porque eso es lo que me ha dicho: Un regalo maravilloso. No se dedican frases de tu libro favorito a cualquiera; a eso es a lo que llamo entregar el corazón.

Mark vuelve a buscar mi boca con delicadeza. Luego sonrío, toma la caja y vuelve a poner todo dentro de ella.

—Aún no lo he leído, pero ya siento que es también mi libro favorito.

—Podemos leerlo juntos cuando lleguemos a nuestra casa —sugiere y ese ‘nuestra casa’ me emociona y sorprende.

Nos bajamos del coche con las manos entrelazadas. Avanzamos hasta el elevador, presiono los botones del panel y, cuando este se abre, Mark me rodea la cintura y me obliga a entrar.

—«Vale por lo que me pidas» —habla mirando la caja que trae en su mano—. Ahora mismo se me ocurren muchas cosas que podría pedir.

Me lleva hasta la pared del ascensor, arrinconándome a ella.

—Es su cumpleaños, señor Harvet —comento con complicidad—. Usted pide y sus deseos se cumplirán.

—Lo usaré apenas lleguemos al departamento —dice mirando hacia arriba—. Empiezo a entender por qué Steven odia las cámaras de seguridad.

—Mierda, ¡Steven! —Miro mis manos—. Dejé lo que le traje en tu coche.

—No te preocupes, iré a recogerlo —menciona y me entrega su regalo.

Le doy un beso antes de salir del ascensor, camino hasta la puerta del departamento y coloco mi huella para abrirla. Entro y me dirijo hacia la sala. La caja se me cae de las manos al ver quién está sentado en una de las sillas del comedor apuntándome con una pistola.

—Rachel, ¿qué haces aquí? —Jackson baja el arma y me mira con sorpresa. Escucho unos pasos que provienen del área de habitaciones y el baño de invitados. Uno de los mejores amigos de mi ex en la universidad viene hacia nosotros con un arma en su mano.

No sé qué diablos está pasando. El pánico me invade y doy un paso hacia atrás.

—Si no te quedas quieta, voy a tener que dispararte. Tampoco se te ocurra gritar —amenaza Jackson y, en cuestión de segundos, lo tengo a mi lado—. Peter, quédate aquí. El imbécil de Harvet tiene que estar por llegar. Debo arreglar un par de asuntos con Rachel.

—Ajá, lo que quieres es divertirte con ella. Es lo justo después de tanto tiempo.

—Cállate, imbécil —lo insulta Jackson.

—Están enfermos —Es lo único que logro pronunciar cuando las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas. Mark, por favor, quédate donde estás. No vengas aquí, suplico en mi mente.

Jackson me arrastra hasta la habitación de mi novio y cierra la puerta tras nosotros. No entiendo lo que me pasa, él me maneja a su antojo, haciéndome sentir débil e incapaz de enfrentarlo.

—¿Qué piensas hacer? —le digo en cuanto me suelta.

—Yo te lo advertí, cielo, te dije que él lo pagaría.

—Por favor —Mis manos tiemblan, pero logro llevarlas a su chaqueta, empuñando la tela con vehemencia—, no lo lastimes.

—¿Eso es lo único que te importa? ¿Ese imbécil? —grita alejándome con un empujón que me hace retroceder hasta el pie de la cama—. Maldita sea, Rachel. ¿Te encanta recordarme cada puto momento que siempre lo elegirás a él? ¿Lo haces para humillarme?

—No elijo a Mark, no más —le aseguro entre sollozos. Jackson me mira incrédulo—. Te lo prometo, me alejaré de él.

—¡No me vengas con palabras que ni tú te crees!

Pese a que deseo convencerlo de olvidar lo que piensa hacer, mis palabras no dejan de ser reales. Fui muy inocente al creer que nada pasaría. Jackson me lo advirtió y yo solo intenté convencerme de que todo estaría bien. Empiezo ahogarme de nuevo en aquellos sentimientos que me repiten de la manera más insensible lo egoísta que he vuelto a ser con alguien a quien amo.

—Por favor...

—¿Por favor? ¡Una miserable oportunidad fue lo único que yo te pedí muchas veces! —brama y acerca la pistola a mi rostro.

—Me alejaré de él —repito y él niega con la cabeza—. Te lo prometo por ella, por mi madre. Jamás la mencionaría si no fuese real lo que digo. No volveré a acercarme a Mark, pero no lo lastimes. ¡No le hagas daño, por favor!

—Ya es tarde —asegura y mis latidos se detienen—. Lo va a pagar. Va a pagar por todo lo que ha hecho y todo lo que me ha quitado.

—Él no tiene nada que pagar, ¿no lo entiendes? —Me mira furioso sosteniendo el arma con más fuerza—. Si hay culpables aquí, somos tú y yo. No él.

—Deja de abrir la puta boca solo para defenderlo —espetea con frialdad y pone la pistola en mi frente—. Eres una perra por permitirle acercarse a ti, pero fue ese bastardo quien te alejó de mí con sus promesas baratas.

—Te odio, te odio tanto.

—Y yo te amo, Rachel, a mi manera, pero lo hago —La rabia que siento al escucharlo es irrefrenable.

—¿Amarme? Si me amaras no lo lastimarías a él, porque si él sufre...

—Tú también lo harás, ya me sé ese cuento. Una cosa es que te ame, otra muy diferente que me importe verte sufrir. ¿Acaso a ti te importó herirme, mi amor?

—Deja de hacerte la víctima —Me atrevo a decirle, los nervios empiezan a alterarme—. Creaste una mentira tan grande para sostener tu cobardía, que ahora eres incapaz de diferenciarla de la realidad.

—Estoy diciendo la verdad —gruñe.

—¿En serio crees que hubiera regresado con alguien como tú? ¿Después de que me fuiste infiel, me insultaste, jugaste conmigo y te atrevieras a golpearme? ¿Crees que hubiese perdonado los rumores que empezaste? Estás muy mal de la cabeza si piensas que fue Mark el que me alejó de ti. ¡Fuiste tú!

—Lo sé, maldita sea —habla entre dientes, dando pequeños golpes a mi frente con el arma—. Sé que soy culpable, pero él también lo es. Lo odio por quitarme lo que es mío.

—Cumpliré con mi palabra, me alejaré. Te lo prometo.

—Llevo mucho tiempo planeando esto, Rachel, y no hay marcha atrás —Respira profundo y retrocede un poco—. ¿Recuerdas a Mishell? ¿La ex de Harvet? —Mis ojos se abren por completo ante sus palabras—. Ella tiene cuentas pendientes con él y con su familia y eso fue de gran ayuda. Gracias a ella supe que hoy era el cumpleaños de ese hijo de puta y pude entrar al edificio, pues una de sus amigas vive aquí. Llevaba horas en su departamento esperando a que ese idiota saliera para poder entrar, sentarme a esperar a que volviera y al fin cobrarme todas y cada una de las cosas que me ha hecho. Quiero darle un último regalo.

—Me iré contigo, Jackson. No cometas una locura —imploro.

—Rachel, cielo, ¿no te das cuenta de quién es en verdad ese tipo? Mishell, su exnovia, decidió ayudarme con esto. ¿Por qué crees que lo hizo? No será porque Harvet fue bueno con ella —Sonríe y niega con la cabeza—. El mismo Peter se ofreció a participar porque el ‘profesorcito’ lo reprobó el semestre pasado. Ya ves la joya de hombre a quien te entregaste.

Eso último lo dice con un enojo que lo hace respirar de manera más pesada e impregna de odio su mirada. Lo escucho, pero no creo en sus palabras. Amy me ha hablado mucho de Mishell y Peter es un patán igual a Jackson.

El sonido de la puerta principal provoca que un dolor desmedido atraviese mi pecho, dejándome sin aliento. Me preparo para gritar y avisarle a Mark lo que está ocurriendo, pero Jackson tira de mi cabello y me lanza de bruces contra el suelo.

—No intentes jugar conmigo porque vas a arrepentirte —habla en voz baja y vuelve a apuntarme—. Todo esto es tu culpa, te lo advertí muchas veces.

—Profesor Harvet, tiempo sin vernos —Es la voz de Peter.

—¿Dónde está Rachel? ¿Qué demonios haces aquí? —El grito agudo de Mark estremece todo mi cuerpo.

Suena un disparo que termina por arrebatar-me el aire.

—¡No, Mark! —sollozo. No me importan las amenazas de Jackson ni lo que pueda pasarme. Forcejeo con él por salir de la habitación, pero mis esfuerzos son inútiles.

—Vas a hacer todo lo que digo, ¿lo entiendes? —ordena ubicándome de espaldas frente a él y rodeando mi cuello con su brazo. Con la otra mano apunta la pistola a mi sien.

Salimos de la habitación y recupero la tranquilidad al ver a Mark intacto.

—¿Por qué carajos disparaste? —Jackson regaña a su cómplice.

—Harvet intentó acercarse —Peter responde nervioso.

—Vuelves a hacer una estupidez y te juro que el próximo disparo va a tu cabeza o... A la de Rachel —exclama Jackson y dirige su arma hacia mi novio—. ¡Arrodíllate!

Mark obedece. Nuestros ojos se encuentran y percibo su impotencia. ‘Todo estará bien’, logro leer en sus labios.

Jackson me deja junto a Peter, quien me agarra con fuerza la nuca y pone la pistola en mi mejilla.

—Nos volvemos a ver las caras, profesor —habla mi ex de pie frente a Mark—. Quiero que repitas lo que dijiste el otro día, que me matarías si me acercaba a mí chica. ¡Repítelo! ¿No que eras tan valiente? Parece que, sin tu copia barata, no eres nada.

Mark le sostiene la mirada y temo lo peor.

—Vamos, defiéndete —grita Jackson, le da una patada en el torso y luego un par más en el estómago.

—Vinieron a mi departamento —La voz de Mark es asolada por la desesperación y la falta de aire ante los golpes que recibió—, están aquí por mí, ¿no? Dejen en paz a Rachel y hagan conmigo lo que quieran.

Jackson suelta una carcajada y continúa con su misión, arremetiendo con más fuerza contra Mark. Le suplico que se detenga. Me duele ver a la persona que amo retorcerse en el suelo sin poder defenderse. Me duele no saber cómo ayudarlo, cómo solucionar todo esto.

—Te dije que me las pagarías, una a una —habla mi ex. Peter se ríe ante la escena y tomo su distracción como una oportunidad. Le doy un codazo

en el estómago y, cuando suaviza su agarre, lo empujo con toda la energía que tengo.

Corro hacia Jackson para detenerlo, pero él logra esquivarme y me tira al suelo junto a Mark, quien se prepara para ponerse de pie y hacerle frente.

—¡Te dije que te quedarás quieto, hijo de puta! —Las palabras de Jackson vienen seguidas de un sonido seco como el que escuché hace unos minutos. Siento que el mundo se derrumba ante mis pies. Un nudo en la garganta amenaza con asfixiarme.

Esto no puede ser real, lo nuestro no puede terminar así. No. Veo el dolor en la mirada del hombre de mi vida, quien enseguida me sostiene contra su pecho.

—Mi amor —susurra Mark angustiado.

—Mierda, Rachel. Yo no quería... —dice Jackson y lo veo tratando de acercarse.

—¡Aléjate! —Mark le grita y me mira—. Vamos a estar bien.

Sus ojos están llenos de lágrimas, su voz rota me suplica y la sensación de dolor se propaga por todo mi cuerpo. Al bajar un poco la mirada, veo la sangre instalada en mi abdomen. Oigo pasos. Alguien toca con premura a la puerta.

—Señor Harvet, hemos escuchado disparos, ¡abra, por favor! —Es la voz de Julián. Sonrío adolorida— La policía está aquí.

Me siento perdida de lo que sucede a nuestro alrededor. El rostro de Mark empieza a ser borroso frente a mí. Las manos arriba, no se muevan, me parece oír.

—Han llegado por nosotros —sollozo débil.

—Así es, cariño —Él posa su mano en mi mejilla. Está llorando también—. Vamos a salir de esta.

—Mark... —Quiero decirle lo mucho que lo amo y lo importante que ha sido conocerlo y tenerlo a mi lado.

El miedo y el dolor aceleran los latidos de mi corazón.

—No hables, mi amor —Su llanto se intensifica—. ¡Necesito una ambulancia, maldita sea!

—Gracias por cambiarme la vida y por acompañarme cuando más lo necesité —Logro hablar a pesar de que las energías me abandonan. El calor también escapa de mi cuerpo.

—Ya tendrás tiempo para decirme eso y mucho más, tranquila.

—Mark, mírame —le pido con la respiración entrecortada, él niega con su cabeza y cierra los ojos—. Te amo.

Si este es el final, quiero recordárselo. Lo necesito.

—¡No! No acepto tus te amo de esta manera, ¿lo entiendes? ¡No los acepto!

Sus desgarradores sollozos son lo último que escucho con claridad.

Rachel, por favor.

Amor, no puedes dejarme.

¡Despierta!

Vale por una vida juntos, me lo prometiste.

No me dejes, no puedes hacerlo.

Ya no me quedan fuerzas para seguir y me desvanezco entre sus brazos, donde siempre encontré un refugio.

Era Ella. Cualquiera que haya estado enamorado captará todos los significados radiantes que caben en las cuatro letras de esa palabra: Ella.

Era ella, efectivamente. Marius apenas si la divisaba a través del vapor luminoso que le había inundado de pronto los ojos. Era aquella dulce criatura ausente, aquel astro que lució para él durante seis meses; eran aquellos ojos, aquella frente, aquella boca, aquel hermoso rostro que se desvaneció y, al irse, trajo la oscuridad de la noche. ¡La visión se había eclipsado y volvía a aparecer! ¡Volvía a aparecer entre aquella sombra, en aquella buhardilla, en aquel tugurio informe, entre aquel espanto!

Marius temblaba como un azogado. ¡Cómo! ¡Era ella! Los latidos del corazón le enturbiaban la vista. Se notaba a punto de romper en llanto.

Pasaje de Los miserables de Víctor Hugo.

VALE POR UNA VIDA JUNTOS

Los gritos cesan, las voces a mi alrededor ya no se escuchan y el silencio se apodera del lugar, pero hay mucho ruido en mi alma.

El sonido de una alarma me despierta. Abro los ojos de par en par, me siento desconcertada.

«Rach, amor, levántate o se hará tarde para tu viaje». Esa voz que tanto añoraba me paraliza. «¿Mamá?». La llamo. Verla a mi lado, sentada al borde de la cama, provoca que los latidos de mi corazón retumben con la fuerza de una estampida.

«Sí, mi amor. ¿Qué pasa?», parpadeo incrédula un par de veces. «Extraña, estás aquí». «Lo estoy, mi extraña». Me abraza y me siento pequeña y vulnerable a su lado. Estamos en casa, en el lugar donde fuimos felices, donde nos acompañamos para superar los momentos difíciles.

¿Por qué me desconcierta verla? ¿Por qué me siento rota ante su cercanía? Existen tantas preguntas sin respuesta, tantas palabras que quieren salir y se quedan estancadas en mi interior. Tengo la sensación de que he olvidado algo importante.

«Apresúrate o se te hará tarde para el viaje», repite y me separo de ella, desorientada. «¿Cuál viaje?». «Al congreso, ¿lo olvidaste?», aclara con alegría. «Vamos, deja la pereza atrás, Mark y Steven llegarán pronto por ti». «No iré», suelto y ella me mira sin entender el arrebato que ni siquiera yo comprendo. «Prefiero acompañarte a casa de la abuela. Sé que en el congreso teníamos planes con Mark, pero no me apetece ir. Quiero quedarme contigo». Sus facciones se endurecen, niega con la cabeza y sale de la habitación. Escucho el timbre de mi móvil, estiro el brazo hacia la mesita de noche, pero no lo encuentro. Suena tan fuerte que causa un dolor incesante en mi cabeza, me nubla la vista. Llevo las manos a mis oídos esperando que el ruido desaparezca.

Siento un malestar extraño en todo mi cuerpo, punzadas que no se detienen. Cierro los ojos y llega el silencio. Encuentro la calma en la oscuridad.



«Rach, mira ese arbusto lleno de peonías». Mamá habla y mis ojos vuelven a abrirse. Está conduciendo. No sé en qué momento nos subimos al auto y tomamos carretera. He perdido la noción de todo y eso me perturba. «¿A dónde vamos?», le pregunto. «A casa de la abuela, ¿no lo recuerdas? En pocas horas estaremos allí». Su voz temblorosa resuena en mis oídos. Tiene el rostro pálido, parece cansada. Sus ojos marrones como los míos están apagados y sin el brillo que los caracteriza.

«Extraña, ¿estás bien?», pregunto y ella asiente como respuesta, al tiempo que se lleva la mano al pecho. «¿Qué pasa?». Mamá suelta un quejido y pierde el control del carro. Tira la cabeza hacia atrás y grita a causa del dolor. Yo me acomodo como puedo para agarrar el volante y recuperar el rumbo del coche.

«Mamá, por favor, respóndeme», le suplico con la vista en la carretera. Ella no reacciona y la situación empeora cuando veo que un camión se acerca a toda velocidad directo a nosotras. Los pitidos de quienes van detrás me ensordecen. Hago lo que puedo, pero el auto no reacciona. Todo sucede muy rápido. Solo pienso en abrazar a mamá, tratando de proteger su cuerpo con el mío.



Cláxones a la distancia, el sonido de un disparo, la sirena de una ambulancia y los intensos pitidos del monitor de signos vitales se instalan en mi cabeza. Abro los ojos de nuevo.

Estoy aterrorizada ante las diferentes escenas en mi mente: El abrazo con mamá, el accidente en la carretera, Jackson apuntándole a Mark... No entender lo que sucede me debilita, caigo sobre mis rodillas, rogando porque el ruido y el dolor en mi pecho desaparezcan. Ni siquiera soy capaz de distinguir qué situaciones son reales o producto de mi imaginación. Me siento más sola que nunca.

«Nunca lo has estado, mi vida», dice. «¿Mamá?». Me levanto y comienzo a buscarla. «Nunca has estado sola, hija, siempre estoy contigo». Doy media vuelta y la veo. Me acerco a ella, reclamando el abrazo que tanto necesito: «Por favor, no vuelvas a separarte de mí», le suplico. «Rach, tienes que dejar de cuestionarte si las cosas hubieran sido diferentes. Debes aceptar y entender que se puede cambiar la dirección, pero no el destino».

«No vas a volver, ¿verdad?», mamá niega con la cabeza. «No, amor. Ese día nuestras vidas debían separarse, nuestro destino era diferente y tú estabas donde debías estar». Su voz cálida me transmite paz. «Necesitas soltarme, hija». «No puedo. Tengo miedo de olvidarte, mamá, olvidar tu voz, tus gestos...» «Tú siempre puedes, Rach», sonrío con ternura, «es momento de regresar, ellos esperan por ti». Me suelta para darme un beso en la frente. Sostengo sus manos por última vez, no quiere perder ningún detalle de este momento. Comienza a alejarse y sé que, aunque es duro de aceptar, tiene razón.

«Te amo, extraña, eso nunca lo olvidarás», dice, antes de desaparecer.





Karla Evans de Lombardo

1980 – 2022

Madre, esposa, hija y la mejor mujer del mundo

—Rachel —abro los ojos al reconocer su voz. Mark está frente a mí y, aunque no tengo fuerzas, sonrío al saberlo a mi lado—. Estoy aquí, cariño. Siempre lo estaré —habla con alegría, en un tono suave y pausado.

Su rostro está lleno de moretones y tiene unas ojeras profundas, pero su sonrisa lo eclipsa todo y me da paz.

Quizá lo mejor sea volver a cerrar los ojos. Necesito descansar más.



—Aún no puedo creer que ese hijo de puta haya sido capaz de esto —El comentario enfurecido de Amy me aleja del estado somnoliento en el que me encuentro. Intento abrir los ojos, pero no lo consigo—. La cárcel es poco para lo que merece.

—Estás en un hospital, es mejor que tengas cuidado con tu lenguaje —la regaña un hombre cuya voz me resulta familiar.

—Lo siento, pero empiezo a desesperarme con esta situación. Desde que Mark nos dijo que despertó por dos segundos, Rachel sigue como la Bella Durmiente —chista mi amiga.

—Es normal lo que está pasando, es un proceso común de recuperación. En cualquier momento reaccionará —explica el doctor.

—Es que son unos misera... —se interrumpe Amy—. Vale, vale. Perdón.

—Trata de calmarte —pide el doctor—. Tengo que ir a ver a otro paciente. Si Rachel despierta, intenten no agobiarla.

Escucho pasos y luego una puerta que se cierra.

—¿Agobiarla? —se queja Amy—. ¿Lo dijo por mí?

—No, seguro que no —la que habla es mi abuela, me emociona escucharla.

—¿Agobiar tú, mono? Jamás, cómo crees —se burla alguien con una voz similar a la de Mark, pero sé que es Steven quien ha dicho eso. Escucho risas y algunos mimos más de parte de mi cuñado. Creo que esta suma de emociones me revitaliza porque, al fin, reúno la energía suficiente para abrir los ojos.

—Nos invaden las hormigas —bromeo en un susurro muy bajo.

—Hija —Mi nana se apresura a acercarse a la cama donde me encuentro, me rodea ligeramente con sus brazos. Veo que Amy sonrío nostálgica y roza con cariño mi mano izquierda, en la que hay un oxímetro de pulso en el dedo índice y, más arriba, una línea central. Comienza a hablarme sobre lo preocupada que ha estado con todo lo que me pasó.

—Y estoy tan enojada contigo —Mi amiga solloza mientras Steven le rodea los hombros.

—Estoy bien —logro decir, mi voz sale ronca y débil. No ver a Mark por ningún lado me intriga—. ¿Dónde está...

—No ha querido separarse de ti, pero hoy tuvo que rendir declaraciones —me interrumpe mi abuela.

—No debe tardar en llegar —confirma Steven.

—Lo van a lamentar, Rach. Jackson y Mishell van a pagar por lo que hicieron. Ni por el bebé que están esperando voy a sentir lástima por ellos. Son unos desgraciados. Ah, y el imbécil de Peter...

—¿Un hijo de Mishell y Jackson? —cuestiono ante su comentario y siento punzadas de dolor en el lado derecho de mi abdomen, la zona donde me dispararon.

—Mono, ¿qué dijo el doctor de no agobiar a la paciente? —Steven la reprende.

—Perdón, perdón. No lo volveré a hacer —dice Amy y se acerca a mi oído—. Cuando estés mejor, te lo contaré todo.

Aunque murmura, tanto mi abuela como mi cuñado la escuchan y nos echamos a reír. Luego vienen unos segundos llenos de silencio.

—Si hubiésemos estado en el departamento quizá... —comenta Amy, pero no la dejo terminar.

—Alguien muy sabia dijo que se puede cambiar la dirección de las cosas, pero no el destino —Aún está en mi mente el sueño que tuve con mi madre y las palabras que me regaló. Siento una paz indescriptible al pronunciarlas—. Me alegra saber que ustedes estaban lejos de todo eso y que Mark no fue herido.

—Rachel, tengo que darte las gracias por salvar a mi hermano —Steven rodea la cama y deposita un beso en mi mejilla—. Jamás podré pagarte por lo que hiciste.

Niego con la cabeza y, cuando voy a responderle, la puerta se abre y mi corazón se paraliza al ver al hombre que aparece tras ella. Mark camina hacia mí y, al darse cuenta de que estoy despierta, su sonrisa se ensancha y me da un beso en la frente. Acerca su palma a mi mejilla y fija sus ojos en los míos. Me hace feliz ver esa mirada llena de ilusión, pese a que se nota que ha dormido poco.

—Rachel —susurra—, volver a imaginar un futuro sin ti fue muy duro.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que estarías siempre conmigo? Pues yo estaré siempre contigo. Aún nos queda mucho por vivir juntos, amor.

Mark esconde su rostro en mi cuello y me lleno de su aroma. Mi abuela, Amy y Steven me hacen señas y salen de la habitación.

—Estamos aquí, juntos —continúo.

—Así es —Asiente buscando mis ojos—. Te vi luchar con tantas fuerzas por tu vida, por nosotros, que ahora te amo y admiro más que nunca.

Su voz es baja, me abraza con cuidado y los latidos de nuestros corazones se encuentran y bailan al mismo ritmo; es la sensación más bonita del mundo. Me sana y revitaliza.

Alguien toca la puerta y ambos volteamos a ver a la persona que entra. Es Andrés, el médico que atendió a mi mamá. Sabía que esa voz me era conocida. Viene acompañado de Katy, la amiga de mi extraña. Ambos sonríen al darse cuenta de que he despertado. Se acercan a nosotros y Andrés me hace una revisión rápida mientras le da indicaciones a Katy para que inyecte un par de medicamentos en mi línea central.

—Rachel, es importante que descanses —indica el doctor y luego voltea a ver a Mark—, y tú también deberías hacer lo mismo.

Mi novio asiente y le regala un gesto amable en agradecimiento por su trabajo.

—Rach, me alegra que estés mejor —dice Katy antes de salir de la habitación junto a Andrés.

—¿Qué sucedió con Jackson y Mishell? —Me atrevo a preguntar apenas se cierra la puerta.

—¿No escuchaste lo que dijo Andrés?

—Solo esta pregunta, por favor —le pido y él hace un falso gesto de resignación.

—Jackson confesó —Apenas pronuncia ese nombre, su expresión muta al enojo—, se declaró único responsable. Sin embargo, la versión de Peter es otra: Él confesó que Mishell había participado en todo.

—Jackson me dijo que ella estaba involucrada —menciono con sorpresa. Sigo pensando en que ellos están esperando un hijo.

—Steven y sus socios se están encargando, no te preocupes por nada de eso, cariño. Descansa.

—Solo si tú descansas conmigo —Haciendo un poco de esfuerzo, le dejo espacio en la cama. Se nota que Mark necesita muchas horas de sueño.

—Está bien, pero solo mientras te quedas dormida —aclara y ocupa su lugar a mi lado. Se ubica más arriba, para que yo pueda recostar mi cabeza

en su hombro.

Como un ave que vuela y vuelve exhausta a su nido, a su hogar, encuentro la paz junto a Mark, con su celestial cercanía. Deseo que este instante dure para siempre.



Los días y las noches pasaron. Mark permaneció conmigo todo el tiempo que pudo y, cuando tuvo que irse a su departamento para dictar las clases en línea que le aprobaron en la universidad, mi abuela y Amy se encargaron de mí. Por supuesto, Steven también me visitó.

Sin embargo, hoy todo es distinto. Apenas amaneció, Mark fue a mi casa para traermé algo de ropa, ya que Andrés por fin firmó mi alta. Regresar a la normalidad me hace ilusión. Aunque quedan asuntos pendientes en la fiscalía respecto a mi declaración de los hechos, ahora no quiero pensar en el tema. Será una de las cosas que haré en los próximos días porque quiero que la investigación continúe y que Jackson y Mishell sigan detenidos.

—Esta es la receta —Una vez Mark y yo estamos listos, Andrés nos entrega un documento con las indicaciones a seguir.

—Gracias, Andrés. Muchísimas gracias —le digo mientras mi novio toma la fórmula.

—De nada, Rachel. Estaré aquí siempre que me necesites —hace una pausa para aclararse la garganta—... Que me necesiten, perdón. Pueden contar conmigo —Sonríe apenado y sale de prisa de la habitación. Lucía incómodo y, a decir verdad, yo también lo estaba.

—Perdió las esperanzas, pero no el gusto. No lo culpo —comenta Mark provocando que me ría—. ¿Sabes lo guapa que te ves así? —Me toma de la cintura para acercarme un poco a él, con cuidado de no presionar la herida en mi abdomen—. Eres magia, te escucho reír y todo lo malo desaparece.

—¿Has escuchado mi risa escandalosa, acaso? —bromeo.

—La he escuchado. Es la que más me gusta —Sus palabras me emocionan. Lo beso y me pierdo en la dulzura de sus labios, en la calidez de su cercanía.

—Nos deben estar esperando —menciono. Mark sube la receta que nos entregó Andrés para que ambos podamos leerla.

—Medicamentos, instrucciones y un poco de descanso.

—Pero ninguna prohibición —le digo y una sonrisa se dibuja en nuestros rostros.

—Rachel Lombardo, terminarás tu tiempo de recuperación y después...

Lo que empezó como una broma, se vuelve más intenso cuando Mark toma mi mentón con cuidado, dándome un beso lento y sensual. Es imposible negar la necesidad que ambos tenemos de volver a sentir aquella unión que hace al mundo desaparecer, donde solo existimos él y yo. Estoy tan sumergida en la forma en que nuestras lenguas se encuentran que apenas logro escuchar la puerta abrirse.

—Lo siento, lo siento —Katty entra y doy un paso hacia atrás—, solo venía a despedirme.

—No te preocupes —hablo rápido, empujada por los nervios—, nosotros estábamos leyendo las prohibiciones en la receta... Las indicaciones. Las indicaciones.

Ay, no. Katty sonríe y Mark se une a su diversión.

—Todos los medicamentos están disponibles en la farmacia del hospital. También las inyecciones —comenta ella.

—¿Inyecciones? —cuestiono.

—Así es, Rachel —Katty responde risueña—. No te preocupes, no va a doler.

—Señorita Lombardo, ¿acaso les teme a las inyecciones? —dice Mark.

—No. Es solo que no hay nadie en casa que pueda aplicarla y tener que ir a una farmacia solo por eso, cuando debo terminar mi reposo... —Son solo excusas. Siempre he evitado las inyecciones, incluso en mi método anticonceptivo lo hice.

—Rachel, si quieres, puedo buscarte una silla de ruedas para llevarte hasta el estacionamiento —ofrece Katty.

Tiene energía para besuquearse con su novio, seguro puede caminar un poco, recrimina la voz en mi cabeza y sonrío con timidez.

Nos despedimos y prometo volver pronto para visitarla. Caminamos despacio hasta el auto y, una vez estamos en marcha, Mark me habla.

—Yo puedo ayudarte con la inyección —Hay picardía en sus palabras.

—Mark —Lo miro con falso enojo.

—Es en serio, amor. Mi padre nos obligó a tomar un curso de primeros auxilios y esa clase de cosas.

—Pero no me duele tanto, yo creo que podemos saltarnos las inyecciones.

—No, cariño. Son indicaciones del doctor y hay que seguirlas —me regaña.

—¡Va a doler! —hablo con temor.

—Te prometo que tendré todo el cuidado del mundo —El tono bajo de su voz causa sensaciones tan buenas en mí que, incluso, podría jurar que no estamos hablando de lo mismo.

—Está bien. Dejaré que seas mi enfermero —me burlo y decido ser madura. Seguro las inyecciones no dolerán.



—Venga, respira, cariño —me dice apenas entramos a mi habitación, dejando en la sala a Amy y mi abuela.

—Hazlo rápido, Mark —resignada, me siento en la cama y descubro mi hombro.

—Lamento decirte que son cinco mililitros los que se deben aplicar, por lo que no puede hacerse en el brazo. Tú eliges, mi amor: Glúteo mayor, muslo lateral externo o área ventroglútea.

—¿Área vento qué? ¿Cuál dolerá menos? ¿Cuál se te da mejor? —pregunto con seriedad.

—En el culo, mi amor —Ladea la cabeza y sonrío malicioso.

Me pongo de pie y trato de calmarme un poco, pero todo se va al diablo cuando Mark saca la jeringa y me pide que dé media vuelta. Sonoras carcajadas salen de mí a causa de los nervios. Me alzo un poco el vestido y él limpia mi glúteo con un trozo de algodón empapado de alcohol.

—Relájate, cariño —pide y, por más que lo intento, no puedo. Muerdo mi labio, evitando reírme. Ni siquiera es divertido y no sé cómo calmarme — Si te mueves, puedo lastimarte.

Asiento indicándole que estoy lista, aunque al segundo vuelvo a reír. Mark suspira durante los diez minutos que me toma controlar mi ataque de risa. Siento pena, pero no puedo dejar de reírme ante su seriedad y ante el hecho de que me diga que respire para tranquilizarme. Me regaño por no poder controlar mis emociones. No soy tan racional cuando estoy nerviosa. Por algo Dory está con nosotros ahora. La veo mirarme fijo desde su jaula.

—Cariño, aunque me encanta admirar este precioso culo, tienes que dejar que te aplique la inyección. Relájate o, de lo contrario, sí dolerá.

—Estoy lista —digo seria, tomo mucho aire y lo suelto con lentitud. Vuelvo a sentir sus manos en mi trasero, poco a poco ingresa la aguja y la tensión amenaza con arrancarme más risas. Mark me pide que no me mueva, pero el líquido que entra en mí ordena lo contrario.

—Rachel, hablo en serio —me regaña al ver mi pronto ataque de risa—. Falta poco, respira... Listo, ya está.

—¿Eso fue todo? —pregunto cuando retira la aguja. Y sí, dolió un poco, pero no fue tan grave como mi miedo quería hacerlo ver. Mark me ayuda a acomodarme y sonrío al ver el brillo en su frente. Hasta ha sudado el pobre.

—Creo que yo sufrí más aplicándola —se burla y niega con la cabeza. Nos sentamos en la cama, permanecemos callados por unos segundos y creo que, por primera vez después de todo este tiempo, en la intimidad de mi habitación, nos detenemos a pensar en lo sucedido. Se siente como si la vida nos hubiera dado una segunda oportunidad. En todo sentido.

—«Vale por una vida juntos» —rompo el silencio al recordar la petición que me hizo mientras estaba en sus brazos.

—Es el mejor regalo que alguien me ha dado —Me acaricia la mano con su pulgar—. Estás aquí.

—Nunca me he ido y no planeo hacerlo, Mark.

PRIMER DÍA DE CLASES

Las tres semanas de recuperación fueron mejores de lo que esperaba, los estudios que Andrés me realizó arrojaron resultados favorables y estaba feliz por ello. Por fortuna, la herida curó en el tiempo estipulado y el dolor es cosa del pasado; hoy retomaré mis clases, una semana después del resto.

—Aún es temprano, no ha llegado nadie —informa Mark observando el salón vacío. Agradezco por su compañía—. Estar aquí me recuerda aquella primera clase, donde todo empezó.

—¿Solo le entregamos la hoja, profesor Harvet? —pregunto dejándome llevar por el sentimiento de familiaridad.

—¿Algo más que desee entregar, señorita?

—Sí, profesor —susurro—, hay mucho más que deseo entregarle.

—¿Sí? —murmura en tono sensual. Lo abrazo con fuerza, pero escuchamos que alguien está aclarando su garganta con exageración detrás de nosotros y nos separamos.

—Buenos días —habla mal humorado un hombre de cabello canoso—, ¿son alumnos de mi clase?

—Buenos días, profesor. Mi nombre es Rachel Lombardo y soy alumna de esta clase —aclaro incomoda por su actitud gruñona.

—Entonces, debería saber que tales espectáculos no están permitidos —bufa y entra al salón.

¿Espectáculos? Solo nos estábamos abrazando. Me encojo de hombros al ver el rostro lleno de diversión de Mark.

—Eso, burlate —digo entre risas—, como no serás tú el que tendrá que soportarlo el resto del semestre.

—Ya se le pasará —Rodea mi cintura con su brazo—. Tu última clase termina a la una, ¿verdad? —Asiento—. A esa hora paso por ti. Hoy quiero cocinar para ambos en nuestra casa.

Nos damos un beso corto y, cuando él comienza a alejarse, sé que me faltó algo por comentarle.

—Mark, espera —Camino hacia él y lo detengo—. No olvides que te amo.

—Yo más —replica animado volviendo a besarme. Nos despedimos y me preparo para entrar al salón. Una chica rubia pasa a mi lado y me regala

un gesto amable. Espero que esta sea una buena señal para mi vida en esta universidad.

—Buenos días, permiso —saludo y me dirijo a uno de los asientos cercanos a la pared, detrás de quien entró antes de mí hace un momento. El profesor me mira mal humorado.

—¿Eres nueva en la universidad? —Mi compañera se gira para hablarme—. Jamás te había visto.

—Sí. Soy Rachel, mucho gusto.

—Lo imaginaba. Mi nombre es Katherine, pero puedes decirme Kate. Bienvenida —Me ofrece su mano y la estrecho un par de segundos—. Primera regla: El señor Collins está en contra de las demostraciones afectivas y, por cómo te miró, ha visto lo mismo que yo.

—Sí.

—Por cierto, ¿tú novio no tendrá un gemelo? —bromea sin saber que sí lo tiene—. Estoy molestando, aunque vaya que está bueno... Y tú no te quedas atrás. Hacen una pareja muy bonita.

Su comentario me sonroja, pero me agrada. Conocer personas que no temen emitir un cumplido no es muy común en estos tiempos. Kate se disculpa por ser indiscreta y niego con la cabeza de inmediato. Yo también suelo ser un poco impertinente.

—No te preocupes.

El resto de mis compañeros llega y Kate no duda en presentármelos. El ambiente es bueno, no hay bromas pesadas o comentarios incómodos de parte de nadie. Lo único malo es que, apenas inicia la clase, el profesor no duda en hacerme partícipe principal de ella. Me pide que me presente y luego que pase a la pizarra a desarrollar una serie de ejercicios que empieza a explicarnos.

—Hemos terminado, pueden salir —dice el señor Collins y es la frase más maravillosa que he escuchado en las últimas dos horas.

—¿Ahora tienes clase con la profesora Bether? —me pregunta Kate. Busco mi horario y asiento en respuesta—. Si esta te pareció una tortura, la que viene será un infierno —Comienza a caminar y me guía hacia la salida.

—¿De verdad? —inquiero nerviosa y ella hace una mueca de disgusto.

—Es antipática, malhumorada, estricta y me odia.

—¿Por qué?

—Porque la amante de su marido tiene el mismo nombre que yo.

—¿Solo por eso?

—Bueno, resulta que esa amante también es mi prima lejana —Mi boca se abre—. Lo sé, pero yo no tengo nada que ver con ella. De hecho, ni siquiera estoy de acuerdo con lo que hizo.

Es absurdo juzgar a alguien por las acciones de otro. Kate no tiene la culpa de lo que haga su prima y la profesora debería saberlo.

—Lo mejor es que entres primero. No quiero que Bether se la tome contra ti.

—No te preocupes por eso —le digo.

—Gracias, Rachel.

Empezamos a subir las escaleras rumbo al quinto piso, donde está el salón al que nos dirigimos. La respiración de Kate se vuelve cada vez más agitada a medida que avanzamos.

—No me jodas, ¿no estás cansada? —suelta agotada.

—Vamos, ya falta poco —la animo.

—Que buen estado físico tienes. Yo estoy muriendo y necesito descansar un minuto. Sigue tranquila y ya te alcanzo, voy a ir a la cafetería de este piso por una botella con agua. Igual, es mejor que entres primero, ¿recuerdas?

—Vale, ¿te guardo un puesto?

—Por favor, Rachel. Muchas gracias —jadea y saca la lengua, por lo que suelto una pequeña sonrisa y continuo subiendo. Varios de mis compañeros de la clase anterior ya han llegado. Encuentro un asiento y pongo mi mochila en el que está al frente. Los minutos pasan, la hora de la clase se acerca y yo solo espero a que Kate aparezca antes que la profesora.

—Buenos días —El hombre que entra llama la atención de todos. Lleva un traje azul y luce joven, pero no parece un estudiante. Miro a mi alrededor y los demás están tan extrañados como yo—. Mi madre no ha podido asistir, así que yo la reemplazaré durante esta semana. Mi nombre es Jamie Heinrich Bether —Lo escribe en la pizarra—. Vamos a acomodarnos por orden de lista y les asignaré un tema para que dialoguen al respecto y luego debatimos en grupo, ¿les parece?

Me toca trabajar con Jennifer, una chica que parece muy simpática.

—Buenos —Kate aparece un minuto después y se queda viendo a Jamie —... ¿Esta es la clase de la profesora Bether?

—Así es, señorita. Pase y, por favor, que sea la última vez que llega tarde.

Sonríó por la situación. Es imposible no llenarme de recuerdos. Kate entra y sus mejillas están sonrojadas, no sé si por el esfuerzo de subir las escaleras o por lo que el profesor acaba de decirle.

—¿Quién es este? —me pregunta apenas se sienta y gira su cuerpo para devolverme el bolso.

—El hijo de la profesora.

—Vaya —dice y regresa su mirada hacia él—, vaya...

—Señorita, su nombre es... —Jamie se dirige a quien está frente a mí.

—Mi nombre es Kate.

—Por favor, venga a mi puesto, Kate. Tendrá que hacer la actividad conmigo porque no hay más alumnos solos.

Ella se pone de pie y se acerca de manera torpe hacia el profesor, quien nos da los temas. Treinta minutos después, socializamos con el resto lo que hemos concluido.

—Qué bien se veía mi reflejo en esos ojos tan azules. Se me olvidó hasta mi nombre —me susurra Kate y ambas reímos—. ¿Crees que la profesora Bether me quiera como nuera?

Inhalo y exhalo, intentando ocultar la diversión que me causan sus comentarios espontáneos.

—No sé si ella te quiera, pero al hijo le agradas. Estoy segura —comento al ver la manera en que Jamie la mira de vez en cuando.

La clase resulta mejor de lo que esperaba en un inicio y Kate parece estar muy de acuerdo conmigo.

—¿Le gustaría ser la monitora en mi clase? —le pregunta Jamie a mi compañera.

—Está bien, profesor —Noto los nervios en su respuesta.

—Perfecto. Quédese un segundo después de que el resto salga, le daré algunas indicaciones —Sonríe y vuelve a la parte delantera del salón—. Nos vemos el miércoles, tengan un buen día.

—¿Te veo mañana? Necesito que me cuentes qué pasa entre ustedes —le hablo a Kate mientras alisto mis cosas.

—Mañana te cuento todo —Ella me guiña un ojo.

Salgo contenta del salón, bajo las escaleras de prisa y, en la entrada del edificio, encuentro a Mark hablando por teléfono. Luce serio y eso lo hace

ver guapísimo. Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, su expresión cambia y mi corazón late como la primera vez.

—¿Será un nuevo profesor? Es tan guapo —Oigo que dice una chica a su grupo de amigas mientras camino hacia él—. Aunque se nota que es un ogro.

Sonrío ante el comentario y sigo adelante. Él cuelga la llamada y, cuando estamos frente a frente, lo abrazo como tantas veces quise hacerlo en la anterior universidad.

—Hola —musito y le doy un beso tierno.

—Hola, cariño. ¿Cómo fue tu clase con el profesor de esta mañana?

—Mejor de lo que esperaba —le respondo y lo tomo de la mano para ir al estacionamiento. No puedo evitar ver al grupo de chicas de hace un rato, quienes se miran con sorpresa entre ellas.

—Definitivamente, has sido tallado a mano por el mismísimo Vincent... —le digo cuando estamos dentro del coche.

—¿Van Golden? —termina por mí entre risas y acaricia mi mejilla con su mano.

El auto avanza y veo pasar la ciudad por la ventana. Tiendas, zonas residenciales y la institución en la que nos conocimos. Mark está muy silencioso hoy y, aunque lo disimula bien, sé que hay algo que lo intranquiliza, así que hablo para distraerlo.

—Tengo algo que contarte —le digo animada—. Conocí a una chica, se llama Kate y también a un profesor muy joven, que está reemplazando de manera temporal a su madre. Creo que ellos se gustaron.

—¡Qué descabellado! —se burla.

—Muy descabellado —Sigo su juego un momento—... Y bonito, ¿no? El amor y el destino juegan en la misma liga. El primero elige a las personas y el otro los caminos para juntarlas.

—Así es, cariño —añade y me derrite la adoración con que me observa, el amor tan grande que desborda su mirada, el mismo que nos une y que quiero conservar por siempre—. El destino y el amor conducen en la misma dirección, como tú y yo, como todos los que estamos enamorados.

Su móvil nos interrumpe y él lo contesta al instante.

—De acuerdo... No... Sí... Resuélvelo... Está bien, adiós —La conversación que sostiene lo pone tenso, su tono es cortante.

—¿Pasa algo? —pregunto en cuanto cuelga. Me preocupa ver el cambio en su expresión. ¿Qué habrá ocurrido? ¿Se tratará de Jackson y Mishell?

—Todo está bien—Hace una breve pausa como si le costara hablar, lo que confirma mis sospechas.

—¿Seguro?

—No, Rachel. Hay algo que debo contarte. De hecho, son muchas cosas.

OceanofPDF.com

TAN JUSTO A MI VIDA

De hecho, son muchas cosas. No es lo que Mark dijo lo que me roba el aliento, sino su actitud nerviosa y la zozobra en su rostro.

—Amor, ¿qué sucede? —La preocupación se apodera de mí.

—Rachel, sé que hemos planeado muchas cosas para nuestro futuro, que algunas se destruyeron en el camino y otras parecen no pertenecernos ya —comenta y me desconcierta. Trago, intentando soltar el nudo que se forma en mi garganta. No hay bromas, palabras cargadas de diversión o algo por el estilo. Él está hablando en serio, completamente en serio—. Al menos para mí, ya no parecen encajar del todo y es de eso de lo que te quiero hablar.

—No lo entiendo, Mark. ¿Se trata de Mishell y Jackson? ¿Los liberaron?

—No. Esto se trata de nosotros.

Al menos para mí, ya no parecen encajar del todo. Sus palabras resuenan en mi mente y él detiene el coche en una calle que no reconozco. Posa con delicadeza una mano sobre la mía.

—Todo está bien, cariño.

—¿Lo está, Mark?

—Siempre que se trate de nosotros estará bien —Aunque sigue habiendo cierta tensión en su rostro, sonrío amable y eso me da seguridad. Lo que dijo es sobre él y sobre mí, sobre ‘nosotros’, así que empiezo a creer que solo estoy analizando todo de manera exagerada. Merezco un premio Oscar por las películas que inventa mi mente—. Rachel, lamento si mis confesiones a medias te hicieron pensar otra cosa, pero es que estoy nervioso.

—No voy a negar que activaste mi paranoia, así que puedes declararte culpable —Río y él se contagia por unos segundos para luego pasarse la otra mano por el cabello. Nunca lo había visto así de intranquilo—. Mejor sigamos hacia tu departamento o vamos a morir de hambre.

—Rachel, estamos en casa, en nuestra casa —exhala suave y me mira fijo—. No quiero terminar con nuestros planes, sino empezar a hacerlos realidad y lo primero que deseo saber es si quieres que vivamos juntos.

Entonces, cada pieza encaja en este puzzle de actitudes nerviosas y confusas. Estamos detenidos frente a una casa blanca que se ajusta a la

perfección a la imagen del hogar que creamos en las tantas conversaciones que hemos tenido sobre el futuro. Es de un estilo contemporáneo, en su estructura de dos niveles luce un juego simple y elegante de volúmenes con tres elementos, combinando con el precioso jardín que la rodea en donde hay un par de arbustos de peonías.

—Mark, ¿estás bromeando? —hablo con apenas un hilo de voz. Regreso la mirada hacia él y me contengo para no gritar de emoción.

—Esta es nuestra casa, cariño.

—Por supuesto que quiero que vivamos juntos. Todo si es contigo.

—Todo si es contigo —repite y acuna mi rostro con sus manos—. Eres la mujer de mi vida, Rachel. Quiero construir un camino a tu lado, vernos crecer, superar los momentos complejos y construir los mejores recuerdos.

Lo abrazo fuerte. Hay tantas palabras que quiero pronunciar, pero no sé cómo empezar. Yo también quiero formar un hogar junto a él. Me siento la más afortunada teniendo conmigo un amor recíproco, un amor completo.

Echo la cabeza hacia atrás y busco sus labios que me reciben con ternura y pasión al mismo tiempo.

—Será mejor que entremos a nuestra casa —comenta divertido y le doy la razón. Mark sale del coche y lo rodea para abrirme la puerta. Me ofrece su mano y, por la forma en que me mira, diría que me está entregando su corazón y su vida en ese gesto.

Mientras caminamos, estudio cada detalle exterior de la propiedad y del espacio a su alrededor. Mis ojos se llenan de lágrimas al ver las letras grandes qué hay escritas en una placa de mármol sobre la puerta: HL.

—Harvet Lombardo —digo invadida por una cúspide de amor y emociones. Mark detiene el paso y hace que mi cuerpo gire hasta quedar frente a él.

—Un día desperté con esta idea y no pudo ser en aquel momento. Quiero creer que ninguno de los dos estaba preparado entonces, pero que hoy lo estamos —Su voz lleva una chispa de anhelo y melancolía—. Por eso, antes de entrar, me gustaría preguntarte algo —Me centro en su sonrisa devota y sus brillantes ojos verdes llenos de incertidumbre—. Pensé muchas veces en cuál sería la mejor manera de hablar de esto, no podía decidirme. Luego descubrí que no había dilema: Cualquier momento y cualquier lugar son perfectos para decirte que te amo, que amo cada parte de nuestra historia —Hace una pausa y seca la humedad en mis mejillas—. Así que

decidí hacerlo aquí, donde deseo compartir el resto de mi vida contigo. Es por eso que, frente a nuestra casa, quiero decirte que...

Hinca una rodilla en el suelo y yo me llevo las manos a la boca, ahogando un grito por la sorpresa. Oleadas de nervios me recorren el cuerpo cuando Mark saca del bolsillo interno de su traje una cajita pequeña de color negro. Hay un par de letras plateadas sobre ella, las mismas iniciales de la puerta: HL.

—Quiero que cada noche sea tu rostro lo último que vean mis ojos, tus susurros soñolientos lo último que escuche. Quiero despertarme abrazado a ti. Cuidarte, hacer el amor contigo por el resto de mis días. Quiero luchar por tu felicidad, que también es la mía —susurra lo último y río entre sollozos—. Rachel Lombardo Evans, ¿aceptas compartir tu vida junto a mí?

—Por supuesto que sí, Mark —Asiento repetidas veces mientras continúo sollozando y riendo a la vez—. ¡Acepto!

—Cásate conmigo, por favor —Habla con su voz llena de pasión y seguridad, en su boca se dibuja un gesto de emoción cuando abre la cajita. La imagen del hombre que amo pidiéndome compartir una vida a su lado me supera.

—Sí. Mil veces sí. No importa si es ahora, en siete días, siete meses o siete años, por supuesto que acepto —digo extendiendo hacia él la mano que me pide. Mi corazón se oprime al verlo dejar un dulce beso en mis nudillos.

Toma el anillo de diamantes y lo rueda por mi dedo anular. Me agacho para unir mis labios a los suyos, nos sumergimos en un beso especial y único. Los inexplicables sentimientos que él provoca en mí no dejan de sorprenderme. Nada ha cambiado desde el primer encuentro, la primera declaración de amor; la electricidad que nos rodea cuando estamos juntos sigue siendo la misma. Su boca, su sabor y su piel continúan haciéndome sentir viva.

Mark se levanta y me estrecha entre sus brazos, nos aferramos el uno al otro con necesidad.

—Te amo tanto, Mark. Agradezco todos los días que nuestros caminos se cruzaran.

—Te amo más, cariño, y hoy te entrego por completo mi corazón, me entrego a ti, a nuestra familia, a nuestros futuros tres hijos...

—Y tres hámsteres —termino por él y ambos reímos.

—Así es, cariño. Bienvenida a casa, futura esposa.

Su tono firme se mezcla con la ternura de sus palabras. Marca un código numérico de seis cifras en el aparato junto a la puerta que coincide la fecha en la que nos conocimos y luego pone su huella digital. Si el exterior de la casa es maravilloso, el interior lo es aún más. No hay nada que se le compare, incluidas las personas que nos reciben llenas de alegría.

—Familia, les presento a mi prometida —informa Mark emocionado.

—¡Felicidades! —exclaman al unísono sus padres, su hermana, sus sobrinos y también mi abuela. Recibimos con alegría los buenos deseos.

—¿Cómo que en una celebración de compromiso se dan felicitaciones y no pésames? —inquieren después Steven y Amy, burlándose. Todos nos divertimos con sus palabras, excepto el señor Ethan, quien reniega lo que han dicho.

—Mi pequeña —Se acerca mi nana y me abraza. Sé en qué piensa o, mejor dicho, en quién. Y hoy, después de tanto tiempo y de la ayuda de la psicóloga y mis seres queridos, puedo recordarla sin culparme, sino llena de la paz que siempre me regaló. Sé que mamá estaría muy feliz por la decisión que he tomado—, estoy tan contenta por ustedes. Mark, bienvenido a nuestra familia.

—Gracias, Grace —la abraza mi prometido—. Significa mucho su aprobación para nosotros.

—Tendrás la mejor despedida de soltera que puedas imaginar, amiga —Ahora es Amy quien se acerca a nosotros, seguida de Steven.

—Y yo prometo enseñarte mis mejores técnicas como stripper para que estas mujeres realmente tengan la mejor despedida de solteras —dice el gemelo de Mark palmeándole el hombro con diversión.

—Ah, no, ustedes no van a estar ahí. Ni lo piensen —los regaña Amy. Mi suegro se escandaliza y todos soltamos una carcajada.

Eleanor propone un brindis y, aunque me ofrezco a ayudar, ella me dice que organizarán todo junto a Romina y Steven.

—¿Me acompañas? —pide Mark en un susurro. Ni siquiera sé a dónde vamos, pero lo acompañaría hasta el otro lado del mundo—. Te prometo que no tardaremos.

Nos disculpamos con el resto y subimos las escaleras. El segundo piso resplandece con el color blanco de las paredes y me encantan los adornos

que hay en los corredores. Es una casa moderna, elegante y, sobre todo, familiar.

—Estoy ansioso por mostrarte cada rincón, pero empezaré por nuestra habitación —Marca en la puerta el mismo código de hace un rato.

—La fecha en la que nos conocimos, el inolvidable primer día de clases con el profesor Harvet.

—El mejor día de mi vida —asegura inclinándose para alzarme y entrar.

—Creo que este no es el protocolo para los prometidos —suelto risitas.

—Siempre hemos mandado a la mierda las reglas y los protocolos, señorita Lombardo.

—Esto es hermoso —hablo cuando me deja en suelo y me abraza por detrás. Sobre la cama hay peonías de diferente tipo y color. Juntas forman las iniciales de nuestros apellidos. Mis letras favoritas.

Me siento dichosa, pero debo ser sincera conmigo y con él.

—Mark, hay algo de lo que me gustaría hablar —Giro para verlo de frente. Respiro profundo y noto que me observa atento—. Deseo casarme contigo y formar una familia; estoy convencida de ello, pero quisiera terminar primero la carrera y hacer un posgrado. Siempre he soñado con ser una gran profesional y honrar todos los planes que hice con mamá.

—Lo que dices me hace amarte más —Se inclina para darme un beso y veo sus ojos resplandecer.

—¿No te molesta que tengamos un compromiso tan largo? —pregunto apenada.

—Me hace feliz que pienses en ti y en tus metas. Te esperaré toda la eternidad si fuese necesario —Sus palabras me hacen suspirar de felicidad. Lo envuelvo en mis brazos y pongo mi mejilla en su pecho—. Gracias, cariño.

—¿Por qué?

—Por llegar tarde a mi clase y en el momento indicado a mi vida.

—Gracias a ti por dejarme entrar a tu clase y a tu corazón. Después de todo, el rumor sí era real: el profesor de cálculo no es tan gruñón.

—El rumor real debería ser —sonríe y me da un beso tierno—. ... Que usted es el amor de mi vida, señorita Lombardo.

EPÍLOGO

INVITADOS INESPERADOS

Mark

Años después

Here's to all the bad decisions that you didn't judge, all the 'love you's and the 'hate you's and the secrets that you told me. Here's to everyone but mostly us, suena de fondo.

—There's a couple billion people in the world and a million other places we could be, but you're here with me [Z](#) —le canto al oído a mi preciosa esposa mientras estamos en nuestro baile nupcial. Nos movemos por la pista con el ritmo suave de la música. Ella mantiene las manos sobre mis hombros y yo las mías en su cintura y espalda. Observo de reojo a los invitados, a la gente que queremos y, con más detalle, a la maravillosa mujer frente a mí. Mi mujer, mi esposa, mi cómplice, mi todo. Luce radiante en su vestido blanco impoluto que se ajusta perfecto a las suaves curvas de su cuerpo.

La canción termina y el salón estalla en aplausos. Doy un paso hacia atrás y toco con delicadeza su vientre. Aún me parece increíble que, dentro de aquella diminuta panza, estén creciendo nuestros hijos.

—Te amo, Rachel. Gracias por existir.

Sonrío al pensar que en seis meses podré cargar a esas personitas que ya me llenan de felicidad, las mismas que son los invitados más inesperados y especiales de nuestro matrimonio. Cómo olvidar el día que nos enteramos del embarazo o, como ella lo bautizó: el día en el que descubrimos a la peor persona para dar sorpresas.



—Rachel, será mejor que no vayas a la universidad —No era una sugerencia. Ella lo dedujo y su mirada ceñuda lo confirmó. Me preocupaba su semblante—. Iremos al hospital ahora mismo.

—Mark, tengo dos exámenes finales —explicó de nuevo—, tendría que esperar mes y medio para que me den la oportunidad de volver a hacerlos, si es que me dejan. ¡Y en un mes nos casamos! Tenemos la reservación del lugar, los boletos del viaje de luna de miel. Hay personas de tu familia que vendrán de otras ciudades.

—Cariño, si tenemos que pagar una nueva reservación, boletos e iniciar todo desde cero, lo haremos. Primero está tu salud.

—Estoy bien —Se abrazó a mí, acaricié su cabello—, te lo prometo. Solo estoy un poco nerviosa y cansada, esta maestría fue más dura de lo que imaginé, pero sé qué, después de los exámenes y la sustentación de la tesis, todo volverá a la normalidad.

—Está bien. Te llevaré a la universidad, esperaré a que termines los exámenes e iremos al hospital —dije y ella trató de protestar—. No está en discusión, Rachel.

Odio contradecir sus decisiones e intento complacerla en todo, pero si se trata de su salud no hay discusión alguna. Rachel se apartó y, aunque creí que iba a enojarse, sonrió con ternura.

—Mi gruñón señor Harvet —Llevé mi mano a su mejilla.

—Mi testaruda y preciosa futura esposa, es mejor que vayamos a desayunar o se hará tarde —Confiaba en que comer algo borraría la palidez en su rostro.

Bajamos al primer piso y le preparé algo. En cuando le llevé el desayuno a la mesa, ella arrugó la nariz en señal de desagrado y corrió hacia el baño. Seguí sus pasos y la encontré arrodillada en el suelo, vomitando. Me llevé las manos a la cabeza y tiré de mi cabello.

—Traeré un vaso con agua —le dije al notar que quería estar sola y salí de la habitación para brindarle su espacio.

¡Carajo! La amo, pero es jodidamente terca. Llevaba días insistiendo para que fuéramos a ver a un doctor y ella siempre decía que era solo cansancio. Cuando volví, la encontré en la entrada con el cabello recogido en una coleta y sonriendo al verme. Le entregué la bebida.

—¡Ah! Me siento mucho mejor —comentó después de terminarla. Aunque estaba menos pálida, no le creí—. Seguro lo que me cayó mal fue la comida de ayer.

Ladeé la cabeza. Sí, era probable que los seis tacos que ingirió fueran la causa de su malestar estomacal, pero no de su estado por esos días.

—Igual, iremos al doctor —le recordé.

—Después del examen. ¡Maldición! Ya es tarde y la primera clase es con el señor Collins. ¡No puedo llegar ni un minuto tarde! Ese hombre me odia desde la carrera.

Rachel salió corriendo por sus cosas hacia el segundo piso y mis labios se curvaron en una sonrisa observando a mi —actualmente obsesiva con el tiempo— prometida. La seguí para ver si necesitaba algo y la encontré de espaldas en nuestra habitación. Llevaba puesta solo su braga. Cuánto amo ese redondo y hermoso culo. Sin embargo, en ese momento lo vi más grande de lo normal, al igual que el resto de su cuerpo. Sus caderas estaban ligeramente más anchas.

—¿Le apetece entrar, señor Harvet? —preguntó risueña. Noté que se me iba poniendo dura y sí, me hubiera encantado entrar —y no solo a la ducha—, pero sabía que no podía hacerla perder más tiempo.

—No hay nada que quiera más en el mundo —Imaginar cada jodida manera en la que le haría el amor me dolió. La presión en mi pantalón era cada vez más intensa y no daba señal alguna de querer desaparecer pronto —, pero tienes examen. Será mejor que te espere abajo.

Ella me envió un beso y yo me di vuelta para evitar la tentación que significaba ver su rostro dulce y tierno que tanto me excitaba —y me excitaba día a día—. Tuve que ser sensato, aunque hubiera querido mandar todo a la mierda, follármela y sentirla mía.

Bajé a la sala y la esperé. Diez minutos después, la vi descender por las escaleras con su morral en el hombro. Estaba preciosa. Como de costumbre, tomé su mano y nos dirigimos hacia la cochera. El camino a la universidad fue todo un desafío, el tráfico era impropio a la necesidad de Rachel por llegar temprano. A las siete estuvimos en el estacionamiento de la facultad y, dos minutos después, en su salón.

—Señorita Lombardo —la saludó el profesor—, un poco tarde.

—Dos minutos —gruñí.

—Harvet —se dirigió a mí con tono neutral. Pese a que nos conocimos el primer día de clases de Rachel en esta universidad, habíamos coincidido en varios eventos académicos a lo largo de estos años. Sabía que era estricto y muy puntual, pero lo mataría si le negaba la entrada a mi prometida—, todos los alumnos saben las reglas en mi clase, usted también. Lo siento mucho.

Rachel suspiró frustrada.

—Profesor, tuve un asunto personal de última hora. Por favor, déjeme presentar el examen.

—¿Qué asunto puede ser tan importante como para que no llegue a tiempo a su parcial final?

—Estoy embarazada —Rachel soltó de repente. Me pareció una buena excusa, aunque bastante exagerada—. ¡Mierda!

Su rostro volvió a palidecer. Me miró alarmada y, de repente, me sentí mareado al pensar que lo que había dicho no era una excusa inventada. Lo pensé bien y confirmé que ella no jugaría con algo así.

—Felicitaciones, señorita Lombardo. Me alegra por ustedes. Puede seguir —accedió Collins y me puso una mano en el hombro antes de entrar también.

—Mark —dijo Rachel, igual o más consternada que yo.

—Ve tranquila. Aquí te espero —Estaba muriéndome por dentro, la duda me impacientaba, pero agradecí que mi tono de voz guardó la calma. Me quedé en el pasillo, sin aliento y con la cabeza a punto de estallar. Caminé de un lado hacia el otro, intentando mantener a raya la incertidumbre que me invadía. ¿Estaba embarazada? ¿¡Íbamos a ser padres!?

Treinta minutos después, escuché la voz de Collins.

—Harvet, qué bueno verte aquí. ¿Podrías mantenerlos vigilados un momento, por favor? Debo ir a buscar la lista de asistencia para que firmen —Asentí y entré al salón—. El señor Harvet estará vigilándolos mientras regreso.

Me puse frente a la pizarra, Rachel alzó su mirada hacia mí y le brindé una sonrisa. Volvió a concentrarse en el examen. Estaba orgulloso de ver la seguridad con que apuntaba en su hoja. Sin duda, las horas que pasamos estudiando valieron la pena.

—¿Novio de Rach, podemos todos comparar los resultados un segundo? —me preguntó Kate, la amiga de Rachel desde la carrera. El salón entero rio estruendosamente, incluida mi futura esposa.

—Guarden silencio y ojos en su examen —respondí con seriedad, aunque la situación me causaba gracia.

Al rato llegó Collins y salí rápido del salón. Caminé hacia la máquina expendedora de café y me tomé uno. Poco a poco los nervios se transformaron en ilusión. Tendríamos un hijo. Basta, Harvet. ¿Y si no está embarazada? ¡Carajo! La incertidumbre me estaba matando. Esperé veinte minutos más hasta que ella salió.

—Mark —La escuché decir con voz temblorosa. Se acercó y la abracé.

—¿Eso fue por la euforia del momento o... —dejé la pregunta en el aire. Ella se encogió de hombros.

—Debo hacerme una prueba, pero... —En un tono muy bajo me explicó que, por el estrés y los trabajos de la universidad, no notó que su periodo no había llegado desde hace dos meses y había estado reflexionando sobre ello en los últimos días.

—¡Un hijo! ¡Seremos padres! —dije sin tener la menor duda. Todo tenía sentido en ese momento. Busqué sus labios y nos besamos con necesidad, alegría y una suma de sentimientos que no supe cómo describir.

—Parece que tendremos un invitado inesperado en nuestra boda, señor Harvet.

Lo que no sabía en ese momento era que no iba a ser solo un invitado inesperado.



—Y nosotros te amamos a ti —responde ella y me mira curiosa—. ¿En qué piensas, señor Harvet?

—En lo feliz que me haces, señora Harvet. ¡Te amo! —Hablo fuerte, deseando que todo mundo sepa lo enamorado y feliz que me siento junto a mi esposa y con nuestros hijos en su vientre. Sonríó orgulloso al recordar el momento en el que escuché sus corazones latir por primera vez. El día en el que supimos que dos vidas venían en camino.



—Es normal que el latido sea así de rápido —explicó la doctora. Lo escuchábamos claro y fuerte. Mi propio corazón latía como si intentara seguirle el ritmo. No conocía su rostro, ni siquiera lo había tocado, pero amaba al pequeño ser que crecía dentro del vientre de la mujer de mi vida. Rachel apretó con fuerza mi mano mientras observaba con detenimiento la pantalla del ultrasonido. Tenía nueve semanas de embarazo y me parecía una eternidad tener que esperar el tiempo que aún faltaba para tener a nuestro hijo con nosotros.

—Se mueve mucho —comentó mi prometida. Yo estaba igual de impresionado viendo el pequeño manchón gris desplazándose de un lado hacia el otro en la pantalla.

—Y aquí tenemos un segundo latido —exclamó la doctora y mi respiración se detuvo, o eso pensé. Rachel y yo escuchábamos atentos. El segundo latido era un poco más lento, pero igual de claro—, parece que tenemos un embarazo gemelar.

—¿Dos? —preguntó Rachel con emoción clavando sus ojos en los míos. Sentí que me derretía ante la forma en la que me miró. Podía leer en su rostro una clara expresión de orgullo y felicidad que calmó por completo los nervios que empezaban a llegar.

—Vamos a ver si hay otro —Las palabras de la doctora casi me hacen desmayar. Rachel siempre me había dicho que le hacía ilusión la idea de tener gemelos, pero ambos éramos conscientes de los riesgos que existían en embarazos de ese tipo. Si eran tres, los recibiríamos con todo el amor, pero no dejaba de sentir algo de miedo—. No, solo dos fuertes corazones —Suspiramos aliviados y la doctora se rio antes de anunciar que nos dejaría solos.

—Dos mini Mark. Lo ha hecho bien, señor Harvet —dijo Rachel y sus ojos brillaron por la emoción.

—Lo haremos bien. Todo irá bien, cariño —le aseguré rodeándola con mis brazos—. Dios, siento que el corazón me va a estallar de tanto amor.

Nuestro momento de intimidad terminó cuando la doctora regresó para darnos las indicaciones del caso, mismas que repetí sin parar durante las semanas que siguieron. Fue muy atenta a nuestras preguntas y nos aclaró las dudas que tuvimos. Salimos del consultorio tomados de las manos y con la felicidad a tope. ¡Había dos personitas creciendo en el cuerpo de mi prometida! No podía imaginar todo lo que estaría pasando por su cabeza; quería preguntarle si estaba cansada, si se sentía bien, si necesitaba algo, pero el sonido de mi móvil lo impidió apenas nos subimos al auto.

—Díganme que es una niña —La voz de Steven se escuchó alto por los altavoces del vehículo. Les comentamos a nuestras familias que Rachel tendría su primer chequeo, pero mi hermano pareció entender que era la revelación de sexo. Él estaba tan emocionado desde que se enteró del embarazo de Rachel, que no había parado de hablar sobre los estilos de ropa que compraría para su «segunda sobrina».

—Es muy temprano para saber el sexo del bebé —explicó Rachel.

—Pero no tan temprano para saber que son gemelos —dije sin poder contener la emoción en mi voz.

—¿¡Qué!? Vaya, felicidades por su dos por uno —Mi hermano soltó una carcajada.

—Steven Harvet, ¿te estás refiriendo a tus sobrinos como un producto en promoción? ¿Dos por uno? —habló Rachel con falsa indignación, aunque en realidad le había divertido el comentario.

—¿Mejor una lotería muy cara? ¿Un triunfo doble? Estoy feliz por ustedes, no imaginan lo que me alegra esta noticia. Saben cuánto los quiero.

—Y nosotros cuatro a ti, cuñado —dijo Rachel tomando mi mano y poniéndola junto a la suya sobre su abdomen.

Steven tenía razón, ese día me sentí el hombre más afortunado del mundo. Ya no seríamos dos, sino cuatro miembros en el hogar que estábamos construyendo.

[7](#) Extracto de Glad you exist de Dan +Shay. Brindo por todas las malas decisiones que no juzgaste, por todos los «te amo» y «te odio» y los secretos que me dijiste.

Brindo por todos, pero más por nosotros. Hay un par de billones de personas en el mundo y un millón de otros lugares en los que podríamos estar, pero estás aquí conmigo.

Extra I

UNA BATALLA

Uno.

Dos.

Tres.

Suelto el aire y vuelvo a inhalar.

—¿Esto es normal, Rachel? Llamaré a la doctora —hablo tan rápido que pienso que mis palabras se mezclan y nadie sería capaz de entenderme. Durante sus casi ocho meses de embarazo, me he acostumbrado a los gemelos moviéndose con fuerza en el vientre de mi esposa, pero hoy parecen estar en una danza de felicidad como ella lo ha denominado.

—Estoy bien, ya va a pasar y... ¡Mierda! —suelta un alarido de dolor mientras clava las uñas en mi muñeca. Se le escapa un nuevo chillido y esta vez lleva sus manos hacia el cuero del sofá. Continúo en cucullas frente a ella, sin tener la menor idea de qué hacer.

—Siento que tengas que pasar por esto, mi amor —comento apenado. Rachel intenta mantener la calma, pero es claro que está sufriendo. Las contracciones parecen detenerse por un instante y su rostro me lo hace saber.

Tomo el móvil y llamo a su doctora. Mientras le cuento cada detalle de la situación, sostengo la mano de mi esposa y ella la estrecha con fuerza en un intento de aliviar su propio dolor.

—Las contracciones han aumentado su ritmo —le hablo a la doctora mientras Rachel vuelve a gritar.

—Mark, lo mejor es que vengan ya mismo al hospital. Por todo lo que dices, es probable que esté entrando en labor de parto. ¿Necesitan que les envíe una ambulancia?

—Yo me encargaré. Ya nos vemos, doctora. Muchas gracias —Cuelgo y me concentro en Rachel—. Cariño, debemos ir al hospital —le digo mientras trato de ayudarla a levantarse—. Mejor te cargo.

—Las contracciones están desapareciendo, puedo sola —Hace una mueca de dolor—. Ve por la pañalera, amor.

Aunque me parece una locura dejarla, corro hacia nuestra habitación y tomo la maleta que Romina y Grace le ayudaron a preparar.

—Todo saldrá bien, cariño —digo y suelto un suspiro profundo al tiempo que me acerco a ella. Trago saliva. Siento mi cabeza dar vueltas.

Admiro su valentía y entereza. Aún en medio del dolor, camina sin ningún problema hasta la cochera. En un intento de ayudarla a entrar al auto, sostengo su vientre de la misma manera en la que ella lo hace. Y ahí están mis hijos haciéndose presentes. El corazón se me acelera con cada patada que dan.

Durante el camino, Rachel hace los ejercicios de respiración que nos enseñaron en el curso de preparación al parto. Tengo sentimientos encontrados, me emociona saber que el día ha llegado y al fin conoceré a mis pequeños Johan y Matthew, pero también estoy nervioso de pensar que pueda pasar algo malo.

—Estaremos bien —asegura ella y pone su mano en mi hombro. Veo su rostro y me hace creer firmemente en sus palabras. Todo saldrá bien.

Sin embargo, llega una ola de insultos junto a nuevas contracciones. Por suerte, el tráfico es suave, pero escucharla quejarse me hace querer rebasar a todos los autos. Rachel mantiene sus ojos cerrados y su llanto me destroza.

—Mierda, Rachel. Lo siento. Por favor, no dejes que vuelva a hacerte el amor nunca más. No puedo soportar verte de esta manera.

Extra II

TE ELEGIRÍA SIEMPRE A TI

Rachel

Años después

Uhm, buen día, cariño —Escucho la voz ronca y soñolienta de Mark. Con su pecho unido a mi espalda, me atrapa en el calor familiar de su piel. Es él el lugar al que pertenezco. Pego mi trasero a su entrepierna y disfruto de cómo su deseo por mí crece más y más en cada ligero movimiento.

—Buenos días, señor Harvet —le digo contoneándome contra él. La sensación es increíble. Por debajo del camisón que llevo puesto, Mark dirige una de sus manos a mis senos, los delinea con su pulgar de manera atenta y sus caricias encienden todos mis sentidos. Cierro los ojos complacida con sus dedos bajando por mi abdomen hasta llegar al borde de la braga.

—Mami, papi —Escuchar a nuestros hijos gritar afuera de la habitación nos paraliza—. ¡Es día de parque!

—No. Es día de sexo —se queja Mark entre susurros y regresa su mano a mi cintura. Me río porque ni siquiera tenemos un día específico de sexo, pero sí mantenemos la tradición con nuestros hijos de pasar en familia los fines de semana e ir al parque los domingos, su día favorito.

—¡No, hermano, aún no podemos entrar! —Al instante en que la cerradura de la puerta se gira, se escucha el regaño de Johan; aunque su voz es muy parecida a la de Matt, la forma de hablar lenta y pausada es inconfundible. Mark y yo nos sentamos en la cama de inmediato y nos cubrimos con la manta—. Papá dijo que si llamábamos a una puerta teníamos que esperar a que nos invitaran a entrar.

—Ahg, está bien —responde Matt. Mi esposo y yo nos tapamos la boca para que no escuchen nuestras risas—. Mamá, papá, ¿podemos entrar?

Estiro mi mano hacia la mesita de noche, tomo la bata y me la pongo. Observo el rostro de Mark feliz ante la situación.

—Sí, cariño, pueden pasar —hablo en tono alto para que me escuchen. Me emociono al verlos correr hasta el pie de la cama.

—Mami, papi —La voz tierna que escuchamos es la de nuestra pequeña Karla, quien entra también al cuarto y se acerca a mí.

—Hola, amor —le digo y la levanto para sentarla en mis piernas. Ella nos ve a Mark y a mí como siempre, con ese amor inocente y dedicado. Mi

esposo le da un beso en la frente y sonríe de la misma manera que lo ha hecho desde el día en el que Karla llegó a nuestras vidas, tres años en los que él ha visto su existencia a través de los ojos de esa pequeña.

—¿Cómo está mi princesa? —pregunta Mark y el rostro de Karla se ilumina.

—Papi está rojo —Señala nuestra hija y mi esposo se pone aún peor—. Mami también —Ambos nos miramos y confirmamos lo que ella ha dicho: Efectos de lo que estábamos por empezar a hacer antes de su llegada.

Las palabras de Karla despiertan la curiosidad de los gemelos.

—¿Quieren desayunar y luego vamos al parque? —intervengo rápido para calmarlos y, por fortuna, Johan y Matt se emocionan al escuchar la palabra parque y olvidan el tema. Salen de la habitación hablando de los trucos que harán con sus bicicletas. Me regocijo al reflexionar en lo mucho que han crecido, cinco años desde que llegaron a nuestras vidas. Recuerdo lo emocionada que estaba al conocer a las dos personitas que llevaba meses esperando. Sus pieles como de porcelana blanca, suave y frágil. El cabello rubio con el que nacieron y que, poco a poco, fue cambiando hasta quedar en un castaño claro. Sus ojos verdes son tan preciosos como los del hombre al que amo.

—Yo no puedo andar en bicicleta, caigo mucho —dice Karla.

—Nosotras veremos a los patos, ¿te parece? —le pregunto mientras salgo de la cama y la tomo entre mis brazos. Ella asiente feliz por la sugerencia—. Te esperamos abajo —le digo a mi esposo.

—Gracias, cariño. Me ducharé e iré a ayudarte con ellos —habla con complicidad y me lanza un beso.

Llego a la cocina en compañía de mis tres hijos y ellos me dan algunas sugerencias cuando ven que voy a preparar panqueques —en especial sobre la cantidad de miel que quieren agregarles—. Mark no tarda en bajar y, al verlo, Karla corre hacia él. Mi esposo se pone a su altura y la abraza. Matt y Johan se unen a ellos.

—¿Listos, campeones? —Les pregunta a los gemelos.

—Sí, papá —responden al unísono—. ¿Podemos llamar al tío Steven para que venga con nosotros? Pero solo él, su novia no nos agrada mucho —comenta Johan.

—Es verdad, Alana no nos agrada, aunque es muy guapa —aclara Matt —, pero no más que mamá.

El encantador comentario de mi hijo me hace sonreír y ayuda a alejar el momento de nostalgia. Es probable que esta semana Steven tampoco nos visite. Ha estado tomándose su tiempo con los tramites del divorcio, al igual que Amy.

—Mami, ¿yo tambien soy gapa? —pregunta Karla.

—Por supuesto, mi amor —Mark le responde—. Eres tan guapa como tu madre. Ustedes son las mujeres más hermosas de este mundo.

Volteo para verla y nuestro parecido es innegable; a excepción del color gris de sus ojos, sus facciones son idénticas a las mías y a las de las demás mujeres de mi familia: Cabello castaño oscuro, con las características pestañas espesas y el rostro ovalado.

Aun con nuestra hija en los brazos, Mark se acerca para darme un corto beso y me indica que ordenará la mesa.

Una hora después, estamos listos para salir de casa. Los gemelos insistieron en vestir igual a su padre o, mejor dicho, que él se vistiera igual a ellos: Short azul marino, camisa polo blanca y tenis para correr. Sonrío porque conozco a mi esposo y sé lo mucho que odia las combinaciones de la ropa de verano, aunque ama más ver felices a nuestros hijos y cumple con su capricho. Mi pequeña y yo elegimos un vestido corto perfecto para la época y sandalias.

El parque queda muy cerca de donde vivimos, así que no tardamos en llegar. Mientras Mark acompaña a los gemelos a andar en bicicleta, decido ir con Karla al lago, no sin antes pasar por la pequeña tienda de comida para alimentar a los patos.

—Mira, mami, gutan —comenta mi hija cuando ve a los animales—. Quiero uno, pofi.

—Ellos son felices aquí, amor —le explico antes de que se lo mencione a Mark con los mismos pucheros que a mí y tengamos una granja en casa.

Unos veinte minutos después, alguien se acerca a nosotras.

—Los niños son muy tiernos, ¿no? —musita un hombre cargando un bebé.

—Sí, muy tiernos.

—Mi nombre es Alex y él es Joel, mi hijo. Un gusto conocerlas.

—Soy Rachel y ella es mi hija Karla.

—¿Tu hija? Vaya —Me inspecciona de pies a cabeza—, parece tu hermanita. Son muy parecidas y preciosas. ¿Cuántos años tienen? —Su

pregunta tonta y la forma en que me mira son incómodas.

—¡Papi! —exclama Karla señalando hacia el otro lado. Ahí están nuestros Harvet. Los tres vienen con los brazos cruzados y mirando fijamente hacia nosotras. Sonríe al ver la expresión ceñuda en sus rostros.

—Me alegró conocerte, Rachel. Ya debemos irnos —suelta el sujeto con afán y se marcha.

—Mira, Matt, vamos a alimentar a esos patos —Johan invita a su hermano y agarra de la mano a Karla para que los acompañe.

—No puedo separarme un segundo de ti porque llega otro a coquetearte —comenta Mark con diversión y me pasa un brazo sobre los hombros—. Tengo a la esposa más sexy del universo.

—Eres muy afortunado —le digo y recuesto mi cabeza en su hombro—. Además, sabes que, aunque viniese el mismísimo Matt Bommer, siempre te elegiría a ti.

Mark me da un beso en la frente y me sujeta con más fuerza, haciéndome sentir protegida.

—¿Sabe algo, señora Lombardo? Cada día estoy más enamorado de usted.

—Nos pasa igual, señor Harvet —Nuestros labios se encuentran y siento que el pecho se me hincha.

—¡Papá! Quiero un pato que se llame Gryffindor —grita Matt corriendo hacia nosotros.

—Matt, no podemos tener un pato en casa —le digo a mi hijo.

—Mami, soy Johan —hace un puchero.

—No digas mentiras, yo soy Johan —comenta su gemelo y me doy cuenta de que, al igual que Steven, a Matt también le encanta bromear con ese tema.

Extra III
FELIZ NAVIDAD
Años después



Querido Santa:

He aprendido a escribir mejor con ayuda de mi mamá, mi papá y mis profesores, así que esta carta será más larga que la anterior.

Sé que recibes muchas peticiones, pero espero que leas la mía. Soy Johan Harvet, no te confundas, por favor. Mi hermano y yo somos muy parecidos, pero puedes pedirle ayuda a mi mamá para identificarnos.

Primer deseo: Que la abuela Karla esté feliz en el cielo. ¿Puedes traerla de visita algún día?

Segundo deseo: Cuida a toda mi familia.

Tercer deseo: Quiero un ajedrez de colección! Me gusta jugar con el de papá, pero quiero el mío con dibujos de los Lakers.

Cuarto deseo: No olvides leer las cartas de mis hermanos, por favor. Nos hemos portado bien.

Atentamente,

Johan Harvet Lombardo.



Hola, Santa. ¿Todo bien?

Te ahorraré el tiempo: No busques en las cámaras para ver cómo me he comportado este año, no he sido tan buena, pero al menos estoy siendo sincera. Y la honestidad debe ser premiada, ¿no te parece?

Mamá y papá han dicho que pidamos cuatro regalos. Dos espirituales y dos materiales, estos son los míos:

Espirituales:

- Quiero conocer a Emma Watson, por favor.
- Que Sophie y Mila no se peleen más, que entiendan que puedo ser novio de las dos, como dijo el tío Steven.

Materiales:

- Quiero una pista de carreras y un coche como el de papá. También quiero una moto (pequeña, para mí).
- Un juego de trenes y una guitarra.

No olvides leer las cartas de mis hermanos. Ellos sí se han portado bien. En serio, preferiría que les trajeras algo a ellos en lugar que a mí.

Atentamente,

Matthew Harvet Lombardo.

Posdata: El tío Steven me ha dicho que no existes, pero yo creo en ti y sé que me ayudarás a conocer a Emma Watson.



Mark escupe su chocolate al conocer los deseos de nuestra pequeña. Nos encontramos en la habitación leyendo sus ingeniosas cartas de navidad.

—Recuérdame llamar a Steven —dice mi esposo dejando su taza en la mesita de noche—. No puede darle esos consejos a Matt.

Me llevo las manos al estómago por el ataque de risa que provoca la ocurrencia de mi cuñado.

—No puedo creer cuánto han crecido —le digo al calmarme.

—Los gemelos tienen siete, Karla cinco y tu esposo ya es un anciano.

—Pues eres el anciano más guapo, entonces —le digo con coquetería y él me besa.

—Y tú, ¿qué quieres de regalo, cariño?

—Lo he pensado mucho y creo que ya estoy lista para tener una nueva Dory. Sé que a nuestros hijos también les gustaría volver a tener hámsteres en casa.

—¿Estás segura? —Asiento y le acaricio la mejilla. Han pasado varios años desde que Dory murió y su duelo fue más duro de lo que imaginaba. Ahora puedo recordarla con amor, pues ella fue un símbolo importante de mi relación con Mark.

—Perfecto. Volveremos a tener tres hámsteres en la casa Harvet Lombardo.

—¿Qué quiere el señor Harvet para navidad? —le pregunto.

—Creo que ya tengo todo lo que siempre imaginé. Matt, Johan, Karla y tú son los regalos más grandes que me ha dado la vida.

OceanofPDF.com

Extra IV

UN VIAJE INOLVIDABLE

Un año después

Estamos en un avión. Hace apenas unas horas que me enteré de que Mark había coordinado todo con mi abuela y con la niñera para que se quedaran con los niños durante una semana. Cumpló años en un mes, pero él quiere darme un regalo adelantado.

—¿Estás lista para conocer las Islas Galápagos? —habla mi esposo emocionado. Cuando me enteré de que iríamos a Ecuador, el lugar donde mi nana y mi abuelo se conocieron, estallé de felicidad. Es una de las cosas que quiero hacer antes de morir y él no lo había olvidado, a pesar de que solo se lo dije una vez hace años.

—Fue difícil coordinar todo en la librería, pero Amy me dijo que se encargaría para que pudiera irme tranquila estos siete días. Como siempre usted sorprendiéndome, ¿verdad, señor Harvet?

—Llevo planeando esto hace meses. Grace me ayudó con cada detalle. Insistió en que tenemos que probar el bacalao con papas —dice mientras agarra mi mano—. Quiero que vivamos esta aventura juntos. Además, llevábamos mucho tiempo sin viajar los dos solos. Creo que desde que fuimos a Italia a probar pasta carbonara cuando terminaste tu primer año de maestría.

Ambos nos reímos por los recuerdos que eso nos trae. Volteo para ver hacia la ventanilla, el paisaje es espectacular y ya estamos cerca de aterrizar.

Durante el tiempo que queda, hablamos de los nuevos proyectos que tiene como director del departamento de matemáticas de la universidad. Ver todo lo que ha crecido como profesional me enorgullece. Yo le cuento sobre los avances de mis planes para abrir una nueva sucursal de «El rincón de los extraños», nombre que le puse, en honor a mi mamá, a la librería que abrí hace unos años.

Media hora después, estamos saliendo del aeropuerto y caminamos hacia un joven que nos espera con un letrero con nuestros nombres. Nos subimos a una camioneta que nos lleva hasta el hotel. El lugar es un sueño total y la suite en que vamos a alojarnos tiene vista hacia el océano. El azul del cielo se funde con el del agua en un espectáculo inolvidable.

—Creo que es mejor que no lo hagas —le digo a Mark cuando está por poner una de las maletas sobre la cama para sacar nuestras cosas—. Quiero que nos bañemos juntos, me hagas el amor, descansenmos un rato y luego salgamos a comer y tomar algo.

—Tus deseos son órdenes, cariño.

OceanofPDF.com

CONTENIDO EXCLUSIVO



Playlist Spotify



Stickers para Whatsapp

Haz parte del

CLUB DE

GATOS *vip*



y podrás obtener descuentos y más
beneficios en tus próximas compras

Encuétranos como
CALIXTA EDITORES



www.calixtaeditores.com

Desde que te vi, no hay un instante
sin que tus ojos no corran en un bucle
constante por mi cabeza como un hámster
en una rueda.

Con aprecio,
Mark Harvet



Table of Contents

0	ROSAS MARCHITAS
	Rachel
1	SU ROSTRO
2	OJOS VERDES
3	LAS PIEZAS DE UN PUZZLE
4	LA LLAMADA
5	OJOS MARRONES
	Mark
6	SEÑORITA LOMBARDO...
	Rachel
7	RUMORES
	Mark
8	NOS VEMOS PRONTO
	Rachel
9	¿QUÉ ME ESTÁ PASANDO?
	Mark
10	EL RUMOR REAL
	Rachel
11	CONFLICTOS
12	¿EN CLASES NO?

13

¿HA TENIDO UN HÁMSTER,
SEÑORITA LOMBARDO?

14

ALGO MÁS

15

¿UNA HIJA?

16

EL MALO

17

LOS DOS

18

ILEGAL

19

¿DÓNDE ESTUVISTE TODO
ESTE TIEMPO?

20

CELOS

Mark

21

MEJILLAS SONROJADAS

Rachel

22

NO HAY ROSAS SIN ESPINAS

23

CUÑADA

24

DISCUTIRLO EN LA CAMA

Mark

25

PLANES

Rachel

26

SIN LOCURA NO HAY FELICIDAD

27

TE AMO MÁS, SIEMPRE MÁS

28

HASTA PRONTO

29

SIEMPRE ESTARÉ A TU LADO

30

TIEMPO

31

¿MI DULCE CHICO?

32

ENTENDER...

Mark

33

TIEMPO

34

TE QUIERO A TI, IDIOTA

Rachel

35

ROMA NO SE CONSTRUYÓ

EN UN DÍA

36

COMO UNA DESPEDIDA

37

EL MURO QUE NOS SEPARA

38

TODO ARDE

39

PENSAMIENTOS Y MOMENTOS

40

UN FIEL ADICTO

Mark

41

COMPARACIONES

Rachel

42

POR CADA SEGUNDO

Amy

43

RAZONES

Rachel
44
LA FAMILIA
45
GEMELOS EN ACCIÓN
Mark
46
CULPABLE
Rachel
47
VALE POR UNA VIDA JUNTOS
48
PRIMER DÍA DE CLASES
49
TAN JUSTO A MI VIDA
EPÍLOGO
INVITADOS INESPERADOS
Mark
Extra I
UNA BATALLA
Extra II
TE ELEGIRÍA SIEMPRE A TI
Rachel
Extra III
FELIZ NAVIDAD
Extra IV
UN VIAJE INOLVIDABLE